

FM
272

CAUSA FORMADA

A

CANDELAS, BALSEIRO, VILLENA

Y CONSORTES,

POR ROBOS EN MADRID.

En vano los filósofos, los jurisconsultos y legisladores se afanan porque en las penas con que se castigue cada delito concurren las cualidades necesarias para producir un escarmiento ejemplar y la enmienda y corrección del culpable, si por falta de eficacia en los medios de ejecutarlas, se hacen ilusorias, resultando la impunidad del delincuente. Si en la aplicación de las penas, no se toman las medidas y precauciones convenientes para que tengan todo el efecto que las leyes requieren; si por falta de medios ó de celo en los agentes judiciales, los delincuentes consiguen con facilidad evitar su aprehensión y encarcelamiento; si por no tomarse las medidas oportunas para trasladar con seguridad á su destino á los presos y rematados, consiguen estos romper sus cadenas, ó lo que es mas grave, quebrantar las sentencias, la imposición de las penas, lejos de servir para tranquilizar á la sociedad, produce una nueva alarma, porque no viene á ser mas que un aviso de la existencia de criminales, que habiendo burlado la acción de la justicia y llevando en su frente el estigma condenatorio de la ley, se hallan mas impulsados que anteriormente á la perpetración de nuevos delitos por las necesidades de la vida fugitiva y errante que tienen que llevar para evitar enteramente el castigo de su condena.

Entre los ejemplos que pudiéramos citar en comprobación de estas verdades, es en nuestro juicio uno de los mas notables y que mas enseñanzas presentan, el que se nos ofreció por los años 1835 al 1839, respecto de la célebre cuadrilla del famoso jefe de malhechores, Luis Candelas y de su segundo Mariano Balseiro.

Y en efecto, relajados en aquella época, á consecuencia de los primeros sacudimientos de la revolución y de la guerra civil, los fuertes lazos de la au-

TOMO II.

toridad y del deber; confiada la conducción de los presos á comisionados especiales que carecían de la responsabilidad y de las cualidades propias de los funcionarios y agentes de la autoridad judicial con destino permanente; custodiados los presidiarios por ligeras escoltas de gente por lo general visón; encerrados en establecimientos penales poco seguros y no muy celosamente inspeccionados por jefes que carecían de la autoridad y de los medios de coerción necesarios para hacerse respetar y poner en práctica sus disposiciones y mandatos, eran muy pocas las condenas que tenían cumplida ejecución, dando lugar á una impunidad tan perjudicial como escandalosa. Así es que para referirnos únicamente á los malhechores que componían la cuadrilla de Candelas y Balseiro no había uno tan solo que no se hubiera fugado de las cárceles ó presidios, habiéndolo verificado Candelas seis veces y cinco Balseiro. Y era tal la seguridad que tenían de evadirse, que aun hallándose presos ó siendo conducidos á presidio; formaban cálculos y planes de nuevos delitos para un día fijo y determinado, como si gozaran de la libertad mas completa. Así, Candelas, al salir de la corte fuertemente amarrado en una cadena de presidiarios, con una sentencia de diez años de presidio á los trabajos mas duros, y con una terrible conminación de incurrir en pena de muerte por el hecho de evadirse, como divisara por una calle á varios de los de su cuadrilla que le recordaban, no dejase de hallarse en Madrid para el día 12 de febrero, en que tenían proyectada la perpetración del robo de la modista de la reina, dijo con la mayor seguridad en voz alta y llena de convicción: «no tengais cuidado, que no haré falta»; palabras que por desgracia cumplió con la mayor exactitud. De manera, que multiplicándose de esta suerte las evasiones y los nuevos delitos por unos mismos delin-



cuentes, siguiéndoseles en su consecuencia diversas causas criminales á un tiempo mismo, pues aun no se habian terminado unas, cuando se iniciaban otras por los delitos perpetrados en el corto tiempo que mediaba entre la evasión y la nueva captura, sucedió á veces ser menor la pena impuesta por la causa principal ó primera, que la aplicada por las posteriores, y hallarse al ir á notificar á un criminal una sentencia de presidio, con que estaba en capilla para sufrir una sentencia de muerte por un delito cometido en aquel intermedio.

Es verdad que los malhechores á que nos referimos y que se aprovecharon de aquellas fatales circunstancias, reunian á un arrojo y á una osadía sin iguales, una sagacidad y una astucia extraordinarias. Para ellos, y en especial para sus jefes, no habia ninguna dificultad ni obstáculo, por grande é insuperable que fuese, que les arredrara ni detuviera en sus planes y propósitos. Lo mismo invadian una casa á las altas horas de la noche, que á la luz del medio día: lo mismo estándoseles formando sumarias ó con autos de prision ó condenas de presidio sobre sí, que libres de todo procedimiento judicial ó de toda condena: no se limitaban á sobornar á los criados de las casas cuya espoliacion tenian proyectada, instruyéndoles prévia y astutamente de los medios de que deberian valerse para indagar los sitios donde tenian sus amos sus alhajas é intereses, y para dar fácil, segura y pronta entrada á los malhechores, sino que se enteraban de las personas cuyas visitas esperaban sus víctimas, y que eran desconocidas á estas, para revestirse de su traje y fingir sus circunstancias con el objeto de verificar sus sorpresas y ejecutar sus robos sobre seguro y á mansalva: y finalmente, se valian de cuantas ficciones y ardidés les sugeria su imaginacion para lograr sus criminales deseos. Asi es, que se multiplicaban los robos, tocándose unos á otros, con tal rapidez, que aun no se habian calmado las primeras impresiones, ni terminado el rumor público que escitaba la perpetracion de un crimen, cuando ya se hablaba de otro mas sorprendente, cometido por los mismos criminales, en la misma poblacion, á las mismas horas y con circunstancias mas alarmantes de sagacidad y de arrojo.

No eran menos atrevidos y astutos los malhechores á que nos referimos para evitar que se descubriera su participacion en los delitos que perpetraban. Cambiábanse continuamente los nombres, con la precaucion de que las iniciales de los supuestos fueran iguales á las de los verdaderos, para que correspondiesen con las marcas de la ropa y demás objetos de su pertenencia, cuya vista hubiera podido, de lo contrario, infundir recelos ó sospechas; forjaban pasaportes falsos ó procurábanselos fingidos; comunicábanse desde dentro de las cárceles por medio de claves y signos convencionales, siéndoles suficiente para escribir una carta, á falta de pluma y de tinta, un simple alfiler teñido de negro en la llama y el pávilo de una vela; multiplicaban sus espías por todas partes, y los empleaban aun respecto de sus mismos compañeros, de suerte que á veces ocurría ir uno de estos á prender á los demás, acompañado

de un agente de policia, y verse detenido él mismo por otro agente á quien habia sido delatado con anterioridad por los que iban á ser víctimas suyas; tenian sus mozas que les servian de ocultadoras de los objetos robados, y á quienes encargaban en sus viajes el depósito y custodia de los baules que los encerraban, mientras ellos seguian la galera conductora de estas prendas en *lontananza* y á caballo, para estar dispuestos á todas horas á la fuga, no bien divisaran alguna partida de tropa ó personas de quienes sospecharan que iban en busca suya. Mas para lo que ponian mas en prensa su ingenio, era para formar coartadas, ese ariete tan apreciado y tan conocido de todo delincuente. Con este objeto, cuando no podian fugarse inmediatamente que perpetraban un delito á poblaciones, lejanas lo bastante para hacer verosímil la posibilidad de haberse encontrado en ellas á la misma hora del crimen, tenian allí con anterioridad, personas que se les parecieran en corpulencia y fisonomía, encargadas de vestirse con su mismo traje y de dejarse ver en los sitios públicos, si bien al oscurecer y á cierta distancia para evitar que se les reconociera completamente, y de divulgar hallarse en aquel pueblo la que queria probar la coartada, mientras otras se encargaban en los dias anteriores é inmediatos al del delito, de divulgar encontrarse aquella en dicho pueblo y haberla visto en sitios determinados y aun haberla oido diversas conversaciones; con cuya estratajema, infundian en la imaginacion de muchas personas, ajenas enteramente á estas tramas, la idea de que se hallaba en *tal poblacion, en tal dia, tal sugeto*, hasta el punto de persuadirse de buena fé ser verdad y de jurarlo y testificarlo en juicio.

Todas estas particulares y alarmantes circunstancias hacian que se hallaran sobrecogidas y dominadas de espanto y terror las poblaciones elegidas por estos malhechores como teatro de sus crímenes, sin que bastara á calmar la pública ansiedad, la noticia de hallarse presos ó en camino de presidio los criminales ó sus cabezas, porque, súbito y como por encanto aparecian estos dirigiendo ó fraguando los nuevos atentados, cuando apenas habia transcurrido el tiempo necesario para llegar á aquellas desde el punto donde estaban aprisionados y desde la hora de su evasión.

Tal era el estado en que se hallaba Madrid en la época mencionada y con respecto á la cuadrilla de Candelas y Balseiro, cuando persuadida de encontrarse este con varias condenas de presidio y aquel en camino del en que debia sufrir la de diez años con retencion, con la conminacion de incurrir en pena de muerte si quebrantaba la cadena, vino á asombrarla y aterrorizarle mayormente la noticia de haberse perpetrado en el corto espacio de quince dias, tres robos considerables, revestidos de circunstancias alarmantes por el arrojo y el ardid que revelaban, por la misma cuadrilla de aquellos temibles criminales, á cuya cabeza y direccion se habian encontrado los mismos Candelas y Balseiro.

Pero antes de pasar á referir el modo como se perpetraron estos delitos, daremos á conocer breve-

mente las circunstancias de los criminales á quienes desde luego señaló la opinion pública como sus autores.

Estos eran Luis Candelas, Mariano Balseiro, Francisco Villena, alias Paco el Sastre, Leandro Postigo, Ramon Ausó y Antonio Ausó, Josefa Gomez Caro, querida de Balseiro, Josefa de Castro, amiga de Villena y la querida de Candelas, N. N., á cuyos sugetos agregaban algunos, Juan Mérida, José Sanchez, por otro nombre, el del Peso, Ignacio García, llamado Ignacito, Pablo Luengo, alias Mañas, y Pablo Maestre.

Luis Candelas, jefe, director y maestro de la cuadrilla, segun hemos dicho, era natural de Madrid, de estado casado, de oficio carpintero é hijo de padres acomodados, habiendo heredado, en su consecuencia, suficientes bienes para vivir honrada y holgadamente, si no se hubiera dejado dominar de miserables pasiones y acompañándose con otros jóvenes de mala conducta. Dotado de buena y arrogante figura y presencia, y hallándose con suficientes recursos pecuniarios, principió á estraviarse y á adquirir malas relaciones, haciéndose el jaque y competidor de todo el que se jactaba de arrojado y valiente, demostrándose espléndido y generoso en continuas francachelas, lo que unido al abandono de su oficio y á una vida de continua ociosidad y vagancia, concluyó por agotar sus recursos y por reducirle á un estado de escasez y de penuria que le era tanto mas intolerable, cuanto que le impedía sostener su carácter rumboso y disipador. De aquí el lanzarse á perpetrar repetidos hurtos y robos, mas ó menos importantes, habiéndose visto ya encausado por esta clase de delitos á la edad de diez y siete años. Sin embargo, Candelas experimentaba, ya fuese á causa de la primera educacion que habia recibido, bien por un efecto natural de sus instintos ó de su carácter, una gran repugnancia á la efusion de sangre, ofreciendo el rarísimo ejemplar, en los numerosos robos que cometió y á pesar de las criticas y apuradas circunstancias en que se vió en muchos de ellos, de no haber causado muerte ni herida alguna, segun resulta de los testimonios oficiales de que haremos mérito mas adelante y de la esposicion que él mismo elevó á S. M. implorando la real gracia.

Nada mas distante de nuestro ánimo, al hacer mérito de esta laudable particularidad, que realzar en un sentido absoluto, fundados en ella, al famoso criminal terror de la corte; los elogios que puede merecer un delincuente por haber conservado algunas virtudes en su vida funesta y odiosa, ó por la falta de vicios ó escesos comunes á esta clase de gentes, deben limitarse del modo mas estricto al acto que los motiva: estenderlos en lo mas mínimo, dándoles un sentido general y como teniendo por objeto disminuir la odiosidad de sus actos criminales, en gracia de la bondad de aquellas cualidades, seria labrar un pedestal de sus crímenes, resultando de aquí el grave mal de que se lamentaba un profundo escritor, el célebre Dickens, á saber: que adquiria mas crédito y fama un malhechor que un hombre de bien que practicase oscuramente buenas obras. No

se incurra en el absurdo de considerar la celebridad, ó mejor dicho, la memoria que para lo futuro dejan los criminales por los actos de su vida funesta, como mas ventajosa y apetecible, que la oscuridad en que por lo comun se ven sumidas eternamente la mayor parte de las personas honradas y laboriosas que consagran su vida al ejercicio de buenas obras á la práctica de las virtudes ó al estudio de las ciencias. Semejante contraste entre las virtudes ignoradas y los crímenes ilustrados, envolveria una injusticia suma. Habria motivo para disgustar de la hombría de bien modesta y para animar á los criminales, si no se comprendiera bien, que el ruido y la celebridad que rodea á estos, lejos de producir en manera alguna la gloria, labran el baldon, el oprobio y la infamia, tanto mayor cuanto mas se han visto dotados de apreciables cualidades ó talentos por su educacion ó por las circunstancias especiales que les rodearon. A la celebridad que parece dar la curiosidad de los contemporáneos al malvado, sucede infaliblemente un imparcial y frio análisis que coloca á cada uno en su lugar y hace caer el ídolo monstruoso en su innoble vulgaridad. El criminal colocado en primer grado de celebridad entre los demás de su clase, nunca ocupará, si se considera absolutamente, por mas talentos y bellas cualidades que haya revelado, desde el momento en que llegó á pisar la espantosa senda del crimen, mas que un sitio sumamente inferior al del ciudadano honrado mas vulgar y mastosco. Lo contrario seria confundir con el trono el cadalso, con el Capitolio la roca Tarpeya.

La mencion que hacemos, pues, de las actos virtuosos de Candelas ó de los límites en que contuvo sus actos criminales, no solo ha de comprenderse en aquel sentido, sino que debe considerarse como teniendo por objeto, demostrar los funestos efectos que producen y el terrible abismo á que arrastran, la asociacion con sugetos depravados ó los primeros pasos que se dan en la carrera del crimen, puesto que á pesar de los nobles instintos y del firme propósito de Candelas, sobre no derramar la sangre de sus semejantes, se vió precipitado á ejecutar actos que produjeron efectos idénticos á los que deseaba evitar, haciéndole subir las gradas del cadalso.

Por otra parte, si no constaba contra él que hubiera manchado sus manos en sangre humana, en cambio redujo á la extrema miseria á muchas familias laboriosas y bien acomodadas, é hirió la cabeza de los jefes de éstas con el golpe mortal que á la larga debia hundirlos en el sepulcro.

En sentido análogo debe interpretarse el hecho de estampar en esta obra los retratos de Candelas y de otros malhechores; al tratar de hacer pasar á la posteridad sus rasgos y facciones, no lo hacemos ciertamente en elogio y consideración á ellos, sino con el fin de suministrar á la fisiologia nuevos datos con que profundizar los misterios de tan difícil ciencia.

Por lo demás Candelas era de suficiente capacidad y talento; de modales atentos y bastante cultos, sobresaliendo en especial en el arte del fingimiento, del disimulo y de la astucia, cualidad que le granjeó sin duda alguna la direccion y el mando de la cuadrilla.

Hé aquí los principales procesos que se le formaron hasta la fecha del en que vamos á ocuparnos, de los cuales resulta hallarse con varias condenas de presidio que ascendian á veinte y dos años.

En el año 1823, fue procesado por haberle hallado á deshora de la noche en la Plazuela de Santa Ana, apareciendo sospechoso, si bien á poco se le puso en libertad, amonestándole que se dedicara á su oficio. En el año 1826 lo fue igualmente por sospechoso, sobreseyéndose en esta causa con la imposición de costas. En 1830, lo fue por el juzgado de la real casa, por reunirse en el Campo del Moro con gente vaga y sospechosa, poniéndosele en libertad con apercibimiento de destinarle á las armas si reincidía. En 1831, lo fue por robo en un almacén de ebanistería, y asimismo en igual año se le formó otra causa, habiéndose arrojado de una ventana al ir á prenderle. En 1834, lo fue por fuga del Hospital general con otro, cuyo proceso se mandó acumular á otro que se les estaba siguiendo por robo verificado en la casa de don Francisco Lopez, calle de las Huertas, en la que se le sentenció á diez años de presidio con retención en el Peñon de la Gomera, con destino á los trabajos mas penosos, llevando siempre una cadena é intimándole no quebrantase dicho presidio bajo pena de la vida, y oficiándose al director del mismo establecimiento, haciéndole presentes las circunstancias de Candelas, para que diera las órdenes que juzgase oportunas para evitar su fuga y para que se llevase á efecto dicha sentencia en todas sus partes. En 1835, lo fue por el alcalde de corte don José María Zuaznavar, con otros, por sospechas en su conducta, y haberles sorprendido en Cabanillas de la Sierra, con llaves é instrumentos prohibidos, por lo que se le condenó á ocho años de presidio en uno de los de Africa, quedando á disposición del juez de Segovia que le estaba procesando y le habia seguido tres causas, una de ellas por falsificación de pasaportes, en la que en el año 1830, se le destinó á las armas, en el fijo de la Isla de Cuba, y no siendo útil, en cuatro, á los trabajos públicos de Santoña: otra por haberse fugado de la cárcel de Segovia, en la que se le recargaron dos años, y la tercera sobre la fuga que ejecutó al conducirlo á la casa de rematados, hiriendo á los conductores, en la que se le recargaron otros dos años que debia cumplir en el presidio á que le destinase la Sala de alcaldes.

Otros varios robos se refieren de público mas ó menos ingeniosos, pero casi todos ellos son inventados ó revestidos de circunstancias falsas ó inexactas. Cuéntase, en efecto, de un robo verificado á un almacenista de comestibles, de cuya persecución se libró Candelas, arrojándole á los ojos una libra de manteca; de otro ejecutado en una tienda de ropas, dejando como fiador á un sugeto revestido del traje episcopal y que resultó ser un idiota; de otro perpetrado en otra tienda á cuyo encargado entretuvo, mientras él se escapaba dejándole en la mano un ramal de una caballería que se suponía hallarse á la puerta, y de cuyas alforjas iba á sacar el dinero para el pago; pero esta clase de estratagemas son impropias, por surdidez, de un ladrón como Candelas, no

pudiendo atribuirse á lo mas, sino respecto de su edad juvenil. Las hemos enumerado, sin embargo, por referirse en una obra que goza de bastante popularidad por su objeto y por el nombre de su autor: tal es la publicada en esta corte por don Juan Martínez Villergas, con el título de *Los Misterios de Madrid*: el mismo autor tiene cuidado de advertir en ella que semejantes lances no pasaron por la imaginación de Candelas.

Candelas, tenia, no obstante, servicios y méritos; entre estos, segun alegó en su defensa, el de haber sido dependiente del resguardo de Alicante, destino en que tuvo el mejor comportamiento; el de haber ejercido igual destino en la Coruña, de donde pasó á Santander, y de aquí á Zamora con el cargo de interventor interino de la puerta de la Feria de dicha ciudad; el de haberse hallado en el desarme de realistas de Madrid, contribuyendo eficazmente á él con los individuos del resguardo, á quienes mandaba por orden y comision del administrador de la empresa y del gobernador de la plaza, y los de haber desempeñado otras comisiones importantes á satisfaccion de sus jefes, por cuyos méritos le honraron estos con una certificación que presentó despues en el ministerio de Gracia y Justicia, solicitando el indulto de S. M. por haberse fugado de presidio; y últimamente el de haber descubierto en la cárcel una conspiración y favorecido á los nacionales que se hallaban presos en la cárcel.

El segundo en el mando y dirección de la cuadrilla, Mariano Balseiro, era natural de Madrid, de oficio ebanista, contando á la sazón veinte y siete años. Era de carácter discolo y mas resuelto que Candelas, sin que paralizase sus proyectos por las consideraciones que este. Avezado al crimen desde su edad juvenil, decia el promotor fiscal, contaba casi por años los procesos criminales en que se habia visto comprometido y las prisiones sufridas. Hé aquí las principales causas que se le siguieron:

En el año 1828, se le procesó por quimera y herida á otro, en cuya causa se sobreseyó, imponiéndole con los cómplices las costas y pago de curación al herido, y con apercibimiento. En 29 de enero de 1830, se le procesó por encontrarle limando el candado de una almacén de aguardiente contiguo á la Inspección de Milicias, con un cortafrío, dos navajas y una barra grande de hierro, siendo condenado á cuatro años de presidio en Málaga, en las costas, y con apercibimiento, si bien, á consecuencia de habersele aplicado el indulto, fue puesto en libertad. En 1831, ingresó en dicho presidio de Málaga por haber sido condenado á seis años, por sospechas de robo. En 24 de setiembre de 1833, lo fue por robo de ropa con llave ganzúa en la casa calle de Calatrava, número 12, cuarto tercero, habiéndosele condenado en rebeldía á diez años de presidio en uno de los menores de Africa, y despues de preso y oído, por sentencia de 5 de octubre de 1835, se tuvo por bastante pena la prisión sufrida, pagando las costas. En 20 de enero de dicho año de 1835, fue tambien procesado por robo de un caballo á Juan de la Fuente, imponiéndosele las costas y prisión por

pena, pero los alcaldes de la audiencia le absolvieron de la instancia, y asimismo, fue puesto en libertad bajo fianza de estar á derecho en otra causa que se le siguió por haberle cogido con otros tres desertores de presidio en una taberna bebiendo vino la noche del 2 de setiembre de 1834. En 28 de marzo de 1836, se le formó otra causa, en la que el fiscal, hecho cargo de que, preso en 1831, lejos de cumplir con su salida á presidio, lo fue nuevamente en 1833, y puesto

en libertad á los tres dias, últimamente fue encarcelado cinco veces, pidió á la Sala se averiguasen los motivos de esto, y decretado así, se encargó de ello el juez de primera instancia de esta córte, don Juan Rodríguez Valdeosera, quien mandó traer las partidas consiguientes, y mediante á estar á la sazón preso Balseiro en Tarancon por robo de aquella iglesia, despachó exhorto para que aquel juez recargase su prision por esta causa, segun hizo en 21 de agosto



Luis Candelas.

de dicho año. Y en efecto, permaneció en prision hasta últimos de diciembre de 1836, que, con sus co-reos Ramon Ausó y José del Campo, fue puesto en libertad bajo fianza carcelera.

Francisco Villena, alias Paco el Sastre, natural de Baeza, soltero, de oficio sastre, y de veinte y nueve años de edad, célebre especialmente por los recursos que encontraba para fugarse de los establecimientos penales, fue procesado varias veces, y entre ellas en el año 1834 por el robo cometido en la calle de las Huertas á don Francisco Lopez, en union con Candelas y comparsa, y en el de 1838, por robo á don José Perez, calle de Atocha.

Antonio Ausó, natural de Elche, soltero, de veinte y cinco años de edad, guarda del Rastro, no cedia á sus compañeros, á la edad de veinte y dos

años, como decia el promotor fiscal, en malicia y suspicacia, ni en los antecedentes deplorables de una vida sembrada de vicios y maldades.

Ramon Ausó, natural de Elche, soltero, cerrajero, de veinte años de edad, era tambien veterano en la carrera del crimen. A la edad de diez y siete años habia sido encausado con otros seis por hallarlos en la noche del 24 de febrero de 1834, jugando despues de las once en el sitio llamado Mundo Nuevo, desafiándose con navajas, causa en que se sobreyó, apercibiéndole en 8 de marzo de dicho año; en 1835, volvió á serlo por heridas á Salvador Padin que falleció de sus resultas, habiendo sido absuelto de la instancia con apercibimiento, y últimamente lo fue por heridas á Tomás Calvo.

Leandro Postigo, natural de Madrid, soltero, al-

bañil, de cuarenta y siete años de edad, fue complicado en la causa de Beltran Salvador que ya pagó sus culpas en el patíbulo.

José del Campo, natural de Madrid, soltero, zapatero, de veinte y ocho años de edad, individuo de la cuadrilla de Candelas, era desertor de presidio.

Juan Mérida, natural de Santiago de Galicia, soltero, sillerero, de veinte y cinco años, fue preso como desertor de presidio, habiéndose marchado á Sevilla, despues á Córdoba y luego á Madrid, con la division de Alaix, donde dormia en un cajon vacío de la plazuela de Lavapiés, y se mantenía jugando en la taberna de la calle de los Leones, á donde concurrían Candelas, Sanchez, García, Villena, los Ausó, Postigo y comparsa, todos los cuales eran prófugos de presidio.

La Josefa de Castro, natural de Madrid, viuda, costurera, de cuarenta y ocho años de edad, era la amiga de Francisco Villena, hospedándole en su casa.

La Josefa Gomez Caro, natural de Madrid, huérfana, soltera, era la querida de Mariano Balseiro, y como tal, se hallaba identificada con su vida y atentados, sirviéndole de ocultadora del fruto de sus rapiñas.

La figura verdaderamente interesante era la de la joven N. N., natural de Madrid, soltera, guardadora de zapatos, de edad de diez y seis años al principiarse la causa de que tratamos. Esta infeliz joven fue conocida por Candelas cuando aun no contaba los años de la pubertad. Huérfana, y sin persona alguna que la celase ó aconsejara; fascinada por la agradable presencia y las insinuantes palabras de Candelas, y tal vez impuesta por su ademán duro y severo, se dejó arrastrar por este hombre, ignorando, quizá, enteramente sus intenciones, y el funesto género de vida que llevaba. Así lo persuadió lo que arroja el presente proceso y la conducta ejemplar que llevó despues de la muerte de Candelas, motivo por el que, no hemos podido menos de guardar á su memoria la consideracion de no manchar su nombre y apellido mezclándolo en esta causa con el de tantos otros criminales. Esta joven ejerció sin embargo una grande influencia en la suerte de aquel célebre malhechor. En extremo amante de su patria, y hasta de la poblacion y de los lugares donde habia nacido y pasado sus primeros años, se negó á acompañar á Candelas al extranjero, á donde este pensó refugiarse despues de la perpetracion de sus últimos delitos. Candelas, no solamente cedió á los ruegos de esta joven, dejándola en libertad completa de cumplir sus deseos, sino que, no pudiendo separarse de su lado, regresó con ella á la corte, donde fue preso y sentenciado. ¡Algunos encantos, alguna virtud, revelarían el semblante y el acento de aquella joven para fascinar al malhechor acostumbrado á oír impasible los gritos de sus víctimas, hasta el punto de arrostrar la muerte en un patíbulo afrentoso antes que ausentarse de su presencia!

Pasemos ahora á relatar los últimos robos perpetrados en el espacio de breves dias por Candelas, Balseiro y consortes, y que llevaron á estos dos jefes de bandidos al patíbulo.

Cuatro fueron los crímenes que formaron la base de la presente y última causa instruida contra ellos.

El primero se perpetró el 30 de octubre de 1836 entre los pueblos de las Rozas y de Torreledones, en medio del camino real por nueve hombres armados, á pié y á caballo, despojando de relojes, alhajas y ropas, á los pasajeros de la galera mensagería que iba á Madrid, y de otros dos de Salamanca con violencia y amenazas y atando á los viajeros.

Los otros tres se ejecutaron en Madrid en el corto intervalo de quince dias; el primero en 28 de enero de 1837 en la casa habitacion del presbítero don Juan Bautista Tárraga y doña Joaquina Giner de Almansa, calle de Preciados, núm. 57, cuarto bajo. El segundo en la espartería de Cipriano Bustos, calle de Segovia, número 10, cuarto bajo, entre nueve y diez de la noche del 10 de febrero del mismo año, y el tercero en casa de doña Vicenta Mormin, viuda, modista de S. M. la reina, calle del Carmen, número 32, cuarto principal de la derecha, á las cinco y cuarto de la tarde del 12 del mismo mes y año.

Hé aquí cómo se verificó el robo de don Juan Bautista Tárraga, según resulta de las declaraciones prestadas por él mismo, por doña Joaquina Giner de Almansa y por la criada Joaquina Delgado.

Á las siete y media de la mañana del 28 de enero, á la sazón que se hallaba en la compra la criada, estando todavía en cama los amos, vió el presbítero don Juan Bautista Tárraga entrar en su alcoba súbitamente dos desconocidos, el uno con capa parda y sin sombrero, con una gran navaja en la mano, y el otro con chaqueta y gorra de cuartel. Despues de atarle á la espalda ambas manos, el de la capa le impuso silencio y le pidió le entregase las llaves del sitio donde se hallaba el dinero y de la cómoda, si no queria morir en el acto; y contestando el presbítero que allí las tenía encima de la mesa, las cogió el joven de chaqueta y abrió los cajones de la mesa del despacho y cómoda. En aquel acto, entraron otros dos hombres, llevando sujeta al ama, doña Joaquina Giner, á quien entraron á la alcoba del presbítero, atándola á los piés de la cama y cubriéndola con ropa, quedándose uno de los ladrones al cuidado de ambos, mientras los demás sacaban el dinero y otros efectos. Entre tanto llegó la criada, y apoderándose de ella, la entraron á la alcoba y ataron y echaron sobre la cama.

En este estado permanecieron durante hora y media, en cuyo tiempo les preguntaron los ladrones por los cubiertos, dinero y demás alhajas, hasta que últimamente les taparon con mas ropa, echándoles encima hasta la alfombra del gabinete.

Pasado algun tiempo sin sentirles, se levantó penosamente el presbítero de la cama, atado de las manos, descalzo y en calzoncillos como se hallaba, y poniéndose á escuchar, notó que se habían marchado los ladrones y subió al cuarto principal para que bajaran á desatarlos. En la puerta de entrada no se advirtió señal alguna de violencia, por lo que presumía el presbítero que abrirían con llave falsa, pues no tenía la menor sospecha de la criada, y en su ca-

so, sólo de la anterior, que fue despedida por introducir á un hombre en la habitacion cuando se quedaba sola.

Los hombres que entraron en la alcoba y sorprendieron á doña Joaquina, representaban, el uno, treinta años de edad, llevando capa parda y sombrero alto, y el otro, como unos diez y ocho á veinte años, llevando chaqueta oscura de paisano, pantalon azul turquí, gorra de cuartel con corneta amarilla y bordada y borla del mismo color.

Preguntándoles la doña Joaquina, al verse sorprendida, qué era aquello, le contestó el jóven que si hablaba ó gritaba era victima. En seguida le preguntó el de la capa dónde estaba el señor cura, y habiéndole contestado que en su cuarto, se dirigió á él dicho sugeto, amenazándola con un puñal, volviendo á poco rato, y llevándola á la alcoba de Tárraga, á quien vió atado en la cama y amenazado por otro hombre tambien con capa. Los ladrones tuvieron cuidado de decirles que no temieran por su vida si no gritaban, que su objeto era solo llevarse el dinero y alhajas que tenían. Uno de los ladrones preguntó á doña Joaquina dónde estaba la demás plata, y unos pendientes de diamantes que sabia tener, á lo cual le contestó esta que ya no estaban en su poder y que la plata se encontraba en el armario. A la criada la echaron sobre doña Joaquina y la ataron las piernas con las de aquellas, sujetándola á una silla de brazos. Al marchar dejaron los ladrones una barra de hierro en el comedor, una capa de color de tabaco y otra debajo de la cama del presbítero y unas zapatillas de paño negro metidas en un cajon de la mesa del despacho, donde estaba el dinero.

La criada al salir del cuarto no notó que hubiera gente parada ni andando por la calle, que la infundiese sospecha, estando segura de que dejó la puerta cerrada con el picaporte como todos los dias, quedando sus amos en cama, y volvió con la compra al cuarto de hora, y al entrar, salieron de la cocina dos hombres, el uno de los cuales le tapó al momento la boca con las manos, y el otro sacó una navaja, y amenazándola la dijo que callase si no queria morir. No le vió la cara ni el cuerpo, y llevada á la alcoba la ató con su ama. Esta criada convino tambien en su declaracion en el encuentro de la capa, hierro y zapatillas cuando reconocieron la casa. Por su parte, no sospechaba de nadie, aunque una tarde que fué á ver á sus amos en domingo, no la dejó entrar la criada anterior, conociendo tendria adentro algun sugeto, porque tardó en salir á abrir, sintió pisadas y vió en la casa un perro, siendo así que no lo habia en ella.

El robo consistió en tres relojes de oro, uno de ellos de repeticion, con cadenas y dos sellos y llaves de oro; doce cucharas, once tenedores, seis cuchillos, un cucharon con la marca J. T.; dos cucharas y dos tenedores con la marca J. A., todo de plata; seis cucharillas de plaqué para café y un trinchante de acero con cuchillos iguales. Dos mil reales en pesos duros y mas de 500 en pesetas: un collar y pendientes de ambar con cabos de oro; otros de azabache con cabos iguales; cinco sortijas de oro, la una con

diamantes y un rubí; otra de pelo con una amatista y la letra J. A.; otra estrecha con pelo y un diamante; otra con un topacio; otra con un corazon y otra con un coral; unas pulseras de similor con piedras ágatas; dos capas de hombre, una nueva y otra de medio uso, ambas con embozos de terciopelo negro y otra de señora; un frac de paño, catorce camisas de holanda de hombre; nueve pañuelos de seda de la india; dos chalecos de cúbica y alepin; diez y ocho varas de gró; un vestido de alepin negro inglés; seis mantillas guarnecidas de blonda y tul; dos mantones de merino; otros de gasa, de lana y de seda; varias camisas y enaguas de mujer bordadas; dos mantele-rías completas y otras piezas de lo mismo de uso ordinario; dos colehas; seis sábanas sin guarnicion, y algunas otras ropas; objetos todos que se justificó por medio de testigos, ser de pertenencia del presbítero y de doña Joaquina Giner.

Recogiése, en efecto, de la casa una barra de hierro cuadrada de un dedo de grueso por cada lado y media vara de larga con punta por un lado y boca por otro; cinco cordeles delgados de una á dos varas de largos; unas zapatillas de paño negro bien tratadas, forradas de piel blanca; una capa de paño de color de tabaco, cuello derecho, embozos de sarga de seda negra en el lado derecho, y otra capa parda con cuello y embozos de pana, muy descolorida.

En el robo del espartero Cipriano Bustos, usó ya Candelas del engaño y doblez que le eran característicos. Hé aquí la manera como se verificó, segun relacion del mismo, su mujer, sobrino y criada.

El dia 9 de febrero se presentaron á la puerta de la tienda espartería, entre cuatro y media á cinco de la tarde, dos sugetos jóvenes como de veinte y cuatro á veinte y seis años, el uno como de cinco piés de alto, moreno de cara, pelo y barba castaño, y el otro que parecia mas jóven, algo mas alto y sin barba, ambos con capas y sombreros calañeses con las cintas echadas por debajo de la barba. Estos sugetos pusieron en ajuste unas cargas de lías y quedaron convenidos en el precio, dando 10 reales en señal prometiendo volver por ellas, no desembazándose apenas para evitar sin duda ser conocidos.

Al dia siguiente, 10 de febrero por la tarde, estando fuera de casa Bustos, se presentó uno de ellos á la misma hora que el dia anterior, preguntando si habia ido el otro por las lías, y contestándole el sobrino que no, repuso, que no tardaria en recojerlas, pues al dia siguiente tenia que marcharse al pueblo muy temprano. A las ocho y cuarto de aquella noche, estando ya puesta la mesa para cenar, llamaron á la puerta; abrió el sobrino y entraron los que tenían ajustadas las lías, y sin dar tiempo á que se entornara la puerta enteramente, y mientras los dos primeros aparentaban hacerse cargo de las lías, entraron en tropel seis ó siete hombres con sables desenvainados, vestidos de paisanos, escepto uno que llevaba levita de miliciano con galones de cabo en las mangas, y hacia de jefe. Estos hombres decian con ansiedad que iban en busca y persecucion de tres picaros carlistas que habian entrado en aquella casa;

y en cuyo seguimiento andaban hacia muchos días; y que nada tenía que temer la familia. En seguida, viendo á los de las lías, les acometieron, amenazándolos con las armas, y les tiraron en el suelo arrinconándolos, preguntando al mismo tiempo por otro que suponían haber entrado también. En vano el espartero Bustos insistió en que no había entrado ningún otro sugeto; ellos replicaron afirmando siempre que había entrado y que debía haberse ocultado en la casa, por cuyo motivo la registraron, diciendo que aquellos pícaros habían sido realistas, á lo que contestó uno de los de las lías que no era ningún pecado haberlo sido.

Acto continuo, el que hacia de jefe mandó á Bustos y á toda su familia que se entrasen en una pieza interior, y no bien lo hubieron verificado, se echaron sobre ellos y los ataron fuertemente con cuerdas finas de tralla y les hicieron tenderse boca abajo, exigiendo de Bustos con amenazas de muerte les dijese dónde tenía el dinero. Hizolo así, en efecto, entregándoles la llave de una gabeta; y registrándola en seguida, le quitaron de ella 1,400 reales en pesetas y 100 napoleones; de una cómoda, sacaron 9,000 reales en billetes de banco; de una arca de tres llaves, que descerrajaron con una barra de hierro que llevaban y que llamaban la *poderosa*, sacaron siete onzas y media en oro, y por último, desenterraron del suelo en dos diversos parajes unos 40,000 reales en oro y sacaron otras pequeñas cantidades que había en las cómodas y ascenderían á 3 ó 4,000 reales en varias monedas, y de debajo de una mesa 6 ó 7,000 reales que tenía Bustos á la mano para hacer un pago para la fábrica de carbon en que estaba en sociedad con otros en el Escorial. También se llevaron tres cubiertos de plata; uno con mango de lo mismo, una corona de plata de una virgen, y casi toda la ropa, escepto la de las camas, dejando al marcharse dos líos hechos de ropa que sin duda no pudieron llevarse.

En un principio, pidieron á Bustos 16,000 duros, y contestándoles que un artesano no podía tener tal cantidad, prorrumpieron en amenazas terribles, diciendo que se le degollase para que no hablara, en cuyas amenazas no cesaron en las dos horas que estuvieron en la casa, dándole á Bustos algunos empujones y sacándole por tres veces de la habitacion para que dijese dónde tenía mas dinero, hasta que por último le metieron en la boca una faja hecha nudos y le cubrieron la cara con un pañuelo, de cuyas resultas estuvo á punto de ahogarse. No obstante lo violento de su posicion, oyó que los ladrones contaron casi todo el dinero, á escepcion del oro que uno de ellos se empeñó en no contarle. A cosa de las diez menos cuarto, se fueron, dejando la puerta entornada, pidiendo antes aguardiente y comiendo unos bollos que encontraron.

Ni el espartero Bustos ni su familia pudieron conocer á ninguno de los ladrones, ni tomar idea exacta de su fisonomía por el aturdimiento y agitacion propios del lance en que se hallaban, ni tuvieron la menor sospecha sobre quiénes podrían ser. La mayor parte de lo robado no era de Bustos ni de su familia,

sino de otras personas, y en especial de cofradías á que pertenecía el espartero, y á quien por su honradez conocida, habían hecho depositario de sus fondos, lo cual, sabido por los ladrones, fue sin duda la causa impulsiva del robo.

Ademas del dinero robado, que segun la mujer y sobrino de Bustos, tuvo este que manifestarles por fuerza donde se hallaba, se llevaron varias ropas y alhajas, entre ellas, dos candeleros de plata, tres cubiertos y una corona de la Virgen, una sortija de brillantes; cuatro de diamantes; un alfiler de diamantes; tres botones de oro; tres rosarios engarzados en plata, con muchas medallas; una cadena de oro chinesca; otra de oro sencilla; una escribanía de plata, completa; cuatro relojes, dos de oro y dos de plata; un reloj de sobremesa en esqueleto; seis medallas de plata; otra de oro; un Santiago de oro, y un par de pendientes de brillantes, cuya preexistencia de dichos objetos en la casa, acreditó el espartero por declaracion de tres testigos.

Los ladrones se dejaron en la habitacion una barra de hierro y dos navajas de las llamadas francesas, con cachas de fierro guarnecidas de asta negra, con virola y casquillos de metal, una de ellas con muelle ó golpe seguro, y la barra de cuadrillo de reja, algo doblada con una punta aguzada y la otra plana, para apalancar; una de estas navajas era de uso prohibido por ser de muelle ó golpe seguro.

Pero el robo en que empleó Candelas toda la sagacidad, desembarazo, serenidad de ánimo y demás cualidades que le eran propias, fue el de la modista de la reina, doña Vicenta Mormin.

Este robo se premeditó muy de antemano, de acuerdo con el criado de la Mormin, á quien habían conocido los ladrones en la cárcel, con quien trazaron el plan enterados por él de las alhajas que poseía esta señora, y asimismo de que esperaba con alegre ansiedad la llegada de un correo francés que la traia noticias de una hija suya que tenía en Francia.

La sensacion que produjo este robo, por las circunstancias de la persona robada y por la manera como se perpetró, han sido causa de que se haya referido de distintas maneras; pero todas ellas son inexactas é inverosímiles. En los *Misterios de Madrid*, para no citar mas que la relacion que aparece en obra que forma volumen, y que se pretende hecha con toda exactitud, se supone que Candelas se fingió cartero, que traia una carta de Francia, consiguiendo de esta suerte que le abriera el criado la puerta, dejándole en ella solo mientras iba á pedir á su ama el importe de la carta; que no bien volvió la espalda el criado, le tendió en el suelo Candelas, y le tapó la boca con un pañuelo para que no gritase; que los demas ladrones que estaban escondidos en el segundo tramo de la escalera, corrieron á donde estaba su jefe, cerraron la puerta y penetraron en la sala donde se hallaba la modista, la cual quedó aterrada al ver ante sí á estos hombres muy mal vestidos y con largas navajas y formidables pistolas en la mano; que la modista preguntó sobresaltada qué era aquello, á lo que Candelas, sin contestar palabra, se ade-

lantó á ella con otro pañuelo, y la tapó la boca para que no gritase, mas sin que esto la impidiese dar un tiron á la campanilla, cosa que alarmó á los bandidos inespertos que quisieron salir corriendo á poner otra mordaza á la persona que encontraran, pero que á una seña que les hizo Candelas, todos permanecieron quietos en su puesto; que él sacó entre tanto una cuerda, amarrando con ella los brazos

y las piernas de la modista y de su criado: que no bien habia acabado esta operacion, cuando entró la criada preguntando desde muy distante qué mandaba la señora, y adelantándose, viendo que no la contestaba, se apoderó de ella Candelas, amarrándola entre sus brazos, y la puso su pañuelo en la boca y ligaduras en los brazos y piés como á los demás. Que hecho esto, pasó Candelas á reconocer la casa,



Candelas huyendo de sus aprehensores.

y no hallando á nadie, pidió á la señora las llaves de las cómodas, cofres y armarios, y empezó á registrarlos, sacando de la cómoda gran cantidad de dinero y alhajas, todo lo cual hizo cargar á uno de los ladrones que iban vestidos de mczos de cordel, le condujo á la cuadra, le abrió la puerta que daba á la calle de la Salud, y como atravesára por ella el portero de la casa que á la sazón se estaba paseando, y viera salir á aquel hombre, por aquella puerta, que habia estado sin abrirse mucho tiempo, no sabiendo cómo esplicarse esta ocurrencia, se encogió de hombros y siguió su paseo diciendo entre dientes: caprichos de mujeres; allá se las halle esta señora. Que Candelas continuó estrayendo las alhajas de oro y plata y pedrería y cargando de efectos á sus camaradas que sucesivamente iban saliendo de la casa por la

calle de la Salud, sin que esto fuera observado por nadie mas que por el portero, que como andaba paseando de arriba abajo, hubo de chocarle ver salir á tantos hombres cargados de la casa de la modista, y dirigiéndose á uno de ellos le preguntó: ¿qué, se está mudando la señora? á lo que le contestaron: sí señor; y el portero dijo: ¡cuánto lo siento! pero, ¿cómo no me habrá dicho nada esta buena señora, que ha estado siempre tan afable conmigo? y por último, que concluida su comision por Candelas, despues de haber estraído de la casa, de 12 á 14,000 duros, salió triunfante y con el mayor descaro del mundo por la puerta principal.

Esta narracion, no solamente es inexacta, sino que está plagada de inverosimilitudes, tales como la de sacar los objetos robados á vista del portero, pasando

este buenamente porque se estaba mudando de casa la modista, no obstante, verificarse la mudanza por la puerta falsa, y no haber sabido nada de ella ni por la señora ni por los criados, ni ver salir á estos con los mozos ni con objeto alguno, y de otras circunstancias absurdas que no apuntamos, porque ya las habrá comprendido la perspicacia de nuestros lectores.

Hé aquí, exactamente, como ocurrió este notable robo, según resulta de las declaraciones de la robada y de otras personas que se hallaban en la casa ó llegaron á ella durante su perpetración.

A las cinco y cuarto de la tarde del 12 de febrero, hallándose doña Vicenta Mormin en su casa con una muchacha llamada Mariana Rodriguez, su criado Nicolás Fernandez y la mujer de este Ramona Cid, llamaron á la puerta, y el criado entró recado á su ama diciendo, que había un correo francés que venia de parte del correo Esgaris de la misma nacion, y como doña Vicenta se hallase esperando á este con ansiedad de un día á otro, porque le traia noticias de su hija que se hallaba en Francia, mandó que se le abriera, pero no sin haber preguntado antes con la prudencia que le era habitual, si venia solo y qué trazas tenia, y contestádole el criado que iba solo, y que era un jovencito de muy buen aspecto. Al abrir la puerta entraron tres hombres, y aun según el criado otro despues, pasando solamente dos á la sala en que estaba la modista, el uno que se suponía correo, con un casquetito con galon de oro, levita abotonada y dos galones como de teniente coronel, delgado, de nariz algo roma, color trigueño, como de veinte y cuatro á veinte y cinco años, con capa, y el otro tambien bajo de talla, como de edad de treinta á treinta y dos años, cara llena, abultada por las mejillas, color pálido y un poco amarillento, frente ancha, pelo castaño oscuro, lampiño, ó á lo menos muy afeitado, sin patilla ni vigote, perilla ni barba, ojos vivos, y todo él bien parecido, espresándose muy bien, vestido de manolo, con capa, chaqueta, chaleco blanco y sombrero redondo de copa alta. Este sugeto preguntó á doña Vicenta Mormin, si conocia al correo Esgaris, y habiéndole contestado que sí, que era amigo suyo, la preguntó en seguida, sacando un papel del bolsillo, si tenia á su hija en Francia, á lo que le contestó afirmativamente. Preguntóla despues, quién era el sugeto que vivia con ella, y contestando que un caballero que habia sido exento y que á la sazón tenia un beneficio en el Puerto de Santa Maria, dijo entonces el que iba de militar, que venia de órden del jefe político á registrar la correspondencia que la doña Vicenta tenia con el correo Esgaris. Al oír esto la doña Vicenta, que era señora resuelta y animosa, se echó á reír, y cogiendo del hombro al que iba de manolo, le contestó que su casa no se registraba sin que estuviera presente el alcalde de barrio á quien conocia, y al mismo tiempo llamó al criado, diciéndole que fuera inmediatamente á llamar á dicho alcalde. Entonces, el manolo conociendo que era necesario descubrirse, contestó, que de nada serviría que viniera el alcalde, porque habia doce hombres en la escalera; pero la modista no se amilanó por esto, sino que contestó resueltamen-

te, ¡que haya veinte y cuatro! y pidiendo papel y tintero al criado, se puso á escribir una esquila en la mesa. Esto sirvió de ocasion al manolo para sujetar á la doña Vicenta por la cabeza, poniéndola un pañuelo en la boca, mientras el otro compañero cerró las maderas de los balcones. La doña Vicenta conservando siempre su serenidad de ánimo, dijo al manolo que la quitára el pañuelo de la boca que la ahogaba, prometiéndole que no gritaria, á lo que accedió aquel, pero la ató con él las manos, echándola en el suelo y tapándola con las capas.

En seguida sacaron del ridículo de la modista siete llaves que tenia en una sortija y con ellas entraron, registraron los muebles y habitaciones, y la robaron á su placer.

Por la lista del dinero, alhajas y ropas del robo, presentada por doña Vicenta Mormin, resultó que la robaron: 4,000 duros en onzas de oro, en talegas cosidas y separadas. En un ridículo de seda, un bolsillo azul que contenia dos bolsillos bordados de abalorios, y entre los tres contenian 12,000 reales tambien en oro. En otro ridículo varias alhajas en estuches, á saber: unos pendientes de brillantes gruesos en figura de sonajas, de valor de 24,000 reales: unos pendientes de amatistas con sus peras y los botones guarnecidos de brillantes: un alfiler correspondiente con una amatista muy grande guarnecida de brillantes, todo en un estuche de taflete encarnado: un alfiler de camafeo fino guarnecido de diamantes, con su estuche: un alfiler con dos culebritas y un brillante grueso al remate y un cristal para poner pelo dentro: una sortija de brillantes con pelo y un brillante grueso en medio: otra sortija de pelo con dos orlas de brillantes alrededor: una sortija de oro muy ancha sembrada de brillantes con una esmeralda verde al aire: unos pendientes de dos perlas grandes, llamadas cocas: muchos pares de pendientes y sortijas de oro y coralina: dos cadenitas de oro con un cofrecito de oro para poner pelo: ocho sortijas con turquesas y varias piedras: doce sortijas lisas de oro francesas: unos pendientes de luto, de azabache engarzados en oro: una cruz de oro: unos arillos con esmeraldas: una sopera grande de plata con su tapa: doce grandes cubiertos de plata: una chocolatera de plata antigua usada: una salsera nueva de plata: una cabeza cincelada de lo mismo: una palmatoria de plata con dos cupidos en el mango cincelados: dos cubiertos de plata hechos en Madrid, de marca regular con dos cuchillos del mismo metal: un reloj de oro de señora con cadena y sello de plata con coralina: un reloj de plata antiguo: una corona grande de plata de la Virgen del Carmen con un letrero del año en que se hizo, con el nombre y apellido de doña Vicenta Mormin: otra corona de plata chica de una Virgen del Carmen de talla: un globo de plata con este letrero: «Capuchinas de Pinto:» una cestita de plata del Niño Jesus, que tenia el globo y era de dichas Capuchinas: cuatro docenas de pañuelos de batista para el bolsillo: un pañuelo de la India, negro, bordado: un chal de cachemir de la India: un chal turco, negro, con cenefa de color: dos mantillas negras con velo: sábanas de Holanda, manteles

y servilletas con listas y sin ellas: camisas de Holanda de mujer: servilletas adamascadas con cenefas y rosas blancas en el fondo, y pañuelos grandes y chicos de crespon y de cañamazo negros y de color: varios pendientes, sortijas y alfileres de pecho: un escudo de oro de la Concepcion esmaltado, y varios botones de oro de camisola, algunos de ellos con diamantes.

Durante el robo, quedó siempre á inmediacion de doña Vicenta Mormin el que iba vestido de manolo, á quien dijo no le tocaran los papeles, y así lo hicieron, y aun la dejaron ropas para mudarse. Como la doña Vicenta se encontrara molestanda por la incómoda postura en que la habian dejado, pidió tambien al manolo que la pusiera debajo de la cabeza un almohadon para poder reclinarla y estar con mas comodidad, á lo que accedió este, por lo que le dió aquella las gracias.

Hallándose los ladrones verificando el robo, llamaron á la habitacion la planchadora, la criada, dos ancianas y otras dos señoras amigas de la modista, á todas las cuales les abrieron la puerta tranquilamente aquellos, haciéndolas entrar en la alcoba de la sala, sujetándolas y tapándolas con ropa.

Así permanecieron los ladrones, registrando la casa hasta que habiendo oido un pito, á cosa de las seis y media, hacía la calle de Salud, se marcharon por la puerta falsa de esta calle.

Examinada doña Vicenta, sobre si tenia alguna sospecha de que su criado Nicolás Fernandez fuera cómplice en el robo, dijo en un principio que no, pero habiendo sabido que habia estado procesado por otro robo hecho en el telégrafo, y observado cierta familiaridad con los ladrones, se apresuró á noticiarlo al juez, resultando complicado en la causa y relacionado con alguno de aquellos, que le visitaba por la puerta falsa de la casa.

Examinado el criado Nicolás Fernandez, sobre el robo, despues de referir la ocurrencia como queda relacionada, dijo que al abrir la puerta, en vez de entrar solo el que iba vestido de correo, lo hicieron con él otros dos hombres con chaquetones y capas azules ó negras y sombreros redondos, todos tres muy afeitados: que cuando uno de los ladrones se arrojó sobre la señora, el otro cerró el balcon, y dos que estaban en la pieza anterior al comedor se echaron sobre él, amenazándole de muerte, poniéndole puñales al cuello si gritaba ó se resistia, advirtiéndole que no sabia cómo ni por donde entró el otro ladrón. Que le hicieron encender luz y salir á abrir con dos de ellos cuando llamaba alguna persona, á la que introducian por fuerza en la alcoba de la señora. Que á él le obligaron á que les enseñase la puerta falsa y les entregase la llave de ella, por la que se marcharon, dejándole atado de piés y manos. Que antes del robo no conocia ni habia visto á los ladrones: que de la puerta falsa no se hacia uso en la casa, pues despues de encender los braseros por la mañana, se atrancaba y se cerraba con llave, subiendo esta á la señora, y alguna vez estando encendiendo los braseros en la puerta falsa, solia pasar por allí un tal Eugenio García y hablarle, pero que

nunca habia subido la escalera y que le conocia por haber estado de compañero suyo en el telégrafo. Preguntado por las señas personales de los cuatro ladrones y sus trajes, dijo que uno iba vestido de levita con galones de teniente coronel, gorra chata de paño, con vivos encarnados y un galon de oro de correo, capa parda, bastante blanco, estatura regular, sin patilla, muy afeitado, delgado de cuerpo y como de unos veinte y cinco á veinte y seis años; que el otro era bajode talla, como de treinta á treinta y dos años de edad, cara llena, abultada por las mejillas, color pálido y un poco amarillento, frente ancha, pelo castaño, barbilampiño ó muy afeitado, ojos vivos, bien parecido, vestido de manolo con capa azul ó negra, chaqueta, chaleco blanco y sombrero de copa alta: que el otro era como de cuarenta y tantos años é iba bastante estropeado, sin corbatin, con chaleco de color, chaqueta de paño y sombrero de copa alta; su estatura regular, color moreno, ojos negros, sin patillas y delgado de cuerpo; y el otro, por fin, era bastante alto, y á proporcion grueso, color blanco, pelo rubio y como de treinta y seis años de edad, é iba con capa azul y sombrero de copa alta.

La criada, Mariana Rodriguez, hablando de las señas de los ladrones, recordó que el uno era jóven, descolorido, algo grueso y que llevaba capa de paño azul y sombrero redondo.

Cuando el juez se presentó en la casa, á consecuencia del parte que se le dió del robo, observó que no habia violencia alguna en los armarios, cajones y demás, como que fueron abiertos con sus propias llaves, y se le manifestó se habia verificado el robo en la alcoba principal que da á la calle de la salud que tiene un balcon en un retrete que hay entre esta alcoba y una piececita; en cuyo retrete y las dos puertas se forma un desvan como de vara de ancho, en el que parece se hallaban las alhajas y dinero, y el cual no se veia hasta que se entraba en el retrete. En la otra pieza contigua existia un armario grande, del que se decia haberse estraído las ropas, así como de otros varios cajones, los cubiertos y demás, pero todo se abrió con sus propias llaves, por lo que no se halló fractura alguna. En la habitacion se encontró una barra de hierro con punta aplastada, como de tres cuartas de larga, un pañuelo de yervas y unos cordeles de cáñamo delgados, cuyos objetos se dejaron allí los ladrones.

Las personas que fueron de visita durante el robo, declararon, que al entrar en la habitacion las empujaba uno de los ladrones, diciéndoles: silencio y adelante; y que habiéndolas atado y tapado, las colocaron en la alcoba, asegurando dos de ellas, que cuando abrió el criado no le tenian asido y llevaba luz, y que de los dos hombres que salieron de dentro de la habitacion y las amenazaron para que callasen, el uno era moreno, bastante feo, y el otro bien parecido y algo grueso.

Lo curioso é interesante de los pormenores de estas declaraciones, nos impulsa á trasladarlas á continuacion, tales como resultan del proceso, así como tambien la del portero de la casa de la modista, de la que aparece, que no supo nada del robo hasta des-

pues de perpetrado, ni vió bajar ni salir á nadie de la habitacion con mueble ni objeto alguno, con lo que no queda lugar á la menor duda acerca de su fidelidad, como pudiera haberla suscitado la circunstancia de presenciar que se llevaban personas desconocidas objetos de la casa, sin impedírsele ni tomarse el cuidado de preguntar á su dueña ó á los criados el motivo de tan súbita é ignorada mudanza.

Doña María Palomero, soltera dijo: que el día doce fué á visitar con otra vecina á la Mormin; abriéndoles la puerta el criado Nicolás Fernandez, y en seguida se les presentaron uno ó dos hombres, diciéndolas: «callando y andando», y dándoles puñadas en las espaldas, las condujeron por el gabinete á la alcoba principal; que á poco rato se marcharon los ladrones, y entonces la declarante y otras mujeres que había en la alcoba, todas tendidas boca abajo y tapadas con una colcha, y algunas atadas, se levantaron y fueron al comedor, donde estaba doña Vicenta, por la cual supieron que la habían robado. Doña Juana Orozco, soltera, planchadora, dijo: que fué á casa de la Mormin á recojer la ropa para planchar, y la abrió Fernandez, y como no había luz, dijo la declarante ¡qué oscuro está esto! y pasó adelante; pero al llegar á la antesala, oyó que decía á su espalda un hombre á quien no vió: «silencio y adelante, que con usted no va nada» y al llegar al comedor en que había luz, vió á doña Vicenta tendida en el suelo y atada, lo que la horrorizó, y dió un ¡ay! pero el que la seguía detrás, la impuso silencio, y con el pañuelo grande que llevaba puesto la testigo, la tapó la cara y cabeza en disposicion que nada veía; esto fue á la misma entrada del comedor, y en seguida la condujo y sentó en un confidente que había allí, donde vió á otras dos mujeres; luego la ató un pié á una mano, haciéndola estar muy agachada, hasta que á poco la desataron, y tapada como estaba, la llevó uno á la alcoba de la señora, segun luego conoció, donde la dejaron con otras mujeres: luego que el hombre ú hombres que allí había se marcharon, la señora empezó á dar gritos y la testigo se azoró y asustó tanto, que ignora lo que pasó y tuvieron que sangrarla en el acto. Cuando el criado abrió la puerta, no advirtió si estaba solo ó acompañado: no vió á los ladrones ni sabia cuantos eran ni tomó idea de sus señas.

Doña Ana Martínez de Vera, viuda, dijo: que fue á visitar dicho día con su hija á doña Vicenta: que la abrió Fernandez, llevando una luz en la mano: que en seguida salieron de adentro dos hombres que amenazándolas con la muerte, las impusieron silencio y condujeron á la alcoba principal, donde las mandaron sentar y que callasen, pues con ellas no iba nada. Que no recordaban las señas de dichos sugetos, pues no tomaron idea fija de ellos por el susto que las ocasionó semejante suceso y solo podían decir que el uno era moreno, bastante feo y el otro bien parecido, algo grueso; que tambien les parecia que en la habitacion había otro ú otros hombres: que luego que se marcharon los ladrones, la doña Vicenta empezó á dar voces, y entonces salieron de la alcoba la declarante y las demás mujeres que en ella había, y vie-

ron que faltaban ropas, alhajas y dinero que la doña Vicenta echaba de menos: que cuando el criado abrió á la testigo, no vió que nadie le hubiera sujetado, antes por el contrario, tuvo tiempo de marcharse por la escalera abajo.

Doña Rosa Vera, soltera, de edad de diez y siete años, que vivia en compañía de su madre, declaró que á cosa de las seis de la tarde del domingo 12 del corriente, pasó la declarante con su señora madre, á visitar á doña Vicenta Mormin, llamaron á la puerta y les abrió el criado; que la testigo no vió que tuviera nadie sujeto á este; que en seguida salieron de adentro dos hombres, uno moreno bastante feo y el otro bien parecido, y amenazándoles é imponiéndoles silencio, las condujeron á la alcoba, donde permanecieron sentadas segun les previnieron aquellos hombres, debiendo advertir que tambien habían otro ú otros en la habitacion y que luego que los ladrones se marcharon, se enteró la declarante por relacion de doña Vicenta del robo.

Ampliando esta declaracion dijo, que despues de repetidas veces que tocaron á la puerta sin responder nadie, salió á abrirlas el criado Nicolás Fernandez, sin ver primero por la ventanilla, como tenia de costumbre hacerlo, quienes eran los que llamaban; que estando ya en el recibimiento, le preguntaron al Fernandez por su ama, pues no había en aquella pieza otra persona que el criado á quien hacer la pregunta, y estando levantando el brazo como indicándolas se hallaba allí, salieron de la pieza de adentro los dos hombres que las sorprendieron y condujeron á la pieza en que las tuvieron, habiendo el Fernandez quedado atado en el recibimiento, no recordando quienes fueron los que cerraron la puerta de la escalera, si el criado ó los dos hombres referidos, y si se cerró al tiempo que salieron estos ó despues que se quedó solo el criado, al cual vieron que entró y salió con los ladrones en la pieza en que las tenían, habiendo sentido como que ataron estos al Fernandez por las piernas, segun le pareció, poco antes de marcharse, pues notaron que se quejaba dicho criado.

El portero de la casa de doña Vicenta Mormin, Alfonso Mata, declaró: que en la tarde del 12 de febrero último, entre tres y tres y media de la tarde, segun le parecia, fué á la fuente de la Puerta del Sol por un botijo de agua, con el que volvió á cosa de un cuarto de hora, poniéndose en seguida á encender un brasero; y mientras lo encendía, no vió que entrasen en el cuarto de doña Vicenta mas que la criada, la planchadora y otras dos señoras cuyos nombres ignoraba, y si solo sabia iban de visita alguna vez á la casa; que poco antes de las siete, habiendo llamado un tal don Salvador al cuarto de doña Vicenta y no contestándole, avisó al declarante, subió, y ambos volvieron á llamar, hasta que la doña Vicenta les salió á abrir, y les dijo que la habían robado: que en la habitacion hallaron á varias señoras llorando, y que el criado Nicolás Fernandez era el único que estaba atado por las piernas con un pañuelo de seda y tendido en el suelo de la alcoba de la señora, por lo que el declarante le desató las piernas, y que las manos las tenia libres.

Para averiguar quienes habian sido los perpetradores de los robos relacionados, el juez de primera instancia, don Benito Serrano, á consecuencia de haber recibido un anónimo en que se le decia que lo eran Manuel Sierra, Luis Candelas y otros desertores de presidio, mandó que los alcaides de las cárceles de córte y villa, en vista del contesto de aquel y de las señas de los ladrones que daban los robados, declarasen si sospechaban quienes podian ser aquellos. Y verificándolo así, el de la córte, don Mateo del Valle dijo, que por las señas que daba doña Vicenta Mormin del primer sugeto y con las que convenia el criado, le parecia podria ser Pablo Maestre, y por las que daba del segundo, le parecia ser Luis Candelas, los cuales era público se hallaban en la córte; y el alcaide de la cárcel de Villa, declaró lo mismo, designando ademas, ser el tercero Leandro Postigo.

Asimismo, el juez de la causa, mandó prender desde luego al criado Fernandez, poniéndole incomunicado, y remitir los documentos referidos al jefe político con un oficio para que practicara las diligencias que juzgase convenientes.

En el mismo día, 22 de febrero, en que se recibieron las declaraciones de los alcaides, dirigió el jefe político un oficio al juez de la causa, manifestando que por las diligencias reservadas practicadas para averiguar los autores de estos robos, en vista de los documentos que le habia remitido él mismo, los comisarios de policía don Juan José Fernandez Arroyo, don Carlos San Sermin, el capitán de salvaguardias don Luis la Llama y el celador don José Pablos, reunidas las noticias que cada uno tenia, habian espuesto que el robo de doña Vicenta Mormin, segun las mayores probabilidades, lo habian ejecutado Luis Candelas, Juan Mérida, José Sanchez, Ignacio García, Julian Villena, Paquillo Villena, Pablo Luengo y Mariano Balseiro: que el robo del espartero, debian haberlo verificado Julian Villena, Mariano Balseiro, Luis Candelas, José Campos, y un tal Ramonet, y como estos sugetos eran desertores de presidio ó fugados de las cárceles, habia dispuesto se les persiguiese y arrestase.

Recibióse tambien declaracion á don Francisco García Chico, capitán de caballería retirado á quien el jefe político le habia encargado días antes la persecucion de malhechores, sobre lo que sabia con relacion á los robos referidos y á sus perpetradores, declarando aquel: que sabedor de que se ocultaba en Madrid Manuel Sierra, desertor de presidio y que habia venido con Candelas, le buscó para que le sirviera de confidente, y en efecto, le dijo este la ocasion en que podria prender á varios de ellos; pero se desgració la diligencia por haber sido preso el mismo Sierra: que segun las noticias que le habia dado este del robo de doña Vicenta, se proyectó por Balseiro con motivo de que habiendo estado preso en el mismo encierro que el criado de aquella, Nicolás Fernandez, éste, despues de su libertad notició á Balseiro todo lo necesario para la ejecucion del robo, pero con motivo de ir Candelas á presidio, se suspendió su perpetracion, de suerte que á la salida de Candelas para su destino, se le dijo que volviese

pronto, pues tenia que hacer; que fugado Candelas con otros, vino á Madrid con Sierra y se resolvió el robo en la forma que se verificó, siendo de advertir, que el día de su ejecucion se encontró Candelas con el sacerdote que estaba de huésped en casa de doña Vicenta, y le previno era correo francés y que traia una visita para doña Vicenta, y como le invitara aquel á que fuera á visitarla en el acto, le manifestó no poder hacerlo por ir de prisa: que aunque en este robo solo entraron en la habitacion tres ó cuatro hombres, intervinieron activamente Candelas, Balseiro, Ramon Ausó, José Campos, Juan Mérida, Pablo Maestre, Francisco Villena, á la sazón empleado como sastre en el corte del vestuario en Santander y Julian Villena: que en el del espartero, intervinieron los mismos, como tambien en el de la calle de Preciados, sin mas diferencia que la de que al primero no concurrió Villena ni Leandro Postigo; que no sabia existiera ningun ladrón que se llamase Pablo Luengo; que José Sanchez se hallaba en presidio é Ignacio García hacia muy pocos días que habia llegado á la córte.

En consecuencia de esta declaracion se examinó á Manuel Sierra sobre los extremos que contenia, y dijo que habiendo sido condenado por la audiencia territorial á cuatro años de presidio en Málaga, desertó desde Manzanares y encontró en Dos Barrios á Candelas con quien vino hasta Madrid, y habiéndose presentado en Palacio para que se le indultara de su delito, se encontró con don Francisco García Chico, á quien conocia por haber estado en su ronda en persecucion de malhechores; que dijo á este que se trataba de hacer un robo por Candelas, Balseiro, Ramonet, Campos y Maestre, lo cual sabia porque Candelas se lo habia dicho, con motivo de haberle pedido el declarante que le socorriera, porque no tenia con qué mantenerse, y hallándose Candelas en igual situacion cuando le encontró en Dos Barrios el declarante, gastó con él hasta Madrid media onza que tenia y Candelas le dijo le socorreria despues que hiciera el robo, y así se lo contó el declarante á Chico, añadiéndole que en aquella noche, se iban á reunir todos en una taberna de la calle del Carmen, entre la de la Salud y la del Olivo, donde los podrian prender; pero sucedió lo contrario, porque Balseiro, Ramonet y Campos, habian ideado tambien delatar al declarante para que le prendieran, y así es, que el celador de las afueras, Arroyo, acompañado por estos lo prendió, en efecto, por lo que no pudo verificarse la prision de los otros, contando esto mismo Sierra al celador Arroyo en el acto de prenderle. Declaró, asimismo, que no conocia al criado de doña Vicenta, ni le dijo á Chico que interviniera este en el robo, y solo le contó que estando en la cárcel de córte hacia mucho tiempo, oyó á Balseiro que en saliendo habia de hacer un robo de consideracion por medio del criado de la casa en donde se habia de verificar, y asimismo, le dijo á Chico que en la noche que estuvo con Candelas, Balseiro y Ramonet en la taberna de la calle del Carmen, cuando el primero le habló del robo, vió con ellos á un hombre que le era desconocido, de baja estatura con capa de pa-

ño azul y sombrero redondo, que estaba hablando con ellos, á lo que le dijo Chico, que seria tal vez el criado de la modista: que el declarante no dijo nada al sacerdote con quien habló Candelas, ni que en el robo de la modista intervinieran Mérida y los Villenas, ni tampoco quienes asistieran á casa del espartero y de la calle de Preciados, porque no lo sabia, y finalmente, que habia oido decir que Balseiro y otros estaban en Valladolid y Candelas y Maestre se hallaban en esta corte, pero que no sabia de positivo que esto fuera cierto.

Entre tanto, un preso de la cárcel de corte, llamado Manuel Ortiz, soldado del regimiento infantería de la Princesa, manifestó al alcaide tenia que dar noticias relativas á esta causa, y examinado en su consecuencia, dijo: que en el encierro en que se hallaba con Nicolás Fernandez, criado de la robada Mormin, habia sabido por el mismo, que en el año anterior, cuando el Nicolás estuvo preso con Balseiro, le preguntó este si en casa de su ama se podria entrar ó franquearles él la puerta, y convinieron ya entonces en ejecutar el robo cuando Balseiro estuviera en libertad, y con este motivo, el Fernandez dijo á Balseiro y á los demás compañeros de este, que fueron Candelas, Maestre y algun otro, de qué medio se habian de valer para entrar en la casa: y así fue que Fernandez les indicó que su señora, doña Vicenta, tenia una hija en Francia, de quien solia traerle visitas un correo de gabinete, por lo que podrian entrar disfrazados de tales: que luego que los vió Fernandez cuando llamaron á la puerta, no les quiso abrir sin pasar recado á la señora, para que esta no sospechase, y luego que entraron, pudo, cuando le llevaron á abrir la puerta, haberse escapado varias veces, y no lo hizo por hallarse de acuerdo con ellos: que en su consecuencia, les dijo donde estaba el dinero y alhajas, sacándoles por la puerta falsa; que asimismo les dijo tener su ama un Santo-Cristo de oro y un aderezo de 1,800 reales en oro en una rinconera, cuyos objetos se dejaron olvidados los ladrones, lamentándose despues el criado Fernandez de no haberse quedado el dinero para sí, porque segun le dijo al declarante, no le dieron despues mas que quince onzas, habiendo ofrecido darle 10,000 reales, por medio de la querida de Balseiro, que le esperó hasta el anochecer para entregarle aquellas; que tambien le manifestó este criado que su ama doña Vicenta habia enviado un baul á la calle de Hortaleza, que no sabe qué contenia, y fue llevado por él y un mozo de cordel, y como en el dia anterior habia recibido Fernandez en el encierro una esquila en que se le decia que Pablo Maestre se hallaba en Madrid para libertar á los otros presos que estaban en Valladolid, le pareció al testigo dar este aviso para evitar el robo del baul. Estos particulares fueron confirmados por doña Vicenta Mormin, la cual dijo asimismo, que en una rinconera tenia una cajita de obleas y en ella unos 5,000 reales en oro para el gasto de la casa, cuya cajita y dinero se dejaron los ladrones.

Con estos antecedentes, acordó el señor Serrano, juez de esta causa, en 1.º de marzo, la prision de

los referidos sugetos, de quienes se sospechaba fueran autores de los mencionados robos; circulando á los jefes políticos del reino lista de lo robado, que se insertó en el suplemento al *Diario de Avisos* de esta corte de 25 de febrero, con las señas de los mandados prender, y copia del oficio del jefe político de esta corte de 22 de febrero, de que se ha hecho mérito.

Los sugetos á quienes se mandó prender por este auto, fueron Luis Candelas, Juan Mérida, José Sanchez, Ignacio García, Julian Villena, Paquillo Villena, Pablo Luengo, Mariano Balseiro, Pablo Maestre y Leandro Postigo.

El primero á quien se capturó, fue á Juan Mérida, desertor de presidio, lo que se verificó el dia 4 de marzo, en Madrid.

Examinado Mérida sobre si se habia reunido con Candelas, Sanchez, Campos, Maestre, Postigo, García, los Villenas, Luengo y Balseiro, contestó, que aunque conocia á todos ellos por haber estado preso con los mismos, no los habia visto despues, aunque sí oido que, escepto García, todos los demás se habian fugado, y tambien habia oido de público se habian hecho varios robos, sin poder designar á quien lo oyó, y que los habian hecho Luis Candelas y Mariano Balseiro; pero que él no intervino en ninguno.

En 26 de marzo, compareció tambien ante el juez el alcaide de la cárcel de corte, manifestando haber llegado á su noticia que el martes, 21 de aquel mes, se hallaba Candelas en Valladolid, á donde fué en un caballo, y le acompañaba en una calesa una jóven llamada N. N. con quien habia tratado antes de ahora, y se afirmaba que llevaba un gran cinto de onzas sobre sí, y por separado dos cajones con alhajas y objetos preciosos, y que allí se le habian reunido otros tres cómplices, alguno de los cuales parecia ser Maestre y Balseiro. Que en aquel dia, ó al siguiente, habian salido en una tartana para Rioseco dejando la calesa que habia vuelto á Madrid, habiendo presunciones de que se dirigian á Leon, yendo siempre Candelas en un caballo; que ignoraba quién fuese el calesero de Madrid y su nombre, ni á quién habia oido lo que manifestaba, por haber sido á los presos, entre otras conversaciones.

Ademas, el comisario de seguridad pública, don Carlos San Sermin, preguntado por las razones de probabilidad que tenia para asegurar que los sugetos que citaba el jefe político en su oficio fuesen los autores de los robos de que se trataba, dijo, se fundaba en las noticias que le dió D. N. Larraga, vecino de la calle de Jacometrezo, á quien habian robado el dia 28 de enero y doña Vicenta Mormin, y ademas, en que, como se sabia de público que los espresados sugetos se habian fugado al tiempo de ser conducidos á presidio, y los robos ocurridos en esta corte, habian sucedido despues de su regreso á ella, habia su motivo fundadísimo para sospechar que fuesen ellos los autores; que el declarante, habia encargado al celador Pablos que vigilase á la querida de Candelas y vió que esta entró en diversas tiendas, y habiendo estado el que declaraba en su casa en busca de Candelas, vió una porcion de objetos que creia se habrian comprado con dinero que la diese Candelas.

En consecuencia de estas declaraciones, dióse auto, requiriendo á los escribanos á quienes correspondia, para que dieran testimonio de las causas formadas contra los mandados prender y de los presidios á que habian sido destinados, librándose en su virtud los correspondientes exhortos para averiguar si se habian fugado los destinados á ellos; cuya providencia dió por resultado la remision de las notas y testimonios de la formacion de las causas que indicamos al reseñar la historia de cada uno de aquellos, y haber efectuado la fuga de Candelas y demás mencionados que se hallaban con dichas condenas.

Asimismo, se ofició á las autoridades de Valladolid para que averiguaran lo que hubiera de cierto sobre el tránsito ó permanencia de Candelas y demás en dicha poblacion.

En su virtud, el jefe político de la misma contestó, haber averiguado que Candelas, Balseiro, la Josefa Gomez y otros, habian pasado por aquella ciudad con direccion á Oviedo, segun resultaba de diligencia practicada y de la declaracion de un calesero de Valladolid.

En efecto, examinado Elias Mangas, criado del calesero de Valladolid, Valentin Fernandez, declaró que con la tartana de su amo que habia salido el 21 de marzo á las doce del dia para Oviedo con dos señoras, llamadas la una doña Josefa, de treinta años de edad, y la otra cuyo nombre ignoraba, de diez y siete, bajita, acompañadas de tres señores, el uno llamado don Luis, montado en un caballo ceniciento, marido al parecer de la mas jóven, de edad de treinta y cuatro á treinta y seis años, estatura cinco piés, poco mas ó menos, pelo negro, ojos azules, nariz regular, barba lampiña, con pantalon de pana azul, chaqueta de piel, sombrero calañés que terminaba en punta, bastante fino, calzado con borceguies; otro llamado don Mariano, que se decia marido de la Josefa, montado en un macho de siete cuartas y media de alzada; sus señas de unos veinte y ocho años de edad, estatura cinco piés, poca barba y una cicatriz en el carrillo izquierdo, vestido con pantalon de paño negro, abotonado con botones de plata y sombrero como el compañero; iba montado en un macho con aparejo redondo; llevaba una escopeta y en el sombrero una escarapela encarnada, habiendo oido decir que era nacional de caballeria. El otro sugeto se llamaba don José, era de unos treinta años de edad, é iba en un caballo de siete cuartas. Que habiendo sabido el don Mariano que en la posada del Angel habia dos asientos para Leon, fueron á tomarlos; pero despues, diciendo al declarante si queria llevar á Oviedo á las dos señoras, y contestándole que no tenia inconveniente, ajustó dos asientos en 600 reales, los cuales le abonó poco antes de salir el don Luis. Que el equipaje que llevaban estaba reducido á un colchon, dos mantas encarnadas y tres baules, uno grande forrado de piel y dos pequeños iguales forrados de cuero, que pesaron los tres como seis arrobas: en el camino tardaron seis dias y medio. Los sugetos referidos se quedaban á la salida en la cama; pero le decian donde habia de llegar á comer y á dormir, y generalmente le alcanzaban para comer,

legando á las posadas antes que el carruaje. Estuvieron en Oviedo dia y medio, donde los visitaron dos hombres, uno llamado Domingo y otro Ramon. Los viajeros eran, segun les oyó, madrileños é iban á embarcarse á Gijon. Mas al ir á volverse el declarante de vacío, le dijo el don Mariano, si queria volver á llevar á su mujer á Valladolid, y ajustó el retorno en cien reales, cargando los dos baules pequeños, las dos mantas encarnadas y un cajon que oyó contener un reloj de sobremesa, poniéndose en camino en el mismo miércoles, 28 de marzo. El don Luis dijo que iba á salir con la otra jóven para Gijon á las dos de la tarde, á cuyo efecto tenia ajustado un coche. Don José, don Mariano, Ramon y Domingo se quedaron en Oviedo, pero al segundo dia le alcanzaron en el pueblo de Lavid, donde pernoctaron todos; habiendo llegado á Leon, en donde se separaron de ellos el Ramon y Domingo sin haberles vuelto ya á ver. En el camino dijo al declarante la Josefa que la llevara á Tordesillas, en donde queria esperar á su marido de regreso de Leon; el dia 4 llegaron á Tordesillas, pero no acudieron ni el Mariano ni sus compañeros, por cuyo motivo dijo al declarante la Josefa que podia pasar á Valladolid donde podia esperarles, y desde donde queria avisar á una hermana suya, mujer del cirujano de Cojeces, para que fuera á verla, por lo que la propuso el declarante que fuese á la posada de fuera de la puerta de Tudela. Llegaron en efecto á dicha posada con los dos baules y dos mantas, en donde la dejó el dia cinco, encargándose por favor que le pidiera la Josefa de buscar un propio para avisar á su hermana.

Valentin Fernandez, amo de Elias Mangas, contestó ser cierta la cita que de él hacia su criado.

A la Josefa Gomez, se la encontró sin pasaporte el 7 de abril en la indicada posada, en compañía de su hermana María, hallándola dos baules, con ropa de vestir, seis cubiertos de plata con las iniciales M. B. y un cajon que contenia un reloj de sobremesa de metal. Examinada, dijo: que habia salido de Madrid, hacia mes y medio en compañía de un hombre hasta Oviedo, donde la dejó, diciéndola se iba á embarcar para Gijon y se volvía á Madrid sin pasaporte, porque iba incluida en el del hombre que era Mariano Balseiro, chalan de ejercicio. Que los cubiertos eran de ellos y tuvo el gusto de marcarlos con las iniciales de su amigo: que les acompañó á Oviedo otra mujer que llevó un cofre y un colchon de equipaje, que iba con uno que decia ser su marido, sin haber llegado á oir como se llamaba este: que en Oviedo estuvieron juntos en la posada, y habiéndose incomodado ella con Balseiro, se vino, quedando allí todos: que el cajon y el reloj eran suyos, y que ignoraba los robos hechos en Madrid, en febrero.

En su consecuencia, el jefe político de Valladolid ofició á las autoridades de igual clase de Leon y Oviedo, dándoles aviso de la marcha á aquellas poblaciones de los sugetos mencionados sobre quienes recaian vehementes sospechas de ser Candelas, Balseiro y consortes, para que procedieran á efectuar las diligencias necesarias sobre su paradero, practicando sin perjuicio, dicho jefe político de Valladolid

las que juzgó oportunas para averiguar si era cierto el regreso de dichos sugetos á esta poblacion, como habia declarado Elias Mañas, y para conseguir su captura.

Efecto de estas diligencias, fue la captura de Mariano Balseiro, José del Campo, Ramon Ausó y Leandro Postigo. Verificóse esta captura el día 6 de abril, á media legua de Medina de Rio-Seco, yendo montados y armados, sorprendiéndolos una partida del segundo batallon franco de Soria, al mando del sargento Andrés García, acompañado del oficial de la Gefatura, don Ramon Coton, que habian salido al intento, habiendo salido heridos Campo y Postigo por querer fugarse. Asi resultó de oficios del alcalde de Rio-Seco al jefe político de Valladolid, á quien remitió dichos presos, y de este al juez de primera instancia de Madrid, que entendia en la causa.

Recibida declaracion á Balseiro en Rio-Seco, dijo: que el 24 de febrero salió de su casa con su convecino José del Campo á pasar unos dias á Tarancon; á los ocho ó nueve volvió á la córte, de donde salió con su mujer Josefa Gomez, para Oviedo por Valladolid, con objeto de establecerse; pero no habiéndoles agradado la poblacion, se volvian á Madrid, cuando fue preso con los otros dos, á pesar de ser nacional y tener buen pasaporte. Que en el camino se reunieron casualmente el señor Domingo, Campo y Ramon Ausó, á quienes habia visto en Madrid: que su mujer marchaba adelante en una tartana, y únicamente conocia á Candelas por revoltoso en Madrid. Que la caballeria en que iba la compró á un tal Calero que tenia un tejar (lo cual es falso) en las afueras de la puerta de Santa Bárbara y Alcalá: que la repeticion de oro la compró en Madrid en el año 1834 en la taberna de un hermano suyo, presenciándolo este y su mujer, y la de plata á un relojero de Valladolid, cerca de la fuente Dorada, cuya cita evacuada por don Luis Martin, el relojero, dijo se la vendió en diez y nueve duros á mediados de marzo, pero sin reparar entonces en el sugeto; que iba armado de carabina por ser nacional para hacer fuego en caso necesario.

Antes de salir de Rio-Seco, en 19 de abril de 1837 fue reconocido, y se le ocuparon seis pares de botones de monedas de oro de á 40 reales, dos de los cuales, dijo habérselos hecho en Valladolid, lo que en efecto afirmó al platero Telesforo Izquierdo, pues se los hizo á principios de marzo, habiendo sacado Balseiro para este objeto un puñado de onzas, entre las que habia media que le dió para hacer dos pares de botones, habiéndole hecho asimismo un guardapolvo en un reloj, y quitándole el que tenia de bronce dorado, por todo lo cual le llevó doce duros y medio.

Trasladado en 22 de abril á Valladolid, declaró Balseiro haber salido de Madrid el 24 de febrero y no el 25, como habia dicho anteriormente: que durmieron en Fuentidueña, y al día siguiente á las doce de la mañana llegaron á Tarancon: que cuando volvió á salir de Madrid para Oviedo con su mujer y José del Campo en un caballo perlino de tres dedos y de cinco años, llevaba aquella dos baules y un cajon

pequeño que contenia un reloj que habia comprado la misma en Madrid, y aquellos contenian ropa de los dos y no estaba cierto si media docena de cubiertos que tenia con las iniciales de su nombre y apellido y que habia comprado, segun dijo, en la calle de Preciados sin saber á quien: que llegaron el 28, y dejando á su mujer en el meson del Angel, salió con Campo el 4 de marzo para Tarancon, sin mas objeto que el de ver á los amigos que tenia allí y divertirse: que allí permanecieron dos dias, habiendo marchado á Madrid, donde permanecieron otros dos ó tres, al cabo de los cuales volvió á reunirse con su mujer el 20 de marzo, saliendo con ella para Oviedo al día siguiente, reuniéndoseles en él un tal don Lucio y la suya en la galera despues de comer juntos: que el don Lucio iba en su caballo y que llegaron á Oviedo á la posada de la Catalina, donde estuvieron juntos, marchándose este con su mujer, segun le dijo á Gijon, y volviéndose ellos hácia Valladolid; que nunca oyó nombrar al referido sugeto con otro nombre que el de Lucio y que le dio 15 duros para parte del pago de los 600 reales en que aquel habia ajustado en Valladolid los dos asientos para ir á Oviedo: que entonces se les reunieron Campo y Domingo, cuyo apellido supo despues ser el de García: que no sabia que su mujer comprase objetos de lujo, para lo que no le hubiera dado su permiso, porque no le gustaba; y últimamente, declaró haber sido preso tres veces en Madrid, donde se le siguieron seis causas, pero que no era fugado, pues estaba en libertad bajo fianza.

En las declaraciones tomadas á Leandro Postigo, Ramon Ausó y á José del Campo, que espondremos al hacernos cargo de lo que resultó en esta causa contra cada uno de ellos, dijeron: el primero, que conocia á Candelas por haberle visto preso en la cárcel de Córte, pero que no le habia visto en el viage á Leon, y el segundo y tercero, que no le conocian.

Entre tanto, iban produciendo su efecto las diligencias practicadas para la captura de Candelas y de su querida.

El jefe político de Valladolid tuvo aviso de que en la noche del 9 de mayo habia llegado á aquella ciudad con el ordinario de Oviedo un tal Luis con una mujer que se decia llamarse N., cuyas señas convenian con las de Luis Candelas. Inmediatamente mandó practicar dicha autoridad las diligencias que juzgó necesarias para averiguar la casa ó posada donde se podia encontrar, resultando de ellas, que en el parador de fuera del Puente Mayor existia el equipaje de Candelas y que con otro hombre se habia presentado este en la mañana del 9 á vender ó componer unas sortijas en una platería de Valladolid. Con estos datos, se acordó la ocupacion del equipaje, la averiguacion de estos hechos y la captura de Candelas.

En su consecuencia, se procedió á examinar al ordinario de Oviedo á Valladolid y á los viajeros que vinieron con él.

El ordinario, llamado Juan Campillo, dijo que el 2 de mayo se habia presentado en su posada un hombre llamado don Luis, cuyo apellido no tenia presente, y ajustó un asiento hasta Valladolid con su

equipaje, compuesto de un baul de tres arrobas de peso, un colchon y un saco blanco. En el dia siguiente, que era el de la marcha, se presentó una mujer, y entonces conoció que el asiento era para la mujer, cuyo porte y equipaje le satisfizo aquel. Esta y el hombre mencionado se hallaban de posada en casa de doña María del Conde, de la que condujeron el equipaje á la suya; el Luis traia un pasaporte en que se espresaba ser casado: por el camino este sujeto

se adelantaba algunas veces ó atrasaba del paso de la galera, y desde el pueblo de Zaynos en el dia 8 se adelantó á Valladolid, y segun tenia entendido, hubo de llegar á dormir á esta poblacion. Que jamás habia visto á estos sujetos hasta que se presentaron en Oviedo, y que únicamente les oyó decir, que habian pasado allí en compañía de otra señora y de cuatro caballeros en la mensajería de Medina.

El comisario de seguridad encargado de practi-



Robo en casa de la modista de la reina.

car estas diligencias, mandó, para no detener á los viajeros de la galera de Juan Campillo, que se hallaban en la posada de Juan Domine, titulada parador de Rio-Seco, que compareciesen á manifestar las señas de Luis y su titulada mujer, N., que salieron con ellos de Oviedo y qué equipaje llevaban, con todas las circunstancias que pudieran contribuir á calificar sus personas y averiguar si eran los mismos á quienes se perseguia como autores y cómplices de los robos perpetrados en Madrid, presentando sus pasaportes y quedando por entonces el equipaje en la misma posada, hasta nueva providencia.

Los viajeros, don Francisco Perez, don Rogelio Moraleda, doña María del Carmen Cangas de Garcia, doña Josefa Longoria y don Bonifacio Silens, declara-

raron que el dia 3 de mayo salieron de Oviedo con una mujer que oyeron llamar N., la cual, en la misma galera donde habian venido, habia traído de equipaje un baul, un colchon, una manta y un saco con varios objetos de poca identidad, cuya mujer decia serlo de un tal Luis, cuyo apellido no tenian presente: este hombre iba á caballo en una jaca de alzada poco mas de seis cuartas y media, pelo castaño, con su silla y llevaba dos cachorrillos. Dicho sujeto se adelantaba y atrasaba en el camino, habiéndose separado de ellos el 8 de mayo desde el pueblo de Zaynos, debiendo haber llegado un dia antes á Valladolid, pues cuando llegaron ellos al parador de Rio-Seco en la tarde del 9, hallaron en él á dicho Luis, y aun observaron que con su mujer, que asi se

titulaba la mencionada N., trató de quedarse en el mismo parador; pero al anochecer les dijo esta que se iba á marchar á casa de un amigo de su marido, lo cual estrañaron; y en efecto, se ausentaron los dos sin haberles vuelto á ver, dejando en el parador el equipaje. Que el mencionado Luis era bajo, regordete, vestido con chaqueta de pieles negras, pantalón de terciopelo ó pana negra con pieles, chaleco de paño negro, capa parda, sombrero de cubilete fino de felpilla negra, y también usaba á veces una cachucha de felpilla negra con visera, y la N. era de unos diez y siete años, bajita, de ojos castaños y bien parecida; vestida con camiseta de percal, fondo color de mahon bajo, con flores de colores, lo que hacían presente para los efectos consiguientes. Asimismo declararon, que les había dado el don Luis para envolver una baraja, el papel que presentaban escrito en una hoja del de pobres del año 1834 y era un borrador de una certificación de don Agustín Romero Parri-lla, administrador de la empresa de derechos de puertas de Zamora, con fecha 31 de diciembre de 1833, en la que se afirmaba que don Luis Prieto Cagigal, empleado en el resguardo de aquella dependencia, se había comportado con honradez y celo en cuanto se le había encargado, constando su adhesión al gobierno de la reina y dando pruebas de ello en las épocas que estuvo comprometida la tranquilidad pública.

Inmediatamente, el comisionado cabo de seguridad pública, acompañado del competente escribano, procedió á la ocupación del equipaje y efectos pertenecientes al hombre y mujer llamados Luis y N. N. que mencionó Juan Campillo haber llevado en su galera. Dicho equipaje consistía en un baul forrado de cuero blanco, de cinco cuartas de largo con cinco barras de madera, aldabas de hierro á los testeros, cerrado con llave; un colchón de lana, una manta vieja de caballo y unas alforjas con una fiambrera; todo lo cual quedó en clase de depósito por entonces en poder del posadero, habiéndose puesto por delante de la mano de la cerradura, una tira de papel con la rúbrica del escribano pegada con obleas, para que no pudiera ser abierto sin conocerse.

Examinado el dueño de la posada, Juan Domine, declaró, que por su mujer había sabido, por no hallarse él en la posada, que en la mañana del 9 de mayo llegó á aquella un hombre bajo con un caballo, pelo castaño, bajito, ensillado, y después de haber comido, se echó á dormir, habiendo dado noticia que llegaba la galera de Oviedo con seis asientos y que se dispusiera lo necesario para los viajeros. El Juan salió á esperarla al mismo tiempo que pasó á Zaratan á un recado, y cuando volvió de él ya había llegado, siendo á cosa de las dos de la tarde. A cosa de las cuatro, pasó á la ciudad el hombre del caballo, volviendo después de un rato á la posada, y saliendo á poco nuevamente en compañía de la que dijo ser su mujer; y según oyó á los dependientes de las puertas, llevó consigo unos bultos con ropas. La mujer ya no volvió á la posada, pero si el hombre, habiéndole pagado el gasto suyo, y sacando el caballo, se marchó con la N. diciendo que iba á dormir á casa de un conocido, y que al día siguiente volve-

rían cuando saliese la galera; pero ya no volvieron.

Los carabineros del resguardo de rentas, evacuando la cita del posadero sobre haber reconocido los bultos de ropa que entraron al anochecer en la ciudad la mujer y un chico de quince años, dijeron que el de este contenía una levita y un pantalón, y el de la mujer, varios pañuelos, uno de paño encarnado bordado de seda blanca, dos de casimir floreados, fondo azul, dos mantillas de punto y otros pañuelos de colores, todo usado.

El jefe político, subdelegado de protección y seguridad pública de Valladolid, mandó por auto de 11 de mayo trasladar al gobierno político los efectos ocupados pertenecientes al llamado Luis y á su mujer, y que se formalizara el correspondiente inventario, y mediante á que el baul se hallaba cerrado, se descerrajase por un maestro herrero, manifestándose si se hallaba en el mismo estado que cuando quedó en poder del dueño del parador de Rio-Seco.

Encontrándose el baul en la misma forma, sin señal de haberse levantado el papel del sello, se trasladó con el equipaje al gobierno político, y abierto por el cerrajero á presencia del jefe, del dueño del parador y dos testigos, se procedió al registro é inventario de los efectos que contenía, para que pudiera después averiguarse si se hallaban en él algunos de los objetos robados á doña Vicenta Mormin y demás personas. El baul contenía mantillas de mujer, camisas de hombre y de mujer y un camisolín de señora, enaguas, calzoncillos, dos almohadas de lienzo fino, guarnecidas de muselina bordada, una servilleta alemanesca ordinaria sin fleco, otra fina con cenefa negra á cada lado, una camisa de percal hecha pedazos, un par de calcetas de mujer desiguales, un bolsillo de abalorio, fondo color de leche con mariposas azules y encarnadas con granitos de acero repartidos en el fondo, boquilla de metal dorado forrado por lo interior de tafetan blanco, que aun se conocía pudo contener dinero, cuyo bolsillo estaba oculto entre el doble de las calcetas inventariadas, una mantilla de tafetan azulada, cortes de pantalones, vestidos, un cinto de lienzo para guardar dinero y envueltas en un cuello de camisa, dos cajitas redondas de cartón, una verde y otra encarnada, la una llena de mariscos, un par de botones para camisa de piedras de Francia, una bolsita de estameña negra con un cartucho y dos balas, todo lo cual fue trasladado á la escribanía del actuario de orden del jefe político para conservarlo á su disposición.

Habiendo sabido el jefe político de Valladolid que el viajero don Francisco Perez había acompañado al Luis á la casa del platero don Telesforo Izquierdo, á vender ó componer unas sortijas, le mandó detener, reconocer su equipaje y examinarle, para lo que le puso en la cárcel incomunicado.

Reconocido su baul á su presencia no se encontraron efectos de los robados á doña Vicenta Mormin ni en su poder los anillos que presentó al platero, y examinado dijo: ser de Granada y maestro sastre, y aseguró no había visto al Luis hasta que se presentó con su mujer en la posada del ordinario de Oviedo al ir á salir la galera para Valladolid. Que llegada la

galera al parador de Rio-Seco, salió solo y halló en la plaza al Luis, á quien preguntó si conocia á algun platero, para ver si queria comprar unas tres onzas de plata de bordado, quemada, porque le hacia falta dinero, y contestándole que sí, fueron al mostrador de un sugeto con quien habló el Luis, y sacó una sortija que dijo se la habia dado el mismo para que se la concluyera, y entonces fue cuando el testigo sacó la plata que llevaba, con la que no se ajustó, y en seguida le enseñó dos sortijas que le habian hecho en Oviedo, para ver qué le parecia la hechura y su precio que fijó en 16 ó 18 duros, y se las devolvió, dejándole dos de ellas al platero, para que le vendiese una, y se volvieron á la posada; y antes de llegar á ella, se separó el Luis del que declaraba, quien le encargó que si volvía á ver al platero, le vendiese las dos sortijas, porque necesitaba dinero; que cuando volvió á la posada, le dijo el Luis que si queria vender alguna, se las entregase para que las viera su mujer, y se las dió y se marchó, llevándose las; que no le vió cuando fue á recoger el equipage y se llevó el caballo, pero despues se las devolvió.

Procedióse á examinar al platero don Telesforo Izquierdo, el cual dijo, que en efecto se presentaron en su tienda dos hombres, el uno bajo, regordete, á quien le hizo media docena de botones de monedas de veinte y un reales y cuartillo, y una sortija, y el otro como de cinco pies de estatura, bien parecido, rojo; y el primero le manifestó la sortija que le habia hecho para que la filetease los junquillos, con cuyo objeto se la dejó, y le dijo que volviese al dia siguiente á las once: que despues le enseñó una sortija de rubies con un brillante en medio y una roseta á cada extremo, que le dejó tambien con objeto de que se la vendiese, como se lo prometió: que el declarante conoció á este hombre por uno de los sugetos á quienes se perseguia por robos, y trató de entretenerle con el otro, pero no pudo porque se retiraron antes de poder dejar la tienda sola; sin embargo, despues acordó con el diamantista, don Joaquin Blanco, regidor, detenerle cuando volviera, avisando para ello á la autoridad, y estando hablando con Blanco, volvió el hombre bajo, con la plata quemada, por la que le entregó 44 reales, cogiendo entonces él mismo la sortija que se habia dejado allí, y le exigió la otra ó que se la comprase, y al fin se la llevó, y aunque envió á seguirle á un muchacho del diamantista Blanco, se le desapareció en los portales. Don Joaquin Blanco declaró ser cierto en todas sus partes lo dicho por el platero con referencia á él.

Dando motivo á sospechar lo que resultaba contra don Francisco Perez, que este debia ser el compañero de Candelas y Balseiro, llamado Francisco Villena, se mandó reducirle á prision poniéndole incomunicado en la cárcel de Valladolid.

Peró no permanecieron por mucho tiempo en esta cárcel Balseiro, Perez y la Josefa Gomez, puesto que segun resultó de oficio del jefe político de Valladolid al juez que seguia en Madrid esta célebre causa, verificaron su fuga los referidos procesados á las cinco y cuarto de la tarde del 12 de junio. En su consecuencia, se les mandó formar la correspondiente

pieza separada, haciéndose marchar á los restantes presos á Madrid á disposicion de la justicia. Sin embargo, no se tardó en prender de nuevo á Balseiro, verificándose su captura en Madrid el dia 9 de julio en la forma y con las vicisitudes que espondremos al hacernos cargo de los demás procedimientos que se siguieron en esta causa contra el mismo, por reclamar el orden cronológico y la importancia del proceso que hablemos antes de la captura de Luis Candelas y procedimientos seguidos contra este.

Candelas fue capturado por fin el dia 18 de julio del referido año de 1837, cerca de la villa de Olmedo, en la posada de Alcazaren. Y en efecto, el sargento segundo de la Milicia Nacional de Olmedo, Felix Martin, dió parte al comandante de armas de aquella villa el dia 17 de julio, de que Patricio Garcia, postillon de la diligencia, habia visto en medio del camino real, á un hombre montado en una jaqueta, con maleta, sombrero calañés, zamarra de pieles, pantalon oscuro y sin medias en las piernas, sobre los estribos, bajo de estatura, y segun su traza era, á no dudar, uno que habia bajado de Madrid para San Cristóbal en una calesa, y aun decian ser Candelas; que este iba en compañía de una mujer; que habian dormido en la posada de Manuel Gallego, en San Cristóbal, y que como iba á llegar á Olmedo podia prenderle; que habiéndose dirigido el Martin á dicho punto, vió al referido sugeto, y como le dijera el ordinario de Oviedo, con quien le vió hablar, que era en efecto Luis Candelas, fué á dar parte á la justicia para detenerle; pero mientras hizo esta diligencia, se salió Candelas del pueblo por la calzada de Valladolid. El comandante de armas de Olmedo, no bien recibió este aviso, dispuso al momento se saliese tras de él con seis caballos, dos de los cuales le detuvieron en la mañana del 18 de julio en la posada de Alcazaren, estando durmiendo sobre una carga de lienzos: al verse prender, se puso descolorido, preguntando el motivo, suponiendo no podia ser otro que el haber cogido á un criado suyo con cuatro cargas de contrabando que portaba de su cuenta. Al detenerle, se le ocuparon una maleta de cuero, una zamarra de pieles, un caballo de seis cuartas, unas alforjas de lana ordinaria, una flambrera, una camisa de color oscuro, un tintero, una silla de montar, una manta encarnada de estambre, una capa de paño de Santa María de Nieva, una gorra de felpa, botas, espuelas, un sombrero calañés y una bufanda.

Examinado en Valdestillas, no quiso decir quién era, fingiendo llamarse Leon Cañida, y ser vecino de Vicalvaro. Y en efecto, el pasaporte que se le encontró aparecia dado en Santander el 28 de mayo en favor de don Leon Cañida, natural de Badajoz, casado, carpintero, que iba á Avilés y á otros pueblos de Asturias á diligencias propias: las señas personales eran, veinte y nueve años de edad, estatura baja, pelo negro, ojos pardos, nariz regular, barba lampiña, cara redonda y color bueno.

Sin embargo, el ordinario de Oviedo declaró que el sugeto que decia ser Leon Cañida y á quien habia llevado de viaje, era Luis Candelas.



No bien llegó, pues, á Olmedo, á donde fue conducido, se le recibió otra declaracion en 18 de julio, en la que dijo ignorar el motivo de su prision, pues iba desde Salamanca á Valencia, á ver á unos parientes, y retrocedió desde esta ciudad, al saber estaba ocupada en parte aquella provincia por los facciosos, y pasaba á Valladolid á buscar trabajo: que en Salamanca permaneció siete dias y fue á buscar á su mujer que se le habia escapado con un contrabandista, hospedándose en casa de un carpintero del teatro; que salió de Badajoz hacia cinco meses, sin que en el dia tuviera vecindad fija, pues solo se ocupaba en buscar á su mujer; llevando á vender unos cajoncitos de quincalla con sortijas y otros géneros que compró á un contrabandista que los traia de Portugal, y los cuales le fueron robados en el camino. Negó haber dormido en una posada de San Cristóbal antes del 16 de julio, y dijo no ser contrabandista ni conocer á Candelas ni saber de los robos de Madrid, ni conocer tampoco al ordinario de Oviedo. Dijo tambien que el caballo que se le ocupó lo compró á un gallego, con silla, brida, y maleta por 22 duros: y que los efectos que se le mostraban eran los que llevaba cuando se le aprehendió.

Conducido á Valladolid y tomándosele de nuevo declaracion en 23 de julio, insistió en decir que se llamada Leon Cañida, que viajaba en busca de su mujer, que no conocia á Candelas ni á Balseiro, ni á su mujer, y que el pasaporte que llevaba, se lo habian dado en Santander hacia mes y medio.

En vista de estas negativas, se acordaron varias diligencias para acreditar que el Cañida era Candelas, y en efecto, afirmó ser asi Policarpo Martinez que habia estado preso con él en una de las cárceles de la córte y de compañero suyo en el hospital del canal de Castilla, de donde se habia fugado el Candelas estando en Dueñas á fines del año 1833 ó principios del 34, confinado con destino de ayudante del hospital y el testigo de practicante. Igualmente el señor regente de la Audiencia de Valladolid, don Modesto Cortázar que hallándose de juez de primera instancia en Madrid, habia procesado á Candelas, reconoció que el preso, que debia llamarse Leon Cañida, era el Luis Candelas á quien habia procesado como juez.

Reconociéronle, asimismo, los señores don Isaac Nuñez Arenas y don Salustiano de Olózaga; el platero Izquierdo le designó por ser el mismo hombre que se presentó en su casa dos veces á llevar y recoger las sortijas, y María y Celestina Bombi, criadas del meson del Angel, le señalaron por el mismo sujeto que comió en la posada con la mujer bajita y demás que salieron con la tartana para Oviedo. El caletero Mangas, le designó por el don Luis que fué á Oviedo con los demás que habia declarado, y la mujer, el hijo y la criada del posadero de Rio-Seco, le señalaron por el que llegó en un caballo el 8 de mayo y les avisó la venida de la galera de Oviedo y que dejó con su mujer abandonado en ella un baul con un colchon.

A consecuencia de estas declaraciones, se amplió la de Candelas en la misma poblacion á 29 de julio,

preguntándole, si se afirmaba en la anterior, y contestó, que aunque era la misma que habia prestado, habia faltado en todo á la verdad, y desde luego iba á decirla. Y en efecto declaró ser su verdadero nombre Luis Candelas Cagigal, natural de Madrid, de veinte y nueve años de edad, casado con Manuela Sanchez Quijano, de oficio carpintero: que en cuanto al motivo y circunstancias de su arresto, se referia á lo que tenia declarado. Que en la última causa que se le siguió en la córte y que principió don Modesto Cortázar y concluyó en setiembre de 1836, fue sentenciado á diez años de presidio con retencion al Peñon de la Gomera, y cuando era conducido con otros á su destino, se fugó en Manzanares en la noche del 19 de enero de aquel año. Que no habia estado en Valladolid á mediados de marzo de dicho año, no recordando haber pasado por dicha ciudad el 21 del propio marzo, y menos con su mujer, de la que estaba separado hacia mas de dos años y la cual residia, segun noticias, en Madrid; que tampoco habia estado en Oviedo á fines de aquel mes con ninguna mujer baja, ni bien parecida, ni salió de allí del 2 al 4 de mayo para Valladolid, ignorando haberse hospedado en esta ciudad, en el parador fuera del Puente, ni haberse reunido en él con mujer alguna, ni ausentándose de la posada á la caída de la tarde. Que cuando se desertó el dia 19 de enero se dirigió á Madrid, empleando tres dias en el camino y otros tres en la córte, y asi que tomó unos reales que tenia en casa de una tia suya, salió de Madrid, sin haber vuelto mas hasta el dia: que conocia á Mariano Balseiro y á José del Campo, por haber estado preso con el primero, por hallarles la justicia en su taberna y considerarles quizá sospechosos, y por tener el segundo un hermano ayuda de cámara del conde de las Navas: que ni por sí, ni por otra persona alguna habia hecho trasladar desde Oviedo á Valladolid en principios de mayo en la galera del ordinario de aquella ciudad un baul de su pertenencia, con algunos efectos dentro de él, un colchon, un saco y varias frioleras dentro de este; todo lo cual, hubo de llegar en dicha galera á Valladolid y parador de Rioseco el 8 de mayo, pues ignoraba estas particularidades: que todo lo que se le ocupó en Alcazaren, cuando fue arrestado, lo inventarió el comandante militar aprehensor en Valdestillas ante el alcalde y testigos, firmando el que declaraba y demás espresados. Que no conocia á don Francisco Perez de Granada, cuyas señas personales se le daban.

Terminadas estas diligencias, el jefe político de Valladolid remitió el procesado Luis Candelas, al juez de primera instancia de Madrid, que conocia de esta causa, por medio del comandante don Ignacio Gil con fecha 17 de agosto. Dicho juez, no bien le fue entregado Candelas por el oficial que le condujo escoltado, en cumplimiento de lo dispuesto en la ley de 17 de abril de 1821 (con arreglo á la cual se instruyó esta causa, por versar sobre robos en cuadrilla), acerca de la formacion de piezas separadas en causas de esta especie, siempre que convenga, mandó que se efectuase asi con respecto á Candelas por auto fechado en 31 de agosto de 1837.

Formada dicha pieza, se recibió á Candelas declaración indagatoria en la forma siguiente:

Juez: ¿Cuándo fue usted preso, en donde, por quién y por qué motivo?

Candelas: Fui preso el día 18 de julio en un pueblo á cinco leguas de Valladolid, por tres lanceiros: mas ignoro por qué.

Juez: ¿Cuándo fué usted trasladado á esta cárcel y por qué?

Candelas: Esta mañana por una partida: ignoro el motivo.

Juez: ¿Qué efectos le ocuparon á usted en el pueblo en que dice le prendieron?

Candelas: Un caballo pequeño, una casaca corta de paño, una bufanda encarnada, una cachucha, una camisa, unas alforjas y una fiambarrera.

Juez: ¿A dónde, y con quién caminaba usted, cuando le prendieron?

Candelas: A Valladolid á vender mi caballo, sino encontraba trabajo para irme sosteniendo: iba solo.

Juez: ¿Desde que pueblo salió usted, para emprender su viaje á Valladolid?

Candelas: Desde tierra de Salamanca á donde fui por trabajo y no lo encontré.

Juez: ¿Ha estado usted procesado en esta corte y salió usted de ella en la última cadena para presidio? ¿qué condena se le impuso á usted, y por qué delito? ¿Se fugó usted? ¿en dónde y con quiénes?

Candelas: Estuve procesado y preso por sospechas de robo: salí en la última condena de enero de este año para presidio, por haberseme impuesto la pena de diez años con retención al Peñón de la Gómera, y me fugué una noche pasando la cadena en Manzanares en compañía de otros dos llamados los Sierras.

Juez: ¿Quién le facilitó á usted la fuga, y cómo la verificó?

Candelas: Nadie, pues ví abierta la puerta de la posada, en que me entraron y que se salía uno, por lo que me salí tambien.

Juez: ¿Contenia tambien la sentencia espresada que sufriera usted el presidio en los trabajos mas duros y penosos, llevando siempre una cadena, y que no quebrantase el presidio pena de la vida?

Candelas: No recuerdo que se me dijera cuando se me notificó la sentencia lo que contiene la pregunta, por la alegría que recibí cuando me hicieron saber aquella, porque me decían que me iban á quitar la vida.

Juez: ¿A dónde se dirigió usted, desde que se escapó de Manzanares, hasta que fué preso?

Candelas: Me vine en derecha á Madrid, llegando á esta corte el 23 de enero: estuve dos dias durmiendo en casa de uno llamado Antonio que conocí en esta cárcel preso, de quien no puedo dar mas señas ni se donde vive; despues fui á casa de mi tia Ramona Cagigal, la cual me entregó 6,000 reales que me guardaba de la herencia de mi madre. Salí de esta corte el 25 ó 26, solo, dirigiéndome á Elche donde tengo una parte de casa, para saber el estado de esta, y no entré en dicha villa por dirigirse á ella la faccion. Desde allí pasé á Murcia, de donde á poco

tuve que salir por el mismo motivo, y me dirigí al Canal de Castilla para ver á mi hermano que está confinado, y no habiéndole encontrado, me marché á Santander, donde estuve once dias en una posada, cuya nombre y el del posadero ignoró, y donde no vi á nadie. De allí marché á San Vicente de la Barquera á ver á un hermano mio, que no encontré: y despues de dos dias de permanencia, volví á salir y caminé de paso por Palencia á Salamanca, en busca de trabajo, permaneciendo en una posada del arrabal, cuyo nombre y el del posadero ignoro, y por no encontrar trabajo, fui á Valladolid á vender el caballo cuando me prendieron.

Juez: ¿Conoce usted á Mariano Balseiro, José del Campo, Ramon Ausó, Leandro Postigo, Pablo Maestre, Juan Mérida y Nicolas Fernandez?

Candelas: Los conozco escepto á Ausó y Fernandez, por haber estado presos juntos con motivo de encontrarnos en una taberna de la calle Imperial que tenia una cuñada de Balseiro.

Juez: ¿Conoce usted á la jóven N. N.? ¿Con qué motivo, y cuánto tiempo hace que no la ha visto usted?

Candelas: La conozco por venir á verme á la cárcel, tomando conocimiento, porque una que se le parece, llamada Micaela venia á ver á un preso; mas no la he vuelto á ver desde los dos dias que estuve en Madrid.

Juez: ¿Ha viajado usted con ella?

Candelas: No señor.

Juez: ¿Ha estado usted en Valladolid con Balseiro, Ausó y Campos en compañía de la citada?

Candelas: No señor.

Juez: ¿Es de usted el baul que se le cogió al prenderle y los efectos que contenia y los demás que se le manifiestan?

Candelas: No señor, ni sé de quien sean.

Juez: ¿Cuándo vió usted por primera vez á Mariano Balseiro, José del Campo, y Leandro Postigo?

Candelas: Hará medio año que ví al Mariano, estando preso en esta cárcel, por haber venido á ver á otros presos; á los demás hace mucho mas tiempo.

Juez: ¿Conoce usted á doña Vicenta Mormin?

Candelas: No señor.

Juez: ¿Dónde estuvo usted los dias diez y doce de febrero de este año?

Candelas: Me hallaria viajando hácia Murcia ó Elche.

Juez: ¿Dónde estuvo usted el día 28 de enero?

Candelas: Estaria caminando hácia Valencia.

Juez: ¿Qué personas le vieron á usted los dias referidos?

Candelas: Ninguna conocida y de quien pueda dar noticia.

Juez: ¿Cuándo se reunió usted con la jóven N. N.?

Candelas: A fines de marzo ó primeros de abril último vine á esta corte desde Murcia, y estuve una tarde y una noche en una casa de la plazuela de Palacio, saliendo con la jóven N. N.

Juez: Caminando á Oviedo ¿se encontró usted con Mariano Balseiro que iba con Postigo, Campos y Ausó

y con Josefa Gomez, la cual pasó en una tartana á acompañar á la joven N. N.?

Candelas: No señor.

Juez: ¿Se ha separado usted de la joven N. N.?
¿En qué época?

Candelas: No me he separado de ella hasta el día que llegamos á la posada del puente de Valladolid, en que dejamos el baul y ella se vino á Madrid, mandada por mí, donde creo permanecerá, pues no he sabido de ella posteriormente.

Juez: ¿Sacó usted pasaporte cuando salió de Madrid para Elche?

Candelas: No lo tuve hasta que me lo procuré en Santander, como ya declaré.

Juez: A pesar de lo que lleva usted declarado ¿es cierto que los días 28 de enero y 10 y 12 de febrero último se halló usted en Madrid, y fue uno de los autores de los robos de ropas, alhajas y dinero, hechos al presbítero Tárraga, á Cipriano Bustos y á doña Vicenta Mormin? En tal caso ¿qué hizo usted y dónde paran los efectos robados?

Candelas: No habiendo estado en Madrid en dichas fechas, no puedo ser autor de dichos robos.

Por auto de 27 de agosto, se mandó formar rueda de presos en que se incluyó á Luis Candelas, para que fuese conocido por los robados y testigos. Formada dicha rueda, compuesta de ocho presos, incluso Candelas, y presentada al presbítero Tárraga, la Giner, la criada, el espartero, su mujer, sobrino y criado, Mariana Rodriguez, que lo era de la Mormin, Ramona Cid, mujer de su criado, Juana Urosa, la planchadora, doña Ana y doña Rosa Martinez Vera, madre é hija, doña Maria Atilanes y el criado Fernandez, les dijo el juez iban á reconocer los presos presentes, para designar si entre ellos se encontraba alguno de los que ejecutaron los robos en las tres casas de aquellos, y habiendo entrado cada testigo solo, y salido en disposicion de no poderse comunicar, resultó: Que Josefa Hernandez, mujer del espartero, sacó de la mano por primera vez á Luis Candelas, diciendo que era uno de los que entraron en su casa á ejecutar el robo. Mariana Rodriguez, criada de la Mormin, tambien sacó de la mano por primera vez al citado Candelas, diciendo le parecia que era uno de los que verificaron el robo de la Mormin y doña Ana Martinez de Vera, sacó de la mano por primera vez á Candelas, diciendo le parecia que era uno de los que ejecutaron dicho robo. Los demás testigos manifestaron no conocer á ninguno de los presos que tenían presentes. Cambiados los presos de ropa y sitio, haciéndolo particularmente respecto de Candelas, las tres mujeres espresadas sacaron por segunda vez á Candelas con la misma manifestacion que hizo cada una en la primera vez. Por último, haciendo salir de la estancia á dichas mujeres, separado Candelas de la rueda y reemplazado por otro, volviendo á introducir á aquellas en el aposento, declararon no hallarse allí Candelas.

Puestos de manifiesto á los robados los objetos aprehendidos á los procesados, y en especial á Josefa Gomez, querida de Balseiro y los del equipage ó baul de Candelas, para que reconociesen si entre ellos ha-

bia alguno de los que les fueron robados, dijo doña Vicenta Mormin al verlos, que la caja de taflete encarnada y cuadrada que tenia pulgada y media de longitud por cada lado, forrada de terciopelo blanco y raso del mismo color, era la misma donde tenia guardados los pendientes de brillantes de valor de mas de 20,000 reales. Esta caja estaba en el baul ocupado á Josefa Gomez. La misma doña Vicenta dijo, que el bolsillo de abalorio tambien era suyo, en el que conservaba monedas de oro: que era igualmente suya la servilleta floreada con dos listas azules, asi como la adamascada y la mantilla negra de blonda bordada y el pañuelo de crespon de la India negro bordado: el bolsillo de abalorio y la servilleta floreada con dos listas azules se hallaron en el baul de cuero blanco del equipaje de Candelas, y los otros objetos en el baul pequeño de Josefa Gomez. Don Juan Bautista Tárraga reconoció como suya indudablemente la repetición de oro de Breguet, en que faltaba la cadena de oro, no obstante ser mudado el guardapolvo que tenia á la sazón, que era de oro, y antes era el que habia puesto de metal. Tambien reconoció por suyo el relojito de oro chato. Reconoció por de doña Joaquina Giner la sortija con seis rubíes y tres chispas de diamantes. Dijo que le parecia ser suyos los cubiertos de plata que á la sazón tenían las marcas de M. B. dos cucharas y un tenedor, los cuales se pusieron por separado. Reconoció por de doña Joaquina el vestido de alepin negro, la funda de la almohada guarnecida, un mantel, una servilleta, un pañuelo de batista, unos confortantes de seda, un pañuelo de crespon morado y otras prendas, entre ellas, un camisolin de señora, dos almohadas y una capa de paño azul, aunque desfigurada. La sortija reconocida por Tárraga, fue la que dijo el platero Izquierdo haberle entregado para vender el hombre bajo, regordete que se presentó á él en Valladolid. La servilleta alemanesca, el camisolin de señora y las dos almohadas fueron las encontradas en el baul de cuero blanco, ocupado á Luis y á Josefa, y que era del equipaje de Candelas. El espartero reconoció por suyo el reloj de bronce esqueleto de sobremesa, y de su mujer un pañuelo de cuadros negro, un pañuelo de seda fondo amarillo, un mantel alemanesco de tres varas de largo y un encaje de tres varas. Su mujer los reconoció tambien por de su pertenencia. Estos objetos se hallaron en el cajon y baules de Josefa Gomez.

Habiéndose preguntado á Candelas si eran suyos ó de quién los efectos que se le ponian de manifiesto y que eran los reconocidos por la Mormin, Tárraga y el espartero, dijo en un principio, que no los reconocia por suyos, ni sabia de quién fuesen, pero despues manifestó que en honor á la verdad debia decir, ser cierto que el día 10 de mayo llegó, segun le parecia á Valladolid á un parador fuera del Puente Mayor con la joven N. N. y se dejó en él un baul y un saco que contenian los efectos espresados en el inventario formado de orden del jefe político de aquella ciudad, escepto el camisolin de señora, las dos almohadas de lienzo fino, las dos servilletas, la camisa de percal hecha pedazos, el bolsillo de abalorio, la mantilla de tafetan azulado, el cinto de lienzo, la

bolsita de estameña, el martillo y el talego de estopa, cuyos efectos no eran suyos ni sabia de quien fuesen, y creia se los introducirían en su cofre. Preguntósele tambien si eran suyas las dos navajas halladas en casa del espartero y que se le pusieron de manifiesto, y dijo que no, ni sabia de quien fuesen. Lo mismo dijo respecto de las dos capas, zapatillas negras y cordeles hallados en la casa de Tárraga, pues nunca las habia visto.

A petición del promotor fiscal, se mandó ampliar la declaracion á Candelas sobre el borrador de la certificacion de sus servicios, dónde la tenia, quien la habia escrito y con qué objeto, á lo que contestó, que la tenia entre varios papeles de su padre hacia tres años, ignorando cómo se le habia estraviado: que no la habia dado á nadie para envolver baraja alguna, y si no estaba á su nombre, sino al de Luis Prieto Cagigal, era porque entonces se hallaba fugado de presidio, y no podia estenderse con su nombre. Que efectivamente sirvió en el resguardo, segun en ella se decia, y salió con pasaporte y licencia del administrador á ver á su madre que estaba enferma, y como se agravó su enfermedad, no pudo volver á su destino. Que mientras tuvo la certificacion, no estaba sobrepuesto el apellido Cagigal. Que era falso le socorriese Sierra al fugarse de presidio, pues tenia dinero, y tambien lo era que le dijese que en viniendo á Madrid y en haciendo un robo con Balseiro y otros, le socorreria el declarante. Que en Valladolid, no se acompañó con don Francisco Perez, que venia agregado á la galera de Oviedo, pues se marchó el que declara al anocheecer del mismo dia en que llegó, y que no sabia nada de la presentacion al platero de las sortijas porque se le preguntaba.

Careados Candelas y Sierra, convino el segundo en no haberle dicho Candelas que le socorreria cuando hiciera el robo, sino cuando hiciera un negocio, con lo que Sierra entendió aludia á un robo. Que á pocos dias de llegar á Madrid, le pidió Sierra le auxiliase para sacar un pasaporte, y le dijo tenia que hacer un negocio, y que entonces le socorreria. Candelas dijo que todo esto era falso, y que en el camino hablaron de ir á Talavera á alistarse en una partida á favor de la Reina y hacer méritos para lograr su indulto, en lo que convino Sierra, añadiendo que á los dos ó tres dias de preso, oyó se habian hecho los robos del espartero y la modista y algunos mas, pero no quiénes era los autores.

Examinada la querida de Candelas, convino en que hacia seis meses, halló á este en la calle de la Montera, yéndose con él á un cuarto de la Plazuela de Oriente, donde la propuso salir de Madrid, como lo hicieron al dia siguiente, llegando á Valladolid y hospedándose en un parador fuera de la poblacion, donde á los siete dias la dejó Candelas, sin que volviese á verle; que hallándose sin recursos, trató de volverse á Madrid, sin pasaporte, yendo á pié hasta mitad del camino donde la recogieron unos carreteros. Que de Madrid sacaron un baul de equipaje, el cual llevaron á Valladolid. Que no conocia á Balseiro ni á la Gomez, ni á Campo, ni demás porque se le preguntaba, ni á los que iban con la tartana en la

que llevaban dos baules, cuyo contenido ignoraba. Que no sabia nada ni habia tenido parte alguna en los tres robos del presbítero Tárraga, del espartero, ni de la modista, porque se le preguntaba. Habiéndosela puesto de manifiesto el baul y efectos del equipaje de Candelas, reconoció por suyo el baul, como siendo el mismo que dejó en la posada, y ser suyos los efectos contenidos en él propios de mujer, y de Candelas los de hombre, escepto varios que designó y eran los mismos que dijo Candelas no ser suyos, los que no sabia si pertenecian á Candelas, ni si este los introdujo en el baul. Que no sabia que Candelas fuese desertor de la cuerda, ni el objeto de sus viajes, ni conocia la sortija de rubies que se le presentó, y de que hablaba el platero Izquierdo: que cuando se volvió á Madrid, no lo hizo por mandato de Candelas.

Candelas en una ampliacion dijo, no poder designar la casa de la plazuela de Oriente, á donde fue con la N. N.; que esta llevó su equipaje en un baul del declarante. Que salió de Valladolid para Oviedo, llevando á caballo á la N. N. Reconoció por suyo el baul de cuero blanco y como suyas y de la N. N. las ropas que contenia, escepto las que espresaba y que ya habia dicho anteriormente, los cuales ignoraba como se encontraban en el baul, pues ellos no las pusieron.

Careados la N. N. y Candelas, aseguró este que salieron de Valladolid la N. N. y otra mujer con tres hombres desconocidos y el declarante á caballo; pero que no eran la Gomez, Balseiro y los demás que se suponía.

Procedióse en seguida á tomar la confesion con cargos á Candelas, en la forma siguiente:

Juez: ¿Confiesa usted ser uno de los autores del robo de alhajas, dinero y efectos, hecho á doña Vicenta Mormin, en la tarde del 17 de febrero, sobre lo cual se le forma un cargo?

Candelas: Ese cargo es falso.

Juez: ¿Cómo lo niega usted, cuando evidencian su certeza el reconocimiento directo como uno de sus autores, por Mariana Rodriguez y doña María Martinez de Vera, las cuales estuvieron en la casa de dicha doña Vicenta en la referida tarde en el modo y tiempo que estas declaran?

Candelas: No creo puedan conocerme esas personas por otra razon que la de haberme paseado á cara descubierta por Madrid al tiempo de llevarme á las cárceles de Villa y Corte, habiendo tomado sin duda mis señas de alguna persona para haber sido reconocido despues, y tambien porque siendo bajo de estatura y usando una zamarra de pieles, es posible se me haya reconocido por esta seña.

Juez: Aun cuando pudiera darse algun crédito á esa evasiva, no puede menos de robustecer el cargo hecho, el hallazgo en uno de los baules de usted ocupado en el parador de Rio-Seco, fuera de las puertas de Valladolid, de un bolsillo de abalorio y una servilleta floreada con dos listas azules, objetos que tenia reconocidos doña Vicenta Mormin como de los de su pertenencia, que le fueron robados en dicha ocasion.

Candelas: Asi como se introdujo en mi cofre un

cinto de lienzo para llevar dinero, y se estrajeron de el ropas de su propio uso, por tener puestas las llaves el baul, asi creo que se introduciria en el mismo todo lo que reconoció como suyo doña Vicenta Mormin.

Juez: Esa presuncion no tiene fundamento, por cuanto de las declaraciones de sus compañeros de usted de viaje de Oviedo, aparece que el baul ocupado se consideró siempre de la propiedad de usted, y aparece tambien de diligencias judiciales que obran en autos, que la ocupacion, traslacion y reconocimiento del baul se hizo con la mayor solemnidad, lo que escluye los actos que usted supone.

Candelas: Pudo verificarse la suplantacion de efectos antes de las diligencias de ocupacion y traslacion del baul, y aun despues, por el escribano ó por algun otro de los dependientes.

Juez: El cargo que se acaba de hacer á usted, se corrobora con las declaraciones de Manuel Sierra y Manuel Ortiz, segun las cuales, el confesante tenia proyectado, conforme le manifestó á aquel, á poco de haber llegado de Manzanares, el robo á doña Vicenta Mormin, resultando de la de Manuel Ortiz, por referencia á Nicolás Fernandez, que fue uno de los compañeros de Balseiro para hacer el robo el confesante, cuya declaracion no se puede poner en duda, pues el Ortiz no podia responder de aquellos hechos, por estar preso y no haber concurrido al robo, y no obstante, salieron ciertos por la declaracion posterior de doña Vicenta Mormin, como lo fueron las particularidades del Santo Cristo de oro metido en una cajita, del aderezo de perlas en un estuche, y de otros efectos cuyos particulares no podia saberlos sino quien estuviese enterado de ellos, como el criado Fernandez, y reputándose en esta parte como cierta su espontaneidad con Ortiz, debia reputarse tambien cierta en la parte que se referia al confesante.

Candelas: El Fernandez ha faltado á la verdad en lo que ha dicho, si es cierto que así lo ha manifestado á Ortiz.

Juez: Compruébase dicho cargo con la coincidencia y exactitud del particular manifestado por Fernandez á Ortiz, sobre que doña Vicenta tenia una hija en Francia, y solia traerla visitas de ella un correo de gabinete, con lo que efectivamente pasó al tiempo de verificarse el robo, disfrazándose de tal uno de los que lo hicieron, y con la exactitud de las señas de uno de los ladrones que daba doña Vicenta y el mismo criado Fernandez, las cuales convienen idénticamente con las del confesante.

Candelas: No es cierta la reconvencion, y habrá sido casualidad ó amaño del Ortiz para congraciarse de esta manera.

Juez: Resulta tambien contra usted el cargo de ser uno de los autores del robo perpetrado á don Juan Bautista Tárraga en el dia 28 de enero de este año, en su habitacion calle de Preciados.

Candelas: No es cierto el cargo, por cuanto no me hallaba yo en Madrid en la época á que se refiere, pues aunque llegué á esta córte el 22 del citado mes, salí de ella el 23, y no volví hasta marzo por la jóven N. N.

Juez: A pesar de lo que usted contesta, no puede usted menos de ser el autor, cómplice ó partícipe de dicho robo, porque no ha dado usted razon de su persona de una manera satisfactoria para el tribunal desde su fuga de Manzanares, y tambien porque don Telesforo Izquierdo, platero de Valladolid, ha presentado la sortija que se pone á usted de manifesto, la cual llevó á su plateria el dia 9 de mayo, en compañía de don Francisco Perez, y cuya sortija fue robada á Tárraga en el referido dia, entre otras varias alhajas de cuya pertenencia tiene dada justificacion.

Candelas: No es cierta la reconvencion, pues que ni llevé la tal sortija á la plateria de Izquierdo, ni la ví hasta que se me ha presentado en mi declaracion.

Juez: Resulta dicho cargo de la declaracion y del reconocimiento del mismo Izquierdo, hecho en rueda de presos, sacándole á usted por el mismo hombre que se presentó en su casa en las veces que refiere en su declaracion.

Candelas: No procede la reconvencion, porque á mi entrada en Valladolid sucedió lo mismo que llevo manifestado al contestar á la reconvencion que se me hizo por el reconocimiento de Mariana Rodriguez, y no es extraño que tomadas las señas por el platero me reconociese este, y ademas, porque el escribano de Valladolid me hizo ponerme por fuerza el tercero en la rueda.

Juez: Nada importa que se le hiciera á usted poner en la rueda de presos el tercero, porque no puede suponerse ni probarse que en esto hubiera confabulacion ni interés de parte del platero y escribano.

Candelas: No pudiendo menos de suponer algun interés en el escribano, para favorecer á otros á mi costa en el acto referido, no puedo menos de notar confabulacion.

Juez: Resulta tambien contra usted el cargo de ser uno de los autores del robo hecho con fractura á Cipriano Bustos, espartero en la calle de Segovia en la tarde del 10 de febrero de este año en su habitacion, de diferentes alhajas, ropas y dinero.

Candelas: No es cierto ese cargo.

Juez: Asi resulta del reconocimiento del confesante en rueda de presos, por Josefa Hernandez, mujer de dicho Bustos.

Candelas: Eso queda contestado con lo mismo que las reconvenciones fundadas en el reconocimiento del platero de Valladolid, Mariana Rodriguez y doña Ana Martinez Vera.

Juez: Resulta tambien dicho cargo por el hallazgo en su baul de usted de una servilleta alemanesca, un camisolin de señora y dos almohadas que se le pusieron de manifesto, lo cual asimismo tiene reconocidas por suyas don Juan Bautista Tárraga y doña Joaquina Giner de Almansa, y dado informacion de ser parte de las que les fueron robadas.

Candelas: Contesto lo mismo que á la reconvencion hecha por el hallazgo del bolsillo de abalorio, que se dice ser de la pertenencia de doña Vicenta Mormin.

Juez: conductas
jes contin
José del
robos, a
como tan

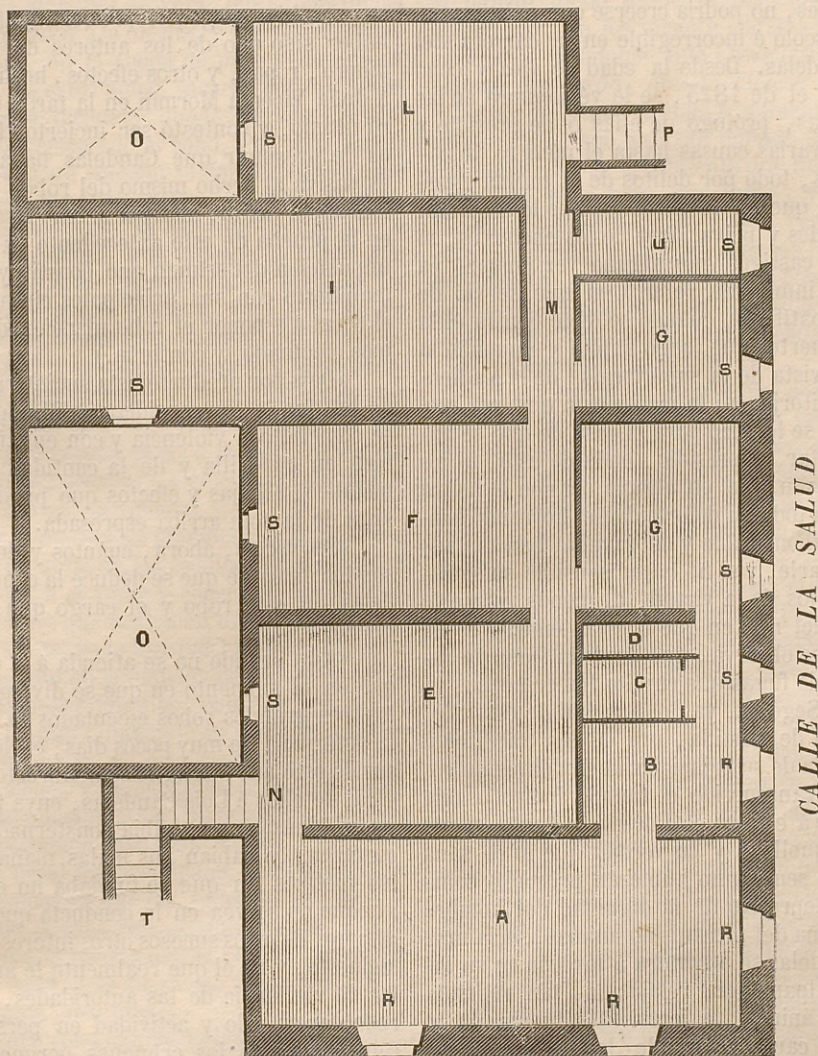
A Sala.—
—O P
cerrad

Can
fugitivo
cuerda,
José de
años.

Jue
to de B
aquel f
la tarta

Juez: Ultimamente, resulta dicho cargo de la conducta y modo de vivir de usted, fugitivo, sus viajes continuados en compañía de Mariano Balseiro, y José del Campo, iniciados de compañeros de dichos robos, apoyan los cargos que se le hacen á usted, así como también las infinitas contradicciones y faltas de

verdad en que ha incurrido en estos procedimientos, agregando á todo esto, que los muchos testimonios de condenas que se le han impuesto, no solo le hacen capaz de ser muy natural y probablemente el autor de dichos robos, sino también incorregible y reincidente en estos escesos.



CALLE DEL CARMEN

Plano de la habitación de la modista de la reina, en la calle del Carmen, núm. 32.

A Sala.—B Gabinete.—C Alcoba.—D Retrete.—E Recibimiento.—F Antesala.—G Cuartos.—I Comedor.—L Cocina.—M Pasillo.—N Puerta principal.—O Patios.—P Escalera y entrada por la calle de la Salud.—R Balcones.—S Ventanas.—T Escalera y entrada por la calle del Carmen.—U Cuarto cerrado.

Candelas: Aunque no hay duda que he estado fugitivo, tenía que estarlo por ser desertor de la cuerda; en cuanto á la compañía de Balseiro y de José del Campo, no los he visto hace cerca de dos años.

Juez: No es cierto lo que usted asegura respecto de Balseiro y Campos, por cuanto este declara, que aquel fue el que permitió que la joven N. N. fuese en la tartana suya, desde Valladolid á Oviedo, y habien-

do declarado usted que efectivamente pasó esto, ó lo que es lo mismo, pidió este favor para la joven N. N. á una persona desconocida, se deduce de aquí la falsedad de su aserto, por cuanto conoce muy bien á José del Campo y Mariano Balseiro.

Candelas: Puede muy bien ser cierto lo que dice José del Campo, pero esto pasaría con otras personas y otra tartana, mas yo no ví en la referida ocasión á José del Campo ni á Balseiro.

Preguntados los robados si querian mostrarse partes, dijeron que no.

El ministerio fiscal que entendia en esta causa pidió el último suplicio para Candelas en una enérgica y lógica acusacion contra este, de la que estracamos los siguientes pasajes, que son los principales.

«A no verlo demostrado hasta la evidencia en estas actuaciones, no podria creerse que existiera un hombre tan díscolo é incorregible en la carrera del vicio como Candelas. Desde la edad de diez y ocho años, y desde el de 1825, se le vé siempre en las cárceles públicas, prófugo de ellas ó de presidio y complicado en varias causas hasta el número de catorce conocidas, todo por delitos de la misma especie que en los que en la actualidad se le imputan. Ni las penalidades y privaciones de los encierros, ni el rigor de los castigos que alguna vez empezó ya á sentir, ni el inminente peligro en que se vió de perecer en un patíbulo, cuando se dictó contra él la sentencia de muerte, que luego suplió y enmendó la sentencia de revista de la superioridad de la Audiencia de este territorio, ni la prevencion que por este mismo tribunal se le hizo para el caso de que se habla de quebrantar el presidio, nada de esto, ni los avisos de la razon que en alguna ocasion le habrá representado en toda su deformidad el horrendo cuadro de su vida abominable y depravada, han bastado para escarmentarle, y si no hacer sensible su corazon á los estímulos de la virtud, al menos retraerle de la práctica del mal en que constantemente se ha ejercitado. Asi se observa, que desde la fecha de cada una de las seis fugas que resulta haber hecho, ya de la cárcel de Segovia, ya del hospital de esta Corte, ya del Canal de Castilla, ora de los tránsitos á su destino, al día de su reincidencia en delitos de robo, apenas ha transcurrido el tiempo indispensable para trasladarse á esta capital desde el punto en que se verificaron aquellas; y en verdad que si la sana moral y el buen sentido no hubieran proscrito como descabellado y depresivo de la dignidad del hombre el absurdo sistema del mecanismo animal, seria muy posible que Candelas se atreviera á invocar en su favor y para disculpar tanta relajacion, tan refinada perversidad de ánimo, la irresistible fuerza de la necesidad, como causa invencible ó ley precisa de sus actos.

»Empero, partiendo del principio de que todos los que de este procesado se someten hoy á la calificacion judicial han sido libres y deliberados, se ocupará el ministerio fiscal de analizarlos por el mismo orden conque se le representaron por el tribunal al hacerle los cargos y reconvenciones de la confesion.

»Es de notar ante todo, que habiéndose leído á Candelas todas las declaraciones que ha prestado y los careos que ha sostenido en esta causa, convino en el hecho de haber faltado á la verdad, en lo que de las primeras cita, con el interés de ocultar su verdadero nombre por la circunstancia de ser prófugo de presidio. Mas no se crea que por medio de esta afectada y tardía manifestacion, ha alejado de sí la nota de haber faltado á la verdad con poco respeto á la

ley, y á la autoridad del juez que le interrogaba en las demás declaraciones en que se ha ratificado; pues prescindiendo de las particularidades sabidas y justificadas en autos, de su viaje á Valladolid, Leon y Oviedo, y de su regreso á la primera de dichas tres ciudades, en nada de lo que tiene relacion mas inmediata con los delitos de que es acusado, ha sido veraz y cierto.

»Se hizo cargo, en primer lugar, á Candelas por haber sido uno de los autores del robo de alhajas, dinero, ropas, y otros efectos, hechos en esta corte á doña Vicenta Mormin en la tarde del 12 de febrero último, y contestó ser incierto. Esta negativa no es de presumir que Candelas haya querido hacerla estensiva al hecho mismo del robo, ó sea á la existencia del delito; mas por si asi fuese, y toda vez que en la prueba de este antecedente ha de descansar la imputacion del crimen que constituye, se pondrá de manifiesto con sus principales circunstancias. (Páase el fiscal á esponer el robo mencionado segun ya hemos efectuado, y continúa.)

»Deja por producto esta sucinta relacion un robo de los que la ley considera calificados, pues no solo se cometió con violencia y con engaño, sino que se hizo en cuadrilla y de la cantidad exorbitante en metálico, alhajas y efectos que puede calcularse en vista de la nota arriba espresada.

»De ver es, ahora, cuántos y de qué naturaleza son los datos de que se deduce la complicidad de Candelas en este robo y el cargo que por él se le ha hecho.

»Aun cuando no se atiende á la opinion pública, que en el momento en que se divulgó la noticia de los tres grandes robos ejecutados en esta capital, con la defirencia de muy pocos días, en los primeros meses de este año, designó como director y fautor principal de ellos á Luis Candelas, cuya fuga de la cadena en Manzanares, habia consternado á cuantos le conocian, y sabian sus malas mañas, dato que por los motivos en que se fundaba no es despreciable; aunque no se vea en la conducta que aquel observó despues de estos sucesos otros intereses que el que ha supuesto, y no el que realmente le animaba de burlar la vigilancia de las autoridades, que habian de redoblar su celo y actividad en perseguirle por su reincidencia en los crímenes porque anteriormente habia sido penado; aunque no se tenga en cuenta las noticias suministradas por el gobierno político de esta provincia, las pruebas mas ó menos directas y concluyentes que contra él se han reunido en orden al delito de que se trata, bastan para convencerse de su culpabilidad en él.

»No bien se habia cometido el robo, cuando por las señas circunstanciadas que de sus autores habian dado doña Vicenta Mormin y los demás testigos presenciales del suceso, se preguntó á los alcaides de esta corte, si por aquellas podrian venir en conocimiento de quienes eran los ladrones, y unánimemente declararon, que el segundo de quien hablaba la robada (el bajo, rehecho, etc.), les parecia ser Luis Candelas. Luego Manuel Sierra y Manuel Ortiz, este con referencia á Nicolás Fernandez, criado, como se

ha dicho, de doña Vicenta Mormin, señalaron también al propio Candelas como autor del robo de que se viene hablando; y en especial el segundo, hizo una relacion minuciosa y exacta del modo como se proyectó y llevó á cabo.

»Ademas, Mariana Rodriguez, de quien es de recordar aquí se hallaba en la casa y compañía de la robada, y doña Ana Martinez de Vera, que es otra de las que habian ido á visitar á la misma, y fueron detenidas por los ladrones, en la rueda de presos de que se halla diligencia en estos autos, sacaron por dos veces al propio Candelas, diciendo, que les parecia era uno de los que habian ejecutado el robo. Por otra parte, en el baul que con un colchon se dejó este procesado en la posada de Valladolid, segun por último no ha podido menos de confesar, se hallaron un bolsillo de abalorio y una servilleta, que ademas de haber sido comprendidos por doña Vicenta en la lista de los efectos que le habian sido robados, fueron de nuevo reconocidos por esta como de su pertenencia; y por segunda vez justificó la misma su dominio y preexistencia en su poder. Finalmente, á sus cómplices en este atentado, á quienes hay una evidencia legal de que se unió en Valladolid para pasar á Oviedo, se les han encontrado tambien otros de los efectos detallados, y luego reconocidos por la robada.

»Despues se pondrán de manifiesto y combatirán con el proceso en la mano las esculpaciones alegadas por Candelas contra el vigor y eficacia de los antecedentes perjudiciales que acababan de indicarse.

»Segundo cargo. Se le hizo por haber tenido parte en el robo ejecutado en la mañana del 28 de enero en la casa del presbítero don Juan Bautista Tárraga, y en el supuesto de que tambien lo ha negado, al ministerio fiscal incumbe, en primer lugar, demostrar la verdad del hecho, y en segundo, patentizar cuanto conspira á persuadir de la parte activa y directa que en su perpetracion tuvo Candelas.»

(Refiere el fiscal las principales particularidades del hecho, y despues de dar por supuesto que se verificó la entrada en la casa con alguna ganzúa ó llave falsa, puesto que la puerta que la criada habia dejado cerrada al salir á la plaza no tenia señales de haber sido forzada, continúa:)

«He aquí otro robo calificado por sus circunstancias ó por los medios empleados para su ejecucion.

»Ya se ha anticipado la única interpretacion legal que puede hacerse de la voz general que acusó á Candelas de este robo, como del anterior, tan luego como se efectuaron, y lo que significa la falta de datos y razones convincentes que persuadieron el ánimo judicial de que el objeto de la salida de aquel de esta corte, fuera el que él mismo ha figurado, y á esto se agregan las contradicciones y falsedades en que ha incurrido hablando de todo lo relativo á su viaje. Se examinarán ahora las pruebas que directamente le perjudican.

»Don Telesforo Izquierdo, platero de Valladolid, puntualizó las señas de los sugetos que se presentaron en su tienda, á encargarle algunas obras de su oficio, y ademas, la venta de unas sortijas. Uno de aquellos, que luego reconoció por dos veces en rueda

de presos, y resultó ser Luis Candelas, le entregó la sortija que despues de vista han dicho Tárraga y su ama, y á mayor abundamiento han justificado ser de la pertenencia de la segunda. Tambien es un hecho comprobado, que en el baul de que se ha hecho mérito, se encontraron la servilleta alemanesca, el camisolín de señora y las dos almohadas propias, cual lo habian dicho desde el principio y despues han acreditado, de los mismos sugetos mencionados. Es asimismo, indudable, que Candelas encargó al citado platero Izquierdo, que le hiciese unos botones de doblitas de oro de premio ó aumento, y que al entregárselas, sacó un gran puñado de dinero del mismo metal. Lo es igualmente que uno de sus compañeros de viaje hizo otro tanto, y ademas mandó mudar el guarda-polvo á una repeticion, que asi como otro reloj y algunas prendas halladas en poder de aquellos al tiempo de su prision y en el equipaje de Mariano Balseiro, que es el que se acaba de indicar, han reconocido sus dueños, acreditando á renglon seguido que lo son.

»Tampoco se ha demudado Candelas al contestar al cargo de que se trata y á las reconvencciones que en razon del mismo se le hicieron, en procurar destruir por cuantos medios le ha sugerido su maestría y práctica consumada, las pruebas que quedan apuntadas, y por lo mismo se hará en otra parte la refutacion de sus asertos.

»Se dirigió á Luis Candelas el tercer cargo por el robo con fractura á Cipriano Bustos, espartero de la calle de Segovia. Lo negó como era de esperar, porque ¿cuándo un hombre avezado al crimen, ha confesado los que se le imputan aunque sea cogido *infraganti*? Pero no por eso se ha colocado en mejor posicion, si bien ha legado al defensor de la vindicta pública el trabajo de patentizar su culpabilidad.

»Este robo escede en gravedad á los dos anteriores de que se ha hablado, pues sus perpetradores desplegaron toda su astucia para perpetrarlo y lo ejecutaron con la mayor violencia. (Refiere el fiscal los principales pormenores de este suceso, y continúa.)

»Esta es, en sustancia, la historia del tercer robo en que tuvo parte Candelas, segun la han referido todos los que presenciaron aquella terrible escena. La violencia aparece justificada por los medios que el derecho y la práctica han canonizado. La gravedad del crimen no solo se debe graduar por las circunstancias conocidas del mismo, sino que ademas y hasta cierto punto con preferencia, por sus resultados. Un honrado y laborioso artesano se vé asaltado rateramente en su propio hogar, privado del fruto de sus vigilias y trabajo, y ademas, de lo que no era suyo y cuya custodia habia merecido que por su honradez se le confriera, y en un instante descende de una posicion ventajosa, á la suma pobreza. ¡Imagínese cualquiera lo horroroso de tan inesperado y repentino cambio!

»¿Y hay algun dato que baste para persuadir al ánimo judicial de que Candelas fue otro de los que premeditaron y llevaron á cabo este robo? Para el que suscribe, aunque pudiera pasar por alto los dos crímenes, para los tres cargos que se han hecho á es-



te procesado, no podría menos de apreciar en lo justo como de la mayor importancia, el de haber sido reconocido aquel en rueda de presos, por Josefa Hernandez, mujer de Bustos, que le sacó por dos veces, y en términos positivos, aseguró que era uno de los que habían entrado en su casa á ejecutar el robo, y además, debe tenerse aquí presente, que también en poder de los demás de la cuadrilla á que pertenecía Candelas, se hallaron el reloj de sobremesa y otros de los efectos estraidos de casa de Bustos y pertenecientes al mismo, según se ha probado.

»Vistos los cargos y los sólidos fundamentos en que estriban, es forzoso descender al exámen de las disculpas con que se ha intentado desvanecer los mas y socavar por su pié los otros.

»Abroquelado de antemano, Candelas, con la esclusión que al reconocer, cuando ya no pudo evitarlo, el baul que abandonó en Valladolid, y las ropas y efectos que contenia, hizo de los camisolines, pañuelos y demás que puntualizó en su declaracion, presumió rebatir la reconvenccion que se le dirigió por el hallazgo de estos mismos efectos entre los de su propiedad y en su baul, apelando al memorable arbitrio de jurar se los habían puesto allí maliciosamente. Esta descabellada suposicion, no merece ser refutada. Suficientemente garantida está en esta causa la legalidad de todos los procedimientos del presente juzgado y del gobierno político de Valladolid. Debidamente constan las formalidades y precauciones con que se ocupó, trasladó y registró el cofre á que se hace alusion, y esto basta para poner á cubierto á uno y otro juzgado y sus dependientes, de tan maliciosa, voluntaria y ofensiva imputacion, como ha querido hacerles el famoso Candelas.

»La respuesta que dió á la reconvenccion que se apoya en el reconocimiento en rueda de presos por Mariana Rodriguez, doña Ana Martinez de Vera, Josefa Hernandez y don Telesforo Izquierdo, es si cabe mas absurda y despreciable que la anterior. Porque fue conducido públicamente por las calles de de esta corte y de Valladolid, y tomaron sin duda, sus señas, dice que le reconocieron, y con aquello de que cree que puedan, etc., de su confesion, parece que intenta escluir hasta la posibilidad de otra causa. Los inconvenientes que en sí encierra semejante esculpacion son tantos que seria difícil enumerarlos todos: se inducirán, sin embargo, los principales. Era preciso suponer, en primer lugar, una animosidad directa en los cuatro sugetos espresados contra Candelas; en segundo, que se probase que los mismos cuatro hubiesen visto á este procesado en la ocasion que él marcó, y sabido quien era; en tercero, que se hubiesen puesto de acuerdo entre sí para señalarle como autor del hecho que cada cual le atribuye; por último, que supieran ó calcularan que habia de llegar el caso del reconocimiento precisamente de Candelas y por los distintos delitos de que se trata. ¿Dígame con franqueza si es fácil ni verosímil una reunion tal de circunstancias?

Cuando fue reconvenido con los asertos de Fernandez y Ortiz, sentó lijeramente, que el primero habia faltado á la verdad, si era cierto que habia mani-

festado al segundo lo que se decia por este. Aquí se niega un hecho y se pone en duda otro. Se niega la verdad de lo que espresó Ortiz y se duda de que Fernandez le hiciera ninguna revelacion acerca del robo de casa de su ama. La coincidencia de los hechos, hasta sus mas triviales circunstancias confirmados por doña Vicenta Mormin, garantiza la exactitud de la declaracion de un hombre, que preso é incomunicado en la época á que se refiere, no podia estar en contacto directa ni indirectamente con aquella. Además, ¿por dónde, ni cómo podia tener lugar semejante inteligencia entre dos personas, no conocidas de antemano y tan distantes una de otra por su posicion social? Se desvanece, pues, hasta la conjetura de una confabulacion ó amañó á que en el último apuro y abrumado ya con la fuerza de la verdad y del convencimiento ha apelado Candelas. Ni casual como ha inducido pudiera ser el conocimiento que del suceso tenia Ortiz y trasmitió al juzgado, y si lo fuera, siempre seria forzoso convenir en que tuvo algun origen la noticia y este ya se ha visto que fue exacto por cuanto se encuentra en los mismos hechos justificados.

«Este es el cuadro sombrío de la presente causa, y aunque pudiera recargarse con otras tintas que aumentaran su horrible aspecto, la premura del tiempo no permite detenerse á reunir los elementos necesarios. Puede, no obstante, volverse la vista á los antecedentes de este procesado, ligeramente reseñados en las primeras líneas de este escrito, y deben leerse sus anteriores condenas, pues si es un principio inconcuso y constante de derecho, que las sentencias ejecutoriadas producen una verdad legal contra la que no es dado esponerse en juicio ni fuera de él, por la que pronunció la Audiencia territorial de esta corte en 27 de julio del último año, está ya marcada la pena que tan justamente tiene merecida Candelas, este hombre célebre, tanto por sus crímenes, como por su fortuna en eludir el castigo, y procede de justicia se ejecute inmediatamente. Mas aunque se prescinda de esto por no entrar ahora á debatir una cuestión puramente doctrinal, los méritos particulares de este proceso son suficientes para que se condene á Candelas al último suplicio, que es la pena que la ley de Partida y otras del Reino tienen preparada para castigar *al ladron famoso*, al que roba en cuadrilla, al reincidente en este delito, y al que lo comete en la corte ó su rastro, «ya sea entrando en las casas ó acometiendo en las calles y caminos, ya con armas ó sin ellas, solo ó acompañado, etc.,» en cuyos cuatro casos se ha visto que aquel se halla.

»Asi lo entiende y pide el ministerio fiscal, etc.»

El defensor de Luis Candelas, licenciado don José Juan Navarro, pidió la absolucion de este de la pena de muerte, imponiéndole en su lugar la inmediata, en el siguiente escrito que tomamos desde la refutacion de los cargos de la acusacion.

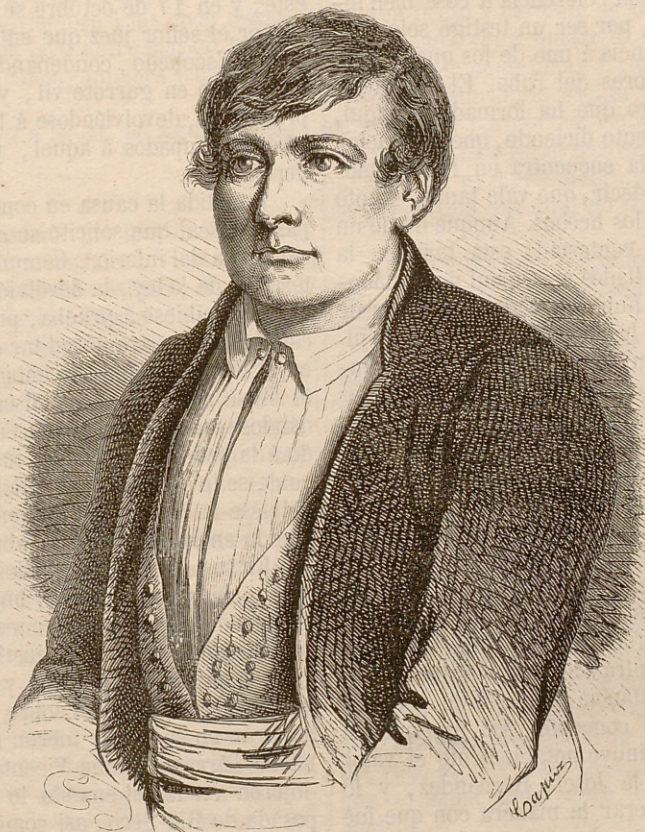
«Empieza el ministerio fiscal fundando el primer cargo, en que los alcaides de la cárcel de corte, dijeron, que por las señas que daba doña Vicenta Mormin les parecia que el ladron era Luis Candelas. Esta conjetura no la considero de tanto mérito para que con ella

se quiera mente en dena al pa palabras resultado Luego, hicieron presentar res. Para

que él jeron á blacion Esta co rece. F surta s eido se nadie, diferen sonas e malida para d de tal los rec visto, gar di

se quiera hacer un cargo al acusado. Estriba únicamente en la noticia de que se habia escapado de la cadena al paso por Manzanares, y si vale decirlo en dos palabras, esta conjetura tanto vale, cuanto ofrezca el resultado de la pesquisa á que pudo mover al juez. Luego, Manuel Sierra, y en especial Manuel Ortiz, hicieron una relacion minuciosa del robo, en la que presentaron á Candelas como uno de sus perpetradores. Para graduar el mérito de esto, baste decir que

toda esta relacion trae su origen en el dicho de Nicolás Fernandez á quien la misma supone cómplice del delito, y si se quiere su principal autor. En cuanto al reconocimiento en rueda de presos, por Mariana Rodriguez y doña Ana Martinez de Vera, téngase presente, en primer lugar, que no afirmaron positivamente como era necesario, para hacerle un cargo de esto, que Candelas habia sido uno de los ladrones, sino que les parecia, y ademas, no se olvide la sólida contestacion



Mariano Balseiro.

que él mismo ha dado, diciendo, que cuando le trajeron á estas cárceles, entró públicamente por la poblacion á cara descubierta y con traje muy marcado: Esta contestacion de Candelas vale mas de lo que parece. Para que el reconocimiento en rueda de presos surta sus efectos, es requisito preciso que el reconocido sea traído á la cárcel tapado, sin ser visto de nadie, y si es posible, que se le presente con traje diferente; que tampoco sean conocidas las otras personas entre quienes sea mezclado, con las demás formalidades que la ley exige. Y no valga decir, que para destruir el mérito de un reconocimiento hecho de tal manera, era necesario suponer animosidad en los reconocedores, que se probase que estos le habian visto, que supieran ó calcularan que habia de llegar dia en que esto sucediese. En cuanto á la ani-

mosidad, si bien no juzgo necesario suponerla, no seria tampoco descabellado en unas personas ofendidas, y que prevenidas tal vez por esas mismas voces públicas que señalaban á Candelas como autor del robo, pudieron haber concebido la animosidad con alguna lijereza.

»Con respecto á ser preciso que hubiesen visto al reconocido al tiempo de conducirlo, se equivoca el ministerio fiscal á mi modo de ver, pues que basta la posibilidad de haber podido suceder, cosa que no se ha puesto en duda, para destruir el valor del reconocimiento.

»El ponerse de acuerdo, tampoco era indispensable, estando como estaban todos, segun se dice, prevenidos por la voz pública, aunque fuera sin fundamento; y por último, el caso de reconocimiento no

debía cojerles de sorpresa, y antes bien, parece muy natural que los robados pensarán en él desde el momento en que se comenzaron las pesquisas.

»Me he estendido algo en esto, para contestar de una vez á este cargo, porque en Valladolid sucedió lo mismo, sin diferencia alguna. A cara descubierta y como en procesion fue conducido á vista de todo el mundo. El acusado, pues, tiene un derecho innegable para contradecir el mérito de estos reconocimientos.

»Siguen los cargos acerca del robo de doña Vicenta Mormin, con lo que aparece de la relacion que Ortiz contó al juzgado, con referencia á cosa bien insignificante, por cierto, por ser un testigo solo y de referencia, y esta referencia á uno de los que la misma relacion supone autores del robo. El ministerio fiscal desvanece el cargo que ha formado de aquí, pues termina su argumento diciendo, que la relacion es exacta, por cuanto la encuentra en los mismos hechos justificados. Es decir, que vale tanto, cuanto valga la justificacion de los hechos. Aunque no de un modo tan satisfactorio, contestada está tambien la especie de los efectos hallados en el baul de Valladolid, porque en efecto, hubo sobrado tiempo desde que lo dejó en la posada hasta que fue recogido, judicialmente; y no es muy improbable el que los introdujeran, mucho mas cuando debe creerse que los ladrones no estaban lejos de allí.

»Los cargos que se han dirigido á Candelas acerca del robo del presbítero Tárraga, apenas ofrecen motivo de contestacion, pues realmente esta se ha anticipado en las anteriores observaciones. El reconocimiento del platero y los nuevos efectos hallados en el baul, están contestados, y respecto de los demás puntos, ó dependen de estos ó no están legalmente justificados. Mas en el tercer robo empieza la acusacion formando cargos contra Candelas por la misma opinion pública, circunstancia que lejos de perjudicarle, le favorece en mi concepto. Asi es, que en atencion á ella, se disminuye notablemente el valor del reconocimiento por la Josefa Hernandez, y lo pierde del todo al considerar la manera con que fué conducido Candelas á la cárcel, como queda dicho.

»Y en cuanto al segundo y último cargo, solo puedo decir, que como se funda en hechos que deben resultar de otras causas, no tengo de ellos el necesario conocimiento, y que de cualquier modo no es de mi cargo contestar á ellos. Tales son las observaciones que me ha parecido conveniente sujetar á la consideracion de V. S. para que poniéndolas al lado de la acusacion fiscal, juzgue mejor del grado de culpas que se atribuyen á Luis Candelas. Bien podrá ser que no se hayan desvanecido completamente los cargos que contra él se dirigen, porque esto requiere mas tiempo y otros medios que no pueden hoy tener lugar; pero menos todavía hay una prueba directa, positiva y clara como la luz del medio dia, segun la pide la ley en estos casos para condenarle. Las conjeturas que en la acusacion se han agolpado presentadas todas á la vez, no hay duda que parecen algo, pero examinando cada punto con separacion y con el cuidado que reclama cosa tan principal, se disminuyen muchas, y otras del todo desaparecen. Y con respec-

to á la cuestion doctrinal que el fiscal apunta, originada de la última condena contra Candelas, en su dia dirá tambien el defensor la opinion que tiene. Y con esto creo hay lo bastante para que el juzgado conozca que Luis Candelas no merece el último suplicio, antes por el contrario, es acreedor en cuanto cabe á la consideracion de los tribunales.»

El defensor terminó relatando los servicios prestados por Candelas, y que espusimos al reseñar la historia de este procesado.

Señalado dia para el juicio público, se verificó este, y en 17 de octubre se pronunció auto definitivo por el señor juez que entendió de esta causa don Felipe Escobedo, condenando á Candelas en la pena de muerte en garrote vil, y al pago de las costas procesales, devolviéndose á la Mormin y Tárraga los efectos ocupados á aquel, y que aparecían de su pertenencia.

Remitida la causa en consulta á la superioridad, pasó al fiscal que solicitó se confirmara con costas la sentencia del inferior. Comunicada á Candelas por el término de la ley, la devolvió formando artículo para que se recibiese á prueba, proponiendo la que creyó conveniente, para acreditar que los efectos hallados en el baul de Candelas habían sido introducidos en él sin su noticia, pero el fiscal se opuso á ello, fundándose en que la parte de Candelas había renunciado á la prueba en primera instancia, en vista de lo cual, se le desestimó el artículo mandando se le devolviese la causa para que en conformidad á lo prevenido en la ley de 17 de abril usase de su derecho.

En su consecuencia, solicitó se le absolviera de la pena pedida por el fiscal, imponiéndole en su lugar la inmediata con las circunstancias que al juzgado pareciesen oportunas en justicia, como lo había pedido en primera instancia, y proponiendo la prueba que juzgó conveniente sobre que los efectos que se hallaron en su baul y fueron reconocidos por el presbítero Tárraga y doña Vicenta Mormin, se los introdujeron en aquel cuando lo dejó abandonado en la posada de Rio-Seco, así como que le estragaron de él otras ropas suyas, y que cuando fué conducido á Valladolid y á la corte, le llevaron á la vista del público por mucho tiempo. Habiéndosele hecho saber á Candelas que dentro del dia presentase los testigos de que intentaba valerse para su prueba, y que sobre ella se oyese al fiscal, la impugnó este, oponiéndose á ella por no poder ejecutarse en el término de la ley, y la sala proveyó no haber lugar á la prueba solicitada, sino en la forma que se había estimado en su providencia anterior. En su consecuencia, Candelas practicó prueba con siete testigos en esta corte que contestaron de vista, que los soldados que traían preso á Candelas, le tuvieron mucho tiempo, en una caballería con grillos, á cara descubierta en la puerta de San Vicente, agolpándose mucha gente á verle, que desde allí le llevaron á Vallecas, y al otro dia le entraron por la puerta de Toledo, llevándole á la cárcel del Saladero, también á cara descubierta, como aseguraban cuatro de ellos.

En este estado, se señaló para la vista el dia 3 de noviembre de 1837, pronunciándose sentencia defi-

nitiva el d
instancia p
pena de m
tas proces
y don Juan
á Candelas
resultar a
en la corte
en las cas
tero Cipria
En su
Candelas
so en capi
cuarto de
que á no
valor de l
Desde
posicion:

« Luis
capital, p
la capilla
tará conti
res ni la
mo á mo
nombre d
vicios y
la inflexi
pública y
ne, es, s
no acude
fatalidad
rido, ni
huérfano
sible, se
los que
señora, y
cerá una
diosa pre
su vida,
rir. Si le
nase per
que no lo
tras mar
quien ta
el ánsia
ruega e
para ped
da á su
»Cap
de 1837
El d
fué cond
sufrió la
rio fue e
de Corte
en que s
noviemb
lla, sup
la ejecu
se al nu

nativa el día 4 del mismo, confirmando la de primera instancia por la que se condenó á Luis Candelas á la pena de muerte en garrote vil y al pago de las costas procesales, entregándose á doña Vicenta Mormin y don Juan Bautista Tárraga los efectos encontrados á Candelas y que aparecían de su pertenencia, por resultar aquel complicado en varios robos ejecutados en la corte, en cuadrilla y con malos tratamientos en las casas de los mencionados sujetos y del espartero Cipriano Bustos.

En su consecuencia, se notificó esta sentencia á Candelas que la oyó con suma serenidad, y se le puso en capilla el día 4 de noviembre á las once menos cuarto de la mañana, en la cual entró con tal valor, que á no ser públicos sus robos, hubiera parecido el valor de la inocencia.

Desde la capilla, elevó á S. M. la siguiente esposicion:

«Señora:

«Luis Candelas, condenado por ladron á la pena capital, por la audiencia territorial, á V. M., desde la capilla acude reverentemente. Señora, no intentará contristar á V. M. con la historia de sus errores ni la descripcion de su angustioso estado. Próximo á morir, solo implora la clemencia de V. M. á nombre de su augusta hija, á quien ha prestado servicios y por quien sacrificaría gustoso una vida que la inflexibilidad de la ley cree debida á la vindicta pública y á la espiacion de sus errores. El que espone, es, señora, acaso el primero, en su clase, que no acude á V. M. con las manos ensangrentadas: su fatalidad le condujo á robar, pero no ha muerto, herido, ni maltratado á nadie: el hijo no ha quedado huérfano, ni viuda la esposa por su culpa. ¿Y es posible, señora, que haya de sufrir la misma pena que los que perpetran estos crímenes? Ha combatido, señora, por la causa de vuestra hija. ¿Y no le merecerá una mirada de consuelo? ¡Ah! señora, esa grandiosa prerogativa de ser árbitra en este momento de su vida, empleadla con el que ruega próximo á morir. Si los servicios que prestaria, si V. M. se dignase perdonarle, son de algun peso, creed, señora, que no los escaseara. Si esta esposicion llega á vuestras manos, ¿será posible que no alcance gracia de quien tantas ha dispensado? A V. M., señora, con el ansia del que sabe á la hora que ha de morir, ruega encarecidamente le indulte de la última pena, para pedir á Dios, vea V. M. tranquilamente asentada á su augusta hija sobre el trono de sus mayores.

«Capilla de la cárcel de Corte, á 4 de noviembre de 1837, á las doce de la mañana.»

El día 6 de noviembre á las once de la mañana fué conducido Candelas al lugar del suplicio, donde sufrió la pena de muerte en garrote vil. Extraordinario fue el valor que manifestó al salir de la cárcel de Corte, durante la carrera y en el mismo momento en que subió al patíbulo, decia *El Español* del 7 de noviembre de 1837. Despues que se le puso la argolla, suplicó al verdugo suspendiera por un momento la ejecucion, porque tenia que hablar, y dirigiéndose al numeroso pueblo que estaba observando sus

movimientos, dijo con voz firme: «he sido pecador como hombre, pero nunca se mancharon mis manos con la sangre de mis semejantes: digo esto, porque me oye el que va á recibirme en sus brazos. Adios, patria mia, sé feliz.» Un momento despues ya no existía.

Tal fue la muerte del famoso Candelas, en cuya causa se creyó conveniente proceder con suma rapidéz con el fin de ofrecer un pronto y ejemplar escarmiento y con el de satisfacer la ansiedad del público que todo lo temia de su estremada astucia y singular audacia, hasta el punto de recelar con fundamento, que aun preso y cargado de duros hierros, volviera por la sétima vez á burlar la vigilancia de sus guardas, y por la centésima, á poner en consternacion á la capital. Murió sin escitar gran compasion entre los hombres, porque fue víctima de escesos y vicios que pudo evitar. En el tremendo tribunal del Supremo Hacedor es donde habrá podido alcanzar la gracia del perdon que aquí no podia otorgársele.

El procedimiento respecto de los demás procesados, no marchó tan rápidamente, no llegando á su término hasta el año 1839.

Vamos, pues, á esponer el resultado de las actuaciones sobre cada uno de ellos, dando la preferencia á las concernientes á la querida de Candelas, la jóven N. N., por el enlace y relacion que tienen con las relativas á aquel.

Ya hemos visto que en la declaracion que se la tomó en Madrid, y que espusimos en la página 367 confesó haber acompañado á Candelas en su viage á Valladolid, habiendo llevado dos baules, que les fueron aprehendidos, reconociendo los efectos que contenian como suyos y de Candelas, escepto los que reconoció doña Vicenta Mormin como suyos; que la N. N. no sabia si pertenecian á Candelas ó si este los introdujo en los baules; y asimismo, que ignoraba que Candelas fuese desertor de presidio, que no habia visto la sortija de rubies que se le presentó, y que no sabia nada sobre los robos perpetrados en Madrid.

Posteriormente, se le presentaron los reos en rueda de presos, y dijo no conocer á ninguno.

En 8 de enero de 1838, dijo que el Francisco Perez, se les reunió en un pueblo, á dos ó tres leguas de Valladolid, quien á poco rato de hablar con Candelas, se marchó, diciéndole este que era un amigo suyo.

En su confesion con cargos, negó los que se le hicieron de haber participado del dinero y efectos robados, y sido ocultadora de estos y de Candelas, alegando que Candelas no le confiaba ningun secreto, y que el dinero de las compras que habia verificado en la calle de Postas, era suyo, no habiendo motivo para las sospechas que por ello habia concebido el celador don José García Pablos.

El promotor fiscal la consideró inseparable compañera y participante de los robos ejecutados por Candelas y consortes, y en su consecuencia, pidió un año de galera contra ella.

Su defensor pidió su libre absolucion, presen-

tando en prueba de haber observado buena conducta antes y despues de sus relaciones con Candelas, sin tomar parte en sus delitos, cuatro testigos, vecinos de esta córte, llamados, Bernardino de la Prida, Antonio Ambas, José Terreyro y Miguel Conde, los cuales dijeron, que habia tenido buena educacion y observado buena conducta, y que con su oficio de guarnecedora de zapatos, se mantenía con decencia y aun ayudaba á sus hermanos.

El 16 de mayo, se pronunció sentencia, condenándosela á un año de reclusion en la casa galera de esta córte, y en las costas.

Elevada en consulta la causa á la audiencia territorial, el fiscal de S. M., señor Gamarra, pidió la confirmacion de la sentencia del inferior, alzando á cuatro años de galera el uno que en dicha sentencia se le habia impuesto, por considerarla amancebada con Luis Candelas, y ocultadora y partícipe de los efectos robados, cargos que fundaba en haberse encontrado en su baul, que abandonó á la entrada de Valladolid, objetos correspondientes á los tres robos perpetrados en la córte, sin que á su juicio hubiera probado suficientemente la ignorancia que afectaba, y que contradecian las íntimas relaciones que la unian con Candelas. El fiscal reconoció sin embargo como circunstancia que la favorecia, la de su corta edad.

En contestacion, su digno defensor, el señor don José Eugenio de Eguizabal presentó la siguiente defensa, pidiendo se le declarase libre de todo cargo y pena, sirviéndole de bastante castigo por las faltas, y no delitos, que se le imputaban, la prision que hacia tanto tiempo estaba sufriendo de resultas de aquellos procedimientos, en los que se la habia implicado indebidamente, y haciendo en su favor las demás declaraciones que estimara procedentes la justificacion del tribunal, que siempre serian arregladas á los méritos de rigurosa justicia, como iba á tener el honor de demostrar.

»Escesiva, improcedente y no arreglada á los méritos que esta causa arroja contra la desgraciada jóven que defendemos, dijo, nos pareció la peticion del promotor fiscal y en el escrito en que la contestamos creimos haber demostrado con abundante copia de razones y con fundamentos deducidos del proceso, que no era acreedora á pena alguna, puesto que no habia cometido el menor delito, en participacion directa ni indirecta de los que se perseguian. A vuestro juez de primera instancia no le convencieron nuestros razonamientos, y apreció el dictámen fiscal. Era tal nuestra persuasion de la inculpabilidad de N. N., que apelamos de la sentencia, y no por mera formalidad ó cumplir en lo exterior con las leyes y obligaciones de defensor, sino porque no podíamos ni queríamos consentir que la perjudicara la tácita aquiescencia á una pena, que si bien podria parecer de poca importancia y suave, es hasta el extremo afflictiva y de entidad, cuando se impone á un inocente.

»La sala advertirá por estas breves reflexiones cual habrá sido nuestra justa admiracion y sorpresa al leer el dictámen del señor fiscal, en que pide el aumento de la pena, nada menos que por tres años

mas, sin haberse tomado la molestia, no solamente de fundar tan escesiva peticion, pero ni aun siquiera de indicar en qué podia consistir tan notable equivocacion, tanto del promotor fiscal como del juez de primera instancia, porque acreedores se hacian á cargos y no cortos, pidiendo y estimando tan leve pena en comparacion de la suya. Y esta diferencia que en otra causa podria tener difícil esplicacion, la tiene facilísima en la actual, y el mismo señor fiscal nos la ha proporcionado. Efectivamente, el volumen del proceso, sus infinitas y multiplicadas actuaciones y el angustioso tiempo conferido por la ley para examinarle, han impedido que el señor fiscal haya considerado bajo su verdadero punto de vista, la responsabilidad de cada uno de los procesados, pudiendo decir respecto de la nuestra, que se ha equivocado bastante.

»Es preciso en esta parte dar al señor fiscal tanta disculpa como merece y tanta como le proporciona la ley especial que rije y debe observarse invariablemente en procedimientos de esta clase, y que segun sus disposiciones, si á los fiscales les es muy difícil, sino imposible, llenar sus deberes con aquella precision y exactitud que tanto requiere su importantísimo y delicado ministerio, no lo es menos á los defensores el cumplir con el suyo tan delicado é importante. Por esto el señor fiscal que en esta parte nos dispensa el honor de conformarse con nuestra opinion, se ha visto obligado á decir al principio de su acusacion que ha examinado esta grave y voluminosísima causa con la detencion que le ha permitido el angustioso tiempo y término que la ley le concede, y cuya perentoriedad no le permite dilatarse todo lo que convendria para enumerar bien todas las circunstancias de los delitos que se persiguen y su notable complicacion. Una idea solamente de estos y de aquellas es lo que su señoría, segun dice, se propone dar.

»Preciso se ha hecho presentar á la consideracion de la sala como preliminar en la defensa de la desgraciada N. N. los primeros periodos de la acusacion fiscal que tan afflictiva la es, para que se conozca, que no habiendo podido darse con todo el conocimiento y detencion necesaria para que sea fundada, sino únicamente con el que ha permitido la angustia del tiempo, no debe de influir en el ánimo de V. E., por mas respetable y digna de justa consideracion que sea la persona que la ha producido.

»No es esta sola la consideracion que se ofrece antes de entrar en el exámen peculiar de los cargos que se hacen á la jóven N. N. y de su virtuosa reputacion, existe tambien el que figura en un proceso de la mayor importancia y trascendencia y entre personas que han adquirido grande y funesta celebridad; que millares de individuos están altamente interesados en ver el desenlace y los frutos que produce tan complicado proceso, que tanto tiempo han invertido y ocupado tantas manos; por esto se mira mas á la importancia del proceso que á la culpabilidad intrínseca de cada uno de los que en diversos conceptos y en distintos términos tienen la desgracia de figurar en él. Por esto se pide contra la jóven N. N. una pena que ciertamente no seria tal si figurara en otra clase de

proceso. Y esto que la sala se dignará conocer, que ni es legal ni equitativo, debía producir precisamente los efectos contrarios, puesto que padecen los procesados extraordinariamente mas, por el largo tiempo que cuentan de prision, necesaria en efecto para la debida ritualidad del juicio, pero que siempre es una pena anticipada y no poco aflictiva. Contrayendo estas reflexiones á la situacion de la jóven N. N., encontrará V. E. que lleva ya cerca de dos años de pa-

decimientos, y no ciertamente porque los merezca por los cargos que se le han hecho, aun en el supuesto, y no concedido caso de que los hubiera dejado sin absolver, y sí únicamente, porque se le ha implicado en una causa de esta naturaleza, en la que tiene que seguir hasta la sentencia la suerte de los demás procesados; asi es, que si la sala, aunque no es de creer, accediera al dictámen del señor fiscal é impusiera una pena de cuatro años de reclusion, no ten-



Robo en casa del espartero Cipriano Bustos.

dria consideracion á los dos años ó mas que lleva de padecimientos y que la han acarreado la pérdida de su salud.

»Entrando en el exámen de los cargos hechos á la jóven N. N., los vemos limitados en el dictámen del señor fiscal, al de amancebamiento con el primer reo, el difunto Luis Candelas, y á los de ocultadora y partícipe de los efectos robados. Sin duda que no ha creído procedentes ni dignos de que ocuparan su atencion y la de la sala los demás cargos que el promotor fiscal se permitió hacer en su censura, á saber: el de haber seguido al malhadado Candelas en su salida de esta córte para diversos pueblos de Castilla la Vieja, sin embargo de que sabia que era prófugo de presidio; de haber faltado á la verdad en las diversas de-

claraciones que prestó, y de no haberse separado de su amante ó querido, segun el nombre que la procesada da á Candelas, sino cuando lo exigió su seguridad personal.

»Cargos eran estos tan inoportunos y poco legales que se desvanecian solamente con la enunciativa y con las reflexiones que naturalmente ocurren al menos instruido; y sea por esto ó porque detenidamente lo refutamos en un principio, no se han reproducido en la actualidad y escusado es por lo mismo hacerse cargo de ellos. Nos ocuparemos, pues, únicamente en refutar los que se presentan por el señor fiscal.»

El defensor contesta al primer cargo formulado por el fiscal sobre amancebamiento de la N. N. con Luis Candelas, diciendo, ser impropcedente en esta

causa, en que se trata solamente de perseguir á los autores y cómplices de los robos que en principio del año 1837 pusieron en consternacion á esta capital, á los cuales se limitaron los procedimientos, y en la que se procesó á la N. N. por creerla complicada en dichos robos en atencion á las íntimas relaciones que la unian con uno de los que se designaban como sus principales autores, y por haberse encontrado en un baul de su pertenencia algunos efectos de los robados, fue el haberla reducido á prision; mas que este delito, que era el único precedente por el que debió ser perseguida nada tenia de comun con el amancebamiento, por mas que este se sostuviera con uno de los principales criminales, por lo que no podia ser objeto de ésta causa. Alegó ademas el defensor la circunstancia de que en las relaciones de la N. N. no hubo el menor escándalo, siendo tan al contrario, que procuraban ambos en lo exterior como resultaba de la causa, disimularlo, aparentando ser casados. Y por último, dijo, que sin ser visto dejar de condenar como ilícitas y reprobadas semejantes relaciones, su castigo, cuando están ocultas, corresponde especialmente á otra autoridad de superior categoría y menos falible, que los tribunales humanos.

»Suficiente era lo dicho, continuó, para disculpar enteramente á cualquiera otra mujer que no tuviese á su favor las particulares circunstancias que abonan á nuestra defendida. En efecto, la Sala se dignará emplear un momento de compasion hácia esta jóven, apenas salida de la pubertad, sin parientes ni personas que inmediatamente se interesen por ella y la dirijan. Ella se hallaba fascinada y atemorizada por un hombre de cierto mérito é importancia en su clase, al mismo tiempo que agitada de aquellas pasiones tan vivas, tan ardientes y propias de la edad y del clima: haciendo, pues, reflexion sobre todo esto, cual deben los que van á fallar sobre la vida y el honor de las personas dedúzcase si no es suficiente esculpacion del hecho que se supone!

»Acusa tambien el señor fiscal á la jóven N. N. de ocultadora y partícipe de los efectos robados; y si estos cargos no tienen la respuesta de improcedencia que el anterior, la tienen no menos victoriosa de no ser exactos ni ciertos. Es verdad que en su baul se encontraron algunos de los efectos que se dicen robados, y sobre si es cierto ó no que lo sean, no nos detendremos en indagaciones, pues esto pertenecía á la persona que los ocultó y que ha pagado ya con el último suplicio sus crímenes y delitos; pero no aparece comprobado y ni aun siquiera indicado que la N. N. supiera que aquellos efectos eran robados y que los ocultára en su cofre con objeto de encubrirlos. De nada de esto hay certeza, y certeza tal que merezca imposicion de alguna pena. Se presume que debia saber aquella circunstancia por la intimidad del trato y por la clase de relaciones que la unian con Candelas, pero esto mismo prueba lo contrario, esto es, que Candelas trataria por todos los medios imaginables de ocultar á su amante el género de vida que llevaba, siquiera por no hacerse aborrecible á los ojos de una mujer á quien tanto queria, y que por su corta edad y poco mundo, no estaba avezada á los gran-

des crímenes, ni podia tampoco serla grato dedicar su amor á quien los perpetraba. Y aun cuando prescindieramos de todas esas consideraciones, ¿por qué hacer un cargo tan riguroso cuando es notorio las relaciones de amor que la unian con aquel hombre? ¿Se queria que impávidamente le condujera ella al suplicio? Por mas necesario que sea castigar á los criminales, nunca se ha de exigir cosas repugnantes. Asi, pues, para haberse podido librar de este cargo á la jóven N. N., era preciso que ella misma delatára á los tribunales á su querido, que ella misma le condujera al suplicio: pues en esta suposicion, ¿por qué se la caracteriza de ocultadora de unos efectos, que en primer lugar no es evidente que sean robados, en segundo que ella lo supiese, y en tercero, que se introdujeran en su cofre con ánimo de ocultarlos, y últimamente, que aun suponiendo todo esto por la parte que menos favorable nos puede ser, no podia ella misma ni pudo evitar el que se ocultaran? El señor fiscal la hace tambien partícipe del fruto de los robos, y este cargo tiene por fundamento las declaraciones de un testigo que asegura haberla visto comprar algunos géneros hacia la época en que acontecieron los robos. Preciso es que haya mucho deseo de acriminar para llevar hasta tan alto grado las suposiciones. En efecto, además de que este extremo no está suficientemente probado, porque no hay mas que un solo testigo que hable de él, ¿qué induccion legal puede ni debe sacarse de que el dinero que gastaba la N. N. tuviese precisamente aquella procedencia y no otra? Ademas, ¿sabia ella que el dinero que la suministraba su amante tuviera tan mal origen? Pues precisamente esto era lo que mas se necesitaba para hacerle el cargo de partícipe en los robos. Parécenos, pues, haber demostrado suficientemente, que si la sentencia que pronunció en esta causa vuestro juez de primera instancia, es escesiva, atendiendo á la clase de cargos que se han hecho á nuestra desgraciada defendida, mucho mas parecerá la peticion del señor fiscal, y que por lo tanto, debe accederse á las que en este escrito hemos producido por el fundamento y conviccion que prestan.

»Últimamente, no podemos menos de llamar la atencion de la Sala, como tambien lo hace el señor fiscal, sobre la corta edad de esta desgraciada jóven, motivo para que parezca menor la culpa, única que se la puede atribuir en esta causa, y que acaso la pena que se le quiere imponer y el trato con criminales de otra especie ahogará los buenos sentimientos que aun conserva.»

El tribunal superior, no obstante esta bien razonada defensa, condenó por sentencia de 17 de julio de 1839, á la jóven N. N., habida consideracion á la larga prision que habia sufrido y á su corta edad, en dos años de reclusion en la casa Galera de esta córte y en parte de las costas.

Pero el curador *ad litem* de esta infortunada jóven, don Felix Tarrero acudió á S. M. en solicitud de la conmutacion de dicha pena en otra pecuniaria, apoyándose en que el habersele seguido causa á la N. N., no era porque hubiera tomado parte directa ni indirectamente en los delitos que se imputaban á

los demás reos con quienes tuvo la desgracia de figurar, llamando la atencion sobre su corta edad, á la sazón de diez y ocho años, y sobre la enfermedad crónica á que la habían reducido los padecimientos físicos y morales originados por la formación de causa y la prision sufrida, segun resultaba de la certificación de facultativos que se acompañaba. «En el día, tanto por el largo padecer y tiempo que lleva de prision, se decia en esta bien sentida solicitud, como por el efecto é impresiones que la han causado los procedimientos criminales en que ha tenido la desgracia de verse envuelta y la sentencia con que se la ha afligido, la servirán de sobrado correctivo para su entera enmienda en los desvarios que tan fatales consecuencias la han acarreado. V. M. conocerá que de la tierna edad de mi menor, se puede sacar mas partido, volviéndola otra vez á la sociedad, que no viviendo por espacio de dos años en un asilo, en el que, aunque cause dolor el decirlo, no es la correccion y enmienda lo que se logra, sino quizá salir con mas conocimientos en el crimen que los que se tenían anteriormente.»

El tribunal resolvió no haber lugar á la conmutacion de pena, por providencia de 10 de diciembre del mismo año.

Mas habiendo acudido de nuevo la misma interesada, suplicando, que en atencion á no resultar contra ella en la causa porque se la sentenció, delito alguno, mas que una ligera presuncion, y al lastimoso estado de enfermedad en que se encontraba, se dignase declararla comprendida en el indulto concedido por real orden de 18 de noviembre de 1839, despues de evacuarse por la audiencia territorial los debidos informes favorablemente á dicha jóven, y de resultar de las certificaciones y declaraciones de los facultativos ser cierto el estado de enfermedad en que se hallaba, se accedió á su solicitud.

Esta infeliz jóven correspondió dignamente á la gracia concedida, observando en lo sucesivo una conducta irreprochable.

Pasemos ahora á continuar la esposicion de los procedimientos que se siguieron á consecuencia de los robos de que llevamos hecho mérito, á Mariano Balseiro, por ser el primero en importancia de la cuadrilla de Candelas.

Ya hemos dicho que apresado en 6 de abril de 1857, á media legua de Medina de Rio-Seco y conducido á Valladolid, se fugó de esta poblacion el 12 de junio del mismo año, volviendo á ser capturado en Madrid el 9 de julio á las once de la noche.

La captura la verificó, de orden del jefe político, don Ramon Guijarro, quien, y el salvaguardia, Gerónimo Blanco, Matías Alguacil, Lorenzo Gimenez y don Carlos San Sermin, declararon que, sabedores de que concurría Balseiro á casa de su cuñado, Gerónimo Marco, que vivía en la calle del Meson de Paredes, se fueron á ella de observacion y vieron que á las doce menos cuarto de la noche salieron de ella Balseiro y su cuñado juntos, y siguiendo por la calle de la Magdalena, se separaron ambos en la es-

quina de la calle de las Urosas; y habiendo entrado Balseiro á beber horchata en una casa de enfrente, lo prendieron allí. Al verse sorprendido Balseiro, trató de persuadirles que lo soltasen, diciéndoles que les recompensaría, en prueba de lo cual sacó un reloj, añadiendo que á no ser sus ánimos pacíficos, hubiera usado del instrumento que llevaba capaz de abrasarlos. Don Carlos San Sermin añadió á esto, que en la porteria de la Gefatura le vieron unos bigotes postizos, una caja con anteojos, una repeticion de oro y un cachorrillo, pero al entrar en la cárcel solo se le halló un reloj de plata y dos llaves grandes de puerta, la una de dos guardas; las cuales confrontadas con las cerraduras de casa de Gerónimo Marco, se vió no correspondian á ella.

En su consecuencia, constituido en la cárcel y hecho cargo de él el juez de la causa, procedió á recibirle declaracion indagatoria.

Habiéndosele leído las declaraciones prestadas en Rio-Seco y Valladolid, se ratificó en su contenido, rectificando solamente que no era casado y que los documentos de miliciano nacional no eran suyos, pues que no pertenecía á la milicia y se los habia encontrado dentro de una cartera que halló por Pascua de Navidad en la plaza de esta córte; que así mismo, los siete meses que dijo en su declaracion haber estado en la posada de Tarancon, fue en la cárcel de la misma villa encausado por un robo que hubo en la misma iglesia.

Despues de haber contestado á la pregunta ordinaria sobre su nombre, naturaleza, edad y estado, procedió el juez, al siguiente interrogatorio:

Juez: ¿Sabe usted el motivo porque se halla preso?

Balseiro: Lo ignoro.

Juez: ¿Con qué personas iba usted reunido cuando fue preso?

Balseiro: Con la persona que me tiene recogido en Madrid, en su casa, cuyo nombre y habitacion no digo por delicadeza, por no comprometerle.

Juez: ¿Se marchó el que iba con usted, ó le dejaron irse, los que le prendieron á usted?

Balseiro: Los que me prendieron no tuvieron lugar de detener al otro hombre, porque habiéndome yo separado de él, á beber un vaso de horchata en un portal, se dirigieron los aprehensores á mi y el otro se marchó.

Juez: ¿En qué paraje y casa estuvo usted en la noche de ayer y con qué personas habló?

Balseiro: De día estuve en mi casa, y de noche dando un paseo solo, sin hablar con nadie, y en la calle del Meson de Paredes me encontré con el sugeto que me tiene recogido.

Juez: ¿Qué motivos tiene usted para creer que comprometerá á las personas que le tienen recogido si dice su nombre, puesto que segun usted ha declarado, ignora el motivo porque se halla preso?

Balseiro: Porque me hallo sin padron.

Juez: ¿Ha estado usted preso en las cárceles de Valladolid? ¿cómo salió usted de ellas y por qué motivo se hallaba en las mismas?

Balseiro: Estuve preso en Valladolid, pero me

escapé por la puerta, por no encontrar resistencia, ignorando el motivo porque me tenían allí preso.

Juez: En compañía de qué personas se escapó usted de la cárcel de Valladolid?

Balseiro: Me escapé con don Francisco Perez, maestro sastre de Oviedo, y Josefa Gomez, vecina que era de Madrid, los cuales no sé donde residen.

Juez: ¿Qué día se escapó usted de Valladolid, dónde se dirigió usted y que ha hecho hasta hoy?

Balseiro: El día 4 de junio último, habiendo estado oculto en la misma ciudad y casa que me reservo, hasta el 23 del mismo, que salí para esta corte donde estuve oculto en la casa en donde me han recogido.

Juez: ¿Dónde se dirigían la Gomez y Perez, cuando se fugaron de Valladolid?

Balseiro: A Perez no le he vuelto á ver, y la Gomez, se fué conmigo no habiendo vuelto ó verla desde el día que llegamos á esta corte, ni sé donde para.

Juez: ¿En dónde y por qué le prendieron á usted para que estuviera en la cárcel de Valladolid?

Balseiro: Me prendieron media legua mas allá de Rioseco, una partida de soldados, é ignoro el motivo.

Juez: ¿Con qué personas le prendieron á usted?

Balseiro: En compañía de Ramon Ausó, José del Campo y Domingo García.

Juez: ¿Por qué se mudó Leandro Postigo el nombre en el de Domingo García.

Balseiro: Lo ignoro.

Juez: ¿A dónde y con qué objeto caminaba usted?

Balseiro: Iba á Valladolid á descansar unos días para regresar luego á Madrid.

Juez: ¿Cuándo salió usted de Madrid, para dónde y con qué objeto?

Balseiro: Salí el 23 ó 24 de febrero á Valladolid, con ánimo de establecerme y en compañía de José del Campo y Josefa Gomez.

Juez: ¿Qué relaciones tenía usted con esos sujetos?

Balseiro: Estuve encausado con el primero en Tarancon, y tuve con la segunda en Madrid relaciones amorosas.

Juez: ¿Hicieron ustedes resistencia á la partida cuando los prendieron?

Balseiro: No hicimos resistencia alguna, y después de atados dispararon los que nos aprehendieron un balazo á Leandro Postigo, y dieron un bayonetazo á Campo y otro á mí que no me encarnó.

Juez: ¿Qué efectos le ocuparon á usted cuando le prendieron?

Balseiro: Un macho aparejado, una escopeta, unas alforjas, seis pares de calcetas, y media onza, dos pañuelos de la India, conque se quedó el sargento, una repetición de oro con esfera y guarda-polvo de lo mismo, su autor Breguet, y con mis iniciales en el guarda-polvo, y otra de plata ó saboneta, su autor Lerroix.

Juez: ¿Le ocuparon también á usted un cofre? ¿qué contenía?

Balseiro: Me ocuparon un cofre que contenía una capa de paño azul, con embozos de terciopelo negro y cordones, nueva y fina; un pantalon encarnado; una chaqueta de terciopelo negro; una levita color de paja, tres chalecos y otras frioleras.

Juez: ¿Dió usted en la cárcel de Rioseco á Ramon Ausó un reloj para que se lo vendiera.

Balseiro: No señor.

Juez: ¿Se ocuparon á usted además de lo que deja dicho, un reloj de sobremesa y seis cubiertos de plata con las iniciales de su nombre?

Balseiro: No señor; pero los llevaba la Josefa Gomez, como de su pertenencia, ignorando los motivos que tuviese para ponerles mi marca.

Juez: ¿Qué efectos ocuparon á la Josefa Gomez en su cofre?

Balseiro: Lo ignoro por no haber visto lo que llevaba dentro de él.

Juez: ¿Dónde adquirió usted la capa?

Balseiro: Compré el paño en una ropería de la calle Mayor, y me la hizo un tal Tomás.

Juez: ¿Dónde adquirió usted los relojes que llevaba dichos?

Balseiro: El de plata lo compré en Valladolid, á un relojero de los portales de San Francisco, inmediato á la fuente dorada, y el de oro lo compré en el año 1854 en la taberna que tenía mi hermano José en la calle Imperial, á uno que allí asistía y cuyo nombre no recuerdo.

Juez: ¿Cómo y cuando adquirió usted el macho?

Balseiro: Lo compré en marzo último, á un chalan, llamado Tomás, cuya habitacion ignoro, en precio de 1,850 reales, no habiendo nadie presenciado la compra.

Juez: ¿Compró usted el reloj de oro con el guarda-polvo que tiene?

Balseiro: No señor.

Juez: ¿Dónde mudó usted el guarda-polvo?

Balseiro: En Valladolid, y el que tiene lo hizo un platero que me parece se llama Izquierdo.

Juez: ¿Dónde se pusieron las iniciales de usted en los cubiertos de plata, y por encargo de quién?

Balseiro: Lo ignoro.

Juez: ¿Dónde estuvo usted el día 12 de febrero de este año?

Balseiro: En Tarancon, habiéndome visto muchos del pueblo, pues la mayor parte me conocen.

Juez: ¿Dónde estuvo usted el día 28 de enero de este año, y quién le vió?

Balseiro: Estuve en Madrid; pero no tengo presente en dónde, ni las personas que me vieron.

Juez: ¿Qué pasaporte sacó usted para salir de Madrid y quien se lo proporcionó?

Balseiro: Saqué un pasaporte que me proporcionó un tal don Juan, corredor, cuya habitacion ignoro.

Juez: ¿Era legítimo el pasaporte? ¿cuánto pagó usted por él? ¿sacó usted otro para alguno de sus compañeros?

Balseiro: Ignoro si era ó no legítimo; di dos duros y otros dos José Campo por el suyo que fué á sacar en mi compañía.

Juez: ¿Qué noticias tiene usted, acerca del robo de doña Vicenta Mormin del día 12 de febrero en su habitacion calle del Carmen?

Balseiro: No tengo noticia alguna sobre ese suceso.

Juez: ¿Qué noticias tiene usted de otro robo hecho en la mañana del 28 de enero al presbítero don Juan Bautista Tárraga, en su cuarto, calle de Preciados?

Balseiro: Tampoco tengo ninguna.

Juez: ¿Y acerca del robo hecho á un espartero de la calle de Segovia, tambien á principios de este año?

Balseiro: No tengo noticia alguna.

Juez: ¿Conoce usted á Luis Candelas? ¿Con qué motivo? ¿Cuánto tiempo hace que usted no le ha visto?

Balseiro: Le conozco con motivo de haber estado preso con él en la cárcel y no le he visto desde el año de 1835.

Juez: ¿Conoce usted á Juan Mérida, Nicolás Fernandez, Francisco y Julian Villena, Pablo Maestre, Pablo Luengo é Ignacio García?

Balseiro: Conozco á todos esos sugetos escepto á Nicolás Fernandez y á los Villenas.

Juez: ¿Qué relaciones ha tenido usted con ellos?

Balseiro: Ninguna, y los conocia de haber estado presos en esta cárcel, escepto á Luengo que lo conocí en una taberna de una hermana suya á donde iba de muchacho, pero á la que yo no he vuelto.

Juez: Antes de su salida de esta córte ¿se hallaba usted empadronado? ¿en qué casa vivia usted?

Balseiro: Estaba empadronado en la casa en qué vivia, era la de mi cuñada María Peco.

Juez: ¿Cuánto tiempo hace que no trabaja usted en su oficio de ebanista?

Balseiro: Hace lo menos cuatro años.

Juez: ¿De qué medio se ha valido usted para atender á su subsistencia durante este tiempo y para hacer las compras de la caballería, alhajas y ropas que se le han aprendido?

Balseiro: Con la herencia de mis padres, cuya testamentaria radicó en la escribanía de don José Urrutia, pues vendí los bienes que me tocaron.

Juez: ¿Cuántas veces ha estado usted preso ó procesado, y quienes fueron los jueces que entendieron en su causa?

Balseiro: Lo he sido varias veces, que deberán constar en los libros de partidas de las cárceles.

Juez: ¿Ha estado usted en presidio y se ha fugado usted de alguno de ellos?

Balseiro: En 1830 fui sentenciado á seis años en el de Málaga, desde el que me trasladaron al Canal de Castilla, fugándome de él en 1831, y por el que me indultaron en el 32.

En julio se amplió la declaracion de Balseiro en estos términos:

Juez: ¿Conoce usted á Manuel Sierra, rematado de presidio que salió en la última cadena, y con qué motivo?

Balseiro: Le conozco hace tiempo, por haberme reunido con él algunas veces.

Juez: ¿Presenciaron ustedes Ramon Ausó y José del Campo la prision de Sierra que hizo Arroyo?

Balseiro: No presencié la prision que se dice.

Juez: ¿Sabe usted cuando y á dónde se prendió al citado Sierra, cuando se desertó últimamente de la cadena?

Balseiro: Lo ignoro.

Juez: Ha estado usted preso en esta cárcel en cuarteles en compañía de Sierra y cuánto tiempo?

Balseiro: Sí señor, en abril de 1835.

Juez: ¿A qué taberna de la calle del Carmen ha concurrido usted?

Balseiro: A ninguna.

Juez: ¿Cuántas veces, y en dónde ha visto usted á Manuel Sierra despues que se escapó de la última cadena?

Balseiro: Ninguna.

Juez: ¿Dijo usted á Sierra en el año 35, cuando estuvo usted preso en cuarteles ó en otra ocasion, que cuando saliera habia de hacer un robo de consideracion por medio del criado de la casa?

Balseiro: No señor, y nunca tuve relacion con el Manuel Sierra.

Apercibiósele para que dijese la casa y el nombre de la persona que le recogió en esta córte, y el de la que le ocultó en Valladolid, y contestó que lo reservaba por no comprometerlas.

Interrogado sobre si habia concurrido á alguno de los tres robos referidos, efectuados en Madrid, contestó que no pudo concurrir porque entonces se hallaba en Tarancon.

En vista de este aserto que tenia por objeto formar una coartada, y de haber designado Ramon Ausó y José del Campo en sus declaraciones, de que nos haremos cargo al esponer los procedimientos que se siguieron contra ellos, el meson en que pararon y las personas de su trato, se procedió á averiguar si era ó no cierta la coartada, espidiendo á Tarancon el oportuno exhorto para el exámen de once testigos, posaderos del meson de la Gitana, el alcalde y vecinos de Tarancon, contestó la testigo, Cándida Martinez, que estuvieron los tres en su casa en uno de los dias del mes de enero, permaneciendo por espacio de tres y volviendo el 9 ó el 10 de febrero, pues no recordaba el dia fijo. Simon Carrasco dijo, que la primera vez fue á mediados de enero, y la segunda el dia 11 con otro desconocido, permaneciendo hasta el 17 ó 18 que salieron para Madrid. José Parra dijo ignorar los dias en que fueron ambas veces. Eugenio Carrasco, que fue en el invierno. Lucio Navarro, que no recordaba el dia de febrero, en que los vió, pero que podria ser el 10, 11 ó 12, permaneciendo hasta el 17 ó 18. Agustin Rocaberti, que no sabia el dia fijo del mes de febrero, en que permanecieron allí. Don Tomás del Pozo, que le parecia fue del 10 al 12. Francisco Ros, que el 10 ó el 11, continuando allí el 16 de febrero. Don Fernando Simarro, que le parecia tener seguridad de haberlos visto del 10 al 12 de febrero. Don Juan Martin, que le parecia volvieron el 13 ó 14 de febrero, y el encargado de refrendar los pasaportes, dijo que no llevaba asientos, pero que recordaba que el 9 ó 10 se hospedaron en la po-

sada, permaneciendo hasta el 18. El alcalde dijo, que los vió en el mes de febrero, sin poder fijar día. De las declaraciones de estos testigos resultó estuvieron jugando al monte en dicho pueblo, habiendo ganado de 5 á 6,000 reales; que el primer viaje lo hicieron en coche, y el segundo con un calesero de Madrid.

Don Carlos San Sermin, declaró por otra parte, que Dolores Gay manejaba la correspondencia de Tarancon y practicaba las diligencias necesarias para formar la coartada, pero reconocida la casa de esta, en su consecuencia, nada se le encontró sobre el particular.

Mas como las declaraciones de don Francisco Chico y del celador Arroyo, sobre la captura de Sierra y de la de este, los cuales extractamos en la página 357, resultara que se habia efectuado el día 9 de febrero y que se habian hallado presentes á ella Balseiro, Ausó y Campo, procedióse á ampliar dichas declaraciones y á recibir otras para la averiguacion de estos importantes extremos que venian á destruir la coartada formada por los procesados con tal seguridad y astucia, dando dichas declaraciones el resultado siguiente:

María Pintado, tabernera que vivia próxima á la casa de la querida de Sierra, dijo: que en la tarde que prendieron á este, encontró sentados al sol á Balseiro, Campo y á otro que le pareció ser Ramonet; que dentro de la taberna estaban dos de la ronda del celador Arroyo, y como viera Balseiro que al ponerse el sol entraba Sierra en casa de su querida, fué á avisar á los de la ronda y volviendo con ellos los prendieron; que aquella misma noche volvió Balseiro á la taberna, y como le reconviniere la querida de Sierra por su proceder, contestó que habia obrado así, porque si habia Sierra de haber perdido á muchos, valia mas que se perdiera él solo; que al otro día volvió por la noche con Campo y Ausó, sin hablar mas que de dichas quejas. María Corredera, querida de Sierra, dijo, que en efecto, al anochecer y al tiempo de entrar Sierra en su casa, lo prendió Arroyo con dos de su ronda, conducidos por Mariano Balseiro, Campo y otros dos; que aquel levantó el picaporte de la puerta para que entrara la ronda, por lo cual le reconvino despues, á lo que le contestó que, era un pícaro que los queria delatar á todos. Careados la Pintado y Arroyo, dijo este, que quien le avisó para prender á Sierra, fue un dependiente, y aquella sostuvo haber sido Balseiro, y careado con esta Balseiro, dijo haber dicho tres días antes de la prision de Sierra á Antonio Rubio, donde pudiera hacerse aquella por encargo de Arroyo, pero que al día siguiente ó á los dos, se marchó á Tarancon; mas Arroyo negó conocer á Rubio. Careado Balseiro con la querida de Sierra, aseguró esta ser el sugeto que acompañó á Arroyo para prender á Sierra el mismo que tenia delante, al cual reconocia por la cicatriz del carrillo izquierdo, y el mismo á quien reconvino por su proceder á presencia de Juliana é Isabel Porras, pero estas negaron su dicho. Careada con Campo, dijo este, que aunque era cierto que estuvo en la taberna de la Pintado toda la tarde hasta el anochecer del día que

prendieron á Sierra, no lo era que acompañase á Balseiro para esto, pero la María Corredera replicó haberle visto con Balseiro cuando le dió las quejas.

Ademas, la partida de presos correspondiente á Sierra, era del día 10 de febrero, si bien el alcaide don Ramon Guijarro, espresó haber entrado en la cárcel la noche del 9, aunque tenia la partida la fecha del 10, por darse al día siguiente los partes de los presos que entraban la noche anterior despues de hecha la requisita en que se participaban diariamente de los existentes.

El ministerio fiscal alegó este resultado como contrario á la coartada, sirviendo de fundamento para que se hicieran varios cargos y se penara á los testigos de Tarancon, segun veremos mas adelante.

Habiendo motivo para sospechar que el pasaporte que dijo Balseiro haber sacado de Tarancon con varios refrendos era falso, se mandó cotejarlos con la letra y firma de Balseiro en sus declaraciones por dos maestros revisores, los cuales declararon ser de mano de Balseiro los refrendos de Tarancon.

Verificado el reconocimiento de los efectos encontrados en el equipage de Balseiro, reconocieron el presbítero Tárraga, doña Joaquina Giner de Almanza, Cipriano Bustos y doña Vicenta Mormin por suyos varios de aquellos que enumeramos en la página 366 al esponer el resultado del reconocimiento de aquel equipage y del de Candelas, probando su existencia en poder de los robados por medio de testigos.

Habiéndole puesto de manifiesto las alhajas, ropas y efectos apresados al procesado y reconocidos por los robados como de ellos, para que los reconociera y dijera si eran suyos, ó para que dijese á quién pertenecian, dijo: que el reloj repeticion de oro de Brequet era suyo, ignorando si el guardapolvo de metal suelto era el mismo ó no que anteriormente tenia: que la repeticion de plata tambien era la suya, y asimismo la capa: que la chaqueta de paño negro no sabia si podia ser de José Campo. Tambien ignoraba si el reloj de sobremesa y los cubiertos de plata eran de los que la Josefa Gomez llevaba en su baul, é igualmente la demás ropa de su mujer, mediante á que no vió la que contenia el baul de la Josefa, y que el reloj de oro, chato, cilindro y cincelado, no sabia de quién era ni nunca lo habia tenido el declarante.

Acerca del reconocimiento personal de Balseiro, se formó en Valladolid rueda de presos en que fue incluido este, y le reconocieron por uno de los nueve sugetos que asaltaron la mensagería de dicha ciudad é hicieron el robo entre las Rozas y Torrelodones en 30 de octubre de 1836, los viajeros que iban en ella, don Francisco Crespo y doña María Garatazo.

Formada rueda de presos en Madrid en 27 de julio con inclusion de Balseiro para que reconocieran el presbítero Tárraga, Cipriano Bustos, Josefa Hernandez, Mariano Rodriguez, Ramona Cid, doña María Palomares, doña Juana Urosa y doña María Atilanes, si entre estos se hallaba alguno de los autores de los robos, dijeron que no reconocian como tales á ninguno de los presos que se les presentaban.

Por auto de 31 de julio de 1837, se mandó formar otra rueda de presos, incluyendo en ella á Mariano Balseiro, Juan Mérida, Ramon Ausó, José del Campo y Leandro Postigo y nueve presos mas, y habiendo introducido en la pieza donde se hallaban á doña Vicenta Mormin y doña Ana Martínez de Vera, las dijo el juez, que mirasen detenidamente á los presos que estaban presentes, y vieran si entre ellos se hallaban alguno de los que habian cometido el robo en la habitacion de la primera, y despues de mirarlos detenidamente, contestaron que no conocian á ninguno de ellos. En seguida, entró en dicha pieza doña Rosa Vera, á quien se hizo la misma pregunta que á las anteriores, y habiendo examinado detenidamente á los presos referidos, señaló á Mariano Balseiro, diciendo, que le parecia que era uno de los que cometieron dicho robo, pero que no lo podia asegurar fijamente por lo aturrida que se veia en aquel caso. El juez la mandó salir á la pieza de afuera, y habiendo dicho Balseiro que respecto á tener una cicatriz en la cara, era fácil de reconocer, por lo que podria incluirse en la rueda á otros presos que tuvieran asimismo cicatrices en la cara, se incluyó al preso Ignacio García, y mudados los presos de sitio y ropa, volvió á entrar doña Rosa Vera, y señaló por segunda vez á Mariano Balseiro, y por fin, haciendo salir á esta de la estancia, quitando de la rueda á Balseiro, y poniendo en su lugar á Ignacio García, entró por tercera vez doña Rosa, y dijo no estar entre los presos el que habia sacado las dos veces anteriores.

Recibida confesion á Balseiro en 2 de noviembre de 1837, dijo: que la capa no se la hizo el que habia declarado anteriormente, sino Manuel Otero, que vivia en la calle de Tudescos, habiendo sido la causa de equivocarse entre ambos sastres, el que los dos le vestian; que la repeticion la compró por junio de 1834 en la taberna de su hermano, segun habia dicho; que aun cuando llevaba ropa suya en los baules de Josefa Gomez, no era responsable de lo que contenian, á pesar de sus relaciones y viajes con ella con que se le reconvenia; que los refrendos que hizo en los pasaportes fue como frecuentemente se hacia por los interesados; que no viajó nunca con Candelas, y que aun cuando no tenia licencia para usar la escopeta, la llevaba para su defensa, terminando con negar los demás cargos que se le hicieron, entre ellos, los de haber concurrido á los robos del presbítero Tárraga, del espartero, y de doña Vicenta Mormin.

El promotor fiscal, colocando á Balseiro en la escala de los criminales de primer orden, considerándole avezado desde su juventud al crimen, y envuelto entre procesos, lo miró como plenamente convencido de haber sido uno de los perpetradores del robo de Tárraga, y tambien del robo de la galera de las Rozas, fundándose en habersele hallado la repeticion y la capa azul y demás efectos pertenecientes á aquel en los cofres que con su acuerdo y conocimiento llevaba su querida, y del de el espartero y la modista por los efectos que tambien les pertenecian, encontrados en los mismos baules: pruebas que se corroboraban con las del reconocimiento del procesa-

do en rueda de presos por doña Rosa Vera; y respecto del robo de las galeras, ejecutado entre las Rozas y Torreledones, se fundaba en el reconocimiento que habia hecho de Balseiro uno de los pasajeros, don Francisco Crespo. Asimismo apoyábase en que para estos robos se habia preparado con los pasaportes falsos y refrendados que confesó haber hecho Balseiro, esto aun prescindiendo de sus relaciones con Candelas y demás pandilla. En su consecuencia el fiscal terminó pidiendo contra Balseiro la aplicacion de la pena de muerte en garrote vil.

El escrito de acusacion que presentó este funcionario, que lo era á la sazón el licenciado don Andrés Montero, fue lógico, enérgico y hasta elocuente, comprendiendo tambien los cargos que resultaban contra los demás procesados. No lo insertamos por su demasiada estension y por hallarse reproducidos los cargos que contenia en el escrito del fiscal del tribunal superior, á que damos cabida mas adelante.

Comunicado traslado al defensor de Balseiro, que lo era el licenciado don José María Fernandez de la Hoz, presentó un escrito, pidiendo la absolucion de la instancia, del cual extractamos los siguientes párrafos, en que contesta á aquellos cargos.

«El primer cargo, dijo, se reduce á considerar á Balseiro como cómplice en el robo ejecutado en la habitacion del presbítero Tárraga y de doña Joaquina Giner y Almansa. Las razones que se alegan para comprobarlo, consisten en el hallazgo en poder de Balseiro de una capa y una repeticion de oro que el Tárraga afirma ser de su pertenencia. El juzgado conoce mejor que nosotros la inmensa distancia que separa al poseedor de una prenda robada del verdadero autor del delito. Sin embargo, absteniéndonos de dilucidar una cuestion debatida ya por los mas célebres criminalistas, espresaremos únicamente que Balseiro ha manifestado que compró la repeticion de oro en 1834 en la taberna de su hermano José, á presencia de María Peco, habiéndosela visto con posterioridad don Gerónimo Marco. El promotor empero asevera, que no pudo adquirir Balseiro la repeticion en la época que designa, cuando consta de autos que con posterioridad la tenia Tárraga en su poder con el guarda-polvo de que habla Rulla. Sin duda el autor del dictámen no se ha tomado la molestia de examinar, asi la deposicion de este artista, como la de los otros dos testigos que forman la justificacion de preexistencia, don Fernando Rulla espresa únicamente que no tiene duda en que la repeticion es la misma que tuvo á componer hará unos cinco años como propia de Tárraga, la que entonces no tenia el guarda-polvo de oro conque se halla en la actualidad, y si el de metal ú otro semejante al que se le manifestó, ignorando si dicho guarda-polvo de metal se pondria en las temporadas en que él hizo sus viajes á Madrid. Semejante declaracion, lejos de perjudicar á Balseiro le favorece sobremanera, si se atiende á que en el espacio de cinco años y medio ha podido adquirirla nuestro defendido y conservarla por espacio de tres años que transcurrieron desde 1834 hasta la época de su prision. Asi, pues, resulta de la manifestacion de Rulla, que Tárraga conservaba en su

poder la repetición con posterioridad á la fecha en que nuestro cliente asegura haberla comprado. Tampoco don Joaquín Carvacho y don Joaquín Giner y Giner designan la época en que vieron á Tárrega la repetición, contribuyendo de este modo á favorecer las aseveraciones de Balseiro. Ni es esto solo, sino que habiendo hecho saber á las personas robadas que acreditasen la pertenencia de los efectos aprehendidos, el presbítero Tárrega y doña Joaquina Giner de Almansa, han presentado únicamente aquellos dos testigos, y en verdad que á juzgar por sus declaraciones, menester es, convenir, en que la repetición les era de todo punto desconocida.

»A pesar de qué el autor de la repetición, según resulta de autos, es Breguet, el relojero don Joaquín Carbacho dice serlo Puinart, circunstancia que nos dispensa de razonar con mayor detenimiento acerca de la deposición de un testigo que desde luego ha revelado paladinamente que nunca tuvo en sus manos semejante repetición. En cuanto á la declaración de don Joaquín Giner y Giner, bastará decir que la reconoció como de la pertenencia de Tárrega en el estado en que se encontraba, con el mismo guardapolvo de oro, puesto á costa de Balseiro en Valladolid. ¿Y se afirmará, todavía, que en los autos obra una demostración plena de que la prenda de que se trata era de la exclusiva pertenencia de Tárrega al mismo tiempo de ejecutar el robo? Cuando se trata de imponer la pena capital á un procesado, deben examinarse con escrupuloso detenimiento hasta los hechos mas insignificantes, pues es harto sabido que nada huelga en las causas criminales, y que la espresión mas indiferente pesa en la balanza de la justicia.

»Con relación á la capa que también el presbítero Tárrega reconoce como suya, diremos únicamente, que solo los dos testigos citados son los que confirman la pertenencia. Estraño, es, en verdad, que un relojero tenga conocimiento tan perfecto de las prendas del robado, que á pesar de hallarse desfigurada la capa, cual se supone, la reconozca desde luego, dando razón de su dicho, porque se conoce todavía haber tenido los sobreembozos que mandó quitar Tárrega. Sin duda, este eclesiástico es tan propenso á dar razón de sus operaciones mas indiferentes, que hasta á su relojero dió cuenta de la novedad que habia hecho en su capa.

»El don Joaquín Giner hace igual relación, siendo de notar, que así las personas robadas, como los dos testigos que han presentado reconocen la capa por la circunstancia que concurre en ella de haber tenido sobre embozos. A la penetración del juzgado no se oculta que igual contraseña puede muy bien concurrir en otras muchas capas, sin perjuicio de que se ha omitido en los autos comprobar por peritos un hecho de tanto bulto. Agréguese á esto, que Tárrega debió designar al sastre que se la hizo, y entonces, su manifestación merecía algun crédito. Imposible parece que una persona que cuenta algunas relaciones no pueda presentar mas que dos testigos, de los cuales el uno es pariente harto allegado de la doña Joaquina Giner de Almansa. En cuanto á la procedencia de la capa, nos ha dicho Mariano Balsei-

ro que se la hizo Manuel Otero, y no dudamos que evacuada la cita á su tiempo, corresponderá á nuestras esperanzas. El promotor fiscal pone en duda la manifestación de aquel, porque designó primero á un sastre llamado Tomás, pero en el término probatorio se hará ver que ha sido en extremo natural la equivocación del procesado, toda vez que se acredite que la mayor parte de la ropa se la hacia este artesano, habiendo recordado despues, hallándose todavía incomunicado, que no fue él sino Otero el que desde luego la hizo en el estado que hoy se encuentra.

»De lo espuesto resulta que sobre no ser permitido legalmente considerar como cómplice en un robo al poseedor de prendas de ilegítima procedencia, tampoco eran de la pertenencia don Juan Bautista Tárrega.

»También se le acusa á nuestro defendido de ser autor del robo ejecutado la noche del 10 de febrero en la habitación de Cipriano Bustos, alegando al efecto, que en el baul de la Josefa Gomez Caro, se hallaron varios pañuelos de la pertenencia de aquel y además, en un cajon separado, el reloj de sobremesa extraído de la habitación del esterero. El ministerio fiscal, condenando al desprecio la esculpación de Balseiro y las declaraciones de la Josefa Gomez, pretende hacer gravitar sobre este la mas funesta responsabilidad. Prescindimos ahora de demostrar, que cuando se perpetraron los robos de Cipriano Bustos y de doña Vicenta Mormin, se hallaba el que defendemos lejos de la corte, en la villa de Tarancon, á fin de seguir la marcha que nos ha trazado el autor del dictámen. Ahora, limitaremos nuestros razonamientos al resultado de las respectivas deposiciones de Balseiro y la Gomez.

»De la diligencia que en busca de esta se practicó en Valladolid resulta, que en el acto de su prisión manifestó, que el cajon con el reloj era de su pertenencia. Al prestar su declaración, se ratificó de nuevo, añadiendo que lo compró á un prendero que suele estar fijo en la calle del Estudio á la salida para el rastro. Además, María Gomez, hermana de la Josefa espresó en su declaración, que esta le ofreció el reloj para que se lo llevara al pueblo. Nos sorprende, ciertamente, que existiendo una persona que acepta toda la responsabilidad, y se confiesa dueña del reloj, se reconvinga á otra que niega serlo. Lo mismo creemos deber decir acerca de los pañuelos y demás efectos que han sido reconocidos por la Gomez de un modo el mas solemne. Nos abstenemos de sincerar á Balseiro con mayor detenimiento acerca de este cargo, porque nos reservamos hacerlo al hablar de su residencia en Tarancon.

»Otra de las inculpaciones que el fiscal dirige al acusado, es la de complicidad en el robo ejecutado en la tarde del 12 de febrero en la habitación de doña Vicenta Mormin, recurriendo para su comprobación al hallazgo en el baul de la Josefa Gimenez Caro de varios efectos que se dicen robados, y al reconocimiento que en rueda de presos hizo doña Rosa Vera. Hemos manifestado ya, que aquella es la que debe responder con relación al primer hecho, toda vez

que ha
cia, y
manera
mible
ción
poco an
Gomez
que ha
varios

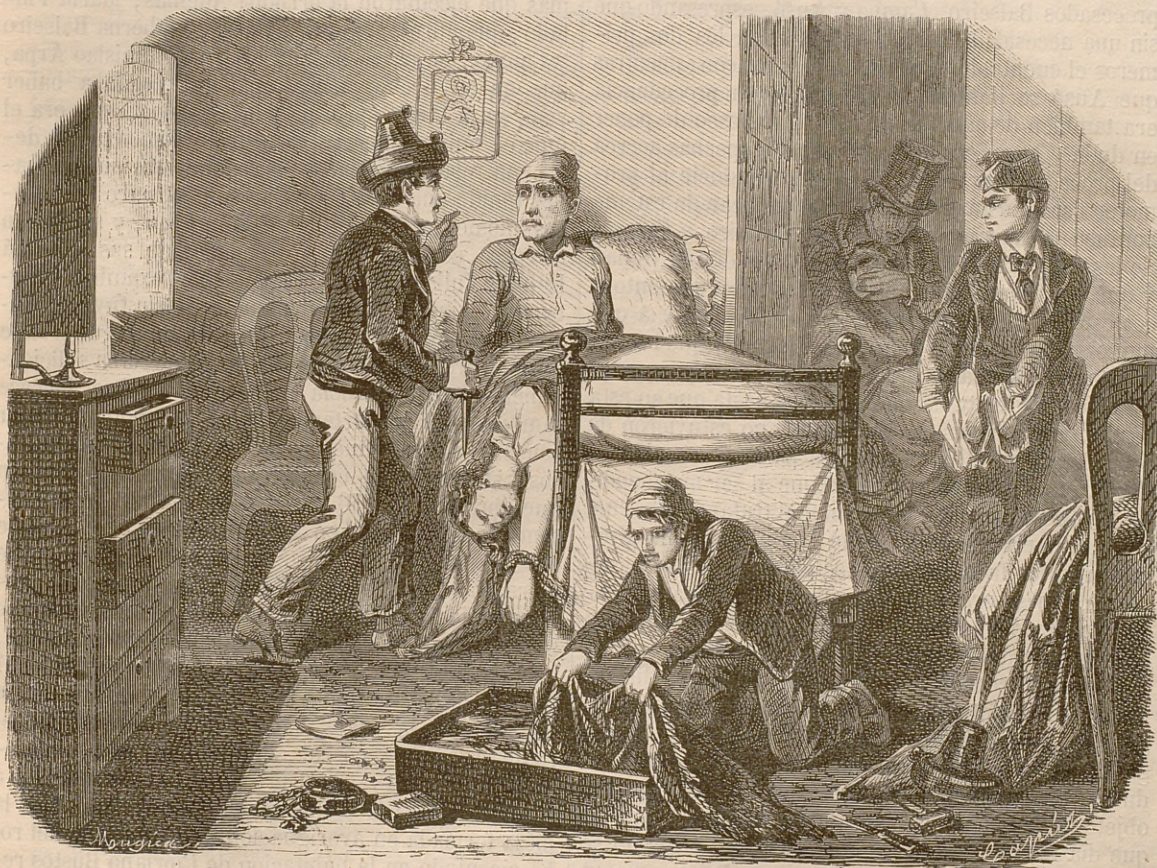
ya mani
comprob
que nos

»El p
partido
en rueda
deración
cias en l
que tuvo
y Torrel
exacta d
buir á u
equivoca
don Tom
mo auto
Ramon A

que ha reconocido los efectos, como de su pertenencia, y manifestado á mayor abundamiento que en manera alguna eran de Balseiro. Tanto mas presumible es que pudo proporcionárselos sin la intervencion de este, cuanto que es harto notorio que hasta poco antes de su prision vivió Candelas unido á Josefa Gomez con las mas estrechas relaciones amorosas, y que han sido tambien procesados por sospechas de varios robos. Fácil es, pues, conocer que Mariano

Balseiro no debe ser considerado legalmente como poseedor de las prendas aprehendidas á la Gomez, ni menos ora como autor, ora como cómplice en los robos, sin hacer una conocida violencia á los principios de la ideología.

»Digna es tambien de notarse por cierto la extraordinaria circunstancia de que Josefa Gomez Caro señala como pertenecientes á Balseiro los mismos efectos que este ha reconocido ser de su pertenencia, cu-



Robo del presbítero don Juan Bautista Tárraga.

ya manifestacion unánime y conforme, constituye un comprobante el mas positivo de la inculpabilidad del que nos ha confiado su defensa.

»El promotor fiscal, que no ha descuidado sacar partido del reconocimiento que doña Rosa Vera hizo en rueda de presos, debería haber tenido en consideracion el resultado que ofrecieron iguales diligencias en la ciudad de Valladolid con motivo del robo que tuvo lugar en el mes de octubre entre las Rozas y Torrelodones. Entonces habria formado una idea exacta de la ninguna importancia que se debe atribuir á una diligencia en que tan frecuentes son las equivocaciones. Consta de aquellas, que el capitán don Tomás María Crespo sacó en rueda de presos como autores del citado robo á Mariano Balseiro, á Ramon Ausó y José del Campo, y que doña María

Garatazo designó entre otros á los dos primeros. A pesar de un acontecimiento tan notable, no ha sido posible formar cargo alguno contra los acusados, en razon á que en el mes de octubre se hallaban Balseiro, Ausó y Campo presos é incomunicados en la cárcel de Tarancon. A ser cierto que nuestro defendido se hallara en alguno de los tres robos que se persiguen en esta causa, difícilmente habrian dejado de designarle los que experimentaron la desgracia, porque cabalmente en su rostro se observan dos marcas que pudieran desde luego servir de segura contraseña. La incertidumbre y falta de seguridad con que la doña Rosa señaló á Balseiro, enerva la importancia del cargo, sin que valga decir, que el proceder de aquella es el que comunmente se observa, pues hemos tenido ocasion de reconocer los resultados de las

ruedas de presos, y generalmente hemos observado, que cuando el compareciente posee una seguridad positiva, no emplea el lenguaje de la desconfianza y de la duda. Contra tan efímeros cargos, obra en autos una demostración completa y acabada acerca de la residencia de Balseiro en Tarancon en los momentos mismos en que se ejecutaron los robos de Cipriano Bustos y de doña Vicenta Mormin. El órgano de la ley, trabajando estérilmente en demostrar la falsedad de este hecho, llama la atención del juzgado hacia las declaraciones que prestaron en Río Seco los tres procesados Balseiro, Campo y Ausó, espresando que sin una necesidad marcada anticiparon los dos primeros el cuento de su ida solos á Tarancon, mientras que Ausó se limitaba á indicar que su procedencia era también de aquella villa. Solo el deseo de poner en duda y hacer concebir siniestras sospechas acerca del proceder mas recto, ha podido conducir al promotor fiscal hasta el extremo de calificar de estemporánea la narración hecha por Balseiro y Campo. Se les preguntaba por la autoridad de dónde venían y qué día salieron de su casa, y justo era que entonces espresaran cuándo partieron de Madrid y á qué puntos se dirigieron, resultando de aquí, que la respuesta guarda una perfecta armonía con la pregunta. También se intenta hacer valer, que hasta que en esta corte prestaron sus declaraciones, no estuvieron de acuerdo acerca de que los tres pasaron reunidos á Tarancon, sin tener en cuenta que al ser aprehendidos en Río Seco, recibieron un mal tratamiento cruel que necesariamente habria de producir alguna alteración en las facultades intelectuales de los procesados. Además, ora se les considere en abierta contradicción, ora en perfecto acuerdo, el resultado es que ellos estuvieron en Tarancon, como confiesa el mismo promotor, al consignar en su dictámen que se dirigieron á aquel punto á preparar su plan de escupación. ¿A qué, pues, fatigar la atención preciosa del juzgado con razonamientos impertinentes que no conducen á demostrar la criminalidad de los que son objeto de la acusación? En buen hora que se depure que día fue el de su llegada á Tarancon, mas no se hable de un viaje cuya certeza no es dado poner en duda. No negaremos nosotros que el día 9 de febrero tuvo lugar la prisión de Sierra, si bien no por eso convendremos en que Balseiro, Ausó y Campo, se hallaron presentes á ella ni menos que contribuyeron á que se efectuara. El celador don Francisco García Chico, que ostenta en la causa una imaginación fecunda para inventar mentidos hechos que le proporcionen distinciones no merecidas, omite designar el día en que proyectaba sacar partido de los ofrecimientos del desertor de presidio, Manuel Sierra. Mas el resultado es que en la tarde del día 9 fue prendido en la calle de San Anton por el celador don Miguel Fernandez Arroyo. A los dichos de Manuel Sierra, de María Pintado, de María Corredera y de don Francisco Huerta, se acoge el ministerio fiscal para repelar denodadamente el testimonio de personas á todas luces respetables. La dignidad é independencia del ministerio público, reclamaban que al propio tiempo que ponía de manifiesto las revelaciones mas

nocivas á los procesados, hubiera llamado la atención sobre las deposiciones que cedían en su provecho. El celador Arroyo nos dice en su declaración que no intervinieron en la prisión de Sierra otras personas que sus dependientes, uno de los cuales fue á buscarle para ejecutarla á una sombrerería de la Puerta del Sol, donde á la sazón se encontraba. Lo mismo manifiesta sustancialmente Pedro Alcántara; ¿y merecerá mayor crédito á los dispensadores de la justicia unas personas procesadas criminalmente por sus estravíos y por su perjurio, que las autoridades mismas que ejecutaron la prisión? Además, María Pintado, que afirma haber estado en su taberna Balseiro y Campo, se halla desmentida por Estanislao Arpa, que en su declaración espresó no recordaba haber visto en la tarde de la prisión á Campo, que era el único á quien conocía. Lo mismo creemos deber decir con relación á María Corredera, que supone haber tenido una fuerte reyerta con Balseiro á los pocos momentos de efectuarse la prisión, y señala en el careo como testigos presenciales de sus quejas á Isabel y Juliana Porras. Cabalmente, examinadas estas dos, niegan haber oído que la María tuviera conversación aquella noche con persona alguna. Ese mismo careo que tuvo con Balseiro, revelaba suficientemente que no conocía á semejante hombre. Merece también suma importancia para el promotor el haber conocido Sierra á nuestro defendido en rueda de presos, sin tener en consideración que del testimonio que obra al folio 476, resulta que los dos fueron juntamente procesados en 22 de enero de 1835. ¿Y se atreverá todavía el ministerio público á sostener que merecen entera fé y crédito las deposiciones de testigos perjuros, desmentidos solemnemente, que sobre haber sido alguno de ellos castigado por su falsedad, participaban todos del mas impuro resentimiento? A pesar de que nosotros los repelemos, invocando los mandatos de las leyes, no creemos sin embargo fuera de propósito recordar, que esas mismas declaraciones que hace valer el promotor, sirven también á sincerar á los procesados. Decimos esto porque de la pieza formada en averiguación de los autores del robo ejecutado en la habitación de Cipriano Bustos resulta, que la víspera del robo, es decir, el día 9 á las cuatro y media de la tarde, se presentaron dos, que despues resultaron ser los ladrones y ajustaron una carga de lias que les sirvió de pretexto para perpetrar á mansalva el delito. Si, pues, Balseiro se halló durante aquella misma tarde prestando auxilio para ejecutar la prisión de Sierra, claro es que no concurrió al ajuste de las lias. Además, María Pintado dice en su declaración, que en la noche siguiente que fue la de la ejecución del robo, estuvieron en una taberna y bebieron unas copas Balseiro, Ausó y Campo; luego tampoco tuvieron participación en el delito. Acepte en buen hora el fiscal el extremo que sea de su agrado, el resultado siempre será que Balseiro se halla inocente de los delitos que se le atribuyen. Nosotros, empero, prestaremos mayor acatamiento á las deposiciones de personas veraces y sin tacha que á las revelaciones de testigos destituidos de moralidad y de virtudes. La única razón que ha tenido presente el

autor del dictámen, ha sido la falta de acuerdo unánime en la designacion del día en que los tres procesados llegaron á Tarancon. Ciertamente es que no prefijan con seguridad positiva el momento de su presentacion; pero conviene tener presentes las diferentes manifestaciones para poder juzgar con acierto. Cándida Martinez señala el 9 ó el 10; á Simon Carrasco le parece ser el 11; Lucía Navarro conceptua serian los días 10, 11 ó 12. Don Tomás del Pozo y don Francisco Jimeno sobre el 10 al 12; Francisco Ros el 10 ó el 11; Juan Martinez el 13 ó 14, y Simon Mora afirma haber refrendado el pasaporte del caletero el 9 ó el 10, y por último, Agustin Rocaberti espresa que los vió algunos días antes del 16. El resultado es que todos los testigos, á escepcion de Martinez convienen en que Balseiro, Ausó y Campo se hallaban en Tarancon antes del día 12, pues aunque Rocaberti no designa día determinado, se infiere naturalmente de su manifestacion, que hacia el que señalan los otros testigos, los vió el tambien. A ser cierto como se supone que el plan de esculpacion fue trazado de antemano, todos ellos habrian convenido exactamente y sus deposiciones serian acordes. Acaso entonces no se habria descuidado sacar partido de una circunstancia que en nuestra pobre opinion revelaria la existencia del amaño. El lenguaje con que se han espresado los testigos de Tarancon, los pone á cubierto de todo ataque, pues no es posible que se hallaran presentes á la llegada de los tres procesados, ni que despues de algun tiempo recordaran con precision y exactitud un hecho que para ellos era indiferente. Nos admiramos en verdad, de que el promotor fiscal haya intentado mancillar el honor de personas honradas y de conocida fortuna, vulnerando al propio tiempo la delicadeza del juzgado de primera instancia de Tarancon, para tributar una homenaje de respeto á hombres perjuros y eminentemente criminales. Si dos de los testigos de aquella villa fueron fiadores de Balseiro y sus consortes, no por eso son capaces de contribuir á la ocultacion é impunidad del crimen. Honrado alguno de ellos con el mando de la milicia del partido, depositada en otros la confianza de las autoridades, y amantes todos de la causa pública, ofrecen á la consideracion de los tribunales una conducta sin la mas leve mancha. Justo será que sus acentos sean atendidos cual nosotros lo esperábamos de la ilustracion del juzgado.

»Así, pues, y para dar término á nuestra defensa, creemos haber demostrado, que la aprehension de efectos robados en poder de una persona, no prueba que sea en realidad criminal. Tambien hemos hecho ver, que no está probado, que la repeticion y la capa sean de Tárraga, que de los efectos aprehendidos en el baul y cajon de la Josefa Gomez Caro, ella sola es la que debe responder, y por último, que en los días en que se perpetraron los robos de Cipriano Bustos y doña Vicenta Mormin, se hallaba Mariano Balseiro fuera de la corte.

»Si las disposiciones del derecho establecido no son una mentira; si las pruebas legales deben ofrecer mi convencimiento positivo, y si en fin, las máximas saludables de los mas célebres criminalistas, merecen

algun acatamiento, no dudamos que nuestros acentos serán atendidos.»

El defensor de Balseiro propuso para prueba que los testigos de Tarancon declararan, que cuando vieron al procesado en el juego en casa de Martinez, fue el día 10 y no el 15 como habian espresado algunos, pues debiendo marchar los milicianos al otro día, no podia ser cierto su dicho; que fuese reconocida la capa por varias personas que espresaba, y que se le facilitase por la escribanía de cámara del señor Sancha, certificacion del indulto del año 1832.

Recibida la causa á prueba, con arreglo á la ley de 17 de abril mencionada, en 15 de junio de 1838 (por haberse promovido en el intermedio varios recursos para que se siguiese por los trámites comunes, los que fueron desestimados) se señaló día para el juicio público, en el cual se ratificaron los testigos sumarios, escepto Tárraga que presentó una apuntacion para acreditar que el guarda-polvo de la repeticion Breguet, se lo puso Ruyat en 4 de setiembre de 1828, y don Francisco Chico que declaró haberle revelado Sierra solamente el nombre de los autores del robo de la modista, pero no el modo de proyectarlo y que no recordaba el confidente que se lo dijo; María Pintado declaró así mismo, que Balseiro estuvo en su casa á los cuatro ó cinco días de robar al espartero, preguntándole por José del Campo. El celador Arroyo dijo, que Balseiro no pudo darle noticias de Sierra cuando huía de él, y aquel anunció al jefe político la perpetracion de tres grandes robos al presentárselo, pero sin espresar á quien ni por qué sugetos. Doña Vicenta Mormin interrogada sobre si los ladrones tenian señas particulares, contestó que no recordaba nada.

Los testigos de Tarancon se ratificaron por medio de exhortos, añadiendo uno de ellos, Simon Carrasco que estuvieron jugando una noche, tres días antes de llevarlos á Madrid, diciendo los otros que estaban inciertos en sus declaraciones.

Pero todavia no debian terminar las vicisitudes de este proceso con respecto á Balseiro, por causa de sus evasiones. Y en efecto, en la noche del 21 de marzo verificó una nueva fuga este rebelde procesado. Llamósele por edictos y por los periódicos en su consecuencia y declarándole á su tiempo contumaz, se dictó auto definitivo en 16 de marzo, condenándole en rebeldía á garrote vil, con la cualidad ordinaria.

En el intermedio de esta fuga y de su nueve captura, de que hablaremos mas adelante, se ejecutó en Madrid el crimen que llenó de sobresalto á toda la corte y en especial á los padres de familia del rapto de los niños del señor Gaviria. La opinion pública, notando la coincidencia de la fecha de este crimen, puesto que se cometió en 27 de abril de 1839, con la fuga de Balseiro de la cárcel, no vaciló en atribuirle este nuevo atentado, clamando contra este malhechor la prensa periódica, que llegó á compararle con Ginesillo de Pasamonte y Matías Hispano. Sin embargo, la causa que se formó en averiguacion de los autores de este delito, no arrojó lo necesario para procesarle por su perpetracion, reca-

yendo los cargos mas graves contra su compañero y co-reo en la causa de que tratamos, Francisco Villena, segun espondremos mas adelante. Asi se consigna espresamente en la acusacion que presentó el fiscal de la superioridad, sobre el proceso del menciónado rapto en el siguiente párrafo, que tomamos de ella, y cuyas últimas palabras se refieren sin duda á Balseiro:

«Atreverse los individuos de una sociedad, decia este digno funcionario, que lo era á la sazón don Pedro Gimenez Navarro, sin pugna ni aun de opiniones políticas, á sacar con engaño á dos niños del colegio donde se educaban, para llevarlos á los montes y exigir de sus padres enormes sumas, con amenazas de sacrificar en otro caso á aquellos inocentes, estaba reservado á la funesta fecundidad del ingenio de Francisco Villena y del de otra persona, que aunque indicada en la causa, no lo está bastante para dirigir contra ella los procedimientos judiciales.»

Elevada la causa en consulta á la superioridad, se recibió por conducto del señor regente la real orden de 8 de junio que transcribia el parte del jefe político de Guadalajara, diciendo que el día 2 se habia presentado al comandante de salvaguardias de Cifuentes un hombre, que segun el pasaporte se llamaba don José Miguel, titulándose sargento primero de la Milicia Nacional de la caballeria de Madrid y vecino de Aravaca, donde habia obtenido documento para viajar, y que llevaba un real despacho, con carácter de subteniente de ejército, sable, trabuco y caballo, á quien habia arrestado por infundirle sospechas de que fuera alguno de los autores de los robos de Madrid, y dijo haberse fugado dicha noche por un agujero hecho en el suelo de cuarteles que caia al portal de la cárcel, y era el mismo Balseiro.

Mas el 17 de junio, habiendo dado parte el juez de la causa á la superioridad de haber entrado en la cárcel nacional en la mañana del día anterior el reo fugado de la misma, Mariano Balseiro, y pidiendo se le devolviese la causa para continuar la prueba que habia quedado pendiente por la fuga de aquel, accedió la Audiencia á su solicitud.

En el juicio público se presentaron por parte de Balseiro, diez testigos. El primero de ellos, llamado Gregorio García, artífice relojero, dijo que no conocia á Balseiro y que tenia una idea remota de que la repetición se la llevó haria unos seis ú ocho años á tasar una persona cuyas señas no recordaba, que al menos el reloj que llevaron era muy parecido al que se le presentaba, si bien debia advertir que estaba muy desfigurado, pues ni él guarda polvo, ni la caja que tenia eran los primitivos. El segundo testigo, llamado Manuel Otero, maestro sastre, dijo que le habia hecho la capa á Balseiro en 1835, poniéndole unos contraembozos de seda, que Balseiro mandó quitar, porque se le caia de los hombros, y que se la vió usar diferentes veces, contestando por la afirmativa á la pregunta que le hizo el promotor fiscal, sobre si se habia deslustrado el paño. Otro testigo, llamado Nicanor Alcalá, dijo que sabia de cierto que la repetición era de Balseiro por habérsela visto usar con el guarda-polvo de metal. Los testigos Manuel

Beira y Eusebio Martin, dijeron que se la vieron usar, y los dos últimos, María Peco y Gerónimo Marco que eran cuñados de Balseiro, desconocieron la capa, ignorando quien fuese su dueño, y la repetición, si bien el último la vió usar á este con el guarda-polvo de metal.

El ministerio fiscal rebatió esta prueba, diciendo, que de diez testigos que habia presentado Balseiro para probar que la capa y la repetición de oro con que fue aprehendido eran de su pertenencia, solo dos lo aseguraban en cuanto al reloj, y uno respecto de la capa, pero que observara la sala cuan ineficaz era esta prueba, considerando que el robado don Juan Bautista Tárraga reconoció por suyos aquellos efectos y acreditó la preexistencia y propiedad de ellos, y tambien la contradicción en que habia incurrido Balseiro en cuanto á la capa. Este criminal famoso, decia el fiscal, de por vida, consuetudinario é incorregible se ha hecho acreedor á la pena del último suplicio, donde debe espiar sus crímenes y satisfacer de este modo la vindicta pública.

En 20 de junio de 1839 se reiteró por el juez de primera instancia don Miguel María Duran, la sentencia de 16 de mayo, condenando á Balseiro á la pena de muerte en garrote vil.

Mas suspendamos aquí el procedimiento que se siguió contra Balseiro en el tribunal superior, para dar cuenta del que tuvo lugar en primera instancia respecto de cada uno de los demás procesados, que mas adelante volveremos á ver reunidos en la acusación del fiscal de la superioridad y en la sentencia pronunciada por esta.

Respecto del procedimiento contra la Josefa Gomez Caro, que creemos deber esponer primeramente por el grande enlace que tiene con el de Balseiro, resultó lo siguiente:

Por las declaraciones de Balseiro, del calesero de Valladolid, de Elías Mangas y de otros varios, así como de la misma procesada, que llevamos espuestas, se ha visto que acompañó á Balseiro en el viaje que hizo de Madrid á Oviedo, poco despues de la perpetración de los robos de Madrid, volviéndose despues sola á Valladolid donde fue presa, y se le aprehendió el equipaje, en que se hallaron varios efectos de los robados á Tárraga, Cipriano Bustos y la Mormin. Recibida declaración á su hermana, doña María Gomez, mujer de Cipriano Redondo, cirujano de Cocejes, á quien habia remitido la procesada el baulito donde se encontraron varios de dichos efectos, para que se lo guardase hasta que ella fuera por aquel pueblo, manifestó que habia ido á ver á su hermana por su aviso, y no haberlo hecho cuando pasó para Oviedo, por no haber tenido aviso como á la sazón; que sin embargo, dejó entonces un baulito pequeño en la posada con encargo de que se lo entregase para su custodia un hombre de Cocejes, cuyo baul abrieron al momento delante de cuatro testigos, que confesaron contener los mismos efectos que entonces, resultando entre estos una servilleta alemanesca, una mantilla de blonda negra y un pañuelo de la India que reconoció por suyos doña Vicenta Mormin. Ademas se

hallaron á la Josefa Gomez dos onzas de oro, y la criada de la posada, Celestina Romini, dijo que gastaba dinero en abundancia. Y como se fugase con Balseiro y Villena cuando iban á trasladarlos á Madrid, segun ya espresamos, se le llamó por edictos, declarándola á su vez rebelde y contumaz. El promotor pidió seis años de galera, con la cualidad ordinaria, y notificado á los letrados el traslado y diligencias necesarias, se dictó la sentencia por el juez de primera instancia, don Miguel María Duran, condenándola en rebeldía á seis años de reclusion en la casa Galera de esta córte.

Espuesto el resultado de los autos en primera instancia contra Balseiro y la Josefa Gomez, vamos á reseñar lo que arrojaba la causa contra Ramon Ausó, Campo y Postigo por hallarse el procedimiento que se siguió contra estos sumamente enlazado con el correspondiente á Balseiro.

En cuanto á Ramon Ausó, ya hemos visto que fue preso en la mañana del 6 de abril de 1837 con Balseiro, Campo y Postigo á media legua de Medina de Rio-Seco, habiéndosele apresado un reloj que reconocieron Tárraga y la Giner por suyo. En Rio-Seco fue reconocido como habiendo concurrido al robo verificado en 30 de octubre de 1836 entre las Rozas y Torrelodones por dos de los pasajeros de la galera robaba. Conducido á Madrid, el juez que entendia de la causa, le recibió declaracion indagatoria, de la cual resultó haberse unido á los otros en la ventana del Espinar el 29 de marzo de dicho año, á la salida de Oviedo, á quienes conocia por haber estado presos con él; que su objeto era comprar ganado con el dinero que le libraba su padre, y como no le hallase en Oviedo, pasaba á Palencia por mantas con un macho de su propiedad y un pasaporte que le dió por cuarenta reales un tal don Juan en la Puerta del Sol, fechado en Tarancon á 23 de febrero de aquel año para Zamora y demás pueblos del interior, suponiéndose natural del mismo pueblo y casado; que despues del 25 de febrero fué á Valladolid, y al volver á Madrid estuvo dos dias en Tarancon, donde le puso Balseiro el refrendo, estando allí tambien Jose del Campo, y permaneciendo reunidos dos dias sin presentarse á la autoridad, pues fueron únicamente por cumplir una visita que habian ofrecido hacia dias al alcaide y otros dos, los cuales desmintieron esto: que no trabajaba hacia dos años, pero el uno se ocupó en la taberna de su hermano y el otro estuvo en la cárcel. Que el reloj que le fue aprehendido, se lo dió Balseiro en la prision para que se lo diera á vender al alcaide (este declaró ser falso) y los mil reales y pico que se le aprehendieron procedian de 6 ó 7,000 que ganó al juego en Tarancon con José Campo, cuya coartada provocó. En el careo con Balseiro convino en que el reloj no era de este, si no suyo, y lo cambió con una saboneta á un caballero de la botillería de Platerías en Oviedo. En su confesion, dijo, contra el cargo que se le hacia de haber sido autor del robo de 28 de enero, por haber reconocido Tárraga como suyo dicho reloj, que no procedia este cargo, porque no acostumbraba en aquella época á salir de su casa hasta

las nueve ó diez de la mañana, y no era incompatible que fuese el reloj de Tárraga y él lo adquiriese en Oviedo; adquisicion que si no habia declarado desde luego haber hecho él, atribuyendo ser el reloj de Balseiro, habia sido por estar trastornado ó por otra causa que no podia explicar. Reconvenido acerca de los otros robos, dijo, que los dias en que se perpetraron habia estado en Tarancon con Campos y Balseiro, y reconvenido con que mal podia hallarse en dicho pueblo con Balseiro, puesto que fue visto este en la taberna de la Pintado, en la tarde que prendieron á Sierra, dijo que insistia en lo declarado.

El promotor fiscal, considerándole autor de dichos robos por los méritos de los autos y por las prendas que se hallaron en su poder, pidió se le impusiera la última pena. Su defensor pidió su libre absolucion. En las ratificaciones de los testigos, contestó don Francisco Chico al defensor de Ramon Ausó, que vió á Manuel Sierra al otro dia de autorizársele para perseguir malhechores, siendo preso en el mismo dia, y que no recordaba los dias que mediaron hasta la ejecucion de los robos. Doña Joaquina Camacho contestó á dicho defensor, que el 28 de enero estuvo en esta córte, y pocos dias antes habia visto á Tárraga, que fué á recoger la repeticion y el cilindro que habia llevado á componer. Ausó presentó seis testigos, vecinos de Tarancon, para acreditar la coartada. El primero dijo, que salió del pueblo con la columna de nacionales, y dos dias antes vió á Ausó, Campo y Postigo. El segundo testigo, dijo que estaba cierto los habia visto en la mañana del 10, y por la noche los vió beber y jugar en la taberna de Juan Martinez y que debieron estar el 9 y quizá el 8. El tercero los vió el 10, infiriendo llegarían el 8 ó quizá el 7, permaneciendo allí hasta que salió con el batallón, y cuando llegó, ya no estaban. El cuarto, que jugaron la noche del 10 en dicha taberna, y los vió cuatro ó seis dias despues. El quinto, dijo que no los conocia por sus nombres, sino de oidas, y recordaba haberlos visto dicho dia jugar en la taberna y cinco ó seis dias despues. El sexto, que estuvieron en su taberna y por la tarde de dicho dia se fueron á la de Martinez, donde estuvieron jugando toda la noche hasta las cuatro de la mañana, y que los vió cinco ó seis dias despues. Tambien se libró exhorto á Oviedo, donde presentó Ausó por testigos, á su patrona y dos hijas para declarar si era cierto que habia estado este hospedado en su casa, y si salió á comprar ganado y volvió sin él, y sobre si cambió un reloj de oro por una saboneta de plata, contestando las testigos únicamente, que estuvo en efecto en Oviedo y que le vieron sobre la mesa dicha saboneta.

En el juicio público presentó varios testigos para acreditar sobre varias de las particularidades que tenia referidas, y dijeron, que en efecto habia vivido Ausó con su padre y observado buena conducta; que ninguna mañana se levantaba hasta las nueve ó las diez, sin salir de casa hasta las once; que en Tarancon ganó 5,000 ó 6,000 reales, de donde volvió á Madrid el 21 de febrero, partiendo para Oviedo á comprar ganado, sin mas reloj que una saboneta de plata; que no tenia relaciones con Candelas, y si úni-

camente con Balseiro y Campo desde la prision de Tarancon; que nunca le habia faltado en su casa con que vivir medianamente; que tres ó cuatro dias despues de la Candelaria, les dijo iba á Tarancon, pero ignoraban en qué dias.

El 16 de mayo de 1839 se pronunció sentencia por don Miguel María Duran, juez de primera instancia, condenando á Ausó en diez años de presidio con retencion, con destino á los menores de Africa.

José del Campo, fue, segun hemos dicho, aprehendido con Balseiro, Ausó y Postigo el dia 6 de abril de 1837 á media legua de Medina de Rio-Seco. Entre sus efectos, se le encontró un cachorrillo de uso prohibido. Campos fue reconocido en Valladolid como uno de los que verificaron el robo entre las Rozas y Torreledones el 30 de octubre de 1836, por el viajero don Francisco Crespo y otro. En su declaracion indagatoria que se le recibió en Madrid por el juez que conocia de la causa, dijo, que salió con Balseiro en 24 de febrero para Valladolid, con el objeto de establecerse allí ó en Oviedo; que salieron en una calesa con la querida de aquel, y allí compró una jaca por 1,100 reales: que llevaba un pasaporte que le proporcionó Balseiro, fechado en Valladolid á 21 de marzo para Leon, como casado y del comercio, el cual sin duda adquirió con el otro que decia y era de Tarancon con fecha 21 de febrero para Valladolid, suponiendo quedar abonado por el que le despacharon en Madrid; que el 7 ú 8 de febrero salió con Ausó y Balseiro para Tarancon, de donde volvieron el 19 ó 20; que en Valladolid se les reunió un matrimonio: que hacia tres años no trabajaba en su oficio por sus prisiones: que en Rio-Seco le ocuparon 500 reales y un reloj que compró en Leon de los tiroleses en 110 reales y un cachorrillo que conservó desde el año de 1828 que lo compró en el rastro, y la escopeta en Valladolid por 50 reales, la cual llevaba para revenderla: que dichos fondos los tenia de lo ganado al juego en Tarancon, donde estuvo el 12 de febrero con los demás; que el dia 28 de enero estuvo en Madrid, pero no recordaba en qué casa ni con quién, hallándose ya el 10 de febrero en Tarancon. Careado con Balseiro para averiguar el modo como adquirió los pasaportes, dijo este, que él los proporcionó y Campos le acompañó á recojerlos de un sugeto á quien cada uno dió dos duros, diciendo aquel ser cierto que recibió de Valladolid dicho documento que llenó un sugeto desconocido á quien dió dos duros, pero que no lo era que acompañase á Balseiro á buscarlo, porque no sabia donde los adquirió; que estuvo solo en la taberna de María Pintado al tiempo de la prision de Manuel Sierra, y salió con Balseiro y Ramon Ausó el 8 ó 9 de febrero para Tarancon, que á Balseiro lo vió el dia antes de la prision de Sierra, en la Puerta del Sol, y á Ramon Ausó tres ó cuatro dias antes en la taberna de su hermano: por otra parte, dijo tambien no recordar el dia que prendieron á Sierra, aunque si que mediaron dos ó tres dias desde esta prision á su salida de Tarancon. Preguntado sobre estas contradicciones é inconsecuencias, puesto que

Sierra fue preso el 9 al anocheecer, contestó haber salido el 8 ó 9 muy temprano para Tarancon sin saber como esplicar dichas contradicciones. Careado con María Corredera, resultó lo que ya espusimos al tratar del procedimiento contra Balseiro. Don Francisco Huertas, veterinario y celador, dijo: que vió á Campos en la taberna de la Pintado en la tarde del dia siguiente al en que robaron al espartero; es decir, el 11; y careados ambos, insistió Campo en que estaba dicho dia en Tarancon, á pesar de recordarle Huerta haberle visto con otro de su ronda y hablándole algunas palabras. En su confesion, dijo José Campo que en 28 de enero no acostumbraba á salir tan temprano como se hizo el robo de Tárraga, y que el 10 ú 12 de febrero estaba en Tarancon; que no habia conocido ni viajado con Candelas, habiendo salido para Valladolid solo con Balseiro. Reconvenido de nuevo por sus contradicciones, contestó que acaso la noche que estuvo en la taberna de la Pintado oyera hablar de la prision de Sierra, no siendo cierto. En cuanto al pasaporte, confesó ser falso el que llevaba, no habiéndolo podido sacar legítimo por no encontrar fiador con motivo de la causa que se le seguia en Tarancon: y respecto del cachorrillo y escopeta que llevaba, dijo que el primero le conservaba hacia muchos años, y la segunda la compró en Valladolid, y que creia poder usar dichas armas. En cuanto á la coartada de Tarancon, dieron las declaraciones de los testigos que se examinaron sobre ella el resultado que hemos espuesto al tratar del procedimiento contra Ausó. El promotor fiscal reputándole por lo que arrojaban los autos, autor de los robos mencionados de Madrid, pidió se le impusieran diez años de presidio con retencion. Su defensor pidió se tuviese por suficiente pena la prision sufrida. En las ratificaciones, contestó la María Pintado al defensor de Campo, que este estuvo en su taberna el dia mismo ó el siguiente de robado el espartero, y á los cuatro ó cinco, Balseiro preguntando por él.

Por sentencia pronunciada por el juez de primera instancia don Miguel María Duran en 16 de mayo de 1839 se condenó á José Campo en ocho años de presidio en uno de los menores de Africa.

Leandro Postigo, fue tambien apresado en Rio-Seco con Balseiro, Ausó y Campo, con una repeticion de plata, un cachorrillo y otros efectos. Allí declaró llamarse Domingo Garcia, ser soltero y venir de Oviedo, de ganar su vida como tratante; que salió de dicha poblacion yendo solo hasta la Venta del Espinar, donde se encontró á sus compañeros, y que iba á comprar bueyes á Tordesillas con una letra que le iba á librar su padre; que Balseiro envió á su mujer con una tartana á Madrid; que el reloj lo compró en la calle de la Montera y el cachorrillo que llevaba para su defensa á un muchacho que no conocia. En Valladolid deshizo la equivocacion de haber salido solo, pues salió en compañía de Ramon Ausó y á una legua de Oviedo, encontraron á Campo, Balseiro y su mujer, ratificándose en lo que habia dicho; que no habia estado antes en Valladolid; que permanecia en Iyana donde estuvo desde 1.º de febrero hasta

el 16 ó 17 que salió para Madrid; que no se llamaba Leandro Postigo ni nunca fue preso. Conducido á Madrid, y habiéndosele recibido declaracion indagatoria por el juez de la causa, manifestó llamarse Leandro Postigo y no Domingo García como habia dicho y ser natural de Madrid é hijo de Antonio García; que se habia mudado el nombre, porque no llevaba pasaporte; que solo era amigo de Balseiro y no conocia á Candelas ni demás, y que iba á comprar mantas á Palencia, habiendo salido de Madrid, solo y sin pasaporte el 19 de marzo, porque le dijeron no necesitarlo en aquel país. Que el primer medio mes de febrero estuvo en la corte, pero que no recordaba lo que hizo el dia 12; que no trabajaba desde el año 1834 y se mantenía con la flor y rosa que recojía de algunas huertas; que habia sido sentenciado por seis años á Ceuta, por reunirse con Manuel Alonso á quien ajusticiaron, habiéndose escapado de Málaga, y en el año 1831 del Canal de Castilla, y en el año 1834 le sentenciaron á cumplir seis meses que le faltaban en el correccional. En otra declaracion posterior dijo no acordarse donde estuvo el 28 de enero, aunque le parecía sería en su casa, ni tampoco el 10 de febrero. Doña Gregoria Fernandez, que lo tenia de huésped, dijo, no haber salido de su casa en la mañana del 28 de enero ni en la tarde del 10 de febrero, habiendo la declarante salido con él á paseo la del 12 por la puerta de Santa Bárbara, entrando por la de Fuencarral, recogiendo á las siete de la noche. En su confesion negó el cargo que se le hacia de las sospechas del alcaide de la carcel sobre ser él autor ó cómplice del robo de la modista, por convenir sus señas con las que daba esta y lo que habia oido don Francisco Chico; y dijo, haberse reunido casualmente con dichos compañeros de viaje; que no huyó cuando le prendieron, pues no hizo mas que resistirse á que lo registrasen, por lo que recibió un tiro en un muslo, estando tendido en el suelo; que no hizo uso del cachorrillo, como lo probaba el hallarse descargado. En cuanto á la coartada por suponer haber estado en Tarancon los dias de la perpetracion de los últimos robos, dió el resultado que espusimos al estractar las declaraciones de los testigos de esta villa respecto de Ausó. El promotor fiscal considerándole por los méritos de los autos, cómplice de los robos cometidos en Madrid en enero y febrero de 1837, pidió se le impusieran diez años de presidio con retencion. Su defensor pidió se le absolviera libremente. El juez de primera instancia, don Miguel María Durán, pronunció sentencia el 16 de mayo de 1839, condenando á Postigo en ocho años de presidio en los menores de Africa.

Antonio Ausó, hermano del Ramon Ausó ó Ramonet fue preso por el alcalde de barrio, San Sermin, por haber oido dicho alcalde á la Pintado haberle prestado el Antonio al Ramon el uniforme de miliciano nacional para hacer el robo del espartero. En efecto, María Pintado declaró, que dos dias despues de dicho robo, se presentó Antonio Ausó en su taberna, preguntando por su hermano, y encargándole le dijese, que le mandara la levita, gorra y sa-

ble de nacional que hacia cuatro dias le habia prestado: que le envió á dar este mismo recado con un tal Calixto, cuyo apellido y habitacion ignoraba, y habiendo oido despues esto Balseiro, dijo que ya sabia no se lo podia dar hasta que se hiciese otro, por lo que sospechó era cómplice en el robo: que esto lo oyó María Isabel Huerta, que se hallaba en su taberna, la cual dijo en un principio ser cierto, pero cuatro dias despues, dijo que no oyó nada y que se lo habia dicho la Pintado. Declaró igualmente esta, que no habia dado parte antes á la autoridad esperando que aquella recordase este hecho: que supo despues por una muchacha, criada de Ausó, que le habian devuelto á este el uniforme: que Dolores Gay la dijo que ella misma le llevó la levita, pero esta negó abiertamente el hecho. La Huertas manifestó que la Pintado la obligó á declarar con ella dicha falsedad, y careadas todas entre sí, resultó que la Pintado se hallaba resentida contra dicho procesado, por haber contribuido á la prision de su querido, que era desertor de presidio, por lo cual se la puso presa.

En el reconocimiento del cuarto de Ausó no se halló nada que pudiera infundir sospecha alguna. Este en su indagatoria, negó conocer á la criminal pandilla, y dijo que solo estuvo en el año 1837 en la taberna de la Pintado, hallándose de guardia en el Saladero, en la que bebió unas copas, sin hablar mas que de cosas propias del dia. Que si habia declarado la Pintado contra él, era por vengarse de haber prendido á su querido: que se mantenía con lo que ganaba de guarda del rastro y con un puesto de naranjas y limones; que el 28 de enero estaria en su casa en la cama desde el amanecer hasta las nueve, y el 10 y 12 de febrero en su puesto y en una taberna que tambien tenia entonces; que nada sabia de los robos cometidos en dichos dias. En su confesion negó los cargos que se le hacian. Por otra parte el alcaide de barrio del Humilladero informó no aparecer cosa en que desmereciese su estimacion y que se hallaba debidamente empadronado. El promotor fiscal pidió se le absolviera de la instancia, lo que declaró el juez don Miguel María Durán por sentencia de 16 de mayo de 1839.

En cuanto á Francisco Villena, llamado por otro nombre Paco el Sastre, y uno de los malhechores mas temibles y solapados de la cuadrilla de Candelas y Balseiro, ya hemos dicho en la página 363 y siguientes, que resultando sospechas contra uno de los viajeros llamado Francisco Perez, que fueron á Valladolid en la galera de Oviedo, juntamente con Candelas, de ser el compañero de este, Francisco Villena, por noticias que tuvo el jefe político de esta poblacion, de que el referido Perez habia acompañado á Candelas á casa del platero don Telesforo Izquierdo, á componer unas sortijas, le mandó detener dicha autoridad, y despues de tomarle declaracion sobre estos particulares, de la que resultó, así como de la del platero ser ciertos, fue reducido á prision, poniéndole incomunicado, espidiéndose oficio á las autoridades de Oviedo, para que dijieran lo que supiesen de importante sobre este sugeto. De las contestaciones

que estas dieron, resultó, que habia permanecido en aquella poblacion trabajando gratuitamente en la contrata de los uniformes para el ejército y aun alistándose en la Milicia Nacional, que habia mandado hacer dos sortijas en Oviedo; que se supuso serian de las alhajas que llevaron alli los autores de los robos de Madrid, y que en efecto habia salido de Oviedo con la galera que se designaba. Ya hemos dicho tambien que en la tarde del 12 de junio de 1837 se fugó con Balseiro y la Josefa Gomez. Aprehendido nuevamente en Madrid por unos salvaguardias en la calle de la Verónica, fué conducido á la cárcel de Corte en 5 de enero de 1838, y recibíendole su declaracion indagatoria, dejó el incógnito, declarando llamarse Francisco Villena, y dijo: que en 1836 se fugó tambien de la cárcel de Corte, pasando á Oviedo, donde permaneció con el nombre de Francisco Perez, hasta que salió con una galera para proporcionarse efectos de su oficio: que fue aprehendido en Valladolid por ir á vender una poca plata quemada á una platería en compañía de un sugeto llamado Lucio Cagigal, que se le incorporó con una mujer en la galera, y desapareció poco antes de su prision, llevándose una sortija suya; se fugó con Balseiro y la Josefa Gomez, ocultándose diez ó doce dias en una casa que reservaba por no comprometerla, viniéndose despues á Madrid con ánimo de servir en el ejército de Navarra. Que en el año 1834 se le procesó con Candelas, imponiéndole cuatro años de presidio, y preguntado, si era este el mencionado Cagigal, dijo no saberlo por no haberlo visto en la cárcel. Preguntado si habia concurrido á los tres robos que motivaban esta causa y si conocia á los sugetos de quienes se sospechaba, dijo que no habia concurrido á aquellos, y que no conocia á estos sugetos, negando ademas cuantos cargos se le hicieron y en particular el que se le hizo de ser cómplice en el robo de varios efectos que se hallaron en casa de Josefa de Castro, entre los cuales se hallaba un cuchillo que reconoció la Mormin por uno de los robados, y sobre lo cual pendia causa en artillería.

En 22 de marzo de 1839 volvió á fugarse Villena de la cárcel, escalando el suelo de cuarteles y resistiendo con armas de fuego al salvaguardia Juan Bautista Falcó, y pocos dias despues cometió un nuevo robo en la habitacion de don José Perez, sita en la calle de Atocha.

Por entonces fue tambien cuando ideó y perpetró el rapto de los niños del señor don Manuel Gaviria. Hé aquí el infame ardid con que se perpetró este horrendo crimen y las extraordinarias circunstancias que lo acompañaron.

El 27 de abril de 1839, á las seis de la mañana, se presentó en el colegio donde se educaban los niños, un sugeto de buen porte y atentos modales que dijo ser mayordomo del señor don José Gaviria, y de quien presentó al director del colegio una carta, en que espresaba que su sobrino, el señor don Manuel Gaviria, padre de los dos niños, se hallaba desde las once de la noche con un violento cólico que comprometia su existencia, por lo que deseaba con ansia ver á sus hijos. El director del colegio, no conociendo sospecha alguna, al ver aquella carta, le

entregó los niños; mas el sugeto que los recibió, al volver la esquina del colegio, los metió en un coche de colleras que tenia aprestado, y se dirigió con ellos hácia la puerta de Santa Bárbara. El director del colegio envió en el acto á saber de la salud del padre de los niños, y habiendo resultado ser falsas las noticias del sugeto que se presentó por estos, salieron inmediatamente en busca de ellos varias personas enviadas por parte del colegio, de la familia del señor Gaviria y de las autoridades. El raptor no bien llegó á Hortaleza, sacó á los dos niños del coche, y los entregó á dos hombres montados, el uno en un caballo tordo y el otro en uno negro, ambos con escopetas, los cuales colocando á los niños en la delantera de las sillas, partieron velozmente con ellos. El raptor que los habia sacado del colegio, y que resultó ser Villena, despidió el coche en Hortaleza y se retiró á pié á Madrid, tomando un largo rodeo.

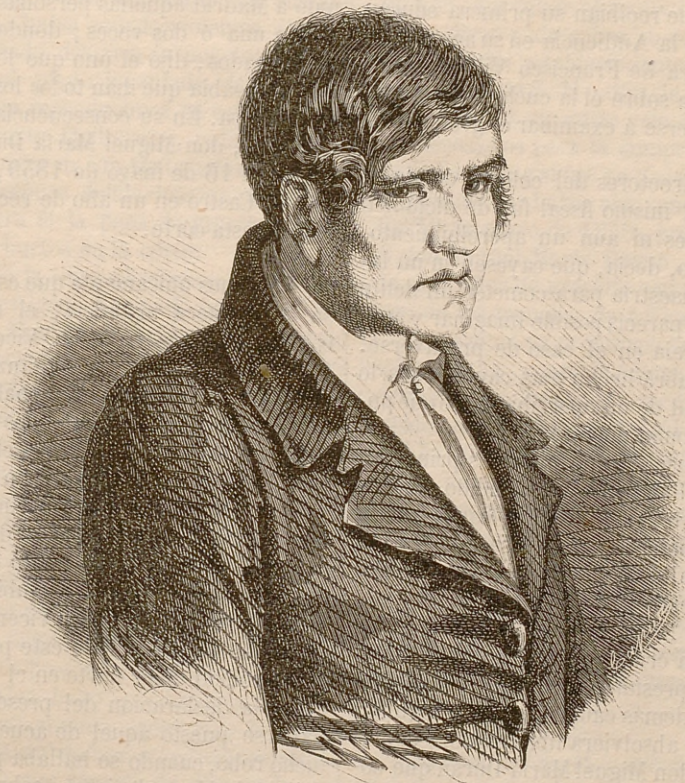
Llegados los que iban en persecucion suya á Hortaleza, se organizó repentinamente una pequeña fuerza de paisanos del pueblo y algunos nacionales de caballería, que bajo la direccion de un tio político de los niños, se precipitaron siguiendo su pista hasta el Molar, á donde llegaron por la noche y á donde se les agregó una partida de caballería que habia mandado al efecto el gobernador militar. En aquel punto dejaron de conocer la marcha de los raptos que pasaron la noche en la dehesa de Montalvanillo, haciendo dormir á los niños debajo de una Peña grande á la orilla de un arroyo, arropándolos con una manta y vigilándolos con el mayor cuidado, habiéndoles dado por todo alimento un poco de queso, pan y aguardiente.

En tanto que desde Madrid se comunicaban en todas direcciones y con la mayor celeridad requisitorias á todas partes, los que habian llegado al Molar, dieron la alarma en los pueblos inmediatos y tomaron tales disposiciones y con tanto acierto, que produjeron el mas feliz resultado. El domingo todo el dia se pasó en la mayor ansiedad por haberse perdido la pista de los raptos; los que marchaban en su seguimiento recorrieron en vano varios pueblos, penetraron hasta la sierra y siguieron en la mayor actividad.

En tanto, los ladrones, habiendo descansado unas horas en la noche del 27, caminaron el resto de ella y toda la mañana del domingo y penetraron al medio dia en el punto inaccesible de las sierras, llamado de las *Pedrizas*. Allí ataron los caballos é hicieron descansar á los niños, á quienes volvieron á dar un poco de queso, pan y aguardiente. Hablaron con un pastor que les proporcionó medio cabrito asado, y á las preguntas de este, contestaron que aquellos niños venian allí á aguardar á su padre, que con otros amigos debia venir á una cacería, pretesto con que tranquilizaron varias veces á los niños, que les preguntaron por su direccion. El pastor se retiró y los malhechores que manifestaban bastante inquietud por no ver llegar á los otros, segun su espresion, sacaron en la tarde del domingo papel, pluma y tintero que á prevencion traian, é hicieron escribir al mayoreito de los niños, de edad de once años, una carta que le dictaron en semejantes palabras:

«Querido papá: Si quiere usted volver á ver á sus hijos que se hallan en medio de doce hombres, y que no perezcan, envíe usted inmediatamente con el dador una persona de toda confianza con 3,000 onzas de oro, y si no perecemos» y en una posdata le hicieron añadir «que esto, por Dios, no lo sienta la tierra.» Escrita esta carta, fue entregada al anoecer á un pastor bastante anciano. Los raptos se proponían sin duda pasar allí la noche, y aun aguar-

dar el resultado de su atrevida petición; pero los exhortos que desde el Molar había dirigido el que mandaba la fuerza en su persecución y una carta dirigida al administrador de la fábrica de papel de Manzanares de la Sierra, por el tío de los niños, hicieron que el administrador con algunos soldados y nacionales se dirigiese con guías prácticos del terreno á recorrer la *Pedriza*. En efecto, á las once de la noche se dividieron en varios grupos, y uno de ellos, diri-



Francisco Villena.

gido por el pastor, que por la mañana había hablado á los raptos, se presentó en actitud de hacerlos fuego, lo que no verificó por no herir á los niños. Los raptos entonces montaron á caballo, y encargando á los niños huyesen de los ladrones (que así llamaban á sus libertadores) que venían á matarlos, les indicaron se dirigiesen hacia una hoguera que allí cerca se veía. Así iban á verificarlo los niños llenos de terror, cuando fueron libertados.

Pocos momentos despues, llegó el administrador de la fábrica del papel con la tropa, que en vano intentó dar alcance á los raptos en aquellos sitios tan ásperos é inaccesibles, protegidos además por la noche.

Los niños fueron conducidos á las dos de la ma-

drugada á la fábrica, donde la delicada atención del dueño, les prodigó toda clase de obsequios. La fuerza que marchaba en persecución de los raptos, llegó á la fábrica el lunes por la mañana, recogió á los niños, á quienes salieron inmediatamente á buscar de Madrid, donde entraron el 30 de abril, habiendo sido recibidos, así como en los pueblos de tránsito, con numerosas pruebas de interés.

De la causa que se formó en el juzgado del señor Amorós y Lopez en averiguación de los raptos, resultó serlo ó hallarse complicados en este delito, Francisco Villena, Luis Gomez, natural de Velez, soltero, sin domicilio, de edad de cuarenta y dos años; Angel Congosto, natural de Congosto, soltero, de veinte y seis años, y Esteban Martinez, natural

de Valdepeñas, casado, tabernero, de edad de cuarenta y seis años, habiendo sido el Gomez condenado á muerte, y los otros dos á presidio. No obstante ser el principal autor de este crimen, Francisco Villena, no pudo imponérsele en la sentencia pena alguna, por haber ya sufrido la de muerte, de resultas de la causa que se le habia formado por el robo de la calle de Atocha, puesto que Villena fue ajusticiado en 20 de junio de 1839, y que la sentencia de primera instancia en la causa del rapto de los niños del señor Gaviria, se pronunció en 16 de octubre de 1839 y la de la superioridad en 10 de julio de 1840. El acto de sacar con engaño á los niños de don Manuel Gaviria del colegio, donde recibian su primera educacion, decia el fiscal de la Audiencia en su acusacion, fue exclusivamente obra de Francisco Villena; mas como ha descargado ya sobre él la cuchilla de la ley, no hay para qué detenerse á examinar el grado de su culpabilidad.

Respecto de los directores del colegio donde se educaban los niños, el mismo fiscal fue de dictámen que no debia hacérseles ni aun un apercibimiento. «Nada tiene de extraño, decia, que cayesen en un lazo tendido con tanta maestría para cometer un delito que hasta entonces no parecia posible imaginar y contra el cual nadie se creia en el caso de precaverse. Su perpetracion les habrá hecho mas cautos para lo sucesivo, sin necesidad de un apercibimiento que pudiera menoscabar su buen nombre.»

Volviendo á la causa de que tratamos principalmente, Francisco Villena fue aprehendido nuevamente. En 11 de mayo se continuó la causa que se seguia por los tres robos primeros, y se le formaron nuevas por el de la calle de Atocha y demás, y por su fuga con escalamiento y resistencia.

El promotor fiscal lo halló en aquella, relacionado íntimamente con la criminal pandilla, y pidió contra él cuatro años de presidio, sin perjuicio de la pena que mereciese por las demás causas que se le seguian: su defensor pidió se le absolviera libremente, y el juez de primera instancia don Miguel María Duran que conocia de esta causa, le condenó por sentencia de 16 de mayo de 1839, en cuatro años de presidio de recargo sobre los demás que tenia impuestos ó que se le impusiesen, por las diferentes causas que tenia pendientes.

La Josefa de Castro, habiendo sido procesada por el fiscal de artillería por haber encontrado en su casa ganzúas, llaves falsas y algunos efectos robados en el colegio de esta arma, al reconocerse estos, se encontró un cuchillo de plata que reconoció la Mormin ser uno de los efectos que se le habian robado. La Castro declaró primeramente, pertenecer dicho cuchillo á un tal Juan García y María Martin, domiciliados en San Fernando, lo que resultó falso, y despues, dijo pertenecer á un tal don Cayetano. En su confesion con cargos, negó el que se le hizo de tener parte en el robo de la modista; y dijo, que la habrian engañado dichos García y su mujer al decirle estaban en San Fernando; hizosele cargo de abrigar en su casa á Villena y otros criminales, á lo que contestó

ser falso. El promotor fiscal, considerándola, no obstante, como encubridora de delincuentes y como receptadora de efectos robados, pidió contra ella cuatro años de reclusion en la galera, y su defensor que se la absolviera libremente sin que le perjudicara la prision sufrida, con los demás pronunciamientos del caso, proponiendo prueba. Con este objeto, presentó dos testigos, que declararon respecto de su conducta, haberla observado buena en cuatro años que hacia la conocian; respecto de si era cierto que Juan García y María Martin le habian dado á guardar un cofre y varios objetos, dijo el uno haberlo oido así, y el otro que lo ignoraba; y en cuanto á si habian venido á Madrid aquellas personas del sitio de San Fernando una ó dos veces, donde decian se hallaban domiciliados, dijo el uno que lo ignoraba, y el otro que solo sabia que iban todos los sábados dos sugetos por la ropa. En su consecuencia, el juez de primera instancia, don Miguel María Duran, pronunció sentencia en 16 de mayo de 1839, condenando á la Josefa de Castro en un año de reclusion en la casa galera de esta corte.

Réstanos únicamente que esponer sobre esta causa en primera instancia, el resultado que arrojó contra el criado de doña Vicenta Mormin, Nicolás Fernandez, natural de Arganzua, casado, de edad de veinte y siete años. Este habia sido procesado anteriormente, segun insinuamos en la página 353, por robo con fractura de una papelería, ejecutado en la pagaduría de los telégrafos, en la plazuela de la Villa, siendo de edad de veinte y cinco años, habiéndosele absuelto libremente en 10 de agosto de 1836, cuya sentencia se confirmó en 3 de diciembre del mismo. Ya hemos espuesto tambien las sospechas que concibió contra él doña Vicenta Mormin, al saber que se le habia formado este proceso, sobre que hubiera podido tener parte en el robo perpetrado en su casa; la declaracion del preso Manuel Ortiz, sobre haberse puesto aquel de acuerdo con Balseiro para dicho robo, cuando se hallaba preso con él en la cárcel; la de Manuel Sierra, sobre haberle visto en una taberna con Balseiro y otros criminales, y finalmente, las de las personas que habiendo ido á visitar á la Mormin durante el robo, y sido detenidas por los ladrones, vieron á Fernandez, procediendo con mas ó menos prevencion ó desembarazo, concibiendo sobre su connivencia con estos sospechas mas ó menos fundadas, por lo que mandó se le redujera á prision el juez de la causa.

Habiéndosele recibido en su consecuencia declaracion indagatoria, dijo: que el no haber abierto el ventanillo de la puerta, en aquella tarde, para ver quién llamaba, consistió en que no le dejaba hacerlo uno de los ladrones, por tenerlo cogido y con un pañuelo al cuello. En su confesion, dijo: que nunca se habia acompañado con los sugetos de quienes se sospechaba fueran autores del robo referido, ni menos formado con ellos el complot para perpetrar este; que si abrió la puerta, fue porque se lo mandó su ama, cuando le pasó el recado de hallarse allí uno que se titulaba correo de gabinete: negó el cargo de haber

salido solo á abrir á doña Ana y doña Rosa de Vera, pudiendo haberse escapado, y estando entrando y saliendo libremente, mientras los demás estaban atados, puesto que él lo estaba, según declaró el portero Mata, que dijo haberle visto atado de las piernas; que no pudo señalar á los ladrones en rueda de presos, por no conocerlos; que aunque era cierto que había estado un mes preso con Balseiro cuando su prision por la causa del telégrafo, no lo era que conviniesen en nada sobre el robo de su ama.

El promotor fiscal consideró en él, unido el crimen del robo de su ama á la mas negra perfidia, coadyuvando y aun preparándolo de antemano con sus autores, puesto que no había sufrido violencia alguna, que les había enseñado despues la puerta falsa, y que además, por el plano levantado de la casa, (que es el mismo que reproducimos en esta obra) se inferia que pudo escapar fácilmente, pidiendo auxilio, puesto que le trataron con tanta consideracion, y que él no quiso despues delatarlos: en su consecuencia, pidió contra él la pena de muerte, como cómplice directo de hurtos en la corte.

Su defensor pidió la libre absolucion. En las ratificaciones de los testigos, habiendo preguntado el defensor á la criada Mariana Rodriguez si era cierto que su ama diera voces llamando á Nicolás Fernandez, quien le contestaba que no podia acudir, por hallarse atado, y que si acudieron á desatarle primero, y contestó ser cierto, y tambien que le vió atado con una cuerda en las manos y un pañuelo en las piernas, cuando ella salió de la habitacion en que estaba. Preguntado Manuel Ortiz por el promotor si conocia á la modista, respondió que no, ni á nadie de su familia, y preguntado por el defensor de Balseiro si esperaba algo por dichas revelaciones, contestó que la libertad, según le había ofrecido Fernandez, pero repetida la pregunta por el juez, espuso no sabia lo que se había dicho, por haberse aturcido algo, pero que efectivamente creyó que le harian algun favor en su causa dichas revelaciones. Doña María Atilanes, dijo: que despues de destapada, vió á Fernandez con las manos atadas con una cuerda de cáñamo. Doña Vicenta Mormin, que el criado Nicolás no sabia dónde estaban los 5,000 duros en oro, pero le hizo subir la caja donde se encerraban con la corona de la Virgen al desban, diciéndole: «toma, sube eso arriba, que Dios guardará la corona y esta caja,» pero sin decirle lo que contenia, pues ella sola lo sabia: que cuando Nicolás Fernandez salió en otra ocasion de su casa á servir su destino en los telégrafos, lo hizo con ánimo de no volver á servir mas en la casa, continuando en visitarla, como á su bienhechora; que cuando volvió, fué por hallarse su criado en Francia, y proponerle que le asistiese, como lo ejecutó, pero sin que durmiera en la casa, y que su mujer iba muy de tarde en tarde, y no recordaba otras señas particulares de los ladrones que las que tenia declaradas.

Fernandez presentó cinco testigos en su abono; el primero, que era empleado, contestó que le había servido hacia unos ocho años, sin poder fijar tiempo, aunque fue mucho, con excelente conducta, por la

que mereció su entera confianza y manejar los intereses necesarios para el gasto de su casa, despidiéndose á su pesar para entrar en una casa de comercio. El segundo, comerciante, contestó su buen comportamiento en los nueve meses que le sirvió, desde el año 29 al 30, y entregado del cajon é intereses de su tienda, no advirtió faltarle cosa alguna, y lo despidió por haber salido una tarde solo contra sus órdenes. El tercero, confinado en el correccional de esta corte, convino en que no era el que se buscaba. La cuarta, viuda, del comercio dijo lo tuvo de dependiente el año 30 unos cuantos meses, que no llegaron á un año, sin saber el motivo porque se marchó; sin poder decir nada sobre su conducta, por estar ella apartada del establecimiento. El quinto, mayordomo de semana de S. M., dijo, le sirvió del 28 al 29 siete meses muy á su gusto, sin fiarle mas intereses que los necesarios para la compra diaria; que no podia decir fijamente si fue en dichos años ó en otros, y que se marchó por haber sido empleado en los telégrafos. En 16 de mayo de 1839, pronunció sentencia contra él don Miguel María Duran, condenándole á la pena de diez años de presidio con retencion, con destino á uno de los menores de Africa.

La sentencia pronunciada en 16 de mayo por el señor Duran, contenia ademas de las condenas enunciadas contra los autores y cómplices de los robos referidos efectuados en Madrid en enero y febrero de 1837, la pena de veinte ducados de multa á varios de los testigos de Tarancon, por la poca veracidad en sus declaraciones con apercibimiento para que en lo sucesivo respetaran la sagrada religion del juramento.

Tal fue el resultado del procedimiento seguido en primera instancia contra los sujetos complicados en esta causa. Elevada en consulta á la superioridad, se pasó al fiscal de S. M. para que pidiera con arreglo á la ley.

El fiscal de S. M., señor Gamarra, despues de relatar sucintamente los cuatro delitos sobre que giraba el procedimiento, formuló su acusacion en estos términos:

«Delitos de tanta importancia y que tanto llamaron la atencion pública, no pudieron menos de escitar todo el celo de las autoridades administrativas y judiciales, y desde luego las primeras diligencias designaron como autores de aquellos á gran parte de los procesados por su funesta fama y vida anterior, y por las señas que de alguno de los ladrones dieron los robados, cuyas sospechas han venido á robustecerse con el tracto sucesivo de las actuaciones.

»El primero y principal de los comprendidos en esta causa, es Mariano Balseiro, criminal de por vida, repetidas veces procesado y fugado del presidio á que sus delitos le condujeran. Fue sin duda uno de los que perpetraron los cuatro robos que se persiguen en razon de haber sido reconocido en Valladolid por dos testigos como uno de los que hicieron el primero de aquellos ejecutado en el camino público de las Rozas á Torreldones y en cuadrilla el día 30 de octubre de 1836, y si bien los que fueron robados en

esta corte, no reconocieron á Balseiro, no por eso deja de estar convencido de haber concurrido á los tres robos de esta corte que van especificados, porque en su poder y en el de su moza Josefa Gomez, se encontraron una porcion de efectos correspondientes á aquellos, cuyos respectivos dueños han reconocido como de su pertenencia, habiendo ademas dado estos la justificacion correspondiente de ser suyos, y doña Josefa Vera, que es una de las personas que entraron y á quien detuvieron los ladrones en casa de doña Vicenta Mormin, cuando la estaban robando, ha reconocido á Balseiro, aunque con alguna duda. Por otra parte, Manuel Sierra, asegura que el procesado Balseiro le habia dicho que iban á hacer un gran robo, ayudados de un criado de la casa en que debia verificarse, y sin duda se trataba del de la modista de S. M., pues resulta que en efecto fueron auxiliados para su mejor ejecucion del criado de aquella, llamado Nicolás Fernandez. Y aunque en el careo que Sierra sostuvo con el difunto Candelas, varió algo su declaracion, se sostiene en lo principal de aquella y se halla corroborada con la de Manuel Ortiz, en que asegura que el criado Nicolás Fernandez le habia dicho que Balseiro fue uno de los autores del robo de su ama, sin que obste que Fernandez haya negado haber dicho esto, porque son tales los datos en que se apoya la declaracion de Ortiz, que no puede menos de darse á ella el mayor mérito y valor legal, como se demostrará despues al hablar de dicho criado. Ademas, resulta probado tambien que Balseiro, habiendo sido reconvenido porque habia facilitado la prision del Sierra, contestó, «que mas valia que se perdiera uno que no muchos» pues que él los iba á delatar á ellos, de lo cual deponen María Corredera y María Pintado. Y esta indicacion hecha por Balseiro, es muy atendible, porque prueba que Sierra sabia que intentaban el robo; y con efecto, asi aparece tambien toda vez que antes de ser preso, ya habia hecho revelaciones á don Francisco Chico. Por último aparece Balseiro negativo en cuanto á los robos de que se le acusa, y únicamente confiesa la falsedad del pasaporte con que caminaba, y si bien ha conseguido en Tarancon que depongan algunos testigos de su estancia en aquella villa desde el 7 ú 8 de febrero de 1837, la falsedad de sus dichos se vé comprobada por el resultado de la causa en que se justifica plenisimamente que Balseiro fue uno de los que concurren á la prision de Sierra, y esta no tuvo efecto hasta el 9 de febrero; de consiguiente, no podia estar en Tarancon desde la fecha que supone.

»De Ramon Ausó resulta, que ha sido procesado diferentes veces por distintos escesos y tambien por robo, y aparecen contra él en esta causa, los fuertes cargos de haber sido reconocido por dos testigos en Valladolid como uno de los que robaron en el citado camino de Castilla el dia 30 de octubre de 1836. Fue sin duda autor del ejecutado á don Juan Bautista Tárraga, porque una repeticion de oro que aquel dió á vender al alcalde de Rio-Seco, ha sido reconocida por Tárraga como suya, siendo de advertir que en un principio negó haberla dado; despues dijo que era de Balseiro, y por último confesó que era suya,

sin probar su adquisicion. Don Francisco Chico, con referencia al citado Sierra, y este de propia creencia por lo que le habia manifestado Balseiro, le trataban como uno de los autores del robo de la modista. En cuanto al del espartero Bustos, no hay mas que la presuncion que se deduce de la declaracion de María Pintado, de haber ido con el uniforme de su hermano á la ejecucion de aquel, mas probado despues el resentimiento con que obraba contra este y la especie de seduccion que empleó con María Isabel Huerta, y Dolores Gay, para que corroborasen su dicho, como la primera lo hizo, retractándose despues, se debilita sobremanera la enunciada presuncion, aunque la circunstancia de cómplice con Balseiro en los otros delitos y el haber caminado juntos y sido aprehendidos á un tiempo, hacen creer que tuviera parte en aquel delito, caminando como caminaban con igual pasaporte falso, y cuyos refrendos confiesa que fueron puestos por Balseiro. Al ser aprehendido, se le encontró un cachorrillo que resultó ser arma prohibida, y este procesado ha dado la misma justificacion que Balseiro para probar su coartada, pero obsta para apreciarse, lo mismo que con respecto á la de aquel que queda manifestado.

»Contra Nicolás Fernandez, criado de doña Vicenta Mormin, resultan los mayores convencimientos y fundados cargos para creerle cómplice y director del robo ejecutado á su ama. Manuel Sierra dice en su declaracion ya citada, que sabia por Balseiro que un criado de la casa que pensaban robar, debia de auxiliarlos. Manuel Ortiz asegura que estando en un mismo encierro é incomunicados, le dijo el Nicolás «que estando anteriormente preso y en mismo encierro con Balseiro, le preguntó este si se podria facilitar la entrada en la casa de su ama; que convinieron en ello para cuando estuvieran en libertad; que les dijo todo lo que habia en la casa, pero que se olvidaron del dinero que habia en una rinconera, y asimismo de una efigie de oro que tenia su ama y de otras alhajas, añadiéndole que dias antes su ama habia hecho trasladar un baul á otra casa. La veracidad de la declaracion de Ortiz se encuentra comprobada por los extremos que cita en ella y que ni siquiera resultaban de la causa; pero que por las declaraciones de la doña Vicenta y su criada resultan ser ciertos. La connivencia del criado Nicolás con los autores del robo se pone en el mayor grado de evidencia, si se atiende á la conducta que observó durante la ejecucion; porque doña Ana y doña Rosa Martinez Vera que llamaron y entraron en la casa, mientras el robo se hacia aseguran, que el criado las abrió la puerta sin mirar por la rejilla contra la costumbre de la casa, pues que no se abria á nadie sin esta precaucion, que no vieron que nadie le tuviera agarrado, como dice; que pudo escapar por la escalera, y que despues de entrar ellas en el recibimiento, fue cuando salieron dos hombres que las ataron é introdujeron en la alcoba donde tenian á la familia. Ultimamente el preso Ortiz asegura haberle dicho el criado Nicolás que si no hubiera estado de acuerdo con los ladrones, hubiera podido escaparse por la escalera, y el convencimiento y la fuerza de todo esto

y de las reconvenções, es tal, que este reo no ha podido debilitarlas de modo alguno.

»José del Campo era compañero inseparable de Balseiro: fue procesado ya antes, sin que resulte que estinguiera ó se le conmutase la condena como dice. Tiene contra sí el reconocimiento que don Francisco Crespo hizo de él en Valladolid como uno de los autores del robo verificado entre las Rozas y Torreldones el día 30 de octubre de 1836, de que va hecha referencia. Es cierto que en su poder no se ha hallado ninguno de los efectos robados en esta corte; pero la circunstancia de haber caminado siempre con Balseiro y su moza Josefa Gomez Caro que los conducian; el haberse hecho con pasaporte falso, y las contradicciones en que se ha envuelto acerca de su estancia en los dias de los robos; el haber ido en seguida con Balseiro á Tarancon para preparar sin duda la coartada, y el estado de vagancia en que se encuentra, hacen no dudar, que fue de los ejecutores de los delitos que se persiguen. Tiene ademas contra sí el hallazgo en su poder al ser aprehendido en las inmediaciones de Rio-Reco, de un cachorrillo que resultó ser arma prohibida. Ha dado la misma prueba de coartada que Balseiro y Ausó, y es muy de notar que él mismo habia confesado que no salieron de esta corte para Tarancon hasta despues de tres ó cuatro dias de preso Sierra, que como notara la sala no lo fue hasta el 9 de febrero.

»Contra Leandro Postigo hay las sospechas que concibió el alcaide de la cárcel de corte, segun su declaracion de que este debia ser uno de los autores del robo de la modista, porque le convenian perfectamente las señas que aquella y su criado dieron de uno de los ladrones. Y aquellas sospechas, á pesar de que no se encontraron efectos del robo, se robustecen sobremanera, por haber sido aprehendido con los autores indudables de él y con los cuales caminó hasta Oviedo; por haber variado su nombre, haber intentado fugarse cuando fueron detenidos, y por lo cual les hirieron los soldados aprehensores, y en fin, por su anterior mala conducta, pues resulta que se ha fugado dos veces del presidio.

»Francisco Villena no tiene contra sí cargos directos en cuanto á la ejecucion de los robos que se persiguen, porque al tiempo de su perpetracion residia en Oviedo; pero los hay muy fundados de participacion y de haber ocultado efectos de aquellos, en razon de que habia sido amigo constante y compañero de los principales delincuentes, y la ida de estos á Oviedo con las alhajas robadas, segun las noticias que adquirió la policia, indican que aquellos tenian allí algun confidente, y que este debia ser Villena, si se atiende á que se venia con Candelas y su moza á esta corte bajo nombre supuesto, y que acompañó á aquel á las platerias de Valladolid, habiendo antes mandado hacer dos sortijas en Oviedo, que indudablemente serian de las alhajas que los autores de los robos llevaron. Esto se convence ademas por la familiaridad y confianza con que trataba á Candelas, como asegura la moza de este N. N.; y lo corrobora tambien lo que esta manifestó de que el que venia con el nombre de Perez, que es supuesto, que traia Villena, quedó

al cuidado del baul que Candelas y ella abandonaron á la entrada de Valladolid, lo que parece indudable si se atiende á que la misma jóven, en el careo que tuvo con aquel le obligó á confesar que el chaleco que tenia puesto era de los de Candelas; pero su participacion se halla aun mas comprobada con el hallazgo en casa de Josefa Castro, á que concurría diariamente, segun dice Antonio Villena, de un cuchillo de plata reconocido por doña Vicenta Mormin y otras personas como de los robados y de su pertenencia y correspondiente á un estuche, cuya caja dejaron los ladrones y en la cual ajusta perfectamente, segun declaracion de los estuchistas. Este cuchillo lo llevó allí Villena indudablemente, toda vez que no resulta que otras personas sean las que le llevaron, y que no existen ni se conocen las que citó la Josefa Castro. Y su anterior mala conducta, los distintos procesamientos que ha tenido, sus repetidas fugas de las cárceles y el haber sido encausado con Candelas y Balseiro anteriormente, robustecen las fuertes pretensiones que existen para creerle partícipe y ocultador de los efectos robados.

»Contra Josefa Castro hay el cargo fuerte de haberse encontrado en su casa, registrada con motivo de otro robo, el cuchillo de que se acaba de hacer mérito, y por lo cual y el hallazgo en su casa de crisoles, limas, ganzúas, llaves y otros efectos que refiere el testimonio remitido por la jurisdiccion privilegiada de artilleria, no puede dejar de reputársela como encubridora y receptadora de efectos robados.

»Contra Josefa Gomez Caro, prófuga, manceba de Balseiro, aparecen graves cargos de partícipe y ocultadora de los efectos robados. Una porcion de los correspondientes á los tres robos de esta corte fueron hallados en su poder, y en un baulito que habia remitido á su hermana, vecina de Cocejes, con la expresion de que se los guardase hasta que ella fuera por aquel pueblo: fue inseparable compañera de Balseiro en el viaje desde esta corte á Oviedo, y por último, logró fugarse con él de las cárceles de Valladolid, desde cuya época se halla ausente y rebelde á los llamamientos judiciales.

»Antonio Ausó, hermano del Ramon, tiene contra sí las sospechas que se deducen de la declaracion de María Pintado, para creer que diera su uniforme al hermano para la ejecucion de los robos, y especialmente para el del espartero; mas habiéndose puesto en claro el resentimiento que tiene contra el Antonio, y el empeño que formó para que Isabel Huerta y Dolores Gay corroborasen su dicho, desmerece sobremanera aquel.

»El fiscal deja consignado el principal resultado que esta causa ofrece contra todos los comprendidos en ella; sin detenerse en reflexiones que no permite la cortedad del término de la ley para despacharla; mas teniendo presente el fiscal cuanto deja espuesto y demás resultante de autos, opina y pide que la sala podria servirse confirmar la sentencia consultada, añadiendo á la condena de Ramon Ausó la calidad de gastador con destino á los trabajos mas duros y apercimiento de la pena capital para el caso de reinciden-

cia y alzando á diez años los ocho que se imponen á José del Campo y Leandro Postigo.»

En cuanto á los testigos de Tarancon, pidió el fiscal, que en el caso de que no satisficieran la multa respectiva, sufriera cada uno cuatro meses de prision en la cárcel de la cabeza de aquel partido, mantenidos á sus espensas.

Comunicada esta acusacion á los defensores de los procesados, presentaron sus respectivas defensas, de las cuales solo extractamos las del criado Fernandez y de José del Campo, por ser las mas notables, pues respecto de Balseiro, Villena y la Josefa Gomez, no se presentó escrito, sin duda por hallarse á la sazón fugados; presentando el primero cuando fue aprehendido nuevamente, una solicitud á la audiencia que espondremos mas adelante.

Ademas el fiscal no pudo menos de llamar la atencion de la sala sobre la frecuencia con que los sentenciados á presidio conseguian su fuga desde ellos, y aun muchas veces antes de llegar, advirtiendo, que para prevenir las de los reos comprendidos en esta causa y sus fatales consecuencias, convenia que la sala declarase, que fueran conducidos con las mayores precauciones de seguridad y especial encargo á las autoridades correspondientes, por medio del oportuno oficio, para que se hiciera responsables de ellas á los jefes de las escoltas, y se previniera á los de los presidios la necesidad de una vigilancia suma en lo sucesivo.

El defensor de Nicolás Fernandez, el reputado jurisconsulto, señor don Manuel Gonzalez Acevedo, pidió se declarase por suficiente pena la sufrida en un escrito, del que tomamos los siguientes párrafos. »Si efectivamente interesa mucho á la sociedad prevenir los delitos y castigar á los delincuentes para asegurar la tranquilidad y bienestar de los asociados, no le es tampoco menos necesario, cuidar de que no se cuenten en el número de aquellos y sean castigados como tales, los que legalmente no han merecido semejante calificación, evitando de este modo que sean castigados arbitrariamente los que nunca merecieron sufrir pena alguna, y consiguiendo por este medio que la tranquilidad pública no se altere, como sucedería indispensablemente si los asociados no tuviesen una confianza estremada de que permaneciendo inocentes y fieles observadores de la ley, no han de ser envueltos entre los criminales, ni castigados como ellos, sin serlo. Examinando bajo estos principios generalmente reconocidos, y teniendo presentes los débiles é insignificantes cargos que á mi defendido se le hacen por el señor fiscal, á pesar de creer este ilustrado ministerio que son graves y evidentes, presentaremos á V. E. la inculpabilidad de mi defendido, y por consiguiente haremos ver lo escusivo de la pena que contra él se pide, aun suponiendo en él alguna criminalidad, la que estamos muy lejos de conceder.

»Lo primero en que se apoya el señor fiscal para asegurar que resultan los mayores convencimientos de complicidad en mi defendido, es la declaracion prestada por Manuel Sierra, el cual en ella no dice nada que pueda perjudicar á Fernandez, pues ade-

mas de que se refiere en su dicho á lo que oyó á Balseiro, ningun cargo resulta de él contra mi defendido. Y en efecto, ¿se podrá asegurar hasta el extremo de convencer, que porque Mariano Balseiro dijese á Sierra que un criado de una casa que pensaban robar les auxiliaria en el robo, se podrá asegurar, repetimos, que este criado era Nicolás Fernandez? Seguramente que no; y mucho menos si se tiene en consideracion que no es esta la única casa que habian robado, segun se evidencia en la misma causa. ¿Cómo, pues, sentar que produce un convencimiento de que Nicolás Fernandez fuese el criado de quien Balseiro habló á Sierra? Prescindiendo de que el dicho de este ninguna fuerza puede tener, en razon de las circunstancias que concurren en Sierra. Si poca ó ninguna fé puede darse al dicho de Sierra, menos deben tenerla las declaraciones de Manuel Ortiz, y por consiguiente, en nada puede contribuir á afirmar el grado de convencimiento que el ministerio fiscal deduce de ellas. Consta efectivamente que Manuel Ortiz ha declarado haberle dicho Nicolás Fernandez estando en un mismo encierro, que anteriormente estando preso por una sospecha de cuya causa fue libremente absuelto, y encerrado con Balseiro, este le propuso si se podría entrar en casa de su ama, y que quedaron convenidos para cuando salieran de la cárcel y se hallasen en libertad, pero porque este lo dijera así, no puede de ningun modo asegurarse que este dicho sea cierto, y si por el contrario, que no merece ningun crédito. Pocos ó casi ningunos son los esfuerzos que hay necesidad de hacer para probar este aserto: basta solamente recordar y tener á la vista lo que declara Manuel Sierra compañero de encierro de Fernandez y Manuel Ortiz. En la segunda respuesta dada á las preguntas que se le hicieron, manifiesta que Manuel Ortiz, segun lo que oyó, trataba de sonsacar á Fernandez sobre las circunstancias del robo y sus autores, y que oyó decir á este no habia conocido á ninguno de los ladrones. Si á esto se une lo que él mismo Ortiz manifiesta en una de sus contestaciones, de que por creer se le pondria en libertad, se habia espontaneado á prestar las declaraciones á que aludimos, inferiremos sin ningun trabajo, que esta solo fue producto de una sagacidad extraordinaria y admirable, y no hija de la verdad, como se supone. Por otra parte, nada tiene de extraño que mi defendido Fernandez contase minuciosamente lo que vió en la desgraciada ocurrencia que le redujo á prision, siendo desconocidas las mañas y arterias de que se valen los hombres como Ortiz, para convertir en provecho suyo si pueden, lo que sencillamente y de buena fé dicen ó hacen los que están ignorantes de semejantes procederes. Fuera de que, mal podria Fernandez confabularse respecto del robo que se ha ejecutado en casa de su ama, cuando esta misma asegura en su ratificación, que mi defendido cuando se colocó en los telégrafos, salió de su casa con intencion de no volver á entrar en ella, y que si volvió, fue á instancia que le hizo dicha señora, por haberse marchado su criado á Francia. Si pues esto asegura la misma doña Vicenta Mormin, y lo asegura porque tal era la resolucion de Fernandez y

asi se lo manifestó, ¿cómo conciliar la premeditacion y cooperacion del robo que se ha ejecutado y motivado estos procedimientos? ¿Quién no se convence de que á haber tenido semejante proyecto, no hubiera salido Fernandez de su casa y menos con la intencion de no volver, toda vez que si hubiera estado implicado en el fatal proyecto, no le hubiera sido fácil prestar su cooperacion? ¿Podría suponer él, que, cuando se despidió de su ama para no volver á servirla, le habia de llamar esta otra vez y entonces ejecutar el plan en que se le supone iniciado? No cabe semejante raciocinio; al contrario, lo que de todo esto se colige lógicamente discurriendo, es que ninguna noticia tenia de semejante desgracia, y que estaba tan ignorante de ella como su ama. Por esto que dejamos manifestado, nada de particular tiene, siguiendo refutando el dictámen del señor fiscal, que la declaracion de la doña Vicenta y su criada respecto á la traslacion de un baul de su casa á la de otra amiga, no sea conteste y conforme con lo manifestado sobre este particular por Ortiz, puesto que como ya hemos indicado, Fernandez, obrando sencillamente le diria, que si su ama no hubiera sacado, dias antes de la desgracia, un baul, tambien hubiera sido objeto del robo. Que esto lo manifestase tan francamente como lo dejamos espuesto, nada de particular tiene, mucho menos caminando el otro maliciosamente y dirigiéndole preguntas de las que acostumbran hacer todos los que como Ortiz proceden con intencion siniestra.

»Dice el señor fiscal que la connivencia del criado Nicolás con los autores del robo se pone en el mayor grado de evidencia, si se atiende á la conducta que observó durante su ejecucion. ¿Cuál fue la conducta observada por él? La misma que otro en su caso hubiera tenido. Que abria á las señoras doña Ana y doña Rosa Vera sin mirar por el ventanillo, como acostumbraba hacerlo para ver quién llamaba. ¿De qué le hubiera servido mirar por el ventanillo? ¿qué hubiera evitado con esto? Nada absolutamente. No podia temer abrir á ladrones, porque estos los tenia ya dentro de la casa y los tenia muy de cerca, como que siempre le acompañaban dos de ellos; de consiguiente, inútiles eran ya las precauciones; cuando eran oportunas, las habia usado; antes que entrasen los ladrones, asi lo hizo, y no abrió hasta pasar recado á su ama, y obtenido su permiso, entonces abrió la puerta, porque creia que era uno solo el que llamaba, y porque se lo habian asi mandado: si entraron muchos mas, y todos con armas, ¿qué habia de hacer Fernandez? ¿qué medida tomar que no le ocasionase cuando menos un maltratamiento é igualmente á las señoras que tenian atadas? Abrir la puerta y escaparse, es lo que dicen las citadas señoras, y el cargo que se le hace. Buen ánimo tendria entonces para adoptar una determinacion que no se ocurre sino estando uno en el pleno goce de sus sentidos, pero no alarmado y lleno de confusion, como estaba Fernandez, y á cualquiera le hubiera sucedido, si se hubiese visto acosado y perseguido de cerca de dos facinerosos, resueltos, como es de suponer, á cometer cualquier tropelia, con tal de que

no se les frustrase el plan que ya habian comenzado á poner en ejecucion. Si Fernandez hubiese estado de acuerdo con los ladrones, estos no le hubieran atado de piés y manos tan luego como no lo necesitaron para conducirlos y alumbrarlos; si antes no lo hicieron, fue porque le necesitaban, y si este les alumbró, seria por el temor que de él se apoderó; y la fuerza con que le amenazaron, le redujo al estado de un maniquí que se mueve segun el capricho del que le dirige, pero no como uno que obra en virtud de sus fuerzas fisicas é intelectuales.

»Pero ¿á qué molestar la atencion de V. S. contestando á los pequeños y débiles cargos que á mi defendido se le hacen? Solo basta hacer una reflexion, además de lo espuesto, para que V. S. se penetre de que Fernandez no tiene contra sí ningun grado de complicidad en el delito que se persigue. Nada mas natural en los delinquentes que tratar de sustraerse de la vigilancia de las autoridades encargadas de hacer respetar las leyes, y de reunirse en un punto donde á su placer puedan gozarse con los efectos que han sido objeto de su delito; asi que, segun esta doctrina, Nicolás Fernandez debia haberse marchado con los ladrones, tan luego como ellos se marcharon para evitar el caer despues en poder de la justicia. No lo hizo asi, antes por el contrario, quedó atado y muy sentido del susto que recibió: ¿se podría decir que tuvo complicidad? Si la hubiera tenido ¿no es lo mas natural, que una vez dentro los ladrones, los hubiera ayudado y se hubiese marchado con ellos, convencido de que á no hacerlo asi, estaba espuesto á ser aprehendido tan luego como llegase á saberse el robo, y castigado mas fuertemente que los demas por ser doméstico de la casa robada? Asi lo hubiera hecho seguramente Fernandez, si hubiera sido cómplice; pero la seguridad que de su inocencia tenia, no pudo jamás hacerle pensar, ni aun en los disgustos y padecimientos que por aquella ocurrencia lleva ya sufridos.

»Vista la inculpabilidad que de mi defendido resulta de la causa, V. S. no podrá menos de acceder á lo que dejo solicitado, y se convencerá de lo improcedente que es la pena que contra él se pide. La relacion y proporcion entre el delito y la pena es tan necesaria en una buena legislacion, y es tan sabido de V. E. este principio, que esplicarlo aquí seria ofender su ilustracion; así es que en una causa en que no resulta mas cargo que el que puede prestar la declaracion de uno que segun nuestras leyes, está inhabilitado para declarar contra otro, y en que no hay mas prueba que la fé que merece la confesion de un procesado, de uno declarado infame, pedir é imponer la terrible pena de diez años de presidio con retencion, es seguramente una pena muy escensiva. Y sino ¿qué pena se pediria é impondria á mi defendido cuando se le hubiese probado plenamente algun grado de complicidad? Ninguna otra mayor que la que se le ha impuesto. Fuera de que varias son las leyes que V. E. mejor que yo sabe, que disponen, no se sentencie ni condene á ninguno por meras presunciones é indicios, aunque estos sean fuertes y vehementes; si pues está mandado que no se condene á nadie por

sospechas é indicios, aunque sean vehementes, si contra mi ofendido no resulta ni puede resultar otra cosa que una ligera presuncion que se desvanece tan luego como se lee la causa, ¿por qué imponerle la terrible pena que combatimos? ¿por qué no absolverle como previenen nuestras leyes de Partida?

»La justificacion de V. E. es proverbial, y su ilustracion y rectitud notoriamente conocidas; asi es que bajo este supuesto, teniendo presentes los débiles y casi efimeros cargos que á mi defendido se le hacen, y no perdiendo de vista que estos no se apoyan mas que en la declaracion singular de un procesado, á quien segun nuestra legislacion no debe darse crédito, y teniendo en cuenta que las sospechas, indicios y presunciones, por muy fuertes y vehementes que sean, no son medios suficientes para que el juzgado pida pena tan terrible como la que contra mi defendido Fernandez se pide, espero se sirva V. E. proveer como tengo solicitado, etc., etc.

El defensor de José del Campo, licenciado José Ruiz, pidió en su defensa la absolucion de la instancia respecto de su defendido, y cuando á esto no hubiera lugar, que se tuviese por bastante la prision sufrida, fundándose en las siguientes consideraciones que espuso, entre otras.

«Dificilmente podríamos esplicar la admiracion que nos ha causado la sentencia consultada, si no estuviésemos profundamente convencidos de que mas bien la fama, la funesta celebridad que han adquirido, ó por mejor decir, ha hecho el público rumor adquirir á los que se suponen autores del robo de doña Vicenta Mormin, ha sido, mas bien que lo resultante de autos, lo que ha movido á condenar á una pena tan severa y dura á José del Campo. Sentamos en nuestro escrito de defensa en primera instancia, que si la prevencion que habia contra los supuestos autores de los robos que se ejecutaron en esta corte los dias 10 y 12 de febrero del año de 1837, no nos alucinaba y ofuscaba, con dificultad y muy á duras penas, hallaríamos méritos en esta causa para imponer ni aun la mas mínima pena á José del Campo, y asi lo esperamos, fundados en la claridad que nuestras leyes exigen para poder imponer pena corporal. Mas lejos de haberse tenido en cuenta la ninguna claridad que se nota en toda la causa, respecto de mi defendido, lejos, pues, de haberse tenido muy en consideracion que nada resulta que pueda perjudicarle, que no se ha hallado en su poder ninguno de los efectos robados á las mensajerías de Valladolid y Salamanca, como tampoco de los sustraídos al presbítero don Juan Bautista Tarraga, Cipriano Bustos y doña Vicenta Mormin, y que solo afirma que José del Campo fue uno de los ladrones que concurrieron á casa de doña Vicenta un solo testigo, el cual es nada menos que un desertor de presidio y encarcelado en la actualidad, refiriéndose ademas al dicho de uno de los co-reos de este proceso, se le condena, y se le condena nada menos que á ocho años de presidio en uno de los menores de Africa. Grande ha sido efectivamente nuestra admiracion, y no podia menos de serlo, cuando habiendo examinado con detencion, á pesar

del cortísimo tiempo que se nos concedió, cuanto podia tocar á José del Campo, nada hallamos por lo que pudiera fundadamente decirsele: «tú fuiste uno de los ladrones, ó al menos, aparecen contra tí graves sospechas de ello;» y tanto mayor ha sido nuestra admiracion, cuanto que descansábamos tranquilos en la ley de Partida, aun cuando hubiesen aparecido algunos ligeros indicios: empero, ni aun estos existen, como voy á demostrar.

»Para que el tribunal pueda penetrarse exactamente de que nada resulta contra este desgraciado, nos haremos cargo primeramente del dictámen del señor fiscal, y V. S. no podrá menos en su sabiduría de conocer lo efimero é insignificantes que son los cargos que en él se hacen á mi defendido.

»Se dice: José del Campo era compañero inseparable de Balseiro; ha sido ya procesado; le ha reconocido don Francisco Crespo como uno de los autores del robo verificado entre las Rozas y Torrelodones el 30 de octubre de 1836; caminaba con Balseiro y su moza Josefá Gomez Caro, que conducian los efectos robados; lo hacia con pasaporte falso; ha incurrido en contradicciones; fué á Tarancon con Balseiro para preparar la coartada, y se le ha encontrado un cachorrillo que resulta ser arma prohibida. Estos, pues, son, escelentísimo señor, todos los cargos que se hacen á José del Campo, los que seguramente no nos costará gran dificultad desvanecer, puesto que de ninguno de ellos se sigue que José del Campo tuviese intervencion directa ni indirecta en los crímenes que se persiguen. Solo el reconocimiento de don Francisco Crespo es el que parece indicar alguna cosa, mas como nos propongamos rebatir todos estos cargos por el orden con que vienen en el dictámen fiscal, rebatiremos victoriosamente este á su vez.

»Se dice, pues, que José del Campo era compañero inseparable de Balseiro, y no podemos menos de decir, que esta es una suposicion, y suposicion muy gratuita, pues de que fuese con él caminando, de que se hallase con él en Tarancon, y fuese aprehendido en su compañía, no se sigue de ningun modo que fuese compañero inseparable, tanto menos, cuanto que esta reunion, es decir, la estancia en Tarancon y el viaje que hacian cuando fueron aprehendidos, duró muy pocos dias, y porque estuvieran y caminaran juntos unos pocos dias, ¿se ha de inferir que José del Campo era inseparable de Balseiro? No hay, pues, otros motivos para creerlo asi, y estos son bien infundados.

»Y de qué haya sido procesado otra vez, ¿se puede deducir que intervino en los crímenes que se persiguen? Esta seria una consecuencia puramente adversa, que no merece demostracion ninguna. Mas se nos dirá: ¿y el reconocimiento que hizo en rueda de presos en la ciudad de Valladolid don Francisco Crespo? Efectivamente, señor escelentísimo, seria un indicio de bastante gravedad, si espresa y terminantemente le hubiera reconocido; pero ¿dijo por ventura fuese uno de los ladrones que asaltaron las galeras robadas entre las Rozas y Torrelodones? De ningun modo, escelentísimo señor; solo dice, que Mariano Balseiro y José del Campo, le parecieron idénticos

á algunos de los que asaltaron los carruages. ¿Y esta palabra «le parecieron,» dá alguna seguridad? Ninguna, señor excelentísimo, y en prueba de la poca seguridad que dá y crédito que merece, tenemos en la misma pieza, que otras de las personas robadas, señalaron como á los ladrones de la mensajería, á dos presos que ninguna funcion pudieron ejercer en semejante acto. Esto solo bastaria para convencerse de lo insignificante que es y debe de ser la palabra *me parece*; otra cosa fuera si terminantemente hubiese dicho: *este es uno*. Queda, pues, desvanecido, el único cargo que como tal pudiera tenerse.

»De que caminase con Balseiro y su querida Josefa Gomez, que llevaba los efectos robados, tampoco se sigue que mi defendido fuese uno de los ladrones del espartero Bustos y de doña Vicenta Mormin, y aun puede muy bien asegurarse, que ignoraba que semejantes efectos fuesen robados, pues de saberlo y de haber tenido parte en dichos escesos, natural era que él tambien condujese algunos, al menos los de su pertenencia, ó se le hubiese hallado en su persona alguno, como sortijas, reloj, etc. Nada se le ha hallado; ¿cómo, pues, se quiere decir que fuese uno de los autores de los robos referidos?

»El caminar con pasaporte falso, tampoco quiere decir que fuese cómplice en estos robos; caminaba con pasaporte falso, porque no podia tenerle verdadero, mediante á hallarse encausado, y no encontrar quien saliese por su fiador, y atendiendo á su propia conservacion; obedeciendo una ley natural, se lo proporcionaria de cualquier modo, y por ningun concepto puede inferirse de ello que cometiese mas que una falta, si se quiere, mas no lo que se trata de deducir, como tampoco de que llevase un cachorrillo.

»Asimismo tampoco podemos estimar, por qué se dice que salieron juntos para Tarancon á preparar la coartada, y lo decimos asi; no solo porque no existe en toda la causa el menor dato para creerlo, sino tambien porque el señor fiscal no sienta esto con seguridad, pues dice que salieron *sin duda* para preparar la coartada, y este sin duda dá á entender que lo presume asi el señor fiscal, y no otra cosa; por consiguiente, cuantos cargos se han hecho, quedan enteramente desvanecidos.

»Y si con estas ligeras y sencillas observaciones quedan desvanecidos los cargos que se hacen á José del Campo, ¿qué será de ellos, ni qué fuerza podrán tener, cuando pasemos á demostrar los débiles apoyos en que se fundan, como vamos á hacerlo? Escandaloso es en verdad, que no habiéndose podido probar legalmente nada á mi defendido, solo porque interiormente, porque se haya querido, digámoslo asi, persuadirse que era uno de los autores de estos robos, se le haya condenado á una pena tan acerba.

»Dos testigos, al menos contestes y unánimes, y sin ninguna de las tachas legales que los hacen inútiles en juicio, son necesarios para formar prueba, y lejos de haberlos tales como los requiere la ley, no hay uno siquiera que diga que José del Campo fue uno de los ladrones.

»No haremos mérito del robo ejecutado al presbítero don Juan Bautista Tárraga, ni del de Cipriano Bustos, puesto que ni aun remotamente se nombra en ellos á José del Campo, ni aparece contra él el menor dato. Pasaremos inmediatamente al de doña Vicenta Mormin, donde hallaremos ya su nombre. La primera noticia que se tuvo de quiénes fuesen ó pudiesen ser los que hubiesen intervenido en el robo referido, es la que dió don Francisco Chico, el cual dijo: que por Manuel Sierra, desertor de presidio, supo, que los que intervinieron en el robo de doña Vicenta Mormin, fueron, Candelas, Balseiro, Ramon Ausó, José del Campo, etc., y no puedo menos de llamar la atencion de V. S. sobre este dicho, para que advierta y tenga muy presente, que á quien se refiere, es nada menos que á un desertor de presidio, persona inhábil en todos conceptos, y que por lo tanto, la referencia que de él se hace es de ningun valor; debiendo añadir, en obsequio de la verdad, que esto lo refirió á don Francisco Chico, por librarse de la prision á que debió de ser conducido en aquel mismo momento por su desercion, obrando asi por efecto de resentimiento, como el mismo Sierra manifiesta en la causa; circunstancias sumamente notables, para que V. S. se penetre estrictamente del valor que debe darse á semejante noticia, la cual estriba en el solo dicho de un desertor de presidio. Empero, si bien no merece crédito alguno, ora por hallarse inhábil la persona á quien se hace referencia, ora porque tambien existen circunstancias que impulsaron á Sierra á fraguar este calumnioso embuste, tenemos que, evacuada como era consiguiente la cita que le hacia don Francisco Chico, tampoco lo sabia de ciencia cierta, como era necesario para que en todo caso tuviese algun valor su dicho, pues V. S. sabe muy bien lo que acerca de los testigos de referencia dice la ley de Partida. Lo sabia, excelentísimo señor, con referencia á uno de los co-reos de la casa, á Nicolás Fernandez, criado de doña Vicenta y procesado por la misma causa, que, como asimismo sabe el tribunal, de nada valen sus dichos cuando con ellos perjudican á los demás encausados; de manera, que todo se vuelven referencias de oídas á otros, sin haber nada de ciencia cierta, y referencias á uno de los procesados por suponerle cómplice en el mismo delito que se trataba de averiguar, mas con la particularidad, que aun cuando nada vale, como hemos dicho, semejante referencia, hallamos, que preguntado Fernandez si era cierto que hubiese referido á Manuel Sierra en el encierro, quiénes habian sido los ladrones, y de qué modo y medio se valieron para robar á su ama doña Vicenta, contestó abiertamente que no: de modo, que queda desvirtuado de todo punto, con la negativa de Fernandez, quedándolo aun mas con la declaracion de Manuel Ortiz, preso tambien, el cual dice, que se lo contó á Fernandez, y este lo niega, y de ningun modo nos dice Ortiz que Fernandez le dijese que Campo habia concurrido con los ladrones á la casa de su ama.

»Aprehendido José del Campo á las inmediaciones de Rio-Seco, y escrupulosamente reconocido y registrado, nada se le halla por lo que pueda sos-

pechase que tuvo intervencion en los robos que se persiguen; no se le encuentra ninguno de los efectos robados á las galeras de Valladolid y Salamanca, ni al presbítero don Juan Bautista Tárraga, Cipriano Bustos y doña Vicenta Mormin: solo se le halla un relojillo de plata de poco valor, una escopeta y alguna otra friolera, que no menciono por insignificantes, sin que ninguno de los robados la haya reconocido como suya y de su pertenencia, la que indudablemente lo hubiera sido si les hubiese pertenecido. ¿Cómo, ni por dónde puede fundarse, pues, ni aun la mas leve sospecha?

»Mas, si los efectos no han sido reconocidos por ninguna de las personas robadas, mucho menos lo ha sido José del Campo en las infinitas ruedas de presos en que se le ha colocado, pues á escepcion de don Francisco Crespo, que en una de las ruedas de nuevo verificadas en Valladolid, dijo que le parecia idéntico á los que asaltaron las galeras entre las Rozas y Torreledones; mas mientras no diga terminantemente que era él, nada ha dicho por las razones que dejo manifestadas; nadie, ni una sola persona le ha reconocido en las infinitas ruedas de presos que se han practicado. Ramona Cid, doña Ana Martínez de Vera y doña María Palomero que concurrieron en la tarde del día 12 de febrero á casa de doña Vicenta Mormin en el momento mismo de hallarse en ella los ladrones y estarse cometiendo el robo; que vieron á estos y obedecieron á sus mandatos, no reconocieron á José del Campo. Mariana Rodríguez y Nicolás Fernández, criados de doña Vicenta, y que mas principalmente los vieron, tampoco le han conocido, sin que convengan las señas que dan en sus declaraciones con las de mi defendido, ni en la edad, estatura, color y poca barba que manifiestan tenían los ladrones. Tampoco ha sido reconocido por don Juan Bautista Tárraga y demás testigos, ni por doña Vicenta Mormin y doña Rosa Vera, que tambien en aquella tarde concurrió á la casa robada y vió en ella á los ladrones. Claro, es, pues, que ninguna intervencion tuvo. Solo don Francisco Crespo parece quiso reconocerle, mas no lo hizo, pues con decir que le parecia idéntico, nada dijo, puesto que hay una muy grande diferencia de parecer á ser; y si á esto agregamos, no haberle hallado ninguno de los efectos robados, nos convenceremos mas y mas de su ninguna culpabilidad en tales sucesos.

»¿A qué molestar, pues, la atencion de V. E., cuando existen datos positivos para persuadirnos de la ninguna parte que tuvo en estos robos José del Campo? El día 10 de febrero se verificó el de Cipriano Bustos; el 12 el de doña Vicenta Mormin, y en estos dias no se hallaba mi defendido en Madrid, como consta de la causa, no obstante, que á todo trance quiere suponerse ser falso, por las contradicciones en que se dice ha incurrido en sus declaraciones, y por haberle visto en esta córte don Francisco Huertas, celador de policia, en la taberna de la Pintado, y ademas esta y María Corredera. Estas dos últimas son testigos inadmisibles, y por consiguiente, nada dicen declarando, por estar sentenciadas á varios años de galera, y solo tenemos á don Francisco

Huertas, por testigo admisible. Mas ¿qué valor puede tener la declaracion de Huertas, cuando deponen unánimemente nueve testigos que José del Campo estuvo por aquellos dias en Tarancon? Y no se diga, que estos testigos han depuesto falsamente, por lo que se les ha penado en esta misma causa: esta es otra de las muchas cosas que no podemos estimar por que se ha hecho, y sin que sea visto hacer una defensa de dichos testigos, pues esto no nos incumbe, no podemos menos de decir que es injusta la pena que se les ha impuesto, pues ningun dato existe que induzca á creer que han depuesto falsamente, y si la falsedad de sus declaraciones se demuestra por las contradicciones en que se quiere decir que ha incurrido José del Campo, desvanecidas estas y puestas en claro, demostrado que no existen, las tendremos por fieles y verdaderas, y entonces diremos, que en nada se ha tenido la ley de Partida que habla del crédito que debe darse á los testigos, y sobre cuáles de estos deben ser creidos en igualdad de circunstancias; de manera que se ha desatendido á una ley sumamente sabia y justa, y se ha dado mayor crédito á un solo testigo que á nueve personas intachables y de buena nota y fama.

»Doloroso nos es tener que reproducir las razones que alegamos en primera instancia, pues vemos, que no obstante su poderosa fuerza, han sido desatendidas y despreciadas. Dijimos entonces, que no podíamos menos de insistir en que efectivamente estuvo por aquellos dias en Tarancon José del Campo, mientras no se probase lo contrario ¿y se ha probado por ventura? De ningun modo. Ni menos se dirá que José del Campo ha incurrido en contradicciones notables, las cuales prueban que no pudo estar en Tarancon, segun dice. La primera contradiccion en que se quiere hacer creer que ha incurrido José del Campo, es el haber dicho que el dia que prendieron á Sierra, lo vió, y habiéndose verificado la prision de este el día 9, no pudo hallarse en Tarancon, sino en Madrid. Mas aun cuando en este dia viese á Sierra, ¿quién podia dudar que el día 10 no pudiera hallarse en Tarancon? ¿No pudo ver á Sierra el día 9 bien de mañana, y salir aquel mismo dia para Tarancon? ¿Tanta es la distancia que hay de esta córte á dicho pueblo, que no pudiese estar el día 10 en él y aun el mismo dia 9? ¿Dónde, pues, se halla semejante contradiccion? ¡Vea el tribunal como apenas nos hubimos hecho cargo de ella, ha desaparecido como el humo! Lejos de existir, solo vemos conformidad con lo que tiene él declarado, pues pudo verle, y efectivamente le vió bien temprano, no oponiéndose de modo alguno á su salida, el haber visto á Sierra en aquel mismo dia, pues consta en la causa que dispuso su viaje el día 7 ú 8, y salió de esta el 8 ó el 9; por lo que es visto, que ninguna contradiccion existe; mas como dijo tambien que salió de Madrid unos dos ó tres dias despues de la prision de Sierra, se le hace cargo, y verdaderamente lo seria, si tanto el señor juez de primera instancia que interrogaba, como José del Campo, hubiesen fijado primeramente el dia de la prision de Sierra; de este modo, seguros estamos que no aparecia esa especie de contradiccion, y sobre

este punto, por ser tan cardinal, llamo la atencion de V. E. para que exactamente se penetre del valor y fuerza de esta reflexion. Para que esto fuese un cargo verdadero era necesario é indispensable, que por el señor juez de primera instancia se hubiese preguntado á José del Campo, qué dia era, ó cuando creia se habia verificado la prision de Sierra, lo que no resulta practicado en toda la causa; de este modo se hubiera partido de un dato exacto y positivo, y no que del modo que se ha hecho, parece que hay contradiccion; mas nosotros pensamos desvanecerla inmediatamente. José del Campo creia y estaba en la firme persuasion de que la prision de Sierra se habia verificado el dia 6, y el señor juez de primera instancia, que sabia perfectamente el dia que se habia efectuado, ya por el parte del celador Arroyo, ya tambien por la partida de entrada en la cárcel que dió el alcaide, creyó que podia hacerse á mi defendido un cargo al cual no pudiese dar solucion; mas para que asi fuese ó averiguar la verdad de los hechos, debió de haberse fijado precisamente el dia de la prision de Sierra; de no haberse hecho asi, resulta que el señor juez de primera instancia se referia al dia 9, y José del Campo al dia 6, y véase, pues, como ni existe esa contradiccion que se le quiere suponer, ni mi defendido ha faltado á la verdad, conciliándose todavia mas el que pudiera ver á Sierra el mismo dia que creyó Campo le habian prendido, es decir, el dia 6 y decir y ser cierto que salió dos ó tres dias despues de su prision, despues del dia que se le figuró ó creia haber sido la prision de Sierra. Pero se me dirá, que Manuel Sierra dice, que cuando lo prendieron, era José del Campo uno de los que acompañaron al celador Arroyo. Prescindiendo de que todo cuanto se diga es de ningun valor, pues como sabe V. E. muy bien, no es persona hábil, por las razones que hemos espuesto ¿por dónde consta que José del Campo acompañase al celador Arroyo? Ni del parte que este dió, ni de su declaracion consta semejante cosa. Demostrado, pues, que no hay ni existe contradiccion de ninguna clase en las declaraciones y ampliaciones de José del Campo ¿cómo puede decirse que los testigos que han depuesto que mi defendido estuvo en Tarancon, han depuesto falsamente? Si el único fundamento que hay para redargüir de falsa la prueba que ha practicado José del Campo, son las contradicciones en que se dice que ha incurrido el mismo, destruidas como se hallan, y puesta en claro la verdad, verdaderas deben de ser tambien las declaraciones de los testigos que afirman haber estado en Tarancon por aquellos dias José del Campo. Concluiremos, pues, manifestando, que solo un testigo, y este procesado y desertor de presidio, es el que afirma que José del Campo fuese uno de los ladrones que intervinieron en el robo de doña Vicenta Mormin, pues respecto á los demás delitos que en esta causa se persiguen, no hay ni aparece el mas leve indicio contra Campo ni aun se le menciona siquiera, y este único testigo que depone, ademas de las tachas que concurren en él, es testigo de referencia y de referencia á uno de los co-reos. Véase, pues, qué valor ni crédito merece. Lo que ha de-

clarado el otro testigo don Francisco Huertas, es diferente de lo que ha dicho Sierra, y si bien María Pintado y María Corredera corroboran el dicho de Huertas, adolecen de los mismos defectos que Sierra, de manera que solo existe un testigo, y un solo testigo jamás formó prueba plena.»

Mientras seguia el curso de esta causa, segun vamos refiriendo, dieron resultado las diligencias que se practicaban para la captura de Balseiro. En efecto, á mediados de junio fue apresado de nuevo Balseiro, y conducido á Madrid, fue llevado á la cárcel el dia 17 de junio del mismo año, habiéndose devuelto la causa al juez de primera instancia que entendió en ella para que continuara la prueba que habia quedado interrumpida por la fuga de aquel y la terminase en la forma debida como lo verificó segun ya espusimos.

Señalado para la vista de la causa en la Audiencia el dia 11 de julio, presentó Balseiro la siguiente solicitud, que por su estilo puede deducirse que fue producto de su ingenio, y en la que se quejaba de la prensa periódica, sin duda á causa de haberle atribuido el rapto de los niños del señor Gaviria.

«Excmo. Señor:

»Mariano Balseiro, preso en la cárcel nacional de Córte, digo: que cuando gozaba de libertad, merced á la fuga que la casualidad me deparaba, despues de experimentar una dilatada prision, tuve ocasion de ver los anuncios de los periódicos que parecian encaminarse á labrar mi ruina y mi infelicidad: los delitos todos se me imputaban y hasta se me hizo figurar en los mas reprobados escesos. Todavia esto no era suficiente, sino que tambien se llevó la animosidad hasta el punto de compararme con Ginesillo de Pasamonte y Matias Hispano. De aquí nació, Excmo. Sr., la prevencion pública, que ejerciendo hoy un funesto influjo en el ánimo de V. E., parece depararme la muerte mas desastrosa y funesta. Cábeme, sin embargo, el consuelo de que el tribunal, haciéndose superior á impertinentes exigencias, sabrá hacerse superior á injustas peticiones. A pesar de esta consideracion, séame lícito decir, que el señalamiento de mi causa me revela sin duda que estoy ya juzgado de antemano. ¡Idea desconsoladora! ¡lúgubre presentimiento! Desventurosa seria la suerte de los ciudadanos y aciago su porvenir, si el gobierno ó el pueblo influyesen en la suerte de los procesados. Si mi existencia toca á su término en un patíbulo, podré decir á la faz del universo todo, que mas que otro ó él, he anhelado la terminacion del proceso. Hijo de una familia honrada, ruego á V. E. examine la causa, seguro de que en su justificacion descansa mi aciago porvenir. Deploro en el fondo de mi alma que un hombre mas criminal que pudiera yo ser, me haya imposibilitado empuñar las armas en defensa de la patria y libertad, para borrar la memoria de un nombre que, periodistas imprudentes hicieron execrable. Hoy me hallaria en las filas rebeldes sino hubiera jurado rencor y enemistad eterna á los traidores.

Si muero en un cadalso, deberá saber la nacion entera que su felicidad y su ventura son mi único consuelo. Suplico, pues, á V. E. se digne decidir sobre mi suerte con independencia y cual reclama la justicia. Madrid y julio 15 de 1839. Con el debido respeto B. L. M. de V. E.

MARIANO BALSEIRO.»

Vista la causa en el dia señalado, se pronunció en 17 de julio de dicho año la siguiente sentencia, que insertamos íntegra, para hacer constar de un modo auténtico los delitos por que se condenó á Balseiro á la pena de muerte, y deshacer el error bastante general de que fue á consecuencia del rapto de los hijos del señor Gaviria, y asimismo, que á Villena no se le condenó á muerte por los cuatro robos que llevamos referidos al principio de este extracto cometidos en Madrid en enero y febrero de 1837, sino por el perpetrado en casa de don José Perez, segun diremos mas adelante.

»En la causa que ante Nos ha pendido y pende, consultada por el juez de primera instancia de esta corte, don Miguel María Duran, entre partes de la una el señor fiscal don José Gamarra y Cambronero y de la otra Mariano Balseiro, natural de la misma, soltero, ebanista, de veinte y nueve años; Nicolás Fernandez, natural de Arganzua, casado, sirviente, de veinte y siete años; Ramon Ausó, natural de Elche, soltero, cerrajero, de veinte y un años; José del Campo, soltero, zapatero, de veinte y ocho años; Leandro Postigo, albañil, de cuarenta y un años, naturales de esta capital; Francisco Villena, natural de Baeza, soltero, sastre, de veinte y tres años; Josefa de Castro, viuda, costurera, de cuarenta y ocho años; N. N., soltera, guarnecedora de zapatos, de diez y ocho años; Josefa Gomez Caro, ausente, y Antonio Ausó, natural de Elche, soltero, guarda del Rastro, de veinte y cinco años, y en su nombre y representacion, sus respectivos procuradores, Pedro Lefevre, Pablo María Conforto, Lázaro Ramirez de Arellano, José Mencia, Nicolás Barnades, Lorenzo Cisneros, Andrés Gutierrez, Felix Tarrero y Policarpo Vela, y en la de Josefa Gomez Caro, por su ausencia y rebeldía los estrados del tribunal, procesados por el robo cometido en 30 de octubre de 1836 entre las Rozas y Torrelodones á las galeras mensajerías de Valladolid y Salamanca, por el que cometieron en esta corte el 28 de enero de 1837 al presbítero don Juan Bautista Tárraga y doña Joaquina Giner de Almansa; en la noche del 10 de febrero del mismo año á Cipriano Bustos, espartero de la calle de Segovia, y en el 12 de febrero del dicho año de 1837 á doña Vicenta Mormin en sus respectivas casas.—Vista.—Fallamos, que debemos confirmar y confirmamos el auto definitivo proveido por el referido juez de primera instancia, por el que impuso á Mariano Balseiro la pena ordinaria de muerte en garrote vil, y condenamos á Ramon Ausó, Nicolás Fernandez, José del Campo y Leandro Postigo, á diez años de presidio en uno de los menores de Africa, y los dos primeros con

retencion y calidad de gastadores, con destino á los trabajos mas duros; á Francisco Villena á ocho años de recargo de presidio peninsular, sin perjuicio de los demás que merezca en las causas pendientes, y á las cuales se pasarán las oportunas certificaciones, y á los cinco en las cuatro quintas partes de costas mancomunadamente; á Josefa de Castro, en cuatro años de reclusion en la casa Galera de esta corte; á N. N., habida consideracion, á la larga prision que ha sufrido, y á su corta edad, se la condena en dos años de igual destino: (ya digimos al esponer el resultado de la causa contra esta jóven, que se la indultó de esta pena); á Josefa Gomez Caro, en seis años en la misma Galera, con la calidad de ser oida si se presentare ó fuere aprehendida, y en la otra quinta parte restante de costas, con igualdad las tres referidas; se absuelve de la instancia á Antonio Ausó pagando las por sí causadas, devolviéndose los efectos robados á sus dueños. (La sentencia concluye condenando á varios de los testigos de Tarancon en diez ducados de multa á cada uno, apercibidos para que en lo sucesivo no faltaran á la verdad del juramento.)

En 18 de julio, se notificó esta sentencia á los reos, escepto á Francisco Villena, por haber sido puesto en capilla en dicho dia por la causa que se le habia formado por el robo calificado, cometido en la tarde del 24 de marzo en la habitacion de don José Perez, calle de Atocha, y por la que se le condenó á la pena ordinaria de muerte en garrote vil.

Balseiro fue tambien puesto en capilla en el mismo dia 18. Tanto este como Villena, oyeron con serenidad sus respectivas sentencias, por las que se les condenaba á muerte, y al conducirlos á la capilla, dijeron, que lo que se hacia con ellos era un asesinato jurídico, sin que alegaran razon alguna en apoyo de su proposicion. Ambos confiaban ser indultados.

El señor juez de esta causa, temiendo con fundamento que se prestase todavia medios de evasion á estos rebeldes criminales, por tantas veces fugados de las cárceles y presidios, mandó fijar en la portería de la cárcel de corte el siguiente cartel.

«El alcaide y los alguaciles encargados de la custodia de los reos, no permitirán, bajo su mas estricta responsabilidad, que entren en la capilla otras personas que las que se hallen de servicio, ni que los presos de los cuartos de alcaidía, ni las personas que vayan á verlos, se detengan en los pasillos bajo ningun pretexto.»

El dia 20 de junio, á las once de su mañana, fueron conducidos Balseiro y Villena por la carrera de costumbre, y en el patíbulo levantado fuera de la puerta de Toledo, sufrieron la pena de muerte en garrote vil. La concurrencia á la carrera de su fatal destino, fue muy numerosa, anhelando sin duda conocer y observar á aquellos que por tanto tiempo habian tenido á la poblacion de la capital en continua alarma. Balseiro conservó en sus últimos momentos mucha serenidad, pero Villena fué muy decaído.

LOS FALSOS DELFINES.

Alegre y triste á la vez es para los moralistas el espectáculo de los impostores célebres. No se sabe qué admirar mas, si la constancia de estos hombres, que á las veces concluyen por ser ellos los primeros engañados, ó la imperturbable credulidad humana que sabe siempre reclutarles partidarios.

Cada vez que desaparece de pronto de la historia una gran figura cuya existencia ha apasionado á las masas ó cuya muerte ha cambiado el destino de los imperios, aparecen en todas partes algunos Sosies, peligrosos algunas veces, las mas ridículos, parodias de héroes y de reyes, cuya grotesca corte se compone de tontos, siempre dispuestos á adorar la impostura. La antigüedad ha tenido sus falsos Smerdis; el mundo moderno sus fingidos Demetrios de Rusia, Ricardo IV de Inglaterra, y las supuestas Juanas de Arco, ó una Teresa Mehaine que supo engañar á Orleans; Petra de Bretaña, Catalina de la Rochela; Juana de l'Espine, que enseñaba en el cuello la cicatriz de la herida recibida en Patay y en la pierna la recibida en Compiègne, y que fue quemada viva en París. Otras y otras locas convencidas ó astutas farsantes, desmintieron con las aclamaciones del populacho á la hoguera de Ruan.

En nuestros días, siete impostores (sin duda habrá habido mas) reivindicaron en unos cuantos años el nombre y los derechos del desgraciado Luis XVII. El malogrado huérfano del Temple, asesinado lentamente por los verdugos de sus padres, había muerto lejos del bullicio y de las miradas de las gentes.

Pero la muerte del real niño, de quien el regicida Sevestre había dicho «que no llegaría á ser mayor de edad,» sirvió de pretexto para una impostura. La inexorable historia ha consignado día por día la debilidad, la falta de fuerzas, la agonía del desventurado Luis XVII. El 20 de pradiel, año III, (8 de junio de 1795) estaba probada oficialmente la muerte del pobre niño; á los diez años y medio de edad, había visto el término de sus largos padecimientos, y testigos desinteresados, simpáticos, adic-

tos á él, porque aun los había, habían asistido á esa muerte que será una mancha indeleble para la Francia.

Sin embargo, cuanto mas interés había tenido la República en hacer que desapareciera el heredero del trono, menos debía creer el espíritu monárquico en aquella muerte. El misterio con que se hizo la inhumación de Luis XVII, aumentó la incredulidad, y cuando la Francia, libre del terror, volvió á encontrarse á sí misma, todo estaba preparado por los impostores para sorprender la buena fé, la religiosidad de los realistas fieles.

No faltaron impostores.

Fue el primero un tal Hervagault (Juan María), nacido en Saint-Ló el 20 de setiembre de 1781; según se dijo, este jóven era hijo de un pobre sastre. Pero cuando tuvo doce años, se le hizo recorrer la Normandía y los países limítrofes de París, haciendo circular respecto á él una historia bien forjada. La madre, decían que había sido bonita y de cabeza un poco ligera; respecto al jóven Hervagault, era de tez blanca, tenía una cabellera rubia y rizada naturalmente, y unos modales tan finos, con cierta mezcla de dignidad en todo su porte, que no había cosa mas fácil, impostura que pudiera tener mas visos de verdad, que el hacerle pasar por hijo de un príncipe.

Así fue, que sucesivamente se le tuvo por hijo del señor de la Vaucelle, de un Longueville, y del duque de Ursel; en seguida, como nada costaba hacerle subir en jerarquía, se pensó en que se le podría hacer pasar perfectamente por el mismo Delfín, que había sido arrebatado del Temple de mano de sus verdugos, sacándolo en el carrito de la ropa sucia, y substituyéndolo con el hijo idiota y plagado de escrúfulas del sastre Hervagault.

El pretendido Luis XVII fue arrestado la primera vez como vagabundo en Hottot, y conducido á Cherbourg. Estando allí, lo reclamó su padre, y le fue devuelto por la compasión que inspiró su juventud.

Mas adelante, prosiguió su enredo, estafando además al que se dejaba estafar, de modo que el 13 de floreal, año VII (mayo de 1799), fue condenado en Chalons-sur-Marne á un mes de detencion; el 23 de thermidor del mismo año, se le sentenció á dos años de prision. En fin, en Vitry, vuelve á comparecer por tercera vez delante de los jueces, y estos le condenan á cuatro años de detencion.

Tantos percances sucesivos no habian conseguido desalentar á Hervagault. Cuando compareció la última vez ante el tribunal, su noble continente y la dignidad de sus maneras, eran una cosa verdaderamente notable. Ambas cosas estaban sostenidas durante la audiencia por las simpatías de una porcion de bobos, que creyendo realmente que era el Delfin, estaban en su presencia con la mayor compostura, y que se tenian por dichosos de que aquel tunante se sirviera dirigirlos una mirada. Entre estos bobos figuraban algunos ricos propietarios, y mas de un eclesiástico.

La policia imperial, que no gastaba chanzas, no vió mas que un loco en aquel jóven, y le envió á podrirse á las jaulas de Bicetre, en donde murió en 1812.

El camino estaba abierto. A este impostor siguieron otros menos célebres; un tal Persat, que habia sido militar, y un albañil de Lyon, llamado Fontolive. La primera figura verdaderamente interesante que se nos presenta entre estos cómicos de la legua, es la de Mathurin Bruneau.

Es asaz cómica la historia de este hombre trivial, astuto aldeano que apenas ha soltado el pelo de la dehesa, hormero de oficio y que un dia discurre representar el papel, hartó difícil para un hombre de su clase, de hijo de un rey. En 1817, es decir, en los primeros dias tan penosos para la monarquía restaurada, fue cuando se le ocurrió pasar por Luis XVII, explotando el descontento de muchos y los escrúpulos de fidelidad de algunos, á un paisano vagabundo de Maine-et-Loire que habia sido hasta entonces un simple pordiosero. Un año de escasez, la miseria producida por las largas guerras del Imperio, vinieron á secundar aquel engaño y hubo un momento, el mes de abril de 1817 en que Mathurin Bruneau, pudo ser considerado como un enemigo peligroso. En Ruan y en su rastro se fijaron algunos pásquines en los que se anunciaba á Luis XVIII, en nombre del heredero *legítimo*; pero no tardó mucho Bruneau en verse preso.

Una causa larga, formada por M. Verdiere, puso de manifiesto toda la vida de aquel extraño intrigan- te. Habia nacido este en Vezins, canton de Cholet, distrito de Beaupreau (Maine-et-Loire.) Desde que tenia once años, habia dicho ser hijo del señor de su pueblo, y se habia condecorado á sí mismo, con el título de baron de Vezins. Arrojado á causa de su mala conducta y de su holgazanería de casa de su cuñado, posadero y fabricante de chanclos de Vihiers se introdujo, bajo el nombre de baron de Vihiers en una casa respetable, en la de la vizcondesa Turpin de Crissé. Allí se presentó como hijo desamparado de una familia noble diseminada por las discordias

civiles, y por espacio de un año comió á la mesa de los dueños del castillo de Angry. Descubrióse el engaño, y Mathurin fue conducido por un criado de la casa á su pueblo, en donde fue un objeto de risa para sus compañeros de niñez. La buena señora de Crissé tuvo compasion de él y lo volvió á admitir en su casa; esta vez tuvo que contentarse Mathurin con comer en la cocina con los demás criados de la casa.

El jóven tunantuelo les hizo tantas jugarretas á sus bienhechores, que se le volvió á enviar de nuevo á su pueblo; pero no pudo permanecer allí mucho tiempo, movido por su pasion por la vida aventurera. A los quince años sale para dar una vuelta por Francia; en 1803 le volvemos á encontrar en la casa de correccion de Saint-Denis, á donde ha sido encarcelado como vagabundo é *imbécil*. En 1805 se le pone en libertad y sienta plaza en la artilleria de la marina; ya no volveremos á dar con él hasta 1815. En aquella época recorre el departamento de Maine-et-Loire, contando al que quiere oirlo que se ha casado con la hija de un lord rico, que ha muerto al dar á luz un niño; que ha sido *coronel* en la América española; que la princesa Carlota del Brasil, le ha regalado dos gruesos diamantes que habian sido de su *regente*, y que posee 500,000 francos en oro, y un talon del banco de Lóndres. Tambien enseña al que quiere verlo un pasaporte, en el cual se le llama Carlos de Navarra, ciudadano de los Estados-Unidos.

A pesar de sus diamantes, y de sus 500,000 francos, Carlos de Navarra no tenia otra ropa que una chaqueta de mahon, unos calzones de lona, un gorro blanco de algodón y las medias de nuestro padre Adán. Con tan lucido equipaje se presentó en una posada infeliz de Saumur. Allí le pareció á un paisano que aquel jóven se parecia al hijo de la viuda Phelippeau, de quien su madre no sabia noticias hacia muchos años, sin duda porque aquel habria muerto en España. Bruneau, no echó en saco roto la especie, y tomando de prisa y corriendo algunas señas mas de aquella familia, se presentó á la puerta de aquella pobre madre anunciándose como su hijo. Acojido como tal, sostuvo algun tiempo aquella impostura; luego desapareció para volverse á Vihiers. Allí no quiere ya que se le llame Carlos Philippeau, sino Carlos de Navarra, y bien pronto Luis XVII. Esta idea se la sujieren las conversaciones que oye á un bodegonero de Pont-de-Cé, antiguo marmiton de las cocinas de Luis XVI.

En San-Malo lo prenden; entonces, hace escribir (porque él no sabe ni leer) una carta burlesca á Luis XVIII en la cual, bajo el nombre de Delfin Borbon, reclamaba la herencia paterna.

Encerrado en Bicetre el 16 de enero de 1816, no se abatió por esto. En los ratos que le quedan libres, hace zuecos y hormas, y sobre todo, prosélitos. Un sacerdote finjido llamado Larcher; un detenido por malversador de los caudales públicos, llamado Branzon; Tourly, ex-alguacil y falsario; Pinson, desertor, y algunos bobos; una señora llamada Rosa Avenel y un tal Vignerot y un sacerdote llamado Matouillet, le ponen de *Delfin* y de *Carlos*, que es un contento. Pronto se esparce el rumor de

que Luis XVII está en Bicetre; las visitas menudean, la plata circula á puñados, y los adictos á la familia real acuden en tropel á la puerta de la jaula; se le subenciona al desdichado príncipe del mejor modo posible, y se le dá un sello con un escudo sembrado de abejas para disimular su ignorancia; escribense las *Memorias del Príncipe* y la corte de Mathurin Bruneau va en aumento hasta el 10 de febrero de 1818 que toda esta ridícula pompa cae, ante el tribunal de policía correccional de Ruan.

El acusado comparece allí con su semblante común y socarrón y su invariable gorro blanco en la cabeza, sin perder ni un momento su grotesco aplomo. El procurador del rey, espone el negocio con una solemnidad de que no era digno seguramente.

«Señores, dice, tocamos por fin el desenlace de un proceso bastante curioso por cierto, pero que no merece el honor de la celebridad que se le ha dado. En el fondo y en su principio, no es mas que una farsa miserable, que ha querido jugar un impostor ignorante, un aventurero falto de recursos físicos y morales, un ser, en fin, que desde sus mas tiernos años no ha tenido otro asilo, ni otros medios de subsistencia que los que le han proporcionado, ora las personas caritativas y sensibles á quienes ha podido engañar, ora la policía represiva de los delitos de vagancia y de estafa.

«Ciertamente es, señores, que desde la época en que la escena se ha trasladado con el actor á Ruan, se ha hecho mas sombría. Si bien hasta ahora no ha ofrecido un carácter grave, no ha sido por falta de culpables; no hay que atribuirlo mas que á la falta de pruebas suficientes hasta entonces para proceder contra ellos... Pero si los criminales autores de esos pasquines incendiarios puestos en las esquinas en abril y mayo últimos, tanto en Ruan como en las poblaciones mas considerables de sus cercanías; si los que han osado en nombre de un maniquí, cuya superchería conocen, escitar al pueblo á sublevarse para dar libertad á su ídolo y cambiar el orden de sucesion al trono; si esos hábiles artistas del crimen que, por un cálculo horrible, han escogido el momento de la mayor carestía de los víveres para presentar á muchas clases del pueblo un cebo tan seductor como quimérico; si alguna vez se hallasen en el banco de los acusados; si pudiesen oírnos... ¡que no se crean absueltos de sus empresas sediciosas! Un día llegará quizá en que el sol de la justicia disipe todas las nubes... Para ello no se necesita mas que un relámpago, y este podría ser muy bien el precursor del rayo...»

Los interrogatorios son los que nos enseñan la figura original de este impostor sin modelo.

El presidente á Bruneau. ¿Cómo os llamais?

R. Luis Carlos, duque de Provenza.

P. ¿Vuestra edad?

R. Yo no lo sé, *caramba*; id á Versalles y lo encontrareis en la biblioteca ó en las Tullerías. (Se vuelve á sentar.)

El presidente. No os sentéis todavía, tengo que hablar con vos largo rato.

Bruneau. Tanto peor.

P. ¿En dónde habeis nacido?

R. Creo haber nacido en Versalles; creo que somos dos, un chico y una chica; la chica se llama Victoria.

P. ¿Vuestro oficio?

R. Por mi fé que yo soy el jefe de todos los oficios, tan pronto he sido molinero, tan pronto carpintero; he hecho obras maestras.

P. Según los debates y las piezas auténticas del proceso, habeis nacido en Vezins, el 10 de mayo de 1784. Ha sido vuestra madrina vuestra hermana, la mujer de Delaunay.

R. Mi padrino es el duque de Brissac, gobernador de París.

P. ¿Sois hijo legítimo de Bruneau y de Juana Tenier?

R. Soy hijo legítimo de Luis XVI y bastante fino para oler el *confite*.

P. ¿Os habeis criado en casa de vuestros padres hasta su muerte?

R. Mis padres han sido asesinados por la revolución, y yo me acuerdo de las patatas del hospital de Vezins.

P. ¿Ha cuidado de vos vuestra madrina?

R. Mi madrina es Isabel. Por lo demás, ¿habeis vos mandado derribar la alameda de Vezins? ¿No os habeis contentado con derribar la de la Ferriere?

P. Os encargo que os calmeis y que no perdais la cabeza.

R. Mi cabeza es muy sólida.

P. ¿Os habeis separado de vuestro cuñado?

R. Mi cuñado es el baron de Vezins.

P. Os habeis escapado de su casa vestido como un rapazuelo.

R. ¡Como un rapazuelo! no por cierto, yo era un chico muy guapo (risas).

P. ¿Habeis querido pasar por hijo del baron de Vezins?

R. Ello es que mi difunto padre, la ha dado á Mad. de Turpin el castillo.

P. ¿Habeis estado en el castillo de Angry?

R. Sí.

P. ¿No os habeis supuesto hijo del baron de Vezins?

R. Yo era demasiado jóven; no soy hijo del abate, no he salido nunca de los franciscanos; tengo otro hermano y sé dónde está depositado. Conozco ademas las farsas del duque de Orleans.

P. ¿Cuánto tiempo habeis estado en el castillo de Angry?

R. Treinta meses.

P. ¿Quién os ha llevado al castillo?

R. Los señores de Chatillon, de Saint-Marc, de Saint-Hilaire, Delaunay y de Alencon.

P. ¿Mad. de Turpin, informada de que vos no érais de la familia de Vezins, no os ha hecho acompañar á vuestro pueblo por un criado suyo?

R. Uno tenia que se llamaba Francisco. A mí me ha vuelto á llevar á mi casa M. de la Coudraye-de-Monteau, pero no he sido su hijo pródigo.

P. Delaunay y su mujer ¿os han reconocido?

R. Esas gentes me han criado; pero yo no soy

de su familia, ellos descienden, como yo, de Adán y de Eva. (Risa universal).

P. ¿Qué decís?

R. Que la Peluca piensa aprovecharse de la vajilla de mi padre, pero que no se aprovechará.

P. ¿Habeis comido con los señores de la casa, á la misma mesa que ellos?

R. Seguramente, como un caballero y no como un donado de convento.

P. Mentís: comiais con los criados, y estabais encargado de los perros.

R. Eso seria bueno, si yo hubiera estado encargado de la familia Turpin.

P. ¿Habeis servido de juguete á los niños?

R. Ahora sirvo de juguete al público.

P. ¡Bruneau! os mando que os pongais de pié.

R. Pero ¡caramba! estoy cansado; ademas, yo no soy Bonaparte.



El ángel mandó á Martin que fuera á encontrar al rey.

P. ¿Los hechos que yo acabo de esponer son ciertos?

R. Tan ciertos como cuando se ha dicho que yo era cabo de escuadra.

P. ¿No habeis aprendido luego en casa de vuestro cuñado á hacer zuecos?

R. Sí, y á labrar, y á peon de albañil.

P. Escuchadme Bruneau.

R. Tengo unas orejas de á palmo.

P. Miradme á la cara.

R. Me gusta mirar al público. (Risa universal.)

P. Miradme.

R. Es de gente mal criada el mirar á otro cara á cara.

P. ¿No habeis sido espulsado de casa de vuestro hermano político Delaunay?

R. Es posible, porque no éramos de una misma opinion.

P. Miradme, pues.

R. Bien, ya os miro á lo príncipe de Condé.

P. ¿Al salir de casa de vuestro cuñado no habeis ido á la de Mad. Cassin?

R. Sí, y me he comido un plato de ensalada de escarola.

P. ¿No habeis dejado allí algunas prendas empañadas?

R. ¡Caracoles...! las he dejado, y tengo efectos en España, en Rusia, y en todos los paises.

P. ¡Pero miradme, os digo! (Un gendarme le hace volver la cabeza, y él le dice:—Callaos, *Jobart*.)

P. ¿No consintieron allí en tomar esas prendas cuando supieron que érais el cuñado de Delaunay?

R. Aun cuando yo fuese su cuñado, ¿no se ha visto llegar á general al último de los últimos?

P. ¿En fin, habeis pagado á Mad. Cassin, y dejado allí vuestro saco?

R. Sí. He pagado á Mad. Cassin, y dejado allí mi saco.

P. ¿No se os ha conducido en seguida á la casa de Saint-Denis, como hombre sin domicilio é imbécil? (Risas.)

R. Fuí arrestado antes de llegar á Arpajon, y conducido á las Ursulinas.

P. ¿No se os arrestó como hijo de Mathurin Bruneau?

R. Sí y no. M. Limodin dió un campanillazo, y se me *introdució* en la Conserjería, donde hallé á Fouché y sus colegas.

P. ¿Sois hijo, en efecto, de un fabricante de zuecos?

R. ¡Diablo! ¡hay tantos que hacen zuecos! Carnot podria muy bien ser uno de ellos, porque tenia un horno de cal.

P. Contestadme acorde, porque es interés vuestro hacerlo así.

R. Yo he navegado; si quereis, tomaré una bocina.

P. ¿No habeis escrito á Vihiers?

R. Para obtener una certificacion de ser hombre honrado; pero no la he recibido.

P. Debo haceros presente que Delaunay os ha enviado la certificacion, y que habeis convenido en que habiais recibido 12 francos; vos debeis acordaros de esto, porque teneis buena memoria.

R. Y aplomo, y aun cabeza como la de mi padrino el duque de Brissac.

P. ¿Recordais que porque vuestra hermana lloraba delante del juez instructor la dijisteis:—No llores, Mathurina; yo sé que tú me has enviado dos piezas de seis francos?

R. Si estuviérais en un púlpito, predicaríais mejor; pero sin las intrigas del clero, y si no fuérais vosotros un atajo de intrigantes, no hubiéramos tenido la guerra.

P. ¿Al salir de la casa de Saint-Denis, no fuisteis á la prefectura de policía?

R. Sí; y como me conocian bien, se me *introdució* y se me *recondució* de brigada en brigada.

P. ¿No ha sido en Mans donde os habeis enganchado?

R. No se ha encontrado mi firma en ningun registro de la marina.

P. Se ha hallado en todos los registros de la marina como debe estar:—Mathurin Bruneau.

R. Yo no he vendido mi cabeza. El capitán Larocche me ofreció dinero; pero yo no he querido aceptarlo porque no creo que Bonaparte sea un dios.

P. ¿Insistís en decir que no os habeis enganchado?

R. Yo no me he enganchado; se nos llevaba á un amigo mio y á mí como unos pobres carneros para tratarnos como al duque de Enghien y para enviar barriles de carne humana á Nueva-York.

P. ¿No habeis formado parte de la tripulacion de la Cibeles..?

R. Sí, y de la Constitucion; y cuando he estado en Cherbourg, no era todo miel. Yo no soy el buey gordo ni el elefante.

P. ¿No habeis conocido en la Cibeles á un tal Maître?

R. No.

P. ¿Cómo os llamaban en la fragata?

R. Tan pronto Bruneau, como baron de Vezins ó primo del P. Berniers.

P. ¿Qué día os habeis dado á la vela?

R. El de Todos los Santos; respecto al año, no tengo *almenaque*; quizá seria el de 1805.

P. ¿Hacia dónde habeis dirigido el rumbo?

R. ¡Dirijido el rumbo! no comprendo eso.

P. ¿Qué direccion ha tomado la fragata?

R. No lo sé; lo que es yo, me he desertado en Norfolk.

P. ¿Hacia dónde habeis dirigido vuestros pasos en los Estados-Unidos?

R. A San Petersburgo, por acá y por acullá, á proa, para ver á mi familia.

P. ¿No habeis estado en Filadelfia?

R. He pasado por allí.

P. ¿Qué habeis hecho en Filadelfia?

R. He tenido treinta y seis oficios; lo mismo que vos que habeis sido librero, cónsul y comerciante en telas.

P. ¿En qué casa habeis trabajado?

R. En casa de Audu; vos debeis saberlo, porque me habeis visto allí.

P. ¿Vuestra ocupacion era partir leña?

R. Cuando bien me parecia; no estaba mal.

P. ¿No habeis ido luego á casa de Cadot?

R. Sí, he pasado revista á todas esas casas.

P. ¿No habeis conocido allí á un tal Chauffard?

R. No, tenia yo otro amigo llamado Tomás, que habia sido fraile de vuestro convento.

P. Antes de ayer habeis dicho que habiais conocido en Filadelfia á uno que se llamaba Chauffard.

R. Sí, pero no tenia cuchillada.

P. Pues bien, quizá es esa la primera verdad que habeis dicho; porque en aquella época, Chauffard, á quien hemos visto anteayer en la audiencia, no tenia cuchillada.

R. Mejor para él.

P. De Filadelfia habeis ido á Nueva-York: ¿qué habeis hecho allí?

R. De todo. He sido mozo de caballos, criado; todo menos cochero.

P. ¿No habeis vuelto á ver á Chauffard en Nueva-York?

R. Algunas veces.

P. ¿No le habeis vendido una casaquilla?

R. No tenia escasez de dinero; habia ganado bastante, como vos, vendiendo libros; cuando queria, sabia de donde sacarlo; no tenia mas que abrir

la boca; yo era como el viejo padre Pancracio, iba amontonando escudos.

P. ¿No habeis prestado unas estacas á Chaufard?

R. Yo puedo haberle dado alguna cosa, pero que se la guarde, y que las personas que tienen mis pistolas me las vuelvan.

P. Miradme y respondedme.

R. Pues bien, vamos á ver; ¿os debo yo alguna cosa?

La audiencia se suspende á medio dia.

En el entreacto de esta comedia burlesca, Mathurin Bruneau les dice á los gendarmes: «El presidente es un hablador; pero á pesar de esto es ladino, me ha cogido dos veces.»

A las doce y media vuelve á abrirse la audiencia.

El presidente al acusado: Levantaos Bruneau.

Bruneau: ¿Qué quereis monseñor?

P. ¿A dónde habeis estado despues de haber salido de Nueva-York?

R. En Boston y en Madere; el tratante en carne humana, que tiene mis pistolas, debe saberlo.

P. ¿En dónde habeis desembarcado?

R. En San Malo, sin naufragio, como M. Dumolet. (Risas inestinguibles.)

P. ¿No habeis tenido doscientos negros?

R. ¡Ah! ¡diablo...! yo no he tenido negros; mi hermana puede haberlos tenido; bastante negro era yo.

P. En Francia ¿no os habeis puesto una gasa en el sombrero?

R. Sí, despues de haber perdido una mujer á la que apenas habia visto y con la que no me habia casado todavía.

P. ¿No habeis tenido de ella dos hijos?

R. He podido tener uno que está en el Norte de América, pero aquel no es bastardo, sino legítimo.

P. Desde San Malo ¿á dónde habeis ido?

R. A Rennes y á Angers; he tenido unas palabras con los prusianos.

P. En Saumur ¿no habeis estado en casa de la mujer de un tal Plumel?

R. Un músico que tocaba la música me ha dado sus señas.

P. ¿Cómo os llamaban en los Estados Unidos?

R. Carlos, Carlomagno.

P. ¿Habeis continuado llamándoos Carlos?

R. Ese es mi verdadero nombre; á menos que *monsieur*, mi tío, no quiera hacerme bastardo, pero no le tengo miedo.

P. ¿Por quién ha sido visado vuestro pasaporte?

R. En Rennes, por M. Dubois.

P. ¿Cuando os habeis presentado en Varesnes en casa de la viuda de Philippeau, cómo ibais vestido?

R. Con medias, calzones y unas malas sandalias; me he lavado la cara para estar un poco mas limpio, porque salia de los capuchinos.

P. ¿No os habeis encontrado con un tal Fraimbault?

R. Bastante *chuscamente*; queria hacerme tragar la bola de que me conocia por hijo de la viuda de Philippeau.

P. ¿No os dió 12 francos?

R. Quiso darme unos lises; pero como no los tenia, me *ponió* 2 escudos de 6 francos en el bolsillo.

(Aquí Bruneau le dice al presidente: «¿Monseñor, quereis que me sienta?») *El presidente*: Sentaos.

Bruneau: Tendré mucho gusto en ello.

P. ¿Cuánto tiempo habeis estado en casa de madama Philippeau?

R. Quince dias ó tres semanas.

P. ¿No ha creído esa mujer durante todo ese tiempo que vos érais su hijo?

R. Aun cuando lo fuese, un general como yo, no la deshonraría.

P. Escuchad Bruneau, yo os he dejado sentar y si continuais contestando de ese modo os haré poner de pié.

R. (Bruneau levantándose con precipitacion.) Héme aquí monseñor, hablemos como buenos *cofrades*.

P. ¿Cuánto os ha dado la viuda de Philippeau?

R. Mil francos; pero se la pagará bien, porque yo tengo dinero en el Banco de Francia.

P. ¿Al salir de Varesnes, á dónde habeis ido?

R. A Cholet, á Vezins, á Vihiers y á Fontenay-le-Peuple.

P. ¿No habeis ido á Vihiers?

R. Donde yo habia estado hace veinte y cinco años con el jorobadillo.

P. ¿Y allí qué habeis hecho?

R. La barba, porque la tenia de Capuchino; luego, me he bebido una botella de vino blanco, para que no decayera mi reputacion de *pellejo de vino*.

P. La mujer de Delaunay no os ha reconocido por hermano suyo?

R. Como me han reconocido otros muchos.

P. ¿No os habeis abrazado?

R. Llorando como el hijo pródigo. Recordad la tragedia de M. Duveyrier. ¿Creeis que no sé yo todas vuestras tonterías?

P. ¿No habeis pagado?

R. No quisieron; pero yo recuerdo que vos habeis sido el que enseñasteis á bailar á la mujer de Delaunay.

P. ¿No fuisteis á caballo á casa de Mad. Cassin?

R. Creo que sí; hubiera podido tomar una boricla, y esto hubiera sido mas noble.

P. ¿No la hablásteis del saco?

R. Sí, lo habia dejado en señal, como Jorge, rey de Inglaterra y del palomar.

P. ¿No os reconoció ella porque os llamaron baron de Vezins?

R. Y aun cuando yo fuera baron de Vezins, esa familia viene de mis *descendientes*.

P. ¿No habeis ido en seguida á Pont-de-Cé?

R. Sí.

P. ¿En dónde os han detenido?

R. En San Malo, por M. Petit, porque viajaba sin documentos.

P. ¿No ha sido el motivo de vuestro arresto el

tomar vos el título de *Carlos de Navarra*, hijo de Luis XVI?

R. Creo que lo soy; pero no he hablado de ello en los Estados-Unidos; únicamente he dado algunas indicaciones.

P. ¿Pero lo habeis dicho despues?

R. Debeis saberlo; vos sabeis que he estado en Roma y que me llamaba el rey de Roma.

P. ¿En qué casa estábais detenido en San Malo?

R. En un palacio muy triste.

P. ¿Al llegar á la casa de detencion de Ruan, qué llevábais?

R. Poca cosa.

P. ¿No llevábais dinero?

R. Al principio, no, despues, sí.

P. ¿Ni diamantes, ni un talon de 500,000 frs.?

R. Todo eso lo tuve despues en Bicetre.

P. ¿Quién lo ha hecho llegar á vuestras manos?

R. Unas personas que me eran adictas. El general Moreau, el general Jackson, etc., etc.

P. El general Moreau habia muerto ya en aquella época.

R. Ya lo sé; pero su mujer estaba al lado de la duquesa de Penthièvre.

P. ¿No habeis entablado relaciones íntimas con Branzon y Tourly?

R. Sí, porque yo creía que eran prisioneros de Estado y que no hay mucha justicia en Francia. No hay que hacer mas que mirar los patos.

P. ¿No ha escrito Branzon, dictándole vos?

R. Branzon ha escrito muchas notas.

P. ¿Tourly, no ha copiado?

R. Tourly es un *copiador* y copiaba para dar ganancia á los libreros de la *Biblioteca*.

P. ¿No ha escrito Tourly unas proclamas?

R. Sí, dirigidas á todos los distritos y á toda la Francia. Recuérdese Belle-Isle-en-Mer, cuando el general Quintin no quiso rendirse á mi tío.

P. ¿No ha escrito Larcher las Memorias de vuestra vida?

R. ¿Cómo se ha de escribir una vida tan borrascosa?

P. ¿No ha escrito Branzon y enviado unas cartas á la señora duquesa de Angulema?

R. Si las ha escrito ha sido porque yo lo he mandado; á mí no me dá miedo mi hermano.

P. Vignerot y la mujer de Dumont, ¿no han ido á visitaros á la cárcel?

R. Sí.

P. ¿Y por quién han preguntado?

R. Por quien debian preguntar; yo no me llamo el general Moutier.

P. ¿No le habeis dado ropa y dinero?

R. Sí.

P. ¿No ha sido como Luis XVII?

R. Así es, hombrecillo; como su amo.

P. ¿No ha ido á visitaros un sacerdote llamado Matouillet?

R. Sí, como limosnero de mi hermana.

P. ¿No habeis intentado enviar á S. A. R. *madama* la duquesa de Angulema un sello para cartas y vuestro retrato?

R. Sí, mi retrato era bastante comun, vos debeis saberlo como maestro de baile.

P. ¿Quién os ha hecho ese sello?

R. Un grabador, pero yo no sé de donde.

P. ¿Quién os ha entregado ese sello?

R. Por mi fé que no lo recuerdo.

P. ¿En dónde se cerraban vuestras cartas?

R. En el cuarto de Libois; pero señor presidente, me poneis malo el estómago con tanto hacermelo hablar.

P. ¿Branzon era el que cerraba vuestras cartas?

R. Sí, y en ello no hacia mas que cumplir con su deber.

P. ¿Y érais vos quién pagábais?

R. Sí, *le debo* yo alguna cosa por casualidad?

P. Yo no digo eso; ¿os pregunto si érais vos mismo quien pagábais?

R. Seguramente.

P. ¿Ha pagado tambien Mad. Dumont alguna vez?

R. Sí.

P. ¿Cuánto es lo que esa mujer ha pagado?

R. No hemos arreglado cuentas, yo no tenia comisionados ni embajadores.

P. ¿No habeis recibido 60 francos de Vignerot?

R. He recibido algo mas que eso.

P. ¿Qué otras personas eran las que os daban dinero?

R. Todo el mundo menos vos, que no me enviábais nada; sobre este particular teneis muy mala fama.

P. ¿Cómo os hablaban?

R. Como se debia hablar al hijo de Luis XVI; esto, vos que estábais allí debeis saberlo.

P. ¿La señora de Jacquieres no se arrojó á vuestros piés y quiso besaros la mano?

R. Sí; pero yo la levanté.

P. ¿No habeis reconocido á un centinela?

R. Repetís treinta veces la misma cosa; ¿creeis que yo soy algun palurdo? Yo si que sé quien sois vos; un tunante.

(Murmillos de indignacion en el auditorio.)

P. ¿Estaba presente Libois, cuando sellábais vuestros despachos? Debe ser asi, porque era uno de vuestros sirvientes.

R. Sí, era uno de mis sirvientes y mejor que vos, ¡voto al diablo! Me río de un presidente que ha sido obispo.

P. ¿Estaba presente Branzon cuando sellábais vuestros despachos?

R. Sí.

Branzon: Aseguro que no he escrito nunca ninguna carta de esas que se quiere suponer.

Bruneau: No tengais cuidado Branzon; nada os faltará cuando mi hermana llegue á Ruan.

Así fue como en medio de equívocos agudos, de respuestas ridículas y á las veces de innobles invecivas, sostuvo Bruneau hablando mucho y no sin cierto tacto, el fuego del ataque judicial, que duró nueve horas seguidas. El 19 de febrero se dictó la siguiente sentencia:

«Considerando que es cierto que un individuo,

nacido en Vezins el 10 de mayo de 1784, llamado allí Mathurin, hijo legítimo de Mathurin Bruneau y Juana Tesnier, fabricantes de zuecos, en el dicho pueblo de Vezins, de quien fue padrino Renato Prudhomme, y madrina su hermana Juana, casada hoy con un tal Delaunay, fabricantes de zuecos en el día de hoy en Vihiers;

«Atendiendo á que está establecido del modo mas luminoso y mas positivo por las piezas del proceso, por el debate y por los reconocimientos del acusado, que es el mismo individuo que nació en Vezins el 10 de mayo de 1784 y cuyo nombre ha sido inserito en los registros del estado civil de dicho pueblo en la mencionada época, con el de Mathurin, hijo de Mathurin Bruneau y de Juana Tesnier;

«Atendiendo á que el acusado ahora bien conocido por ser Mathurin Bruneau, nacido en Vezins, el 10 de mayo de 1784, se ha presentado en 1813, en casa de la viuda de Philippeau de Varesnes, bajo el nombre de Carlos de Navarra, y que haciendo creer á esta madre que era su hijo (que marchó en calidad de quinto á los ejércitos), logró en las tres semanas próximamente que estuvo en su casa, hacerse tratar como hijo de ella y que la ha estafado en alimentos, vestidos, dinero y un reloj de oro por valor de 600 ú 800 francos; que no contento con este primer golpe feliz, trató infructuosamente de estafarla mas dinero, haciendo que la escribiesen de San Malo para pedirla que le enviara un socorro, como asimismo la partida de defuncion del citado Philippeau su marido, á quien designaba como su padre;

«Atendiendo á que desde aquella época el susodicho Bruneau ha continuado llamándose y haciéndose llamar públicamente hasta en la misma casa de detencion en que se encontraba y hasta este día, Carlos de Francia, y de titularse Delfín, hijo de Luis XVI y tambien Luis XVII, lo cual ha reiterado muchas veces en el curso de los debates públicos;

«Atendiendo á que, con la ayuda de estos falsos nombres y títulos, así como de sus falsas cualidades tomadas por él públicamente, ha abusado de la credulidad de un gran número de personas y que ha conseguido estafar vestidos y cantidades de consideracion en dinero;

«Atendiendo á que dicho Bruneau se halla hace ya muchos años sin medios de existencia, á que no ejerce habitualmente ningun oficio ni profesion y á que se halla sin domicilio;

«Atendiendo, en fin, á que durante el debate, ha tratado de bandoleros á los miembros del tribunal, hallándose en sesion pública;

«En lo que concierne á Branzon:

«Atendiendo á que los hechos que podrian hacer considerar á Branzon como cómplice de las estafas de Bruneau no están probados;

«Pero que está establecido de un modo suficiente que ha ayudado á persuadir con conocimiento de lo que hacia que Mathurin era el hijo de Luis XVI especialmente haciendo el borrador de dos cartas que debian enviarse á *Madama* de las cuales una se le entregó al señor Foulques y la otra á la señora Morin;

«Atendiendo, en fin, á que el dicho Branzon ha sido condenado anteriormente por crimen.

«Con respecto á Tourly y á la mujer de Dumont, y al señor Matouillet:

«Atendiendo á que no existen cargos suficientes para declarar á Tourly y á la mujer de Dumont culpables de los hechos que se les han imputado y por los cuales han comparecido ante el tribunal, y que no resulta ningun cargo contra el señor Matouillet.

«El tribunal condena á Mathurin Bruneau, nacido en Vezins, el 10 de mayo de 1784, á 3,000 francos de multa para el gobierno, á cárcel por espacio de cinco años, en razon de los hechos por los cuales ha sido encausado, y á otros dos años mas de prision, en razon á su conducta durante los debates, y á los ultrajes que ha hecho al tribunal estando en sesion, los cuales dos años no empezarán á contarse hasta que hayan transcurrido los cinco primeros; manda que despues de terminada su condena, quede á disposicion del gobierno por el tiempo que se determine, teniendo en consideracion su conducta; le condena, ademas, á la restitution de tres cuartas partes de las costas; dichas costas y la multa podrán hacerse efectivas por prision, solidariamente con Branzon si bien solo respecto á las costas; y visto que el dicho Bruneau parece ser desertor, manda que se dé aviso á la autoridad competente, para proceder con respecto á él segun haya derecho.

«Condena á Branzon á dos años de cárcel y al pago de la cuarta parte de las costas, en las mismos términos arriba dichos.»

Mathurin Bruneau murió en la cárcel, lo mismo que habia muerto Hervagault.

Hasta ahora, la impostura, no ha tenido á su servicio mas que comparsas. Hervagault y Mathurin Bruneau son unas figuras borradas ó ridículas. Mas hé aquí que se presenta un verdadero actor, hombre de un talento suficientemente cultivado para saber identificarse con un papel largo tiempo estudiado y que representa con una distincion que admira.

El 12 de abril de 1818, la policia austriaca detuvo cerca de Mantua á un jóven que dijo llamarse Luis Carlos de Borbon. Este era francés, segun decia, y viajaba para instruirse. Preguntado respecto al apellido de Borbon que se atribuía, negóse á contestar y escribió su declaracion en una carta dirigida á *Su majestad imperial nada mas*. De esta carta y de los papeles ocupados al preso, resultó que pretendia ser Luis Carlos de Borbon, duque de Normandía, heredero legítimo del trono de Francia. El aventurero fue encarcelado en Milan sin otra fórmula de proceso.

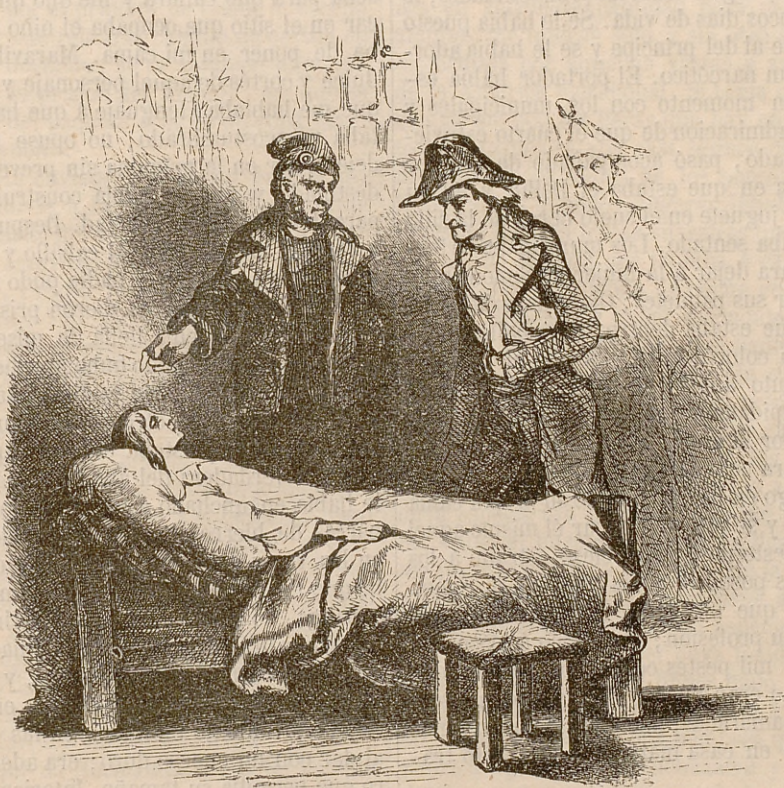
Creyóse, sin duda, que su locura era inofensiva pero que podia ser embarazosa; la historia contada por el titulado Luis XVII era de las mas estrañas. Este la ha consignado posteriormente en las *Memoorias del duque de Normandía, hijo de Luis XVI escritas y publicadas por el mismo*, París, julio de 1831 y un partidario del misterioso Delfín, un tal Claravali del Curso ha mandado imprimir aquellas mismas aventuras modificadas y aumentadas, con el título de *Vida de monseñor duque de Normandía*, etc., París, Lion, 1850.

El detenido de Milan, contaba con una abundancia singular de detalles, con una divertida lucidez de recuerdos, la infancia y la primera juventud del Delfin. Decia en aquella obra sus padecimientos en el Temple, pero la historia misteriosa daba principio despues de la muerte de la reina María Antonieta. En aquella época de su cautiverio, decia, la mujer de Simon habia sido ganada por el oro del principe de Condé, que habia enviado á París para salvar al Delfin, dos emisarios fieles, el conde de Frotté y

Ojardias. Este último que se finjia médico, aconsejó con maña que se le hiciese hacer un poco de ejercicio al principe, haciéndole montar en un caballo de madera.

Ya se comprenderá que en vano buscaria el lector al tal Ojardias en la relacion minuciosamente verídica de M. A. de Beauchesne (*Luis XVII, su vida, su agonía, su muerte.*) Pero oigamos al mismo detenido de Milan:

«Los municipales y los carceleros, con quienes



Habia visto el término de sus padecimientos.

Ojardias habia estrechado relaciones, cediendo por otra parte, á las insinuaciones de la mujer de Simon que gozaba de la confianza general, consintieron en el nuevo método propuesto por el médico. Fuerte con este asentimiento, Ojardias mandó construir un caballo de niño de dimensiones bastante grandes y de una capacidad suficientemente vasta para poder contener en su vientre un niño de la estatura del principe poco mas ó menos. La abertura por donde podia introducirse en aquella máquina estaba disimulada con la mantilla, de modo que era difícil caer en el engaño. Aunque Ojardias veia al principe diariamente, se guardó muy bien de comunicarle su proyecto; pensaba, y con razon, que siempre le hallaria dispuesto á prestarse á todo lo que pudiera contribuir á sacarle de semejante esclavitud, y ademas, la mujer de Simon le enteraria del asunto.

»Cuando el caballo estaba dispuesto, Ojardias descubrió todo su plan á la mujer de Simon que habia logrado atraer completamente á su partido, mediante una enorme cantidad de dinero que se habia depositado en un sitio designado por ella, y la decidió á secundarle en la ejecucion de su proyecto que sin su intervencion no podia llevarse á cabo, y solo mientras que ella lograra distraer á los municipales. Respecto á Simon, avisado de que pronto tendria que ceder su cargo de carcelero del augusto niño al ayuntamiento y descontento de la autoridad que tenia en cuenta sus servicios, se dejó convencer fácilmente por las razones que le dió su mujer y sobre todo por el cebo de la recompensa prometida, de que lo mejor que podia hacer era facilitar la evasion del Delfin, ó al menos no oponerse á ella.

»Tomadas de este modo todas las medidas, se

decidió que el rapto se verificaría en la noche del 19 de enero de 1794, que era el día fijado para que los esposos Simon cesasen en su cargo y desalojasen el Temple. Llegado este día, en cuanto los vigilantes empezaron á hablar y á beber como tenían de costumbre con Simon, la mujer de este condujo al joven príncipe á la pieza interior como lo hacia todos los días. A los pocos minutos llegó Ojardias con el caballo de madera que habia de servir para que el príncipe hiciera ejercicio. Dentro de aquella máquina iba un niño casi de la misma edad y estatura que el real cautivo; este era mudo y estaba plagado de escrófulas, por lo cual, segun todas las probabilidades, le quedaban muy pocos días de vida. Se le habia puesto un traje semejante al del príncipe y se le habia adornado dándole un narcótico. El portador habia estado hablando un momento con los municipales y manifestando su admiracion de que el cuarto estuviese tan desarreglado, pasó acompañado de algunos de ellos á la pieza en que estaba el Delfin y en su presencia puso el juguete en el suelo cerca de la silla en que aquel estaba sentado. Los municipales se fueron en seguida para dejar á la mujer de Simon en libertad de arreglar sus paquetes; Ojardias se dió prisa á sacar el niño que estaba dentro del caballo, dormido todavía y lo colocó en la silla que el príncipe ocupaba un minuto antes; en seguida, despues de haber indicado rápidamente al Delfin lo que iba á hacer, y ayudado por la mujer de Simon que parecia no ocuparse de otra cosa que de su mudanza, envolvió al régio vástago en las sábanas de su propia cama y en otros lienzos y se ofreció á bajar él mismo aquel fardo. Para que esto no les pareciese extraño á los que guardaban los postigos de las puertas, la Simon finjió oponerse á que un médico hiciese un servicio tan impropio de su profesion; pero poco á poco cedió, no sin echar mil pestes contra los maridos que segun ella decia no eran buenos mas que para irse á divertir con sus camaradas, mientras las pobres mujeres se quedaban en casa matándose de tanto trabajar.

»Ojardias, ayudado por la Simon, bajó el fardo y lo colocó en un carrito destinado para llevarse los muebles y demás efectos de los esposos Simon, y la mujer de este se alejó en seguida de aquel sitio.

»El mismo día del rapto del Delfin, el niño que le habia sustituido, fue entregado por Simon á los comisionados delegados al efecto por el ayuntamiento. Este niño dormia aun profundamente. Los comisarios, que no tenían ningun motivo de desconfianza, no pensaron en despertarle, para asegurarse de la identidad de su persona, se atuvieron á lo que les dijo Simon, y declararon en el acta que se instruyó con este motivo; «que se les habia entregado el niño Capeto en buen estado de salud.» Todos estos detalles fueron dados por Ojardias á monseñor el duque de Normandía, que se los repitió á la mujer de Simon, á quien volvió á ver en 1802 y que ella misma contó mil veces á distintas personas, sobre todo á las religiosas del hospital de las Incurables, á donde residió y en donde murió en 1819.»

Por desgracia no hay nada mas raro que la uni-

dad en la mentira. Esta relacion sacada del libro de Claravali nos representa al Delfin, salvándose dentro de un fardo de ropa blanca; el caballo no sirve aquí sino para llevar al niño que ha de sustituirle. Léanse las *Memorias*, la invencion se complica y los detalles se cambian.

«Conocia que me iba muriendo y aguardaba con impaciencia que la muerte viniera á librarme de tantos males, cuando vi entrar en mi prision un extranjero que llevaba un caballo de carton del cual sacó un niño de mi edad y poco mas ó menos de mi estatura, que estaba dormido. Aquel hombre me hizo una seña para que callara y me dijo que me dejase colocar en el sitio que ocupaba el niño á quien él acababa de poner en mi cama. Maravillado yo del tono dulce y cortés de aquel personaje y de la bondad con que me hablaba, lenguaje á que hacia tiempo no estaba yo acostumbrado, no opuse resistencia y me dejé meter en la máquina sin prever que habia sido destinada y que se habia construido espresamente para devolverme la libertad. Despues de muchas idas y venidas me sacaron del caballo y me acostaron. La lluvia caia á cántaros y nadie pudo reparar en lo que pasaba. En seguida se dieron prisa á limpiarme la cabeza, que la tenia llena de miseria y me lavaron todo el cuerpo. Cuando hubo anochecido, se me condujo á otro sitio que no estaba distante del primero, y se me colocó en otro caballo mucho mas grande: era de madera y estaba cubierto artísticamente con una piel verdadera del animal que representaba, se le habia enganchado á un carro sostenido por unas barras de hierro pintadas figurando cuerdas y fijas en las varas del carro, poniéndole delante del caballo que iba en estas; delante, ademas iban otros dos caballos, lo cual componia un tiro de cuatro caballos que tiraban de un carro, guiado por un hombre de blusa, carretero de profesion, y la carga consistia en un poco de paja. El caballo en cuestion, tenia cierto movimiento mecánico en las patas que cedian al dar con un cuerpo duro; era ademas todo lo ligero que permitia su tamaño. Interiormente estaba bien formado para que con el movimiento no pudiera yo hacerme daño; debajo de la cola, que era muy larga y poblada, habia un respiradero y lo mismo sucedia en las narices y en las orejas para que yo no me ahogase. Por perfecta que fuese esta invencion, de día no hubiese pasado desapercibida para un ojo vigilante; pero de noche, lloviendo á mares, y no teniendo ninguna sospecha de tramas de esta naturaleza, los que estaban encargados de guardar las puertas, pues desde el famoso caballo troyano, quizá no haya vuelto nadie á servirse de esta estratagema, hubieran dejado pasar no solo esto, sino otras muchas cosas mas de bulto. Ademas, el carro estaba vacío y no se veia en él mas que un residuo de paja, como si acabaran de descargarlo. Al llegar á las puertas de la ciudad registraron los guardas el carro y al conductor, y habiendo metido la aguja por entre aquellas cuatro pajas, y asegurándose de que debajo de ellas no iba escondido ningun aristócrata ni sacerdote aquellos empleados de la hacienda pública, que lo mismo en París que en todas partes no

se divierten mojándose inútilmente, y discurriendo que no podía haber nada sospechoso en un carro que iba de vacío, pronunciaron el deseado «¡adelante!» En seguida nos alejamos de aquel funesto recinto mas que á paso, y yo no tardé mucho en dormirme. A los pocos instantes se paró el carro; entonces abrieron el caballo de madera, me hicieron salir de dentro y me pusieron precipitadamente en otro carruaje que estaba aguardando y nos alejamos de aquellos sitios peligrosos.»

¿Es esto todo? No; en esas mismas *Memorias* se completa la version. El supuesto duque de Normandía se hace contar por el príncipe de Condé la escena de la evasión. Y en este relato el caballo de carton en que ha ido el niño dormido, sirve tambien para sacar á Luis XVII de la prision del Temple, sin que se hable una palabra del paquete ó fardo de ropa blanca en que salió envuelto.

«Conviniéron mi enviado y la Simon en que diria abajo que se volvia á llevar el caballo, porque ella no queria dejarlo introducir en nuestro cuarto sin que su marido estuviese presente. Bajó, en efecto, con el caballo, y como se le preguntase por qué no lo dejaba, contestó lo que habia convenido con ella. Entonces, todos presentes empezaron á gritar contra semejante barbárie. ¿Tiene miedo, decian, de que el niño se coma al caballo, ó el caballo al niño? El primer alcaide, desesperado de haber tenido que salir á unas diligencias precisas, fué en cuanto volvió, á ver á la Simon, la cual obstinándose en que no queria dejar que se introdujera el caballo, llegó á amenazarle con ir á quejarse á la seccion, si persistia en su demanda; así, pues, no hubo mas remedio que volverse á llevar el caballo. Mi emisario me ha asegurado que habia tenido gran miedo de que el primer alcaide obligara á la Simon á quedarse con la máquina, ó de que tratara de poner de su parte á los municipales, lo cual hubiera hecho fracasar su proyecto. Por fortuna no sucedió así.»

Hé aquí al duque de Normandía fuera del Temple sea como quiera. Aquí empieza una odisea de las mas originales. La Convencion echa de ver que la han robado su real rehen y hace que vayan en su busca. Pero el duque de Normandía llega felizmente á Eteinstadt y es entregado al príncipe de Condé, que se apresura, no á proclamar aquel milagroso acontecimiento, sino á enviar el niño sigilosamente al general Kleber, que hace pasar el ilustre vástago por un sobrino suyo, llamado Luis, y se lo lleva en su compañía á Egipto. A Bonaparte no le da ningun recelo aquel jóven desconocido, en quien presiente un rival; pero se aleja de allí al príncipe y se le confía á M. Desaix que se lo queda á su lado como ayudante de campo y se lo lleva á Italia. Despues de lo de Marengo, el Delfín vuelve á Francia y descubre su secreto á Luciano Bonaparte y á Fouché. Este último se proporciona una entrevista con la emperatriz Josefina, que lo reconoce en una cicatriz que tiene en el ojo derecho, de resultas de un servilletazo que le habia dado su carcelero Simon. El príncipe toma parte en la conspiracion de Moreau y en la ocupacion de papeles de Pichegrú, en donde por fin se entera Bo-

naparte de que el jóven ayudante de campo de Desaix, es el duque de Normandía.

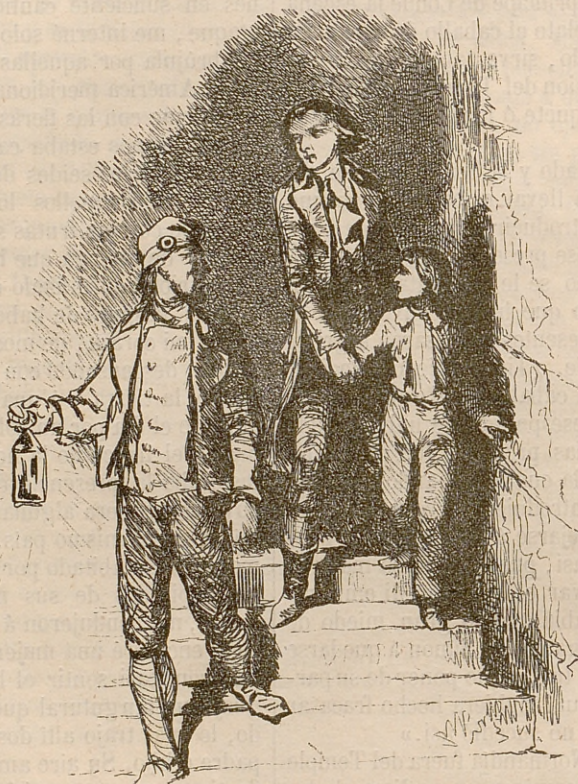
Fouché se da prisa á alejar de allí al príncipe, y le hace embarcarse para América en 1804. El príncipe llega á Nueva-York, se da á la vela para el Sud, y hace que le desembarquen en país de salvajes, en las costas de la Amazona. Aquí va perdiendo fuerza la invencion y tirando á grotesca.

«Armado de un trabuco que habia yo comprado en Italia, al separarme del ejército, de dos pistolas de dos cañones, de un hacha de dos filos, de un cuchillo de monte y de un puñal, y provisto de municiones en suficiente cantidad para rechazar cualquier ataque, me interné solo y sin otro auxilio que el de mi brújula por aquellas vastas y ardientes llanuras de la América meridional. Si tenia que temer el encontrarme con las fieras que hay en aquellos desiertos, al menos estaba casi seguro de no dar allí con ninguno de los seides de los potentados de Europa. Recorriendo aquellos lugares inhabitados, alimentándome con las frutas silvestres que producen ó con huevos de tortuga que hallaba á cada paso á orillas de los rios; durmiendo de noche en las copas de los árboles, despues de haber escondido parte de mis armas y mi coraza, de modo que nadie pudiera quitármelas, descansando con completa seguridad entre el cielo y la tierra y á una altura prodigiosa, abrasado durante el dia por un sol ardiente, apenas me indemnizaba el fresco de la noche de los terrores que me inspiraba la presencia de ciertos animales feroces, cuya especie era algunas veces tan desconocida para mí, como el mismo país. Por fin llegué á un sitio que me pareció habitado por seres de la especie humana, y las pisadas de sus moradores estampadas en la arena, me condujeron á una especie de gruta, en la cual encontré una mujer cuya fealdad y desaliño me hicieron casi sentir el haber dado con ella. Su lenguaje era tangutural que creí iba á ahogarse aullando, lo cual trajo allí dos hombres que me parecieron padre é hijo. Su aire amenazador y sus gestos significativos, no me permitieron dudar con respecto á sus intenciones y me preparé á repeler con la fuerza cualquier ataque. Como á la edad de diez y nueve años no estaba yo de humor de dajarme matar sin defenderme, les hice seña de que no se acercasen á donde yo estaba. Sin perderlos de vista hice una raya en el suelo con la punta de mi cuchillo de monte, y traté de hacerles comprender que si pasaban acabaria con ellos; esto les impuso un poco. Consultaron en seguida los tres, á lo que yo pude comprender, y parece que el resultado de aquella conferencia fue que era preciso concluir conmigo, porque les vi acercarse á mí á saltos, para cercarme y con una gran maza, dispuestos á descargar el golpe encima de mí al menor descuido.

Convencido yo, de que no me darian cuartel, disparé un tiro á boca de jarro al mas jóven que habia traspasado la raya, le rompí un muslo y cayó á tierra. Los otros dos que sin duda no estaban acostumbrados á ver despachar un hombre con tanta facilidad y casi sin moverse, si se atiende á los saltos que ellos daban, se retiraron á una distancia respetuosa

para contemplarme á su sabor y buscar antes de renovar el combate, el lado por donde podrian atacarme sin tropezar con el tubo que hacia la lucha tan desigual entre nosotros. El viejo me disparó una flecha que dió en mi coraza que él no podia ver, porque estaba á raiz de la carne (era de alambre). Viendo aquel bárbaro que la flecha habia caido al suelo sin sacarme sangre, hizo un gesto espantoso y empezó á aullar, acompañándole la vieja y el herido, moviendo un estrépito, capaz de despertar á los muertos.

«Entonces tomé pronto el partido que creí me convenia mas; acerquéme al herido como si fuera á rematarle con mi hacha, y lo mismo que yo lo habia previsto, ellos se vinieron hácia mí para impedirlo; me aproveché de aquel momento y de un pistoletazo tendí al viejo á los piés de su compañero. Lancéme en seguida sobre la vieja antes de que ella tuviera tiempo de volver en sí, y habiéndola agarrado por el pescuezo se lo apreté con tanta fuerza que perdió el conocimiento.»



Hé aquí al duque de Normandía que sale del Temple.

Estas aventuras á lo Robinson-Crusoé han sido suprimidas prudentemente en el libro de Claravali. En las *Memorias*, el príncipe se hacia adoptar por una tribu salvaje ¡por los *mamelucos*! y despues de haber ganado varios triunfos por cuenta de las Pielles-Rojas, pasaba al Brasil en el momento en que la familia real de Portugal forzada á abandonar Europa, iba á fijarse allí. El hijo de Luis XVI se descubrió á don Juan, regente del reino que le ofrecia un asilo en la corte. Llamado luego á Europa por el sentimiento de sus futuras grandezas, volvió á París, donde Fouché le proporcionó otro asilo. En fin, en 1815 aparecia de nuevo en las costas de Francia, se hacia reconocer por el príncipe de Condé y por la duquesa viuda de Orleans, y se decidia á reclamar sus derechos.

El primer paso que se resolvió á dar, fue una en-

trevista con su hermana. Dejemos que Claravali nos cuente esta fantástica paparrucha.

«Instruido de que la señora duquesa de Angulema debia ir á pasar unos dias en Versailles, el Delfin se trasladó allí con el príncipe de Condé; ambos se ocultaron en un bosquecillo y aguardaron que se presentara en el parque. En efecto, no tardaron mucho en verla salir de palacio, acompañada del duque de Berry, de la marquesa de Agoult y de algunos gentiles-hombres. El príncipe de Condé y el Delfin la siguieron á lo lejos, y cuando llegó á una alameda estraviada se acercaron á S. A. y el príncipe de Condé, presentando de pronto al Delfin, la dijo: «Princesa, hé aquí á vuestro hermano.»

«En seguida tomó la palabra el Delfin, diciéndola que estaba dispuesto á responder á todas las preguntas que se sirviese hacerle, para convencerse de

que no era un impostor sino real y verdaderamente hermano suyo, que como ella no ignoraba, habia sido estraido del Temple por el celo y cuidados del buen príncipe de Condé, que habia continuado protegiéndole hasta aquel día.

»La sorpresa de la duquesa fue grande y el Delfin creyó descubrir en ella algunos indicios de una emocion profunda. Aprovechóse de aquellos primeros momentos de turbacion, de agitacion, de incertidumbre y de duda que pintaban tan bien los distintos movimientos que se operaban en su alma, para hacerla la relacion de lo mas secreto, de lo mas particular que les habia sucedido en el Temple y en otras partes.

»El duque de Berry, que habia concertado esta entrevista con el príncipe de Condé, escuchaba al Delfin con una benevolencia marcada, y en el momento en que este creia haber vuelto á encontrar á su hermana y que abria los brazos para estrecharla amorosamente en ellos, aquella princesa que habia tenido tiempo de hacerse superior á un primer arranque de sensibilidad y de ternura, exclamó: ¡Id! ¡id con Dios! ¡vos sois la causa de muchas de nuestras desgracias y mis brazos no se abrirán nunca para recibir al enemigo de nuestra familia! La duquesa aludía á los secretos que el infame Simon le habia arrancado al Delfin en la prision, despues de la tortura moral porque le habia hecho pasar.

»¡Ah! ¡hermana mia! exclamó el infortunado príncipe sollozando y echándose las dos manos á la cabeza por efecto de un movimiento convulsivo ¡tambien me rechazais! «No es esto lo que habian encargado nuestros virtuosos padres que contemplan desde el cielo, en donde están coronados de gloria y de felicidad.» Quiso disculparse despues y hacerla entender la verdad, pero no fue oido; la duquesa se retiró bruscamente y se llevó al duque de Berry, que en vano trató de calmarla con palabras conciliadoras.

Esta recepcion poco fraternal le probó suficientemente al duque de Normandía que por su seguridad personal debia salir de Francia cuanto antes. Se trasladó á Rhodéz y depositó en manos de... *Fualdes* los papeles que atestiguaban su identidad, y despues de haber enviado á todos los gabinetes de Europa una protesta en buena y debida forma, salió para Inglaterra. Desde allí pasó á Africa, recorrió el Egipto, el Asia Menor, la Grecia, y fué á hacerse prender en Italia. Merced á Silvio Pellico, podemos seguir al pretendiente á su prision de Austria. En una pared del primer calabozo en que estuvo en Santa Margarita de Milan, habia leído el mártir italiano dos estrofas en francés, firmadas por el duque de Normandía. Se puso á cantarlas, y otra voz las repitió cerca de allí:—Yo soy, dijo la voz, el infeliz duque de Normandía.

Y aquel vecino empezó á declamar con todas sus fuerzas contra su tío Luis XVIII, usurpador de sus derechos. Contó la historia que ya sabemos, añadiendo algunos detalles que no se encuentran en las Memorias y que parece se han olvidado despues. Asi, en los primeros días de la Restauracion, el duque de Normandía habria sido atacado en las calles de Pa-

ris por unos asesinos armados de puñales, y á duras penas se habria salvado de sus golpes. Habia escrito inmediatamente á todos los monarcas de Europa, y en particular al emperador Alejandro que le habia contestado siempre con la mayor finura.

Silvio Pellico no se dejó deslumbrar por aquella historia, contada en un tono de buena fe notable y con la urbanidad de un hombre bien criado. El preso conocia perfectamente todos los hechos de la revolucion francesa: «Hablabá, dice Silvio, con una elocuencia natural, y contaba anécdotas muy picantes sobre todas las cosas que eran objeto de la conversacion. De vez en cuando habia en su lenguaje cierto no sé qué soldadesco; pero en medio de esto no faltaba á esa elegancia que da el trato con las gentes finas.

Los *secondini* (carceleros) no estaban lejos de creer que aquel hombre era efectivamente Luis XVII; habian visto ya tantos y tan inopinados cambios de fortuna, que no perdian la esperanza de ver subir un día al prisionero al trono de Francia y acordarse entonces de su servil docilidad. A no ser el permiso de evadirse, tenian con él todo el miramiento que podia apetecer.»

Un compañero de padecimientos de Silvio Pellico, Pedro Maroncelli refiere que uno de los carceleros, llamado Angelino, le decia siempre que salia del cuarto del real prisionero: «Espero que me hará su portero mayor cuando sea rey; yo me he atrevido á pedirselo y el ha tenido la bondad de concedérmelo.»

Silvio vió un día á su real vecino. Era hombre de mediana estatura y á la sazón contaba de cuarenta á cuarenta y cinco años; estaba grueso y tenia facciones de Borbon. Su conversacion sobre moral dejaba mucho que desear, porque el supuesto Luis XVII era volteriano.

En 1825, despues de siete años, seis meses y doce dias de cautiverio, el Austria abrió las puertas de su prision al pretendiente, sin duda por creerle ya curado de sus manías.

El duque de Normandía se fué á Suiza y engañó á algunos tontos y partió de Ginebra, de donde salió en 1826 para probar otra vez á meterse en Francia. Pero vuelto ya un poco mas prudente se ocultó bajo el nombre de Hebert y obtuvo un empleo en la prefectura de Ruan. En 1827 volvemos á encontrarle en París, bajo el nombre del coronel Gustavo. Hasta 1828 no vuelve á representar su antigua fuerza; entonces dirige á la cámara de los Pares la reclamacion siguiente:

»Luxemburgo 2 de febrero de 1828.

»Nobles Pares:

»Organos de la justicia, á vuestra alta sabiduría es á la que el infortunado *Luis Carlos de Borbon, duque de Normandía*, viene á confiar sus intereses. Arrancado como por milagro de manos de sus feroces verdugos, y despues de haber vegetado por espacio de muchos años en distintas partes del universo, se dirige lealmente á vuestras nobles señorías...

»No reclama el trono de su padre; este pertenece á la nacion, que es la única que ha podido y pue-

de disponer de él. Pide únicamente á vuestra equidad un asilo para su cabeza que no puede reposar en ninguna parte sin peligro y una patria que mas de treinta años de destierro no han podido hacerle olvidar.

»EL DUQUE DE NORMANDIA.»

Ya puede adivinarse cuál fue la respuesta de aquel noble cuerpo. El baron Mounier presentó á este propósito á la Cámara una proposicion para que en lo sucesivo no se admitiese ninguna peticion sin que estuviese legalizada de antemano la firma del demandante, y que la instancia fuese presentada por un par.

Buscábase entre tanto el autor de aquella súplica original en Bélgica y en Holanda, pero él estaba oculto en París. Había sabido hacerse allí algunos prosélitos ó adictos que le proporcionaban algunos recursos, y á quienes él entretenía hábilmente con la esperanza de un próximo advenimiento al trono de sus padres. Poco á poco, á fuerza de estudiar su papel de duque de Normandía (este es el único nombre que nosotros podemos darle hasta ahora) había llegado á juntar para los que son capaces de tragar ruedas de molino por exceso de credulidad, una coleccion de pruebas bastante satisfactoria. Había ido recogiendo de acá y de acullá algunas anécdotas poco conocidas de la vida del regio niño y hablado con algunos criados antiguos de este, servidores fieles á quienes la relacion de unos hechos ignorados generalmente había convencido sin dificultad. Enseñaba, cerca del ojo derecho el famoso servilletazo de Simon; en las rodillas y en las muñecas, la señal de la enfermedad contraida en el Temple. Contaba la visita que había hecho á la mujer de Simon, que vieja ya y miserable se estaba muriendo en las Incurables. Decía que aquella mujer le había reconocido y que había derramado lágrimas de ternura al verle. En efecto, la mujer de Simon murió en las Incurables el 10 de junio de 1819.

La prueba mas comun que daba el duque de Normandía de su nacimiento regio era la persecucion de que habían sido víctimas todos los que se habían interesado por él. En esto no iba mal; utilizaba en provecho propio obrando así, la muerte de todas las personas un poco conocidas con quienes había tenido ocasion de tratar en su vida fantástica ó real.

Así, el célebre Desault, cirujano encargado de visitar á Luis XVII como facultativo, muere casi de repente el 13 de pradiel, año III (4 de junio de 1795). ¡Luego, Desault fue envenenado! ¿Por qué? El duque de Normandía nos lo va á decir. Porque despues de haber reemplazado al jóven príncipe con el niño idiota, Desault había cometido la imprudencia de no reconocer en aquel niño al Delfin. Esta absurda invencion no tiene en cuenta un hecho de pública notoriedad. Es sabido que Desault había sido médico de los infantes de Francia: ahora bien, Desault y los carceleros adictos al verdadero Delfin jamás tuvieron la menor duda respecto á la identidad de aquel jóven y desgraciado príncipe.

¿Y por qué murió la ex-emperatriz Josefina? Por-

que conocia el fatal secreto, porque había sabido la evasion del Delfin, porque en 1814 había dado algun paso en favor suyo con el emperador de Rusia.

Si Pichegrú ha muerto estrangulado en su calabozo, no vayais á creer que ha habido suicidio; es porque se le habían ocupado unos papeles que daban á conocer la existencia y la presencia del Delfin en París.

¿Se ha colgado de una falleba el duque de Bourbon, príncipe de Condé? ¡Error! Le han ahorcado para quitar de en medio al confidente, al protector del duque de Normandía.

La mas divertida de estas esplotaciones póstumas es la del proceso Fualdés. En este proceso hay un misterio, y el falso Delfin se apodera de él con satisfaccion. Oigámosle probar que Fualdés no ha sido asesinado sino porque el jóven príncipe le había confiado las pruebas de su origen real.

«El atentado se consumó; sigamos á uno de los asesinos; este sube precipitadamente al cuarto de la víctima y fuerza la gaveta en donde estaban los papeles. Esto se hace probablemente para que desaparezcan unos recibos, ó para apoderarse de los libros en que están sentados sus deudas. ¡Pues bien! si ningun otro motivo le guía, se limitará á recojer aquellos documentos que son en contra suya; nada de eso, se apodera de cuantos papeles encuentra, busca, en dónde podrá hallar otros y los hace desaparecer todos. Meditad estas palabras repetidas constantemente por el hijo de Fualdés en sus declaraciones: «Yo no he encontrado ya ni un solo pedazo de papel en el cuarto de mi desgraciado padre.»

«Este secreto formidable que domina el negocio, este secreto que las gentes se lo comunican por lo bajo titubeando, pero que nadie tendrá la valerosa temeridad de descubrir en voz alta, ved si se trasluce, á pesar de los esfuerzos oficiales y oficiosos de los que quieren ocultarlo, si se conoce á pesar del terror de los testigos principales, si este mismo terror no contribuye á dejarlo entrever. Lo que choca desde un principio es el afan extraordinario del gobierno, la declaracion del primer funcionario del departamento, que, llamado á la audiencia, por el poder discrecional del presidente de la audiencia, no oculta que el prefecto está en correspondencia con el ministro de la policia general y le da parte de todos los incidentes del proceso.

«Reparad bien, lectores, que este ministro de policia general es M. Decazes, á quien volvemos á encontrar de ministro del Interior y presidente del Consejo el 13 de febrero de 1820, dia infausto en que el príncipe que reunia en su persona la bondad, la franqueza, la lealtad, el valor, y todas las virtudes de su abuelo Enrique IV sucumbió bajo el puñal de un cobarde asesino; pero no anticipemos el turno de esta víctima real que ya llegará á su tiempo; entonces diremos la causa y el autor de este nuevo crimen.

«Por lo pronto, escuchad amadísimos lectores estas palabras singularmente significativas de madama Manson: «Todas las revelaciones que ya he hecho, me han sido arrancadas por la violencia... ¿Qué

amenazas no se me han hecho? Por una parte, veo á mis hermanos comprometidos en una causa de cuyas resultas debe perecer necesariamente alguno... por otra se me habla de una orden del rey que me destierra de mi patria, que me separa para siempre de mi hijo, único bien que me resta.» ¿Qué quiere decir esto? ¿Desde cuándo interviene la persona del rey en los debates de un tribunal para *influir* sobre los testigos? ¿Desde cuándo les enseña el destierro en perspectiva para obligarlos á declarar de este ó del otro modo? ¿Qué significa esa amenaza de hecho en nombre de Luis XVIII, de privar á una madre de su hijo? ¿Qué puede tener que ver este príncipe, colocado en una esfera tan alta, en una causa sobre un asesinato aislado? ¿Tiene costumbre la justicia criminal de asociarse al monarca para ejercer sus funciones? ¿Qué auxiliar tan extraño para un juez instructor, para un ministerio público, para los jurados y para los auditores!

»Ahora prestad atencion á la defensa del acusado Bastide. Mirad cómo trata de sacar partido de la ausencia de todo interés aparente, capaz de inducirle á atentar contra la vida de Fualdés, cómo se apoya en la inverosimilitud moral de su participacion en el crimen, para invalidar los fuertes cargos que contra él resultan. «Fualdés no era acreedor mio, porque un dicho desfigurado no aparecerá á vuestra vista como un crédito, y vosotros no creéis seguramente que quien pedia prestadas á cada momento las sumas mas insignificantes, hubiese podido prestar 10,000 francos á un amigo que le prestaba su crédito.

Si la codicia hubiese estraviado á un hombre sóbrio, acomodado, laborioso, si hubiera sido ella la que hubiera armado mi brazo, ¿hubiera yo herido á un anciano cuya fortuna no podía saciarla? ¿Hubiera yo reclamado el apoyo de todos esos sicarios oscuros, tontos, inútiles, peligrosos? ¿Hubiera yo atraído mi víctima á un barrio frecuentado, á una casa pública, yo, á quien Fualdés sentaba á su mesa, yo, á quien él seguía con entera confianza á los bosques?»

»Hay en el discurso de Bastide una frase notable entre todas las demás, una frase que no está unida, que no tiene conexión con la que le precede, ni con la que la sigue, y que sin duda ninguna ha sido colocada allí de intento para llamar la atencion del público y hacerle que la comente, y es esta: *Una ambicion detestable ha creado peligros para suponer servicios*. Estas palabras, enigmáticas á primera vista, se comprenderán bien pronto cuando se sepa que el asesinato del desventurado Fualdés, consumado con un objeto político, se halló en el hecho políticamente inútil, y que al inventariar los papeles de su gaveta, no hallaron los asesinos sino una pequeña parte de los que buscaban. Las cartas y los demás escritos del príncipe de Condé, que es lo que se ansiaba tener principalmente, no fueron hallados. El chasco que se llevó el verdadero culpable, los temores que su posicion empezaba á inspirarle, y sin duda su poca confianza en la proteccion que se le habia prometido, le dictaron unas palabras en las que es fácil leer el arrepentimiento tardío de haberse hecho instrumento de una maldad infructuosa.

»Por poco inteligible que pareciese esta frase aislada, el ministerio público se alarmó con ella. «No trataremos de explicar estas espresiones, dice el abogado general, pero lo cierto es, que son demasiado ajenas del estilo de la Bastide para que podamos mirarla como obra suya. Es evidente, y vais á convenceros de ello, que están trazadas por una mano extranjera, por una mano tan *audaz* como *culpable*. Es preciso, pues, que se llegue á conocer esta mano. Pedimos, primero, que el señor presidente se haga entregar en seguida por el acusado Bastide la defensa escrita que ha leído en esta audiencia; segundo, que este acusado sea interpelado con respecto á la persona de quien la ha recibido; tercero, que se levante testimonio de esta entrega y de las respuestas de la Bastide para establecer últimamente lo que procede.»

Mas hé aquí otra cosa todavía mas curiosa.

»¿Conoceis vosotros, lectores, á Tomás Ignacio Martin de Gallardon, á ese simple aldeano de la Beauce, que hizo temblar y llorar en su trono á Luis XVIII y que le prohibió, so pena de muerte, que fuera á unirse á Reims? Un ángel le reveló que Louvel, al herir á Carlos Fernando de Artois, duque de Berry, no era mas que el instrumento ciego de Luis XVIII (*Lo pasado y lo porvenir*, por el abate Perseau, antiguo secretario del limosnero mayor de Francia; París, Bricon, página 27). ¿Quereis una prueba de ello? Louvel ha muerto sin creer en su suplicio; toda su firmeza provenia de la certidumbre de un indulto á última hora, y las últimas palabras que dijo en el cadalso fueron estas: «¡Ah! jamás hubiera yo creído que me dejasen morir.»

Hé aquí una historia de la fábrica de Normandía. Pero se me dirá: ¿qué interés particular impulsaba á Luis XVIII á querer decapitar su raza? Su edad y las enfermedades del rey, la esterilidad de la señora duquesa de Angulema, reservaban evidentemente el trono para el mas joven de los Borbones. ¿Por qué habia de hacer desaparecer Luis XVIII á su sobrino, única esperanza de la dinastía? Sin duda no podia preverse el embarazo providencial de la señora duquesa de Berry.

»¿Por qué? El abate Perreau y el duque de Normandía os lo van á decir: «Un habitante de las Tullerías á quien sus funciones daban entrada franca á cada momento en las habitaciones de Luis XVIII oyó una vez un ruido extraño en el gabinete del monarca; impulsado por una curiosidad irresistible, se puso á escuchar y oyó el siguiente diálogo:—Tío, decia el duque de Berry, supuesto que confesais la existencia del hijo de Luis XVI y que sabeis tambien dónde está, ¿en qué os deteneis para reconocerle y colocarle en el trono?—¡Eh! contestó el rey impaciente; ¿no comprendéis que este reconocimiento se ha hecho imposible, porque perturbaria la paz general, echando abajo los tratados existentes?»

»Engolosinado con tan buenos principios aquel curioso indiscreto se pone á escuchar á mas y mejor, y oye una verdadera disputa entre el caballeresco Borbon que quiere ceder su puesto al duque de Normandía, y el Borbon astuto que se halla bien en el

trono para pensar en dejarlo. La conversacion concluye con un «¡andad con cuidado, Berry!» que no presagia nada bueno, y á los quince dias era asesinado el duque de Berry por Louvel.

»Seguramente que no está bien el andar escuchando por las puertas; pero esta falta se les puede perdonar á los indiscretos que oyen cosas como estas.

»Pero, volvamos á Tomás Ignacio Martin de Gallardon, el iluminado á quien los ángeles instruian de los secretos relativos á la sucesion real de Francia. Este buen campesino estaba estendiendo estiércol en su campo el 15 de enero de 1816, cuando de pronto se le presentó, sin que él le hubiera visto venir, un hermoso jóven alado, de cinco piés dos pulgadas, blanco de rostro, con una levita de color de oro que le llegaba hasta los talones, un sombrero de copa alta y unos zapatos atados con unos cordones: ya sabe todo el mundo que este es el uniforme pequeño de los ángeles. El ángel, pues, le manda á Martin que vaya á ver al rey, que le advierta que la familia real y el gobierno estaban en peligro, y que el único medio de evitar nuevas desgracias era establecer una buena policía y guardar el domingo. Dicho esto, el mensajero de la levita dorada se eleva de tierra y desaparece. Martin no se apresura á desempeñar la comision que se le ha dado, pero el ángel se le aparece tantas veces que el pobre hombre se decide á ir á París y pide una audiencia al señor duque de Decazes. Este pone al paisano bajo la férula del doctor Pinel pero el ángel no deja por esto de seguir haciendo sus visititas, por lo cual Martin es conducido á Charenton. El vizconde de la Rochefoucauld va á verle allí, y las apariciones del ángel al campesino llegan á oídos del rey que quiere verle. Su entrevista se verifica el 2 de abril, y Martin, inspirado por el ángel, le declara á Luis XVIII que está ocupando un puesto que no le pertenece; que si tiene bastante atrevimiento para irse á consagrar, caerá muerto al ser unjado con el óleo santo. «Dejad el cargo de gobernar á quien le pertenece de derecho,» dice al rey que se echa á llorar y dice que ya no quiere consagrarse.

»Martin, añaden, murió el 8 de mayo de 1834, envenenado, se supone (*Amigo de la religion*, junio de 1834, carta de los herederos de Martin).

La revolucion de 1830 debia reproducir las pretensiones del tenaz duque de Normandía. Este no dejó de unir su voz á la de todos los partidos que hizo surgir el gran desórden escitado por la victoria popular. Apenas estaba instalado el gobierno provisional, cuando uno de sus miembros, el señor duque de Choiseul recibió una reclamacion del baron de Richemont; este era el nuevo nombre bajo el cual se daba á conocer el duque de Normandía. Por supuesto que el tal baron protestaba contra la proclamacion del nuevo rey de los franceses y publicó la siguiente carta que decia haber dirigido á la duquesa de Angulema:

«Ha llegado el tiempo, señora, en que abjurando de unos sentimientos que la naturaleza y la humanidad reprueban, debeis dar con respecto á mí las es-

plicaciones necesarias para poner término á los males que me agobian hace tantos años. No os haré ninguna reconvencion, vuestra suerte actual me impone un silencio religioso, ¿pero, habeis hecho la mia mejor?

»Si vuestro corazon puede oír aun el grito de la naturaleza ultrajada; si mas de treinta y seis años de padecimientos y de destierro, parecen suficientes para castigarme del enorme crimen de ser vuestro pariente mas inmediato; si se ha extinguido vuestro odio, romped un silencio culpable; puesto que la suerte os pone otra vez á merced de los extranjeros, mas os vale arrojaros en los brazos de vuestro desgraciado hermano,

LUIS CARLOS.»

Todo esto como puede pensarse, no adelantó los negocios del duque de Normandía ó del baron de Richemont, como quiera llamársele. Pero como sus originales reclamaciones de Estado iban complicadas con maniobras calificadas severamente por las leyes, el supuesto baron fue molestado por el señor prefecto de policía.

Detenido el 29 de agosto de 1833, no quiso decir su nombre. El ministerio fiscal le llevó ante la sala del crimen bajo el nombre de Etelberto Luis Hector Alfredo, titulado baron de Richemont. Se suponía que su verdadero nombre debia ser Hebert, nombre que entre otros ocho ó diez habia tomado en casi todos sus mas interesantes negocios. Con un pasaporte dado con este nombre se le vió llegar á Ruan en 1826. Entonces, depositó una suma de 30,000 francos, obtuvo un empleo en la prefectura, hizo gastos considerables y adquirió judicialmente los bienes de un tal Julienne que no pudo pagar; en fin, se le sentenció á tres meses de prision por simple bancarrota. Todas las firmas *Hebert* de aquella época, son de la misma letra de los demás documentos en que se firma *duque de Normandía*.

El primer testigo á quien se oye es *M. Andryane* el célebre prisionero del Spielberg; este no puede decir si el acusado es la misma persona que se hallaba con él en los calabozos de Milan. Creo, dice, que el señor habrá recojido todos esos datos en *Silvio Pellico*. El testigo niega haberse hallado jamás en la cárcel de Santa Margarita en el mismo departamento que el duque de Normandía. Se le han presentado en aquella época de parte del acusado, y *M. Andryane* ha recibido al emisario como á un intrigante que anda estafando socorros. No obstante, despues de algunas preguntas sueltas, reconoce que aquel hombre debe ser el preso de Milan.

M. Lasne, de edad de setenta y cuatro años, antiguo guarda del Temple, cuenta que han ido á su casa dos individuos, que han tratado de persuadirle de que el Delfin muerto en sus brazos, no era el hijo de Luis XVI, sino otro niño que habian puesto en lugar de este. «Conocia yo muy bien á monseñor Delfin, dice: yo empecé á servir de soldado en las guardias francesas, luego ascendí á capitán y cuando salia á las Tullerías, veia á monseñor Delfin y le co-

nocia perfectamente, de modo que no hubiera podido equivocarme.»

En la audiencia del 31 de octubre un incidente gracioso vino á complicar el lance; consistió aquel en una reclamación dirigida á los señores jurados por otro pretendiente, por un Delfín que en vez de firmar Luis-Carlos, firmaba Carlos Luis, y que declaraba que el impostor Richemont no trataba sino de estraviar la opinión pública para sofocar la voz del signatario, verdadero y único duque de Normandía.

Al portador de esta epístola extraña, se le hace comparecer en el tribunal; era un tal Morel de Saint-Didier, apoderado del nuevo Delfín, «el sétimo ú

octavo de este título,» dijo el presidente. Pero este al menos no se titula Luis XVII; respeta los gobiernos establecidos.

Aun no concluye aquí el enredo; en tanto que el tribunal recibe aquella protesta, se acerca un hombre á M. Lasne, le enseña una cicatriz y trata de probarle que él, y nadie mas que él, es el verdadero hijo de Luis XVI; pero el antiguo empleado del Temple parece quedar poco convencido de la identidad de la persona.

Prosiguese oyendo á los testigos.

M. Morin de la Guerivière, hombre de baja estatura, de cincuenta y cuatro años de edad y con-



Tenia una fisonomía borbónica.

trahecho, por añadidura, reúne desde 1823 las dos profesiones de agente del pretendiente y de inventor premiado por el gobierno por un método para afilar las navajas de afeitar. Reconoce haber quedado convencido de la existencia del Delfín por haber visto un documento en que había signos manuscritos y palabras misteriosas: *Satanás astro vivificador... Esperanza larga... Grandes cosas... Preparación.*

P. ¿Y cuándo habeis visto ese documento...?

R. He creído á piés juntillas. (Esta credulidad de á fóllo, escita la hilaridad de los espectadores.)

El testigo se queda confuso. Entonces enseña á quien quiere verlo un medallón que lleva encima con la inscripción siguiente; 10 de mayo de 1831, primera entrevista de M. José Morin de la Guerivière con Luis Carlos, duque de Normandía, hijo de Luis XVI, y al reverso, en iniciales: *dado al noble y fiel.*

El 2 de noviembre se oye al señor duque de Choiseul. El acusado le pregunta si recuerda una frase pronunciada por la reina al subir al carruaje en Varennes, dirigida á M. de Romœuf. «Sobre todo, M. de Romœuf, que no se les haga ningún daño á los señores de Damas y de Choiseul.» El testigo reconoce que efectivamente se pronunció por la reina esta frase.

El señor duque de Caraman, teniente general, que estaba de embajador en Viena en 1816, no ha oído hablar jamás del arresto, á petición de Francia, de un individuo que quería pasar por ser Luis XVII; recuerda únicamente que una especie de intrigante, llamado Ojardias, acompañaba en Thiers á un niño enfermizo, á quien se tuvo un momento por el Delfín. El testigo vé á M. Morin, que se va derecho hacia él y le dice: «yo, yo soy el Delfín.» (Risa general.)

M. Remusat, doctor en medicina, cuenta que en el año de 1815 en un hospital, le contó la mujer de Simon, que el Delfín no había muerto.

Los demás testigos no han probado gran cosa; pero el acusado ha salido al fin del sistema de mutismo que había adoptado en un principio, y con mucha habilidad, con una dignidad en el decir y con una emoción que algunas veces parece verdadera, cuenta la historia que ya sabemos. Sus aseveraciones escitan mas de una vez el interés y la simpatía del auditorio.

El 5 de noviembre, el abogado general, reasume estos debates negando la posibilidad de que haya buena fé en un hombre tan astuto como el acusado. Si es Luis XVII, dice, no es un estafador; este es su único refugio. Pobre asilo que no le librará de ser castigado.

M. Piston, presenta la defensa á la cual el acusado añade estas pocas palabras pronunciadas con un aplomo lleno de dignidad: «el señor abogado general os ha dicho, que yo no puedo ser hijo de Luis XVI; ¿os dice, acaso, quién soy? Yo le he invitado formalmente á que lo declare y ha callado. Vosotros, señores, valuareis este silencio, del mismo modo que la causa que nos ha impedido presentar nuestros títulos. Este no es el sitio, ni el momento de hacerlo; los tribunales competentes tendrán que fallar sobre este negocio. Se os ha dicho que se han hecho pesquisas en todas partes; pero el señor abogado general se guarda muy bien de daros á conocer el resultado de estas pesquisas; no podría hacerlo aunque quisiera; su poder no llega á tanto, hay otro poder que se opone á que lo haga. ¡Cómo, señores! ¡podeis figuraros que con un hombre como yo, y en semejante momento se haya omitido hacer investigaciones en todos los sitios en donde yo he vivido, y particularmente en Milan! No, señores, no lo creais, se ha escrito á todas partes, en todas partes se ha sabido lo que se deseaba averiguar, lo que nadie se atreve á poner en vuestro conocimiento. Si estoy en un error, es con la mejor buena fe del mundo; por desgracia hace muy pronto cincuenta años que lo estoy y veo que mi error irá conmigo hasta el sepulcro.»

Después de estos debates, de los que hemos suprimido las largas discusiones relativas á las maniobras de estafa, el jurado pronuncia un veredicto de culpabilidad sobre todos los extremos, escepto el de estafa y complot. El tribunal condena á *Enrique Herberto*, titulado baron de Richemont, á doce años de detención.

El acusado oye esta sentencia sin inmutarse y se retira diciendo: «El que no sabe sufrir no es digno de los honores de la persecucion.»

El baron de Richemont, no apeló de aquella providencia y fue encerrado en Santa Pelagia el 4 de noviembre de 1834. Allí, en el momento en que iba á ser trasladado á la casa central de Clairvaux logró escaparse con los llamados Couder sentenciado político por el asunto de la calle de Prouvaires, y con Rossignol sentenciado por las cosas de junio. Los tres salieron en medio del día el 19 de agosto de 1835

titulándose arquitectos de la prision y con la ayuda de ciertas llaves falsas.

Desde aquel día, se contenta el baron de Richemont con esplotar en país extranjero, la curiosidad y las buenas tragaderas de algunos legitimistas fieles. En 1843 y en 1846 publica las *Memorias de un contemporáneo*, edicion corregida y aumentada con las antiguas *Memorias* de 1831 que se había visto obligado á negar fuesen suyas, en mas de una ocasion. Por fin volvió á entrar en Francia despues de la amnistía de 1840 y se hacía la vista gorda sobre su presencia en el país, cuando la revolucion de 1848 le permitió reclamar de nuevo ante la Asamblea nacional, fechando estas reclamaciones en su *domicilio político*, boulevard de Beaumarchais, 83. De las protestas del baron de Richemont se hizo el mismo caso que de su adhesion á la República y de la citacion para reconocimiento del Estado que envió en 27 de marzo en 1849 á la señora duquesa de Angulema.

Ya se habrá reparado, en el proceso de 1823, en la intervencion verdaderamente risible de un tal *Carlos Luis*, que se titulaba igualmente duque de Normandía. Este era un tal Naündorff (Carlos Guillermo), descendiente de una familia judía de la Prusia polaca. Este hombre fué á Berlin en 1810, donde permaneció dos años vendiendo relojes de madera. En 1812, se estableció en Spandau, obtuvo el derecho de ciudadanía, y se casó en 1818 con la hija de un fabricante de pipas de Heidelberg. Este hombre, que nació en 1775, es decir, diez años antes que el Delfín, que declaraba ser protestante de la confesion de Augsbourg, que chapurreaba y esto muy poco un francés incomprensible, tuvo la idea en 1825 de pasar por hijo de Luis XVI. Habia hecho algunos negocios malos, habia sido perseguido como incendiario en 1824, y pocos meses despues, como monedero falso. Sentenciado por este último delito á tres años de detencion en el establecimiento penitenciario de Brandebourg, se creó al espirar su condena el original recurso de una ascendencia real. El 13 de junio de 1836, tambien intentó armar un pleito á la señora duquesa de Angulema y á Carlos X. Preso inmediatamente, fue conducido por dos gendarmes hasta la frontera. Apeló de esta espulsion al consejo de estado, y *M. Cremieux* defendió ante el tribunal, no al supuesto hijo de Luis XVI, sino al extranjero detenido y espulsado ilegalmente. La cuestion de incompetencia fue dirimida por un real decreto, declarando que el hecho contra el cual se había reclamado estaba en las atribuciones de la alta justicia del reino. Naündorff pasó á Inglaterra, donde continuó desempeñando el mismo papel. Pero entonces añadió á este ciertas fantasmagorías místicas, unidas á no sé qué comunicaciones con los espíritus celestiales, y vivió de lo que les sacaba á los tontos, á quienes logró embaucar. En 1843, le volvemos á encontrar ante el tribunal del crimen de Londres y ante los de policía, pleiteando con varios posaderos y fondistas, á quienes habia estafado. Habiéndosele reducido á prision por deudas, se refugió en Delft, en Holanda, donde murió el 10 de junio de 1845.

Busquémos aun, y encontraremos en las selvas de América otra figura de Delfín, ya la última, que llega á los últimos límites de la extravagancia. Esta figura es la de Eleazar el iroqués.

Para todo el mundo, aquel honrado reverendo iroqués, era hijo de Tomás Williams y de la india María Ana Konwatewentata. Su padre, mestizo de anglo-americano y de indiana, llevaba una vida de verdadero salvaje, y vivía en la parroquia de Cangh-nawaga. Ocho, de sus nueve hijos, constaban en los registros parroquiales y civiles, pero no Eleazar. Este pequeño olvido era efecto de una larga historia. Mad. Williams Konwatewentata decía á quien quería, ó mas bien á quien era capaz de entenderla, porque no hablaba otra lengua que iroqués puro, que no era ella la madre de Eleazar, y aquella excelente mujer habia trazado su cruz iroquesa al pié de dos *affidavit*, en que se hacia constar asi:

Armado con estos recuerdos y con las cruces maternales, el reverendo Eleazar habia reconstruido toda su vida pasada de un modo luminoso. Idiota hasta la edad de trece ó catorce años, un dia se habia abierto la cabeza contra una piedra, y este feliz accidente le habia devuelto de pronto la inteligencia y la memoria. Ahora bien; esta le recordaba una hermosa señora que llevaba un rico vestido con cola, en cuyas rodillas jugaba cuando era niño. Las iroquesas, por muy adornadas que vengan, no será seguramente con vestidos con cola; luego la verdadera madre de Eleazar era una gran señora de Versailles, único sitio del orbe como todo el mundo sabe en que las señoras han llevado vestido con cola. Otro recuerdo: Eleazar veía por las noches siendo niño una figura terrible, innoble, amenazadora; no hay necesidad de decir que esta era la de Simon. Se le enseñó el retrato del célebre zapatero, y Eleazar lo reconoció con horror.

Convertido, merced á aquella bienaventurada piedra mas dura que su cabeza, en un gentleman de primera tijera, Eleazar habia aprendido el inglés bastante mal, pero aprendió bien lo que no es comun en un iroqués. Aprendió tambien el catecismo, se hizo protestante, misionero y espía de los americanos en la guerra de la Independencia; hecho esto, se casó.

Hasta entonces, no hay cosa particular en su vida. Pero si se ha de dar fé á un retrato publicado por su historiador M. Hanson, el iroqués no se parecia en nada á las Pielas Rojas, pero sí como un huevo á otro, á Luis XVIII... ó á lord Palmerston. Esta extraordinaria semejanza aun no la habia consignado el mismo en su misterioso origen, cuando en 1841 el príncipe de Joinville, habiendo visto casualmente al misionero iroqués en el viaje que hizo á los Estados-Unidos, aquella entrevista, iluminó con un rayo repentino de luz la cabeza providencialmente rajada de Eleazar.

Oigamos cómo refiere él mismo esta sorprendente aventura.

«El capitán del buque de vapor me dijo que el príncipe deseaba tener una entrevista conmigo y que se daría por contento de que yo fuera á verle, ó si quereis, añadió el capitán, yo me presentaré.—Es-

toy á vuestras órdenes, le contesté, y haré lo que él quiera.

»En consecuencia, el capitán me presentó al príncipe de Joinville, estando yo sentado en un tonel. El príncipe, al verme, se estremeció involuntariamente, y noté una viva agitacion en todo su semblante. Hé aquí lo que yo observé en el acto, y andando el tiempo, me chocó aun mucho mas aquella turbación pasajera, comparándola con la calma y la mesura habitual de sus maneras. En seguida, me cojió la mano con aire grave y *respetuoso*, y empezamos á hablar. Todos los pasajeros, y lo mismo las personas de su comitiva, se sorprendieron al ver las atenciones que tenia conmigo. Convidóme á comer en una mesa separada que se habia puesto para él solo, y me ofreció el asiento preferente á su lado; yo, un poco confuso con este exceso de urbanidad, no quise aceptar aquel honor. Despues de comer, nos pusimos á hablar hasta bien entrada la noche en la toldilla de popa sentados sobre unos almohadones; luego nos acostamos el uno al lado del otro. Al dia siguiente, llegó el buque á Green-Bray á cosa de las tres, y todo el camino fuimos hablando. Cuando recordé nuestra conversacion, noté que el príncipe me habia ido preparando gradualmente para lo que iba á suceder, aunque pareciera que las diferentes materias de nuestra conversacion se iban presentando de un modo el mas natural.

Cuando llegamos á Green-Bay, el príncipe me instó para que fuese á alojarme con él en Astor-House; pero me escusé, porque queria ir á parar á casa de mi suegro. Al volver á la fonda, encontré al príncipe solo; su servidumbre estaba en la pieza inmediata. Empezó por decir que tenia que comunicarme una cosa muy seria en lo que á él concernia, y de la mayor importancia para mí; que no teniendo intereses para nadie mas, deseaba obtener de mí alguna garantía de mi discrecion y me hizo darle palabra de no decir á nadie lo que él me iba á confiar. Despues de haber titubeado un poco, consentí en lo que me pedia, á condicion de que en lo que tenia que revelarme no hubiera nada que pudiera inferir perjuicio á mi persona. Finalmente, firmé una promesa al efecto, y el príncipe me habló en los siguientes términos, poco mas ó menos:

—Vos, caballero, estais acostumbrado á consideraros como natural de este país, pero no es asi. Habeis nacido en Europa, caballero, y por increíble que os parezca la cosa á primera vista, debo deciros que sois hijo de un rey. Gran consuelo debe ser para vos el saberlo. Habeis sufrido mucho, y os habeis visto muy abatido; pero no habeis pasado mas trabajos ni sufrido mayores humillaciones que mi padre que ha vivido largo tiempo en este mismo país pobre y desterrado. Entre uno y otro, hay esta diferencia, que él conocia su elevado nacimiento, y vos teniais la dicha de ignorar el vuestro.

»Cuando el príncipe hubo dicho esto, ya podeis figuraros cómo me quedaria yo, estupefacto... Díjele que su revelacion era de una naturaleza tan extraordinaria, que debia disimularme si me mostraba incrédulo, y que en realidad yo estaba en la mayor

incertidumbre, es decir, *entre dos* (*I was between two*).

—¿Entre dos qué? me preguntó el príncipe.

»Respondíle que por un lado me costaba trabajo creer lo que él me decía, y que por otro, temía que se equivocase de persona.—El replicó que no pensaba en burlarse de mi sensibilidad, que no había dicho sino lo cierto, y que poseía los medios de convencerme de ello.—Roguéle entonces que concluyera la revelación que había empezado, y que me contase el secreto de mi nacimiento.—Respondióme que antes de hacerlo era preciso llenar cierta formalidad para contemporizar con los intereses de todas las personas á quienes concernia este negocio. Dicho esto, sacó de un baulito un pergamino y le puso encima de la mesa, en donde había ya tintero, plumas y lacre. Al lado de esto puso un sello con las armas de Francia, si no me equivoco, el que servia en la antigua monarquía. Este sello era de un metal precioso; no sé si de plata, ó de plata sobredorada, ó de oro, esto es lo que yo no me atrevo á decir. Reflexionando después, me inclino á creer que fuese de plata sobredorada, pero puedo engañarme muy bien, porque yo estaba trastornado, y cosas que en otras circunstancias me hubieran chocado mucho, apenas llamaban entonces mi atención. Confesaré, sin embargo, que cuando lo supe todo, la vista de aquel sello, presentado por un príncipe de la casa de Orleans, escitó mi indignación. El pergamino estaba muy bien escrito á dos columnas, en francés y en inglés. Leílo y releílo con una atención escesiva, por espacio de cua-

tro á cinco horas. Durante aquel tiempo, el príncipe me dejó entregado á mis reflexiones, y permaneció casi siempre en el cuarto, del cual salió, sin embargo, dos ó tres veces.

»Aquel documento se reducía á una abdicación solemne de la corona de Francia en favor de Luis Felipe por Carlos Luis, hijo de Luis XVII, á quien se llamaba Luis XVI, calificándole de rey de Francia y de Navarra, *con todos los nombres y títulos usados en la antigua monarquía*, acompañado todo esto de una enumeración, á estilo de chancillería de los motivos, condiciones y reservas de la dicha abdicación. Las condiciones eran, en suma, que se me aseguraría una posición de príncipe en aquel país, ó en Francia, á mi elección, y que Luis Felipe se comprometía á hacer que se me restituyese, ó el *equivalente*, ó *todas las posesiones particulares de la familia real que me pertenecían*, y que habían sido confiscadas durante la revolución, ó que habían pasado á otras manos...»

El 10 de agosto, el pueblecillo de Gleyze, en el distrito de Villefranche-Sur-Saône, ha visto espirar al baron de Richemont y extinguirse en su persona el último de estos impostores cuyas ridículas aventuras hemos referido. A la posteridad la ha de costar trabajo el creer que haya habido quien se haya dejado engañar por semejantes charlatanes y dádoles alguna importancia, así como que se les haya oído por jueces, en vez de encerrarlos desde luego en una jaula. Nosotros no podíamos olvidar en nuestro cuadro este paisaje curioso de la historia judiciaria.